

Apuntes para una Obra sobre Lorca

Micaela cachete que otro repartiremos.
-Bien pensado (*sale a cambiarse de vestido, doña Ramona se mete tras un biombo*).
Ramona - Yo me pondré la mantilla negra de ir a los toros.
Micaela - (*dentro*) Y yo la falda de ramos.
Ramona - Y yo el abanico de seda.
Micaela - Y yo la enagua almidonada.
Ramona - Y yo una flor de mocita en el pelo.
Micaela - Y yo el dije de oro que usted me regalo
Ramona - ¿Estás ya?
Micaela - ¿Y usted?

salen..., muy peripuestas, y se encuentran en medio de la habitación asombrándose(19)

Ramona - ¡Oh!...
Micaela - ¡Ah!...
Ramona - Vámonos

Se oyen detonaciones lejanas

Micaela - ¿Oye usted?
Ramona - ¿Son tiros de pelea o cohetes de fiesta?
Ramona - No hagas caso (20). ¡Vamos a Granada, a dar la bienvenida a doña República!

Apuntes para una Obra sobre Lorca

Cuadro Segundo

Plaza de Bibarrambla. La casa de Mariana Pineda. Se oyen ruidos de cascos de caballos: es un escuadrón de La Guardia Civil que se aleja hacia los cuarteles. En una esquina se oye un silbido, alguien hace señas.

Una joven (que está vigilando)- ¡Eh, que La Guardia Civil se marcha!

Aparecen varios estudiantes, ante ellos Rafaela. Corre hacia la casa de Mariana Pineda.

- | | |
|--------------|--|
| Estudiante 1 | - ¡Saca la bandera Rafaela! |
| Estudiante 2 | - Sube primero |
| Estudiante 1 | - Ponte sobre mis hombros y agarrate al balcón. |
| Joven | - Ten cuidado, Rafaela que hace un momentoun paco(21) ha disparado desde alguna buhardilla. |
| Rafaela | - En el Casino Militar (22) un oficial sacó la pistola para disparar contra la gente. La multitud ha asaltado el Circulo. Todos los muebles estan en la calle rotos. |
| Estudiante 1 | - Sí, lo he visto, y con un retrato del rey que tiran por un balcón han simulado un entierro. |

Rafaela llega al balcón, saca la bandera republicana que pone en un asta y la agita. En ese momento, sin que se sepa de donde viene suenan varios disparos. Los estudiantes se echan al suelo. Unos obreros disparan hacia una buhardilla, luego entran en la casa. Con los estudiantes. Poco después una bandera roja aparece en esa buhardilla, y los tiros desaparecen. Sobre la casa de Mariana Pineda queda ondeando la bandera republicana.

- | | |
|--------------|--|
| Estudiante 1 | (ya en la plaza) Algun(.....)(23) ha querido matar otra vez a nuestra Marianita Pineda |
| Rafaela | - ¡Ellos son los muertos y no Marianita! |
| Un obrero | (en un grupo que sale de la casadondehan disparado) ¡Ese parece que no dispara más! |

Un grupo de obreros y estudiantes traen un tablado, que(.....)(24) y a cubrirlo con los colores de la bandera republican. Dentro del del grupo viene Lorca.

Apuntes para una Obra sobre Lorca

- Estudiante 1
Lorca - ¡Lorca! (*todos le rodean*)
- (*mirando la bandera*) Mirad, Marianita Pineda ha abierto el balcón de su casa y para saludar a la República ha colocado su bandera. ¡Un siglo ha estado bordandola!. Y por fin ...
- Rafaela
Lorca - ¡Ya han querido arrancarla de un tiro!
- Pronto empiezan. ¿Pero escucháis? (*se oye a la multitud cantar, gritar ¡Vivala República!*). La idea de Mariana, de Riego, de Torrijos, de Quiroga(....)(25) esta en la calle con el pueblo(26): ¡y se llama República!
- Rafaela
Estudiante - Ya tenemos el tablado para esta noche
- Recitas algo, Federico.

Todos aplauden. Lorca sube al tablado. Comienza a recitar. El grupo de gente aumenta. Aparece Doña ramona y Micaela.

- Doña Ramona - Debe ser en este tablado donde van a hacer la función.
Micaela - Uno hay arriba haciendo ya el comediante.
Ramona - ¡Pero si es el joven del silbido!

Escuchan embelasadas la recitación. Rafaela las ve y se acerca a ellas'

- Rafaela - ¡Mamá!. Ya sabía yo...
Ramona - Ese joven que estuvo en casa se ve que no sólo sabe silbar.
Rafaela - ¡Madre...si es Lorca!
Micaela - ¿Qué dices? ¿(....)(27) poeta famoso?. Deja, deja que va a decirle cuatro frescas
Rafaela - ¡Mamá!

Se mete por entre la gente hasta el estrado. La hija va detrás como temerosa de que pueda reñirle.

(_____)(30)

- Ramona (*subiendo al estrado abraza y besa a Lorca*). Hijo, mira que haberte tenido en casa y no abrazarte!

Apuntes para una Obra sobre Lorca

Lorca - ¡Pero si no puede usted ver a los poetas!
Ramona - Cuando no les oigo me parecen locos y cuando los oigo
me hacen llorar de tanto como me conmueven.

Las canciones y los gritos de la multitud parecen poner un fondo al abrazo de la madre y el poeta..

Telón

PROSA

La Divina Locura

¿Pero estaba realmente loca aquella mujer? ¡Quién lo sabía! Ni la ciencia misma hubiera podido dar una definición precisa, justa, categórica, y tanto más, cuando nunca había perdido la reflexión, la lógica. Cierto que sus opiniones eran disparatadas, extrañas, pero siempre encontraba razonamientos y deducciones para pretender justificar sus extravagancias y convencernos plenamente de nuestro error.

Para muchos era incomprendible el punto inicial de aquella vida turbulenta. Una burguesita acomodada, llena de comodidad y de distinciones, de caprichos, no era razonable que les hubiera abandonado en la forma que lo hizo y en aquella edad prematura, iniciante, cuando podía esperar los goces más regalados y los caprichos más costosos.

Además, el ambiente tampoco debió de influir en la decisión; la ciudad de la costa, siempre austera, tranquila, oscura, más podía haberla hecho santa que demonio, más fácil hubiera sido infiltrar la tranquilidad que la turbulencia. Sin embargo, yo creo que fué el mar, bravío, fuerte, inmenso; el mar, todo azul, todo misterioso, que se extendía frente a su casa, hasta el horizonte brumoso y lejano. Desde la ventana de su cuarto, muchos días, muchas noches, muchas horas le contempló abismada, abstraída, y vió a los grandes barcos cargados de hombres y de cosas, perderse en la inmensidad con rumbo a otros países, en una constante peregrinación por el mundo, y esto sin duda infundió en su alma, de por sí dada a romanticismos, el anhelo de viajar, de verlo todo, de desmenuzarlo con ávida e insaciable curiosidad.

Y lo que en otra hubiera constituido un tema de sueños, de locuras nunca realizables, en Egma fué realización. Tuvo un momento dinámico, decisivo, heróico; este momento fue la noche aquella en que salió por la puerta del jardín y partió en un automóvil carretera adelante, temblorosa, confusa, arrullada por las palabras fervientes del galán.

Al día siguiente los periódicos locales dieron una simple noticia bajo el título "Suceso misterioso". Se omitían los nombres y se añadía únicamente que ella pertenecía a una "distinguida" familia de la localidad y que él era el celebre violinista Martinelli, que tan brillantes conciertos había dado en el Casino.

Pasó algún tiempo y nadie volvió a ocuparse del hecho del rapto que tanto comentó la ciudad. Y Egma seguía corriendo, corriendo... Nunca se vió contenta, harta de vivir. Parecía que a cada instante, la chiquilla loca que vió desde su ventana, frente al mar, la clara visión de los países distantes, se subdividía, se desdoblaba para mejor gozar del encanto de todas las vidas.

La Divina Locura

Primero amó a Martinelli, el violinista rubio como un príncipe de leyenda, que le cautivó la noche de su concierto en el casino. Y por coincidencias extrañas se conocieron y días después se marcharon en automóvil, camino de Madrid, en una trayectoria recta, prolongada, interminable, tal como si nunca fuera a tener retorno. Más tarde la abandonó el músico y fué a caer en manos de un viejo ridículo, que tenía una academia de baile para cupletistas en una casa de la calle de La Palma. Y después de unos meses de aprendizaje, fué bailarina. Corrió todos los escenarios, corrió todos los Music-Hall, coronando con triunfo su belleza plena y exhuberante. Y otro día se cansó y dejó los trajes de abalorios y lentejuelas para siempre dentro del baúl, como un recuerdo raro. Desde el deslumbramiento del escenario pasó Egma a un piso de la calle Alcalá, coquetonamente arreglado, lleno de "bibelots", de porcelanas, de caprichos. Un naviero, ya decrépito y revulsivo, pagaba los gastos con una esplendidez asombrosa.

Pero Egma, la muñequita veleidosa y de los raros sueños, tocada siempre de una divina locura que la embellecía, que la quintaesenciaba, no se amoldaba a nada fijo, a nada invariable; necesitaba vivir mucho, siempre distinto, diferente. Y para calmar esa fiebre, para combatir la monotonía de los días iguales, viajó por el extranjero del brazo de un marquéselegante que componía versos pulidos y madrigales elegantes como cualquier ceremonioso abate de la corte de los Luises...

Y aún se agudizó más su divina locura peregrinando por los lejanos países por los cuales soñó al ver marchar los barcos, en su ciudad de la Corte, austera, tranquila, obscura. Y para encontrarse plenamente satisfecha, para acallar la voz poderosa de sus anhelos, tuvo que vivir las más grandes extravagancias y realizar las quimeras más absurdas. Y una noche se tiró al Sena, porque aseguró de coger aquel círculo brillante que formaba la luna al reflejarse en las aguas. Otro día quiso imitar a Lohengrín, y en una barca que asemeja un cisne blanco, se dejó mecer por las corrientes del Rin....Después fué a Italia, a Grecia, a Rusia,...Sería abrumador, interminable ir detallando todas las hazañas de aquella mujer que tenía la divina locura acaso dentro del corazón que era la verdadera nave loca que le impulsaba hacia aquel vértigo del pecado...

Y un día, cansada, algo enferma, un poco mustía, manteniendo el esplendor de su belleza gracias al maquillaje y al cuidado, llegó a su ciudad de la Corte, bien puede ser que sin pensar acaso por el deseo de sensaciones nuevas.

Los padres, buenos, piadosos, perdonaron los desvaríos de Egma y la acogieron en su casa como una arrepentida, como una hija pródiga.

Y otra vez volvió a acodarse en la alta ventana que daba frente al mar y siguió viendo los barcos de nacionalidades distintas que salían del puerto majestuosamente, deslizándose por las aguas, hasta perderse en la bruma del horizonte.

Cinco, seis, ocho meses, una temporada larga hacia que Egma, estaba en su ciudad natal. Era algo desconcertante, algo extraño el cambio que había experimentado en este tiempo. Cualquiera diría que deseaba renacer, que habiéndose dado cuenta de su error quería comenzar a vivir de nuevo desde el punto inicial de su cambio, por nuevas sendas, por derroteros más llanos, más tranquilos, más comprensibles.

Hasta se había echado novio como todas las muchachas, igual que sus amigas...Allá, en tiempos, cuando ella gastaba aún trenzas y los vestiditos cortos, Miguel era un estudiante de sexto año del Instituto que le seguía y la miraba con un platonismo exagerado. No le hizo caso; le parecía demasiado tonto y acaso vulgar para complacer todas sus ilusiones.

Y ahora era su novio. El muchacho se había hecho abogado y quién sabe si reminiscencias de aquel amor casi infantil lo dominaban, le obligaban a encauzar su vida hacia la de aquella mujer cuyo pasado el amor borraba piadosamente.

Se casaron. El quiso, porque esa era su aspiración suprema, constituir un hogar tranquilo, con risas de chiquillos y con aspiraciones limitadas. ¿Y ella? ¿Cómo sería posible que se hubieran aquietado todas las turbulentas aguas de sus mares interiores? ¿No sería en ella, acaso, esta nueva fase un deseo de vivir la vida del matrimonio accidentalmente, sin persistencia, tal como había hecho otras tantas veces?

¿Y eso qué? Un día volvió a renacer en ella la divina locura, el anhelo invencible de no estacionarse nunca, de seguir por el mundo eternamente como las olas del mar que no tuviera orilla.

Y por segunda vez se marchó de su ciudad natal.

Muñoz Arconada

Diario Palentino 7-12-1920

Los dos mendigos

Mientras se apaga poco a poco el candil de esta llama que arde en nuestro espíritu, voy a contarte un cuento a tí, rubio Instante, que pasarás precuroso por nuestro camino, abiertas tus manos para llevarte las monedas de momentos que ya nos sobran.

Y en la huída, como nadie podrá alcanzarte, tú serás el mejor portador de nuestra historia vulgar, un tanto acobardada de ser vieja y fea apenas nacida.

En la vacilación de esa llama, la sombra propicia nos protege.

Los dos mendigos

Eran dos mendigos que llegarón a la ciudad no se sabe por qué rutas.

Bajo la vestimenta astrosa se enmascaraba un poco la juventud. Tenían algo de payasos reales en el gran Circo del mundo.

A veces les daba vergüenza de ser lo que eran. Y uno le decía al otro:

-Yo quiero ser rico. Pienso triunfar.

El otro, más humilde y menos ambicioso, le respondía:

-A mí me da lo mismo; ahora, como después, seguiremos siendo payasos.

Uno era alto, fuerte y bello. Llevaba siempre la cabeza levantada y los ojos profundamente fijos en la línea de los horizontes.

El otro iba siempre como cansado, como abrumado; la cabeza baja y la vista en el suelo, mirando los pasos que andaba, y no como su compañero que miraba los pasos que andaría.

La casa blanca

Vivían en una cueva, a las afueras de la ciudad, sobre unos desmontes del terreno.

Con pajas habían hecho dos camas.

En invierno, unas piedras servían de puerta a la vivienda.

Algunas noches, un rayo de luna penetraba por las rendijas, y parecía una vela sobre la palmatoria de un vaso de aluminio cuando se reflejaba en él.

Todas las mañanas, los dos juntos, iban hacia la ciudad.

A la entrada había una casa blanca, con tiestos de geráneos en las ventanas, abiertas como las flores a las caricias de todas las primaveras.

A los mendigos les seducía aquella blancura de las paredes. Ellos eran algo tan negro y tan sucio.

-Me gustaría quedarme para siempre ahí -decía el más fuerte.

-A mí también -afirmaba el otro -pero que me acompañase una mujer.
En una plaza, junto a las primeras calles, todas las mañanas se separaban los mendigos.

-Buena suerte, hermano.

-Hasta la noche.

Cada uno tomaba una dirección distinta. Era como si se apartasen todos los días para hacer la conquista de la media ciudad. Y por la noche, derrotados, volvían a reunirse en el mismo sitio.

-Yo tengo sólo esto -decía el uno mostrando un puñado de monedas de cobre.

-Yo debo tener menos -clamaba el otro - pero me da lo mismo; no doy importancia a moneda más o menos. Las monedas más valiosas las llevamos dentro de nosotros.

-Romanticismos, hermano. Tú has de morirte de hambre.

Y los dos volvían a la cueva, ya de noche, por la carretera vigilada de árboles.

Al pasar por la casa blanca, ellos dejaban prendidas sus miradas como mariposas en alfileres punzantes.

La mujer

Una mañana, camino de la ciudad, entraron como de costumbre en la casa blanca, en busca de limosna.

Y vieron a una mujer en el portal.

Al salir se miraron sorprendidos.

-Es muy bonita. ¿Verdad?

-Sí, muy bonita.

-Pero somos tan pobres...-dijo el más fuerte.

-No importa. ¿Qué tiene que ver el dinero con el cariño?.

-Romanticismo. Tú has de morirte de amor.

Y se fueron hacia la ciudad.

Aquel día, el mendigo más fuerte tuvo la idea de dejar de ser mendigo, de colocarse en algún sitio, ganando un jornal, para hacerse digno de la mujer de la casa blanca.

El otro mendigo también pensó en ella más directamente. No tuvo ganas de andar; se sentó en un banco y contempló el desfile de los coches y de los automóviles y de la gente que le aturdía y le deslumbraba.

Mientras el uno quería conquistar la ciudad para conquistarse a ella; el otro quería conquistarse a ella evitando sin duda el trabajo de conquistar a la ciudad.

Desde aquella mañana, todas las mañanas veían a la mujercita de la casa

Los Dos Mendigos

blanca, en su camino hacia la ciudad.

Ella se alegraba de verles venir y les ponía sobre las manos una moneda a cada uno.

El mendigo fuerte le decía algunas palabras de elogio:

-Esta moneda no la gastaré nunca, será la base para comenzar mi capital.

Ella se reía jovialmente.

El otro mendigo sólo se atrevía a mirarla, silenciosamente, absortamente como todo aquel que mira las distancias.

Y la ciudad después. El uno pretendiendo conquistarla a fuerza de entusiasmo, de audacia, de resolución. El otro, queriendo seguir viviendo para poderla ver a ella todos los días en el portal de la casa, algonada de blanco.

Los dos mendigos se hicieron fabricantes de ilusiones, que son los fabricantes que más fácilmente quiebran.

Discusiones

Y así, muchos días, meses, años...

La muchacha se había familiarizado con ellos y algunos ratos, sobre todo al regreso, charlaban los tres juntos, sentados en los poyos de la puerta.

Por la noche los discutían:

-Me quiere a mí; soy el más fuerte y el más bello. Te habrás fijado que tiene conmigo algunas predilecciones.

-No; es a mí -respondía el otro - Muchas veces lo noto en sus ojos que se me quedan fijos, mirándose en los míos.

-Esa mujer será para mí. Yo conquistaré la ciudad y seré rico. Con la campanilla de mi bolsa de oro me abrirá la puerta.

-No seas tonto, hermano tienes una idea muy baja y muy mezquina de las cosas. Crees que no hay nada superior a tu oro y a tu ingenio. Eres un pobre infeliz.

-Tú eres el infeliz, hermano. ¿Con qué estrategia la conquistarás tú?.

-Con mi cariño, ¿te parece poco?

-Me parece muy poco. Te ganaré la batalla.

Una tarde, de regreso a la cueva, el mendigo fuerte y alto dijo a su amigo:

-Te dejo, hermano; mañana ya no volveré contigo de la ciudad; me quedaré con ella. Hoy he encontrado una colocación en una fábrica de hielo y renuncio a mi oficio de pedir. me quitaré estos harapos que llevo encima y me pondré un traje nuevo y azul. Desde mañana, ya soy digno de la muchacha de la casa blanca. Me haré novio de ella y pasaremos todos los domingos como las parejas de burgueses, por los paseos de las afueras.

El otro sonreía.

-Y además -continuaba- quién sabe si llegaré a ser rico y feliz. Por lo

menos entro en el camino de serlo. No me convence la profesión de pedir, sobre todo siendo pobre. Para pedir algo hay que estar en condiciones de que nosotros compensemos con otra cosa lo que nos den.

-Bien; -le contestó el otro- allá tú. Pero no pienses por eso conquistar a la muchacha de la casa blanca. Está enamorada de mí.

-No es verdad; pero aunque lo fuera, tampoco me importaría. Cambiar de amor no es más que cambiar de conveniencia.

Por la mañana, al entrar en la ciudad, se despidieron más ceremoniosamente que de costumbre.

-Buena suerte, hermano.

-Adiós, hasta cualquier día que nos veamos por ahí.

La soledad del uno

Se quedó sólo el mendigo. Al principio sentía la falta del amigo que le acompañaba en los regresos y habalaba confidencialmente. Después fué amoldándose a la soledad y cada vez le parecía más bella y más amable.

Sin embargo, seguía entrando en la casa blanca y viendo a la mujercita que adoraba. Ahora, solo, había adquirido una confianza más íntima y más expansiva.

ÉL llegó a creerse que le amaba. Algunas tardes, sentados junto a la puerta, se miraban profundamente abismados, sin atreverse a hablar.

A veces decía ella:

-Sobre todo por las tardes, siento unos deseos infinitos de dejar esta casa y marcharme como usted, pidiendo, por todos los caminos del mundo.

Y él contraponía:

-En cambio, a mí me seduce mucho esta casa, y esos tiestos de flores, y el canario en la jaula, y este sol que entra por las ventanas abiertas. Es algo que nunca he vivido y que por eso anhelo profundamente vivir.

Y se volvían a mirar.

La compañía del otro

El otro era ya un buen muchacho, activo y trabajador.

No era ya el hombre que pasaba por la ciudad un poco marginalmente como antes; sino el hombre que está dentro de la ciudad, que la posee, que la goza.

Y se sentía lagado por su nueva vida. Tuvo la debilidad de rectificar el criterio que tenía de las gentes; pensó que no eran tan malas como él creía cuando pedía limosna; esto era ya un signo de mal criterio.

Después de algún tiempo se volvieron a encontrar los dos amigos.

Los Dos Mendigos

-Adiós, hermano sois tan desinteresados, que no pedís una limosna a quien os la puede dar.

Y metió la mano en el bolsillo, en ademán de darle una limosna.

-Hola, amigo de antes, no quiero nada; me basta con poco y lo poco ya lo llevo. ¿Y qué tal con tu nueva vida?

-Magnífico. Ya sé el oficio de mecánico. Tengo unas pesetas y me voy a establecer por mi cuenta. Y tú, ¿sigues viendo a la mujercita de la casa blanca?

-Continúa enamorada de mí y yo de ella. Terminaremos por casarnos.

-Fantasías. Cómo crees que ella va a querer casarse con un pobre hombre que pide limosna. Trabaja, triunfa como he hecho yo, y entonces es posible todo. Siento decírtelo, pero esa mujer será para mí.

-No lo creo; es a mí a quien ama.

Lo que tenía que suceder

Efectivamente, era al mendigo a quien amaba. No porque fuera mendigo ni porque fuera más noble ni más bondadoso, sino porque era con el único que tenía más contacto afectivo.

Pero un día el mendigo de antes, que ya había conquistado una posición decorosa, se propuso conquistarse a la mujercita de la casa blanca.

Claro es, que no fué sonando la bolsa de su dinero (eso sólo se hace en las comedias); pero fué hablando de sus triunfos, de sus cambios, de sus evoluciones; de cómo desde mendigo que era, había llegado a ser hombre equilibrado, metódico, con posición y con porvenir.

No sonaba el dinero en la bolsa. Pero las palabras eran también dinero y su sonido llegó a deslumbrar la bolsa, vacía, de las ideas de la mujer.

Y tal como un día lo predijo, la pareja paseó por los paseos de la ciudad las tardes de domingo, igual que los demás burgueses

(En la vida, estos cuentos suelen terminar en matrimonio, en los cuentos igual da. Apenas si ello tiene importancia alguna)

No es un final trágico

También en los cuentos, los autores suelen matar a los protagonistas. Este mendigo mismo se pegaría veintitantos tiros en la cabeza, desesperado por ese desenlace tan feo y tan prosaico que habrá tenido esta quizá su única aventura amorosa.

Sin embargo, en la vida, no suelen terminar así. También es cosa de poco este detalle; pero para satisfacer curiosidades, diremos que el mendigo se marchó de la ciudad.

Nadie sabe ni a nadie importa gran cosa adónde ni por qué camino se

Los Dos Mendigos

fué.

Sólo se sabe que no se ha sabido más de él.

Diario palentino 22-4-1922.

Como todos los hombres

(novela inédita)

I

-Bien, hemos terminado. Mañana iré a buscarte para que me devuelvas las cartas.

-Bueno.

La muchacha no dijo más que "Bueno", y lo dijo bajito, quedo, acongojada, ahogada por aquel inesperado cambio en sus relaciones amorosas con Eduardo. Fué una cosa súbita, imprevista; un pretexto, una futilidad, icualquier cosa!...

Toda la noche, en el paseo, había él estado hablando, como siempre, de su gran cariño incomprendido por ella.

-Mira, muchacha, mi amor es tan grande, que tú nunca podrás imaginártele. Repasa los límites de toda tu fantasía; es como algo que se pierde, que se confunde en una elevación insospechada. Yo siento que entre nosotros no haya, junto con esta gran columna mía, otra tuya, igual de alta, igual de erguida. Pero no; tú eres una bobalicona, que sabe Dios si esas protestas de cariño que me haces son ciertas.

La chiquilla se quedab absorta y muda oyéndole hablar. A veces ni siquiera la entendía; pero al final de la charla, ya en casa, cuando recordaba sus párrafos llenos de cálidas vibraciones, apasionantes y envolventes, se afianzaba más en el amor, le hacía más firme, más fuerte, más serenamente imperecedero.

Después, aquella noche, ya un poco antes de retirarse para casa, surgió la cuestión final de un modo brusco, rebuscado y frío.

-Mañana, Elvira -dijo él-, quiero salir contigo por la tarde.

Ella protestó:

-No puede ser; ¿No sabes que es domingo y salgo con mi familia?.

-Iré yo también, aunque me vea tu padre.

-No, no; eso no, ya te he dicho mque mi padre no quiere que tenga novio para que estudie más.

-¿Ves?. Es que no me quieres; si me quisieras saltarías ahora por encima de todo, de tu padre, de la familia, de todo. Primero yo, ¿entiendes?, primero yo.

-Pero, Eduardo...

-Nada, que no me quieres. Bien, hemos terminado. Mañana iré a buscarte para que me devuelvas las cartas.

Y ella, ante esta decisión inesperada, no había intentado defenderse, disuadirle, convencerle de su error. Casi inconsciente, dolorida, pasándose distraída las manos por los ojos para limpiarse las lágrimas, había contestado aquel "Bueno", que, en contradicción, en opuesta significación, parece que quería decir "conforme", "corriente".

Al separarse de él se encontró a su amiga Lola. Andaron un rato juntas pos las calles ya floreadas de luces nocturnas. Notó enseguida su abatimiento.

-Pero, chiquilla, ¿qué te pasa?. Tú has llorado; si se te nota en los ojos.

Elvira no pudo contenerse, no supo sobreponerse a su dolor, y se echó a llorar como una niña pequeña que la acabasen de romper su juguete preferido.

-Vamos, chiquilla, no seas tonta, cuéntame lo que te ha pasado.

Entonces ella refirió el pequeño incidente con Eduardo, aquella cosa tan pequeña, tan insignificante, tan baladí, por cuyo motivo habían terminado para siempre.

Lola, conmovida, se indignó protestando:

-¡Si todos los hombres son unos comediantes, unos canallas, unos sinvergüenzas; si cada vez me convenzo más, todos los hombres, todos son lo mismo!

Se separaron. Elvira entró en casa devanando en su imaginación las palabras de su amiga: "Todos los hombres son lo mismo", "Todos los hombres son lo mismo"... ¿Pero sería posible?. No, no podía ser eso. En su cabecita alegre no cabía ese pesar tan triste. Los hombres no eran así, por lo menos ella miraba alrededor suyo, entre sus amistades, y los hombres que conocía no eran así. Paquito, el novio de su amiga Luisa, era cumplido y cariñoso, ni una sola vez había regañado con ella. Elías, novio de su prima Rosa, era cariñoso y simpático, ni un solo disgusto la había dado. Arturo, otro novio de otra amiga suya, era igual de fiel que los demás. No, no podían ser así los hombres; Lola se engañaba. Y aun su mismo Eduardo, estaba convencida, estaba persuadida, no era comediante ni canalla, ni sinvergüenza, qué iba a ser, si era un pobre chiquillo... Ya volverá -seguía pensando- mañana se le pasa y hacemos otra vez las paces.

Aquella noche, a pesar de todo, Elvira se acostó esperanzada y tranquila. Su pequeño corazoncito de cristal, aunque empañado, estaba intacto y firme y tenía un sonido lento y armonioso, como si sobre él no hubiera pasado la tormenta.

II

Elvira era una chiquilla demasiado joven quizás para andar en juegos de novio... Tenía quince años solamente. Estudiaba el primer año en la Normal de maestras. Además era bastante guapa.

Esta belleza prematura de la chiquilla era, sin duda, el motivo elemental

Los Dos Mendigos

de los noviazgos. Desde los trece, desde los doce años, Evira ya empezaba a llamar la atención entre los chiquillos del Instituto. Algunas veces un estudiante atrevido de quinto año la acompañó hasta su casa, hablando de cuestiones de estudios; otro día se declaró a ella un vecino suyo, que estaba de aprendiz a dependiente en una de las tiendas de la ciudad. La noticia de aquellas calabazas corrió entre todos los chicos y, durante mucho tiempo, nadie se atrevió a decir nada a la muchacha.

Poco a poco, fué llenando aquella belleza incipiente de niña. Más alta, más desarrollada, un poco más modosita y más mujer, ya no era solamente la admiración y la codicia entre los estudiantes del Instituto, sino que todos los muchachos, empleados, comerciantes, algún militar, la acariciaban con los ojos en los paseos cotidianos y con gusto le hubieran requerido de amores cualquiera, para exhibirla triunfalmente por entre los admiradores numerosos.

Pero nadie se decidía a una empresa tan arriesgada. Elvira estaba en esa edad única e indecisa en que los hombres no saben si la mujer es demasiado joven o ellos demasiado viejos. Ese primer novio de todas las chicas, es un novio decidido, atrevido, con audacia. Esa primacía, ese paso por donde nadie ha pasado, es de un gran valor psicológico. Después ya no, el segundo, el tercero, el cuarto, todos los demás novios, son en el fondo de la conquista, de una vulgaridad aterradora.

Eduardo había sido su primer novio. Fué en Carnaval. El Casino Mercantil dio dos bailes en sus salones. El padre de Elvira era empleado de primera clase en el Gobierno Civil, pero no teniendo categoría para entrar en el Casino de la Unión, que era al que pertenecían las gentes de más viso de la ciudad, se había hecho socio de ese otro casino, más modesto y más popular, a donde iba todas las tardes después de comer, a jugar su partidita de chameleo con don Enrique, coronel retirado; don Arturo, empleado de telégrafos, u don Andrés, compañero suyo de oficina.

(A) Aquel Carnaval, como todos los Carnavales de todos los años, fué toda la familia al baile, don Sebastián, doña Margarita, doña Elvira, su hermano Rodrigo y otro hermanito más pequeño que se dormía apenas comenzada la noche, en los brazos beatíficos de doña Margarita.

Elvira se hizo un trajecito nuevo para ir al baile. Estaba muy mona con él, de seda blanca, adornado con aplicaciones de tisú. La manga corta y el escote "después de una controversia entre doña Margarita y la modista" se le había permitido ser un poco crecido, un poco pronunciado.

Eduardo era hijo de una de las familias de la ciudad. Su padre tenía un capital inmenso en fábricas, en tierras y en acciones de importantes empresas. El muchacho estudió el grado y estaba en el año intermedio en el que no se sabe qué carrera tomar. Seguramente estudiaría Derecho, por lo pronto aquel año le había perdido y en lugar de irse a invernar a una Facultad, se había quedado

en su ciudad pequeña, un poco descansando y un poco ojeando los libros del preparatorio que su papá le había dejado.

A Eduardo no le correspondía asistir al baile del Casino Mercantil. En el Casino de la Unión había también baile aristocrático al cual asistiría su familia; pero había la costumbre entre los chicos de estar hasta las doce en uno y desde las doce en adelante en otro.

Hacía algunos meses que Eduardo seguía a Elvira, desde lejos, con las miradas profaciales y la sonrisa significativa. Todas las noches se marchaban ambos del paseo gozosos, satisfechos de aquellas silenciosas comunicaciones. Sin pensar, adiestrándose en el ingenuo entretenimiento, habían llegado a interesarse y a comprenderse. Cualquiera día él se acercaría a ella y haría verbal su amor. La muchacha le recibiría ruborosa y acobardada y le contestaría monosilábicamente que "sí". Y después sería unos novios cualquiera, una de tantas parejas que llenaban, en verano, las sillas del paseo, mientras tocaba en el kiosko la Banda Municipal, o en invierno se refugiaban en los soportales de la Plaza Mayor, mientras caía la lluvia y el frío arrojaba a la noche en su manta de viento.

Aquel primer día de Carnaval el baile estaba muy animado y muy bullanguero. Alrededor del salón, las pacíficas mamás formaban tertulias y grupos. Las buenas señoras, esponjosas y otoñales, mujeres de comerciantes y de empleados, miraban a sus pimpollos de hijas danzar por el salón acompañadas de cualquier incógnita mascarita con una curiosidad poderosa.

Eduardo no quiso disfrazarse. Dadas las doce fué al Casino Mercantil con el propósito exclusivo de bailar con Elvira. Al entrar, recogió con los ojos todas las parejas con una máscara un poco estafalaria. Se miraron los dos. Él pensó que estaba muy bonita, ella pensó que él iba a verla.

Al baile siguiente ya estaban los dos hablando.

Él:

-Me parece oportuno, Elvira, que yo le confiese a usted que la quiero. No es una cosa rápida y violenta que pueda extrañarla. Yo se lo he dicho todos los días, en todos los encuentros, calladamente, silenciosamente. Sus contestaciones eran siempre interrogativas y yo esperaba este momento o cualquier otro momento, para que usted hiciera esas contestaciones afirmativas.

Ella:

Callada.

Él:

-Sinceramente, creo que usted es la chica más guapa de la ciudad.

Ella, muy bajo, interrumpiendo:

-Gracias.

-No es una galantería, es convencimiento. Yo me veré muy satisfecho siendo novio de usted.

Los Dos Mendigos

Ella, mirándole, algo sorprendida.

-Pero, mire usted, Eduardo, si soy muy joven. Qué iban a decir en casa.

Él, sonriendo:

-No dirían nada, Elvira; usted comprenderá que a nuestra edad los noviazgos no tienen trascendencia suficiente para que en ellos intervengan las familias. Seremos, más que novios, dos buenos amigos que pasaremos el rato juntos hablando de nuestras intimidades.

Ella:

-Bueno, lo pensaré.

-¿Me lo dirá usted mañana?.

-Mañana por la noche, en el paseo.

Toda la noche siguieron bailando juntos.

Al día siguiente ella le dijo que sí. No tuvo que pensar mucho con ello. En el baile mismo le hubiera podido dar la contestación, pero ella había oído a una amiga una vez que a los pretendientes no se les debe contestar en el acto de la proposición y como buena tradicionalista, no había querido romper con la regla.

Entre los chicos del Instituto y entre los perseguidores de Elvira, la noticia causó gran sensación.

III

Como por la tarde se levantó frío, no salieron de paseo, como acostumbraban por la Alameda aninada de color de buen tiempo, junto a las riberas del río, hasta la ermita del Sotillo.

Don Sebastián se pasó toda la tarde en el casino. Doña Margarita se fué a ver a una antigua amiga suya y sólo Elvira se quedó en casa.

No quiso ir a buscar a las amigas ni salir cuando las amigas fueron a buscarla a ella. Estaba pesarosa, disgustada. La ruptura con Eduardo la noche pasada, un poco distante ya, visto el caso sin apasionamientos, la había puesto sombría, triste, de mal humor y había agradecido aquella reclusión de domingo como beneficiosa para calmar su turbulencia interior.

Cuando se vió sola entró en su cuarto y cerró la puerta por dentro. Primero se miró al espejo que tenía rodeado de cuatro frasquitos de esencia barata, en un ángulo de la habitación, sobre una mesita vieja, disimulada por los primores manuales de las puntillas y de las cintas color de rosa. Se acarició un poco la cara con el madroño de los polvos, perfumó el pañuelos con Agua de Colonia y después abrió el baúl, muy despacio, muy cuidadosamente, arreglando algunas cosas que tenía dispersas y desordenadas.

Al fin, después de un rato, sacó del fondo una caja que sabe Dios en qué boda o en qué bautizo la regalaron, y se colocó en el balcón, con los visillos

alzados, indolentemente echada sobre una mecedora.

La caja estaba llena de papelotes. Había cartas y tarjetas postales que las amigas la habían regalado el día de su Santo, recortes de periódicos donde venían reseñas de funciones en que ella trabajó alguna vez; varios versos, también recortados de revistas y periódicos, que a ella le parecían muy bien, y todas las cartas de Eduardo que la escribió en una temporada que estuvo fuera de la ciudad.

Una por una fué leyéndolas todas y poniéndolas aparte, para formar el paquete que había de entregarle. Con qué detenimiento, con qué minuciosidad repasaba otra vez aquellas largas, apretadas y aprisionantes escrituras que le mandó él casi al principio de su noviazgo, cuando todo era alegre, esperanzado, y hablaban siempre de futuras realidades eternizadas y venturosas.

De una de ellas sacó el retrato de Eduardo y le estuvo contemplando fija y absorta. Estaba él más guapo y más joven, sentado en una silla con las piernas cruzadas y junto a una mesa con libros. Decidió no entregarle el retrato; se quedaría con él, y en caso de pedírselo, pondría la disculpa de que se le había perdido.

Cuando terminó esta revisión epistolar ya era casi de noche. La habitación estaba medio a oscuras y sólo una luz de la calle, en la acera de enfrente, ponía en la estancia un poolvillo desvaído de oro. Besó el retrato y le volvió a guardar en la caja. Después leyó uno de los versos que tenía recortados. La emocionaron mucho; hablaban del amor tierno, dulce y sentimental que tienen todas las mujeres ocultos, guardado en su cofrecito de risas y frivolidades y que los hombres no saben encontrar.

Cuando llegó su madre la encontró sofocada y con pocas ganas de hablar.

-Pero chica, ¡no has salido de casa en toda la tarde!

-No, no tenía ganas.

Y doña Margarita miró a su hija comprensivamente, con esa mirada sabia y compenetradora que tienen todas las madres para divisar la perspectiva interior de sus hijos, atormentados por las mismas pequeñas inquietudes con que ellas fueron atormentadas en sus juventudes.

IV

Una hora larga estuvo en su habitación arreglándose antes de salir. No es que tuviera muchas cosas que ponerse ni muchas partes del cuerpo que transformarse. Pero tenía interés en ir bien, en ir arregladita y hasta guapa.

Eduardo la esperaba en la calle. Era la última entrevista. Claro que Elvira pensaba que se solucionaría el pequeño incidente y que continuarían siendo novios como hasta aquí, con ese mismo entusiasmo, con esa misma ilusión.

Se miró por última vez al espejo, dió unas cuantas vueltas anteél, guardó

Los Dos Mendigos

el paquetito de cartas en el portamonedas de mano y salió a la calle.

A los pocos pasos se encontró con Eduardo. Se saludaron friamente y continuaron andando por las calles estrechas y oscuras hasta el paseo.

-¿Traes las cartas?

-Sí.

Ella no se atrevió a dárselas. Temió que él se marchara, que huyera sin más explicaciones y se limitó a afirmar.

-Bueno, Elvira, nosotros vamos a terminar nuestras relaciones; pero sin violencias, amistosamente, como buenos amigos después de una amistad íntima de más o menos tiempo. Porque yo creo que nuestros amores no han sido otra cosa sino eso, un pequeño juego, un pequeño entretenimiento para pasar el rato divertidamente. Ya nos vamos cansando los dos. ¿Para qué continuar por lo tanto el juego? Nos separamos y tan amigos, tan buenos amigos como antes.

Elvira ya no pudo contenerse; aquello era indigno, aquello era injusto.

-¡Con que un juego, con que un pasamiento!, ¿eh?. ¡Cómo sois los hombres! ¿Y el amor, del amor qué dices tú, insensible y razonable?. Nada, claro, nada, te has entretenido, te has divertido y, ahora, que ya te cansas, quieres marcharte.

-No seas romántica, chica, no seas romántica. ¿Ves lo que trae leer folletones?. Esos amores pasionales que tú dices no existen más que en las novelas. Pero es que me vas a hacer creer tú a mí que estás enamorada locamente, perdidamente, de mi persona... ¡Ya, ya, buenas sois las mujeres, egoistas, interesadas, frívolas. Si no veis más allá de los ojos.

Ella se puso violenta y encendida. Sentía en el alma, dentro, ¡uy hondo, el dolor de que aquel hombre no comprendiera de que estaba enamorada o que, al menos, podía estar enamorada.

-Toma, toma -gritó precipitada-; toma tus cartas y dame las mías. Ahora soy yo quien no quiere de ningún modo continuar. ¡Qué iba yo a hacer con un hombre que cree que todo es pasar el rato, y que ser novio de una mujer es lo mismo que jugar una partida de billar!

-Pero, escucha Elvira- trató de reconciliar él-; no te pongas así; si no ha sido para tanto.

-Nada, no quiero oírte más; ¿Para qué, si me engañarías o me consumirías la paciencia oyendo tus bonitos razonamientos?. Me voy. Adiós.

Y bruscamente se separó de él. Eduardo quedó sonriente viéndola cómo se marchaba calle abajo sin volver una sola vez la cabeza. Se marchó cuando la perdió de vista. A los pocos pasos se encontró a un amigo:

-Chico, he reñido con Elvira; es una romántica, una cursi.

Elvira se encontró con Lola, que venía de buscarla para salir a paseo. La chiquilla se echó a llorar. Toda su indignación se la fué en lágrimas. Ella, tan sensible, no podría tener dentro aquella cosa violenta y fuerte, y la desliaba con

lágrimas para que se convirtiese en otra clara y tierna.

-¡Tienes razón, Lola, tienes mucha razón; todos los hombres son unos comediantes, unos canallas, unos sinvergüenzas.

-Ya te decía yo, muchacha, ya te decía yo que él sería como todos los hombres. ¿Le has vuelto a ver?

Elvira refirió a su amiga todo lo que había pasado. Era indignante, era vergonzoso.

-¿Ves?. como todos los hombres. Si no merecen siquiera que se les hable...

Se separaron. Elvira se fué a casa. Ninguna noche había sido el retorno tan triste. Si todos los hombres son como aquel hombre -pensaba- qué voy a hacer yo con este corazón tan grande que tengo. Nunca en su corta vida había visto el mañana más oscuro, más suciamente intransitable.

Entró en casa y se metió, precipitadamente, en su habitación para que no la vieran. Antes decambiarse de ropa, después de vacilar unos momentos, volvió a abrir el baúl, sacó otra vez la caja, y cogió en las manos el retrato de Eduardo. Estuvo contemplándole un rato. Después le cambió de posición y un poco temblorosa, hizo ademán de romperle.

Volvió a vacilar. Le besó, le guardó otra vez en la caja, u cerró la caja en el baúl, como si nada había pasado.

Temas de lluvia

Los visillos color de lluvia

En las casa modestas donde los cristales de los balcones están descaradamente descubiertos, debe de ser grato levantarse por las mañanas y verles cubiertos con los visillos de la lluvia, siendo el único día que la habitación se hace recatada a los ojos de los vecinos y de los transeuntes.

Estos visillos moteados, granulados, hechos de encajes sutilísimos, que las manos de las encajeras no podrán urdir nunca son los visillos más apropiados que pueden ponerse en los cristales los días de lluvia. Los otros visillos de muselina, resultan demasiado blancos y cegadores; parecen más bien hechos para los días de nieve; para que den la sensación en todo caso de que la nieve cubre ya toda la calle, sube por encima de las puertas y ha llegado ya hasta nuestros balcones, trayendonos una misiva de la sierra.

No hay nada tan primoroso como esos visillos color de lluvia. Se fabrican en los mismos critales, en un tejer y destejer de gotas. No se ven los visillos apretados de hilo; pero de pronto, cuando la lluvia se hace más intensa, aparecen los calados del encaje adornando el cristal.

¿No serán los gusanos de seda de las gotas de agua los encajeros de estos visillos?

El hogar a traves de la lluvia

Nunca tiene más fluidez este motivo lirico de la lluvia que cuando al pasar por la calle casi desierta, nos fijamos en el balcón alto y amplio, detrás de cuyos cristales vemos la cabeza rubia de una mujer.

Entonces se nos aparece más claro y más amable el poema del hogar que en otros días no pudimos comprender. Sentimos en nosotros la hora de emoción y devoción hacia todas las cosas serenas que suponemos existirán detras de ese balcón que contemplamos.

Adivinamos los ojos pequeñitos de la mujer rubia, mirando fijos la calle, abstraída y recogida en su espíritu, como si la lluvia hubiera encerrado en su caparazón gris todas las inquietudes y todas las actividades.

Para la gente que no tenga un hogar donde recogerse, la lluvia no debe tener esa bondad de caricia, de frase agradable con que se nos aparece cuando la contemplamos desde lo alto del balcón, como la mujer rubia.

Y sentirán envidia hacia todos lo hogares que, a través de los lentes de la

lluvia, adquieren un fondo poemático y sugestionable como acaso no tengan en la realidad.

El automóvil bajo la lluvia

En estos días de lluvia es cuando podemos señalar con el dedo a los ricos estúpidos que no saben gozar de la lluvia ni del automóvil. El auto es el invento más maravilloso de nuestros tiempos. No se le ha elogiado aún todo lo que se merece; pero es de esperar que se haga con él el más bello poema dinámico. En cuanto a la lluvia su mejor elogio podrá expresarse en esta imagen: es la risa de los días oscuros. (A los días oscuros ya les elogiamos en otra ocasión).

Hay muchos ricos que no saben gozar del automóvil bajo la lluvia, ni de la lluvia bajo la techumbre del automóvil. Se les ve dentro de él, en medio del asiento, distraídos en no mirar nada, demasiado indiferentes a todo lo exterior como pensando, más que nunca, en sus negocios.

Y sin embargo, a través de los cristales del auto el día de lluvia, qué maravillosa "sinfonía de veres". Las cosas de la calle pasarán, en su precipitación, con cierto sigilo, como si tuvieran suelas de goma. Y además irán envueltas en ese terciopelo de neblina, acariciando la vista con una suavidad voluptuosa y enervante.

La tarde en contra de la lluvia

En las ciudades, sobre todo, se advierte en los días lluvioso cómo la tarde quiere destruir en el encanto de la lluvia, ocultándola en las sombras del atardecer, haciendo negra a la lluvia, haciéndola hasta casi triste.

Es ese momento indeciso en que alguno de la familia va a salir de casa, nos pregunta si está lloviendo, nosotros miramos a la calle, y no sabemos qué contestarle. Tenemos entonces que abrir el balcón y alargar la mano, como en una despedida, para que el agua nos picotee en la carne.

Pero enseguida se encienden los focos de luz de las calles y de las tiendas. Y no hay quien nos quite de la cabeza que las luces se han encendido no para que veamos los objetos, no para que veamos las cosas, sino para que continuemos viendo la lluvia que el atardecer ocultó.

El estanque en días de lluvia

Hemos observado bien en este día lleno de lluvia al estanque lleno de agua. ¿Tendremos razón para suponer lo que vamos a decir?. Los aficionados a creer en el alma de las cosas, no podrán, acaso, contradecirme. Los demás no

Temas de Lluvia

podrán acaso comprenderlo.

Me ha parecido que existía un poco de rivalidad entre el agua estancada, quieta y constante y entre el agua movable de la lluvia. Y después de todo, ¿no hay en la vida esa misma oposición entre la quietud y la actividad?.

Se dijera que el estanque tenía algo de ceño obscuro, y que la lluvia pellizcaba sus aguas al caer.

Varios temas de lluvia

Hay gente tan idiota que odia los días de lluvia porque se moja.

Esto es absurdo. Es como aquellos hombres de espíritu viejo que odian a los automóviles porque meten ruido o porque al pasar les mancha el traje de barro.

¡Cómo se agradece ese día que la lluvia nos sorprende viajando en un tren!

Vamos todo el trayecto dentro del túnel de la lluvia. Un túnel que la misma máquina va abriendo y que el último vagón va cerrando.

¡Qué buenos sembradores de granos de lluvia son las nubes y que gran panera la del mar!

Envío de estos temas de lluvia

Para las regiones del Norte que saben ver llover, estos temas de lluvia, contruidos con un poco de modernidad.

M.Arconada

Cabaretino

(esbozo de poema)

Serpentinas de luz. Cabellera de lámparas. Todos los pechos de las girls encendidos de abalorios. Cuerpos desnudos -en playa de escenario- sobre la arena luminosa de las baterías. Campos de cisne. Olas de reflector. Formas acosadas por los deseos despeñados, en las noches de los puertos libres.

Y ÉL -cabaretino- volando sobre el temblor de las espumas de la sala. Desarticulado. Desmaterializado. Blanca la pechera - plumas de almidones- por los r.ócíos de las madrugadas. Smoking negro hecho con paño de la noche. De la noche más negra de todos los subterráneos tenebroso. Vientos de orquesta agitan frondas: enramadas de brazos. Las escalas del saxofón se enroscan en los cuellos. Cinta del violín: telegráfico arrullo. Malabar del piano. Remolinos de baile desbordamiento. Aceleración. Huracanes de orgía con aspas de rumores golpean los ramajes: floridos de mejillas encarnadas.

La rigidez del tiempo está interrumpida por las síncopas. Clavan compases en la agrimensura del suelo. Los pies trepan - veloces - por la escalera de los ritmos, buscando el cielo de la altura sentimental. Proximidades. Confusiones. Derrumbe de planos. Entrelaces de vidas diferentes. Todas las parejas pasan por la angostura de un corazón apretado.

Y ÉL -cabaretino- baila, baila, baila. Elegante. Agil. Pluma ligera. Cuerpo flexible modelado en el barro de las músicas. Destreza de pies. Distinción de ademanes. Prodigioso abanico de músculos. Baila. Baila. baila.

Banderín de un acorde final. Todas las bicicletas mueren en sus confines. El tiempo modera su compás.

(cabaretino: Es tarde -tarde- .la noche subiendo hacia las galerías del alba. Todo el mundo duerme. Todo el mundo tiene apagada su vida. Embozos de silencio y de sueños. Honestamente: sobre los mullidos repososo. Cabaretino: Es tarde -tarde-.)

Las puertas hechan brasas de luz a las oscuridades infinitas. La noche está allí -alrededor- con sus misteriosas alambradas de sombras. La noche: sangre fluida de todos los subterráneos del mundo. La noche: robusta, insinuante, pesada. La noche: celosa de lagunas de luz. Ceñida. Acosada. Envolverte.

Redes bruñidas de oros eléctricos. Cabaret. Focos espigados de reflejos. Esquinas de tornasoles. Alegrías de seda. Alas de bullicios sobre las nubes celestes del pecado.

Y ÉL -cabaretino- hecho de fragilidades de espuma. Hecho de humo y

Cabaretino

de polvo. Fino. Aéreo. Dúctil. Hecho de las sustancias cernidas del salón, en los amaneceres lívidos cuando se desaloja el cabaret y quedan flotando los posos de todas las desbandadas alegrías de la noche.

Mujeres rubias de luna, huídas de los campos de sol. Mujeres lívidas de inyectables de suero eléctrico de lámparas. Mujeres sin nombre y sin origen, hechas ayer mismo en los alambiques frívolos de las perfumerías. Mujeres de piel suavizada de caricias. Mujeres desnudas limpias de ropa, nadadoras en gasas por las piscinas de las alcobas amorosas.

Llegan de sus desiertos de día por los puentes de la noche **ELLAS**: recamadas de besos, sembradas de amores, maduras de carmines. Llegan en vuelo sobre hilos de viento, entregando lazos de seda para apretar corazones. Mujeres mullidas de vaivenes en el carroussel -estrepitoso- de la vida. Vienen de los interiores ensombrecidos del mundo. Detrás de las persianas de los recatos. Detrás de los muros misteriosos de las casas en silencio.

Y ÉL -cabaretino- las abraza, las besa, las baila. Alrededor de su sonrisa, todas las girls prenden estrellas de ritmos. Centro de mástil, **GIROS**. Su corazón -en medio- disputado por todos los tumultos.

Rizos de cánticos. Toboganes de ruidos. Ondulación de rumores por los valles de los reflejos. Cimas de color...

(Cabaretino: Es tarde -tarde-. Los prados duermen bajo sus sábanas de hierba. Los caminos tienen vallas de soledad. Los campos están refugiados en los cobertizos de la noche. Los ríos duermen en el nido de los remansos. Honestamente: todas las voces del mundo tienen su pábulo apagado. Cabaretino: Es tarde -tarde-.)

Hélix 1930. Cobb 1987.

Elogio a un faro pirata

(Que la noche, tirante de sombras -Gong. Musa negra- tenga llano el misterio, y suave el desliz. Y fácil la busca, oh faro pirata: lebril desbocado por llanuras de tinieblas.)

¡Hurra! al campeón de la muerte! Niño liviano y frívolo. Miembros dislocados en baile. Gorra, jersey, trinchera. ¡Hurra! A la puerta del cabaret tenía su torpedo -azul virginal- temblando de bríos sujetos al freno. Los relojes daban sus altas horas de sobresalto. Las puertas de las alcobas abrían gemidos, al paso de los trasnochadores. Todos los habitantes de la ciudad viajaban en trenes de sueños. El ciudadano plácido tomaba el último tranvía. ¡Hurra al campeón de la muerte! que saltó, ágil, de baile y de champán, sobre el asiento hundido de su torpedo. Luces. Estrépito. Fogosidad. ¡Hurra! El auto quebró las líneas de las avenidas. En el silencio burgués de la noche, él clavaba puñaladas de motor. *(Y en ese momento, el niño frívolo -gorra, jersey, trinchera- constituye la única potencia revolucionaria de la ciudad.)* Los caminos del mundo no tenían guardabarreras. Velocidad. Volante: horóscopo de la muerte o la vida. ¡Hurra, campeón; niño liviano!

(Que en la bella región de los 100 km. , hora, el ritmo se desenvuelve perfecto. Un grano de pérdida en el tiempo del compás, es suficiente para hacer explotar la catástrofe. Lubrifica bien de luz los engranajes, oh faro pirata: ojeador cuidadoso de peligros.)

Carretera de circunvalación del mundo. El tiempo hacia el polo del alba. ¡Avanzar. Avanzar! Los burgueses reposan en blandos lechos. No se sabe si hay desvelos de amor. Todo debe ser estático. El mundo rueda porque va enganchado a la popa del torpedo. ¡Avanzar! La vida queda a los lados, enfundada en sombras. Dentro de unas horas, las acuarelas del amanecer se derramarán por las cumbres abajo. El humo de las cocinas bullentes servirá de veletas a los madrugadores. Las voces tendrán cortes de cristal en su tono. ¡Avanzar! Una brecha de luz -cercañas del cielo. Angeles. Música de cilindros. Esta iluminación ya no pertenece a la vida. Está por encima de ella. Cerca de la muerte y la gloria. Cerca de Dios. Camino hacia Dios, como todos los héroes, campeón: niño liviano. ¡Avanzar! Velozmente, sin prisa por la llegada. No existe el reposo, que es la meta. La velocidad - pura - por la velocidad el mundo es redondo. Y el espacio infinito. ¡Avanzar!

(que se afile tu corte de luz, y despeje los puntos de sombras: Ellas acosan, estrechan nuestro paso. Si pudieran, os cerrarían, os envolverían. Que en esa lucha, venza tu corazón - dinamo- oh faro pirata : rosa encendida de voltios.)

¡Vítoreos al campeón! Sereno. Rígido. Agudo de viento. Las manos en el

Elogio a un Faro Pirata

volante. Los pies en los pedales. La vista -dura la tensión- a la vanguardia de la velocidad, abriendo los horizontes oscuros. ¡Vitores al campeón! Claro el cerebro. Fuerte el arrojo. Ninguna maraña de ideas para enredarse. Hondura cegada. Intimidación seca. En este momento, el sabio de los festines meditativos estará parado, frente al libro de las interrogaciones, ante la lámpara más trasnochadora de la ciudad. Parado. Sentado. Inmóvil. Hinchado de pensamiento. Ebrio de los giros de las ideas. ¡Vitores al campeón! Hombre frágil, ligero, plano. Hombre recorrido en madera, que salió anoche -del cabaret- pintado de rojo. Hombre mecánico y valiente. Sin corazón, sin cuerpo, sin serrín. Sin cerebro pesado, ni carne blanda. ¡Vitores al campeón! En la noche trabajadora, del sabio en desvelo de ideas; en la noche apagada del burgués que reposa su vida de trabajo; en la noche febril de los amantes turbulentos; en las noches incrustadas de suspiros, de las doncellas con desasosiego de amor; en la noche lenta, quieta, parada del mundo ¡vitores al campeón! trepidante por camino de luz, que entre la muerte y la gloria, estria el viento, y salta los horizontes, y dispara ruidos, y enhebra distancias, y grita emociones de motor y de velocidad... ¡Vitores al campeón!

(Que tus reflejos doren los campos. Y que lleven a las lejanías embozadas señales de cerrar los peligros, sueltos en la noche sin muros, oh faro pirata: fascinador de sombras.)

Fluyen contornos. Acuarela de amanecer, las sombras levantan el vuelo. El cielo se abre el vientre. Aparece el sol...

(Que los poetas os canten, oh campeón: niño liviano. Oh faro pirata: espuma de luz en copa de metal.)

Meseta 1928. Cobb 1987.

Los Pobres contra Los Ricos.

Capitulo XVII

El "Trompa" salió por fin de su guarida. El deber de un alcalde no es meterse en una bodega a pinchar ratones con la vara de borlas. El peligro puede conjurarse él solo, y el entretenimiento de los ratones puede ser gracioso. Pero no es eso. El deber estaba ensalir a la calle, en enfrentarse a la realidad, en vencerla. El "Trompa" sintió que el cordón de borlas de la vara de autoridad le oprimía el corazón. Tuvo un rasgo humanitario, conciliador. ¡Hay que arreglar esto! Las pasiones andan sueltas, como perros rabiosos. Es terrible. Los bandos se acometen, luchan. Nadie transige. Cualquiera sabe lo que pueda suceder. Es triste. ¡Hay que arreglar esto!

Aquella noche el "Trompa" se echó sobre sus espaldas el mayor peso de su vida.

Los campesinos estaban indignados por el asalto de que habían sido objeto por parte de los propietarios, en la Cañada del Chopero. No querían transigir, no querían parlamentar con ellos. Por la noche se sabía ya lo ocurrido y los odios rebasaban los bordes de la prudencia. Sin embargo, se llegó a un acuerdo, después de bastantes dificultades. A la mañana siguiente, en el Ayuntamiento, una comisión de patronos y una comisión de campesinos redactaría las bases definitivas de trabajo. Por los patronos irían don Nazario, don Policarpo y don Segundo. Los campesinos querían que fuese Quico. A punto estuvo de fallar la conciliación. Los patronos no le admitían. Después de varias conferencias, quedó resuelto que en nombre de los trabajadores fuesen Pedro el hermano de Quico, León el cacharrero y Julio, uno de los de la Dehesa. ¡A las diez en la Alcaldía!

El "Trompa" pudo dormir tranquilo. Se arreglaría el conflicto, y el lunes todos a trabajar con las hoces en las mochilas, dispuestos a embestir su filo curvo sobre las mieses resacas. Durmió tranquilo. Los cordones de las borlas que oprimían su corazón, se aflojaron. La sangre corrió normal. La vida en el poder tenía satisfacciones y proporcionaba instantes de alegría en que el triunfo, la tranquilidad, el deber cumplido, la solución feliz, el trabajo, todo conduce a que, echados en la cama los ojos se cierran plácidamente, en descanso, los labios sonrien y se diga al oído de la gorda consorte mientras se la hacen cosquillas en el ombligo: "¡Ahi, qué feliz me siento, parienta!".

Al día siguiente era domingo. Es justo que las diez de la mañana no sea una misma hora para los gallos que madrugan y se lavan la cresta con agua del amanecer, que para los perros de un cortijo que se han pasado la noche ladrando

Los Pobres contra los Ricos

despiertos, y a las diez duermen a la sombra, espantando moscas con el rabo. Esto sucedía a los campesinos de Morcuende. Madrugaban mucho, tanto como los gallos, y a las diez de la mañana era para ellos una hora de altura, lejana a las costas, con límites infinitos de un mar de sol y de azul de cielo. Se notaba animación en la plaza. Primero se llenaron los soportales que era dónde había sombra, después comenzaron a situarse grupos en el paseo. El reloj del Ayuntamiento marcaba las diez y cinco. El alaguacil asomó a la puerta su cara escurrida, de cera. Llevaba gorra nueva. En el portal, anuncios, bandos, un cartel de feria, muchos letreros en las paredes.

En los grupos se comentaba la situación muy apasionadamente, sin unanimidad de criterios:

-A mí, dejadme de bromas- decía un campesino de edad, sentado en el respaldo de un banco-. Dicen que resistir y yo resisto, pero ¡diablo!, que llega un momento en que las tripas se revientan. Los ricos tienen una buena despensa, pero nosotros... ¡Vamos, yo estoy con el agua al cuello! ¡Debo a todo Cristo! Si esto continúa así mas tiempo, no sé qué sucederá. Yo creo que se arreglará hoy.

-Como que está visto- le replicó otro que estaba de pfe, en mangas de camisa- Por un lado por otro, los pobres no podemos salir nunca del atolladero. ¡Nos tienen bien amarraos, como a una vaca que le van a dar el cachetero! ¡Mira que si no ...! Por eso, yo no soy partidario de la huelgas ni de nada. Que dan poco y hacen trabajar mucho, qué le vamos a hacer. Tenemos que aguantarnos y amolarnos!.

Otro más joven le replicó vivamente:

-Claro ¡Qué bonito! Entonces si los patronos quieren meterte una estaca por el culo, tú te vas a dejar. ¡No, señor! Tenemos que enseñar los dientes a todos estos señores. Que vean que no nos chupamos el dedo. Ellos, mucha agua bendita, y golpes de pecho, y santo Dios, santo Dios, y después nos explotan como las bestias. ¡Di que no tenemos coraje, que sino ...!

En otro grupo que había tumbados en el suelo, a la sombra de los soportales, se preguntaban:

-¿Han subido ya los nuestros?

-No sé- contestó otro-. Yo acabo de llegar, pero allí mi vecino el tío Reinoso, me ha dicho que el alcalde está arriba desde las nueve y media.

-¿Los amos también?

-¡A os amos no les ve ni Dios! Habrán entrado por la trase ra.

En este momento Quico y su hermano Pedro, llegaron a la plaza. Todos se fijaron en ellos. Se pararon a hablar, unos minutos, muy misteriosamente. Nadie se atrevió a acercarse. En seguida se separaron y Pedro cruzó la plaza entrando en el Ayuntamiento. Quico se unió a los grupos de gente que había en los soportales. Todos fueron hacia allí y se formó un corro extenso, apretados unos contra otros. Quico estaba en medio, hablando. A los extremos no llegaban

las palabras. Enfilaban el oído, pero era inútil.

-¡Qué dice? -se preguntaron unos a otros.

-No sé. Parece como si dice que apuntaban con las escopetas...

-Ah, entonces estará contando lo de ayer tarde. ¡Fue bueno! Por hacerse los valientes les hubiese estado bien empleado un remojo en el arroyo. ¡Luego dicen! Demasiado prudentes fueron los muchachos.

Quico contaba una vez más el episodio de la tarde anterior. Les regocijaba mucho, sobre todo cuando refería como de una patada hizo iguá! la barriga de don Nazario y toda su humanidad cayó rodando por la cuesta. Allí estaban también Macario, Eleuterio el "Pituso", el "Mosca" y otros que añadían más detalles. Quico echó una ojeada alrededor.

-¡Me cago en la osa; cuánta gente hay aquí!

-¡Anda! -dijo uno- y más tiene que venir. ¡Bueno está el pueblo! ¡La cosa está ya que hecha lumbre! Creo que van a bajar todas las mujeres de las Arquillas.

-¡Arrea, pues buenas son!

Las Arquillas era el barrio pobre, el más pobre. Los pueblos son como las ciudades: una espiral. La línea parte del centro, va ensanchándose, se extiende circularmente. Así llega hasta los arrabales. Y cada grado marca una diferencia en la posición de los habitantes. Los ricos viven en el centro.

-Pues no conviene que haya jaleo- dijo Quico-. Que aprueben nuestras bases y nada más. Hay que advertirselo a todos.

Quico y algunos otros se metieron en la taberna y el grupo se diseminó por la plaza. Eran poco más de las diez y media. Había gente, pero nada de extraordinario se presentaba. Se notaba cierta curiosidad. Se sentía impaciencia. Las conversaciones eran animadas, apasionadas. Calentaba el sol con una fuerza aplanadora.

La gente fue acercándose a la puerta del Ayuntamiento. El alguacil salía de vez en cuando para advertir que no se podía entrar ni siquiera en el portal. Por otra parte, nadie intentaba entrar con violencias. Huyendo del sol, se apañaba la sombra del portal. Pero no hubo nadie que contraviniese la orden del alguacil, aunque bien pequeña autoridad es un alguacil. Algunos se sentaron en las piedras del quicio de la puerta y fumaban, encendían las mechas con pedernal, hablaban.... Casi todos los que estaban alrededor eran hombres agobiados por el trabajo, secos, enjutos, prematuramente viejos, sin alegría.

Poco a poco, los núcleos de gente fueron haciéndose más compactos. Las plazas suelen tener un secreto: que se llenan de gente sin notarse. Los grupos iban perdiendo aislamiento, iban uniéndose entre sí. Ya era una multitud la que había frente al Ayuntamiento. El alguacil una vez que salió a la puerta lo advirtió claro. Echó la vista con rapidez, arrugó el hocico. Exclamó simplemente, sin más comentarios:

Los Pobres contra los Ricos

-¡Uf, esto me huele mal!

Sin embargo, la tranquilidad era absoluta, a pesar de que una multitud siempre es un mar en movimiento. Los hombres hablaban unos con otros, con pasión, con fuertes dictérios, en un lenguaje duro. Pero ni un sólo grito se destacaba sobre las cabezas dirigido a la excitación. Se veían ya bastantes mujeres esto perturbaba un poco la serenidad del conjunto. Las mujeres salen de casa, corrientemente, a cuchichear, a contar chismes en voz baja a las conocidas que encuentran al paso. A gritar, propiamente a gritar, salen pocas veces. Pero cuando salen, es temible. Todas las mujeres llevan debajo de la lengua provisión de víboras. Si no pasa nada, bien va, sus bocas son bocas armoniosas de canario. Pero como se enzarce la cuestión, está todo perdido: las mil víboras saldrán de la boca coleteando furias y venenos.

Eran las once y media. Ya la serenidad no se mantenía tan uniforme. De vez en cuando, alguna mujer acalorada, excitada, daba un grito agudo:

-¡A ver esos tños del Ayuntamiento si acaban ya!

-¡Que nos saquen una silla!- gritó otra, humorísticamente.

Eran gritos, pero inofensivos. Poco a poco fueron aumentando las mujeres, fueron agrupándose y avanzando. Los gritos se hicieron cada vez más continuos y espesos. Muchos hombres estaban ya contagiados de excitación.

-¡Muchos calzonazos es lo que hay en este pueblo! - exclamó una-. ¡Todo esto lo resolveríamos las mujeres a mordiscos!

-Tardar, tardar y después parir burros! ¡No debemos de aguantar más bromas!

-¡Vamos a tener que subir a tirar por el balcón al alcalde y a los amos! Cada grito tenía una repercusión de movimientos. La multitud se agitaba con rumores alarmantes. Llegó un nuevo grupo de mujeres en franca exaltación, gritando furiosamente. Avanzaron a primera línea.

-¡Adelante! ¡Asaltemos el Ayuntamiento!

-¡A ver los valientes! ¡Arriba!

Hubo un movimiento de oscilación. La línea que guardaba la puerta no se rompió. Gracia. Como una ola que da en un acantilado y retrocede, el empuje de la multitud se equilibra en un movimiento de descenso. El alguacil salió a la puerta de nuevo. Fue un instante. Retrocedió, cerró rápidamente la puerta con cerrojo.

-¡Uf, ya decía yo que me olía mal! ¡Aquí nos van a hacer picadillo!

Quico y unos cuantos amigos avanzaron hacia la primera fila, conteniendo a la gente:

-¡Calma, compañeros, calma! Es cosa de momentos. Tenemos que esperar a ver lo que ha resuelto la comisión.

-¡No conseguiremos nada poniéndonos así!- gritó Macario.

-¡Es que ya estamos hartos! -gritó uno.

-¡Calma, calma!

Algo conseguían. De momento se apaciguaron los ánimos. Pero en seguida volvieron los gritos con más furia. La gente se apretaba, se estrechaba y sobre las cabezas resonaban los murmullos y las voces, con un oleaje encrespado.

El alguacil subió corriendo a avisar. Llegó tarde. La alarma ya estaba dentro de la Alcaldía. Los patronos se obstinaban en sus puntos, no querían ceder. Los campesinos apremiaban:

-¡Que es urgente! ¡De un momento a otro asaltarán el Ayuntamiento!
¿No oyen los gritos?

-¿Pero, no está ahí la Guardia Civil? - preguntaron al alguacil.

-No he visto a nadie. Sólo sé que la plaza está imponente.- dijo casi temblando.

-¡Qué canalla! ¡Hay que pegar a esa canalla!- decía don Nazario en el grupo de sus colegas.

Cundió el pánico. Ya los patronos no se ocupaban de seguir discutiendo las bases, por lo demás ya bastantes discutidas. Lo importante de momento era defenderse, conjurar aquella amenaza. Los propietarios hablaron en secreto con el alcalde. Había miedo, miedo. Iban de un sitio a otro de la habitación, gritaban, se echaban las manos a la cabeza. La comisión de campesinos quería salir, pero tampoco se les dejaba, porque esto hubiese empeorado el conflicto.

En secreto, el alcalde y los propietarios acordaron que el alguacil saliese por la trasera y avisase a la Guardia Civil. Así lo hizo. Ninguna de las ventanas de la alcaldía daba a la plaza, pero a pesar de ello se oía un rumor hirviente de multitud exaltada, que llegaba hasta la habitación y se clavaba en los rostros de los propietarios con incisiones tenebrosas. Había miedo, pánico. ¡Huir! ¿Sería fácil huir? De vez en cuando sonaban golpes en la puerta de abajo y los rumores crecían, sonaban voluminosamente como esos instantes progresivos de lluvia torrencial de las tormentas. El corazón saltaba con brincos de potro joven. La sangre se agolpaba en los ojos. Se secaba la boca. ¡Miedo, miedo! ¡Huir! ¡Si se pudiera huir...!

-¡Esta canalla...!

Fidel creyó durante toda su vida matrimonial que las malas cualidades de su mujer eran fogatas de genio. Simplemente, mal carácter. Improperios, voces, algún golpe... En fin, cosas familiares. Su mujer era fuerte, llena de vida, y de algún modo tenía que desplegar su exuberancia. El caso era amargo, triste y había traído consigo a lo largo de diez y ocho años de matrimonio una repetida amargura, únicamente compensada con la satisfacción de la vida oficial.

Los Pobres contra los Ricos

Habia vivido en las nubes. Pero algunas veces, los pobres maridos que viven en las nubes se llevan sorpresas terribles. Cualquiera día un mal viento despejado les hace caer a la realidad y entonces toda la crudeza se destaca ante sus ojos.

Había acontecido así, y no cabe andar con más historias. Fidel se había enterado de que su mujer le engañaba. El enredo partió de la chaqueta que la mujer del sargento había encontrado en la alcoba. El escándalo se había producido. Las dos mujeres riñeron, a grandes voces, en la escalera, cuando se encontraron frente a frente. Esto sucedía el mismo domingo por la mañana, cuando Amancia venía de la calle y Josefa iba a ella. Explicaciones muy airadas, insultos, voces, casi una agarrada de pelo. En fin, ya se sabe lo que son los chismes y peleas de vecindad: algo pintoresco: "Porque ya sabemos lo que es usted una cualquier cosa". ¿Y qué? Cuando oiga usted bacín, diga presente." "¡Tengo que decirlo muy alto, para que se entere todo el mundo!" "Tengo que decir que pone usted los cuernos a su marido" "¿Y qué?" Vamos a ver, ¿Y qué? ¡Usted ni siquiera vale para eso, so lechuza!" "¡Mala mujer!" "¡Lagartona!" "¡Zorra!" En fin una pelea de mujeres.

Estos gritos suenan muy bien en la escalera de cualquier casa de vecindad. Yo no sé qué tienen los techos de las escaleras, resuenan las voces, y los improperios mas comprometedores se meten en los agujeros de las cerraduras que no están, por cierto, con las llaves puestas, sino que están ocupados por los oídos y los ojos de todos los inquilinos.

Fidel se enteró también. "¡Caramba, parece que mi mujer riñe con alguien!" Miró por la cerradura, como es costumbre. Vió la mujer del sargento descompuesta, encarnada. Oyó claramente "... pone usted los cuernos a su marido". ¿Qué? ¿Qué dice? ¡Mi mujer! ¿Es posible? Desde su limbo de nubes cayó a un charco sucio de ranas. ¡Terrible! Le cayó encima un alud de pena, grande como un cataclismo. No sabía si ponerse a llorar como un niño descontento o huir por el campo, atravesando el mundo., hasta perderse en una lejanías oscuras donde él se convirtiese en nada, en un trozo de carne para cuervos, sobre un camino despoblado.

Su mujer entró en casa, y él no sabía ciertamente que actitud tomar. Quiso callarse. Quiso resistir todo, guardarse su desventura con la debilidad de un niño. Pero no fué posible. Amancia entró hablando sola, lanzando estridentes improperios contra la mujer del sargento.

-¡ Vaya la tía lagartona, meterse en lo que no le importa!

-¡ Más vale que cuide de su marido y no perdiere el tiempo detrás de los confesionarios!

-¿Pero qué ha pasado? -preguntó

-¡Esa, que dice que si tal cual o que si cual! ¡Habladurías de chismes!

Fidel no pudo contenerse. Saltó:

-¡Cuando el río suena...! ¡Qué vergüenza! ¡D.Sólo me faltaba eso, que mi mujer me engañase! ¡Si no fuera por... otras cosas, ahí os dejaba a todos que os pudrierais! ¡Qué asco de vida! ¡Lo he oído todo! ¡Tú eres un solemnísima zorra, como tu hija, como toda tu familia! ¡Estoy hasta la coronilla de tanta basura!

Amancia se le quedó mirando en una postura cinica y dominadora. Exclamó con desprecio:

-¡Anda! ¿Pero qué dice este mierda? ¡Mira, tú a barrer! ¡No necesito darte explicaciones! - y entró en la cocina.

Fidel se puso rojo de excitación. Dió un puntapié a la puerta, que se golpeó fuertemente.

-¡Qué asco!

En este momento, Lillo, que estaba de guardia, llamó a Arroyo con urgencia. Hablarón breves instantes. Fidel se vistió rápido, sin decir nada a su mujer. Al cuartel había llegado la noticia de la actitud de la gente en la plaza. El sargento mandaba prevenirse.

A los cinco minutos, Fidel estaba equipado. Salió de casa con alegría dentro de su desesperación. Cerró la puerta con fuerza, con rabia, volviendo la espalda al mundo familiar, indigno y agobiante.

Entró en casa del sargento. Ya estaban allí todos. Lillo, un poco nervioso, azorado y Lopez siempre seguro y enigmático. El sargento estaba también preparado para salir.

-Dicen que hay barullo en la plaza. Vamos allá.

López llevaba en los ojos una llama viva, de una alegría terrible. Toda su enigmática seriedad se iba transformando en una expresión de contento, de impaciencia. "¡Ahora es la nuestra, ahora es la nuestra!" iba diciendo entre dientes.

-¡Hasta que no se haga un escarmiento, no puede ser! ¡Está visto que no puede ser! -dijo el sargento.

Cogieron los fusiles, se los cargaron a los hombros, y salieron. En la escalera se encontraron al alguacil. Venía descompuesto. Apenas podía hablar. Se ahogaba. Tosía insistentemente, sacando una cuarta de lengua.

-¡Uf, señor sargento, cómo está la plaza! ¡Vayan en seguida, vayan! "Yo me he podido escapar por detrás! ¡Creía que no podía! ¡Todo está rodeado de gente! ¡Quiere asaltar el Ayuntamiento! ¡Qué bárbaros! ¡Bueno está el pueblo!

-¡Allí vamos! -dijo el sargento. Y luego, viendo el estado del pobre alguacil: -Siéntate en el banco del portal y desacansa. Que te den arriba un vaso de agua.

Salieron a la calle. Marcharon a la plaza. El sargento y el guardia Fidel iban delante. Detrás iban López y Lillo. No hablaban. El sargento andaba pesadamente, muy serio, mirando hacia delante. Fidel llevaba la cabeza baja, ceñudo, preocupado. Atrás, Lillo marchaba casi temblando. Miraba de reojo a

Los Pobres contra los Ricos

su compañero López. Jamás le había visto con aquella expresión extraña, de poseído, de loco. Hablaba bajo, pero no se le entendía nada.

Llegaron a una de las esquinas de la plaza. El aspecto no había variado. El tumulto de voces se enmarañaba por encima de la superficie de las cabezas y de los brazos en alto. La masa de gente tenía flujos y reflujos. Durante el ascenso parecía que iba a derribar el edificio de un empujón decisivo. Durante el descenso parecía que tomaba fuerzas para nuevas embestidas. De vez en cuando sonaban golpetazos en la puerta. Ya no se oían gritos sueltos. Todo el rumor era apretado como una columna de humo que sale por un recinto estrecho. Hombres, mujeres, mozos, niños, formaban un conjunto de multitud densa y viva. El reloj desde lo alto, miraba impasible con su cara redonda de luna. Eran las doce.

La visión de la multitud impuso a los guardias. Retrocedieron unos pasos. El sargento dió órdenes. Dos irían por la bocacalle más abajo. Dispararían al aire para amedrantar. Luego avanzarían hacia el centro. Lillo y López dieron la vuelta por detrás de unas casas. Las dos parejas avanzaban resueltas.

Aumentó el rumor y la agitación de la multitud. Luego, en un descanso, se oyó claramente gritar:

-¡Los civiles!

La masa dió una fuerte sacudida. Se produjo un instante dramático de confusión. Algunos echaron a correr hacia las casa. Varias voces aconsejaron:

-¡No correr! ¡Que no pasa nada!

La extensión de la gente volvió a recuperar su nivel, pero con una excitación mayor. Se distinguía bien, bajo el sol brillante, el charol negro de los tricornos. Avanzaban con dificultad. De pronto se oyó un disparo. Luego otro, varios a continuación. En la plaza, sobre las voces y el rumor, sonaron secamente, con un eco duro y desgarrado. El tumulto fué espantoso. La gente saltaba unos encima de otros, huyendo. Gritaban las mujeres. Se cernió una polvareda oscura. La masa se abrió, se desgajo como un témpano de hielo deshecho. En el centro quedaban algunos grupos que trataban de reaccionar. Se veía a Quico, con los ojos desencajados, con las manos en alto, ronco, frenético, gritar:

-¡A por ellos! ¡Hay que responder a la provocación!

¡Horrible! A un lado López, de rodillas, con el fusil apoyado en el hombro, disparaba mecánicamente, loco, riéndose, transfigurado el rostro, cambiada su expresión. Todo su enigma de siempre acababa de revelarse: era un hombre cruel, de instintos contenidos. Ahora se descubría toda su sombra siniestra: disparando, matando, se sentía contento, risueño.

Lillo estaba nervioso, corría detrás de la gente, de un lado a otro, asustado, sin haber disparado ni una sola vez. Se metió en los soportales y los

desalojaba confusamente, con un azoramiento irreprimible.

Al otro lado Fidel, en pie, apoyado en la pared, disparaba fríamente, con odio y furia. Todo lo que él tenía en su vida particular de desgraciado, de fracasado, salía hecho odio por el cañón del fusil. Todo su asco a la vida, tan poco pródiga con él, lo condenaba disparando. Se sentía héroe. Se percibía orgullosamente alto, por encima del nivel mediocre de su vida desventurada, contrahecha, rota, sin ninguna satisfacción.

A cargo del sargento estaban las órdenes y las imprecaciones. Iba de un lado a otro, gritaba con exasperación:

-¡Despejen! ¡Fuera! ¡Aquí no hay más valientes que nosotros! ¡Esto se ha acabado ya!

Se oían continuos disparos. ¡Paf! ¡Paf! ¡Paf!...! Continuos disparos. Todo fué cosa de unos instantes. El grupo de rebeldes que se obstinaba en permanecer quieto, se deshizo. Unos cayeron, otros huyeron. ¡Horrible! Todo se desarrolló en unos instantes. El reloj desde lo alto, que mide el tiempo, podía decirlo. Unos instantes. En pleno tiroteo. En pleno tiroteo, Quico vió al guardia Arroyo, disparando. Se acordó de su padre, de su venganza: la sangre le subió a la cabeza con una presión furiosa. Se apartó del grupo y avanzó hacia él. Se le veía lívido, excitado, apretando los dientes con rabia. Para él fué también cosa de un instante. De pronto se paró en seco, retrocedió en seguida a un lado. Estaba herido. Se echó las manos al pecho, encogió la cabeza y cayó al suelo, junto a un banco. Otros habían caído antes. Otros cayeron después. La gente huyó despavorida. La plaza se llenó de polvo y humo. Olía a pólvora...El reloj, que mide el tiempo, podía decirlo: todo fué cosa de unos instantes.

La plaza quedó desierta. Había acabada la lucha. Los guardias desaparecieron. Las autoridades bajaron del Ayuntamiento, consternadas ante el espectáculo. Algunos grupos empezaron a prestar auxilio a las víctimas. Había cuatro, seis, acaso más personas caídas, en el suelo, sangrando. Algunos se quejaban. Otros estaban muertos. Se los llevaron todos al pórtico de la iglesia. El médico los iba despachando: unos al depósito, otros al hospital. A Quico le cogieron varios amigos. Vivía aún, pero no tenía conocimiento. Le llevaron también al hospital. Su hermano Pedro iba detrás llorando.

El pueblo quedó mudo, bajo una postración de silencio. Era imponente. Se notaba el dolor de la tragedia, en una atmósfera enrarecida de angustias. Desapareció el polvo y el humo. El sol lucía claro, con llamas candentes. Eran las doce y siete minutos. Todo fué cosa de unos instantes. El reloj, que mide el tiempo, podía decirlo.

La vida está dentro del cuerpo caliente y latente. Pero no está mas segura

Los Pobres contra los Ricos

que el agua en el cántaro que apedrean los chiquillos. ¡La vida! Se la siente bullir, se la siente respirar dentro de un pecho grande y sano. Los pies marchan seguros, firmes, sobre la tierra. Las palabras salen ordenadas de la boca. Los ojos ven. El corazón siente y late. ¡Qué maravilla! Y un momento de adversidad, una brizna de plomo derrumba para siempre un castillo bien firme, robusto, de vida joven y ardorosa.

Por la tarde nadie se daba cuenta de lo que había pasado. Se oía hablar de tres muertos, de dos heridos graves, de otros diez hospitalizados, de muchos contusos.... Todo parecía un mal sueño de una cabeza desvelada. Costaba trabajo creerlo, darle realidad a la tragedia verdadera. ¡Muerto Quico con sus fuerzas de toro, con sus espaldas anchas como un frontón, con su vida rebelde, joven e irreprimible....! Muerto el "Chaparro", con su alegría de diez y ocho años, regordete y sanote, con músculos de hierro y resistencias de potro! ¡Muerto Macario, con su majeza de mozo bravo, la boina ladeada, las palabras precisas, la mirada corta y seca! ¿pero era posible? ¡La vida! Una mala voltereta sobre un grano de plomo y ya está.

El pueblo estaba apesadumbrado. El destino trágico pesaba como una fatalidad negra. Había olor a sangre derramada en el suelo. Todas las imaginaciones estaban cruzadas de manchas rojas y de visión trágica de cadáveres. No se oía una sola risa, ni una sola voz más alta que la otra, ni un solo ruido extraño. No se oía nada. Parecía un pueblo en calma, después de haber sido desolado por un huracán. Las calles estaban desiertas; no se veían chiquillos ni perros. Se marchaba la claridad del día con una opaca tristeza de luz de velatorio. Todo estaba traspasado de dolor, y un cielo de lágrimas venía sobre la honda gravedad de la noche.

Quico murió en el hospital, cuatro horas después de lo sucesos. Le llevaron en estado gravísimo. Avisaron a la madre. La pobre vieja apenas podía tenerse en pie. Quisieron ocultárselo, pero fué inútil, porque la tragedia rebasaba los límites de la precaución. Tuvieron que llevarla al hospital. ¡El hijo! -¡mi hijo?! ¡Mi pobre hijo!

Se abrazó a su cuello con fuerza; se echó sobre él, desvanecida. ¡La madre, que culpa tenía de nada! Ella sólo era madre. El mundo es complicado y ancho, y los maridos y los hijos salen de la casa, como cazadores, a trabajar, a buscar alimentos, a buscar medios para vivir. Las madres se quedan en casa con el corazón al descubierto, con ansiedad de espera. El mundo es ancho y peligroso. Las madres aguardan. Pero cualquier día el mundo devora a los hijos, al marido..., Se mueren, se van. ¡El mundo!.

La madre se desvaneció. Tuvieron que sacarla de la sala. Quico no conocía. tenía la cabeza vendada, los ojos cerrados. Era media tarde cuando murió. En el hospital había mucha gente. Todos andaban de puntillas, en silencio, con los semblantes contraídos por el dolor. Se abrían y se cerraban

puertas, se pronunciaban palabras en voz baja, cruzaban los médicos y las monjas. Había una tristeza de muerte, una desolación de palidez de muro. Agobiaba el dolor.

Todo era verdad. Ellos habían vencido. Para que discutir. Mañana los pobres volverían al trabajo. Habría otra luz y otro aire más puro. Se segarían los campos, se recogerían las cosechas, se llenarían las grandes paneras de los ricos. Habían vencido, y basta. ¡Los pobres...! Quisieron unirse, luchar juntos, solidarios en la justicia y la miseria. ¡De que vale esto! Cuando los ricos mandan, la fuerza dispara, hace fuego, mata, desaloja, obliga. Los cadáveres quedan por el suelo, arrebujados, acribillados, con la sangre y la vida fuera. ¡Victoria! Los ricos mandan. El mundo es de ellos. Se lo han distribuido y no se lo dejan arrebatarse.

Llegaba la noche. Todo se hundía en la oscuridad extensa de sus simas. Todo estaba confundido, desvaído en las tinieblas del mundo. Los pobres habían perdido sin remedio. Era triste. Trabajar para los amos, matarse para los amos, esclavizarse a los amos. Y en invierno, el hambre aullando sobre un frío de miseria. Era triste. Llegaba la noche, y que amargura exprimida por el peso y el agobio del fracaso, de los anhelos cortados, de las esperanzas muertas. ¡La noche...!

Pero... ¡Bah, arriba el ánimo, compañeros! Aunque las vicisitudes sean muchas, las noches pasarán, se hundirán en una oscuridad perpetua de pasado muerto. ¡Alegrarse! El dolor presente y la amargura de las derrotas cava un inmenso foso negro donde un día irá a pasar, como a un osario, esta podrida civilización de los ricos. Pasarán las noches, sí. Y cualquier día amanecerá sobre la cabeza victoriosa de los pobres una nueva, una triunfante y clara luz de justicia. Esto vendrá. ¡Alegrarse, compañeros!

FIN

Xuan, el músico (1936)

Por César M. Arconada.

Era un hombre de zumba y de sonrisa leve como un zurcido.

-Que llueva o que amaine, la música pa lante- decía.

Había venido del interior hacia bastantes años, tiznada su juventud y su cara larga por el polvo de las minas y el agua sucia del Nalón. Un desprendimiento de tierras, dentro de una mina, se había llevado su brazo derecho, arrancándose de una dentellada, con esa ferocidad que la tierra cabada y agujereada tiene para los mineros. Entonces, cuando ya no podía trabajar, se fué hacia la costa, en busca del mar y el límite, donde el agua azul de los confines trae constantes y amplias músicas de misterio. La costa y el horizonte abierto y la luz sin umbrales, terminarón por enterrar, aquello que en él había de negrura, de tenebrosidad de fondo triste de mina. Se afiló su alegría como un cuchillo, y más movable, más ágil, una sorna de traviesa infantilidad trasformó su cara y abrió una sonsrisa bondadosa Y zumbó alrededor de su bigote cano y descuidado.

El mismo no sabía con certeza cuándo había empezado a tocar la armónica. Acaso en un baile, en una boda. Acaso un año que se fué a Cudillero con un hermano que tenía pescador. Todo esto pertenecía a esos oscuros recuerdos, sin fecha, que se mezclan en el fondo de nuestra memoria como el polvo y el agua en una tormenta. Lo cierto es que, sin saber cómo, él había llegado a ser Xuan el músico, y que toda su vida estaba ligada a la costa, al mar, a las gentes y las alegrías de pescadores y mozas de bailes y domingos lluviosos.

Así había logrado su medio de vivir, y sacaba adelante a la familia, su mujer y tres hijos pequeños. Su oficio era de ojeo, como el de los grumetes y el de los cazadores. Salía por la costa y se metía en un baile o en una sidrería donde se bailaba o se cantaba.

-Xuan- le decían -tu que eres músico, tocanos algo de tú repertorio.

Y Xuan el músico sacaba la armónica del bolso del pantalón, la ensayaba primero recorriéndola con los labios como para acariciar todos los registros, luego la limpiaba en la chaqueta que pendía del hombro donde le faltaba el brazo, y tocaba y tocaba, meneando un poco la cabeza, sonriendo como si tratase de dar alegría y bullicio a las humildes notas de su instrumento.

-¡Ande el fraile, que viene el Alcalde! ¡Hu! ¡Hu!

Y para el pequeño corro de pescadores y mozas de vestidos verdes domingueros, Xuan el músico soltaba su pequeña musiquilla de rana, de grillo, de zumba popular, de mullida alegría de yerba, donde la voz metálica de las

lengüetas saltaba como fuertes gotas sobre el acero de un dalle. Después, pasaba la boina por entre el corro y recogía unas perras.

Xuan vivía cerca de Sama, en una pequeña casa aislada, abajo de dos lomas, frente al mar. La casa tenía un pequeño cercado de piedra, y por el sur se metía un regato de agua, que regaba unos metros de huerta, pomposa en su exhuberancia de dos docenas de buenas coles. Del cuidado de la huerta se encargaba su mujer, Martina, que era el espíritu pesado de la paz y la tierra, mientras el marido era el espíritu móvil de la música y el mar. Tenían dos chicos y una niña pequeña. La niña se arrastraba por la huerta, detrás de la madre, como un animalito torpe. Los chicos ya marchaban al mar, por las huellas del padre, como toda fuerza que busca un enemigo fuerte para desarrollarse y vencerlo.

En los últimos años, Xuan había añadido a su repertorio popular una piececilla de éxito: tocaba La Internacional.

-Oye, Xuan, tocaste ya nucha solfa de balde. Ahora, que te oigamos todos La Internacional- le decían en las reuniones.

Xuan sonreía, trucando maliciosamente los ojos.

-Vosotros queréisme mal, muchachos. ¿Y si óyenme?

-¡Bah! ¿Quién nva a oírte? Aquí todos somos de confianza. Cuandose arme la gorda y ganemos, vamos a llevarte a Ovicdo a que seas músico mayor.

Y en medio del corro, Xuan tocaba La Internacional, muy erguido, muy serio, dándose cuenta de que en ese momento la música de su triple armónica representaba el espíritu revolucionario de todo el contorno. Entonces, los hombres que le rodeaban levantaban el puño, y no faltaba algún grito viril que presagiaba lucha y tempestad.

Xuan se reía siempre, y mostraba esa debilidad que tiene siempre el hombre que come el pan de muchas manos. Todos los comentarios él los desviaba hacia la zumba, que era como deshacerlo en pedazos inofensivos. La política y la pasión de aquel momento la sobrellevaba con la habilidad de aquel que no le pesa con exceso. Nadie podía acusar a Xuan el músico de revolucionario. Estaba por encima de lo que va y de lo que viene. Era un rapoda de la costa, un músico popular. Sus tiempos de trabajador se habían ido tierra adentro, con aquel brazo arrancado. Después de la amputación, había nacido otro hombre, el hombre que ya no está ligado a las cosas por el trabajo, por la utilidad y el afán; el hombre que conquista la agilidad y la aventura, y que es un poco pájaro y pasajero viento sobre la pesadez de las ideas y del mundo.

Y, en fin, un día, La Internacional tocada en su armónica no tuvo mas auditorio que un mar enrespado de octubre. las gentes se habían ido, porque había pasado ya la hora del concierto. Era tarde para hacer corro alrededor de ninguna música, como no fuerala de las balas.

Xuan volvió a casa. Volvieron a casa los hijos. Era la tormenta que hacía

Xuan, el Músico

que cada cual buscase su nido. Por contraste, cuando los otros hombres antes parados y clavados en los afanes y los trabajos, se lanzaron a la aventura y la lucha, Xuan el músico, antes aventurero y andariego, volvía a casa se refugiaba en la casa, y a lo más que se atrevía era a salir al camino a recoger los rumores que llegaban del interior.

Así pasaron unos días angustiados, con eco de cañonazos a la espalda, y un cerrado mar de lluvia hacia el frente. Era la revolución. Muchos de sus amigos habían desaparecido, se habrían incorporado a la lucha, habían tomado, fusil al hombro, los caminos que él había dejado de transitar.

Entonces, por primera vez en esta segunda vida, Xuan se puso serio y hasta hizo esfuerzos por pensar. No puede decirse que vislumbrase mucho. Sin embargo, no hay seriedad que sea estéril. Parado él, cayada su música, solo; por un lado el mar oscuro; hacia el interior, los encrespados rumores de la revolución; Xuan se sintió apesadumbrado y triste como jamás había estado. No sabía concretamente por qué se sentía tan desgraciado, tan solo, con tanto peso de angustia metido allí, en el pecho, donde le oprimía como si fuese un puño golpeándole dentro.

Y, para aliviarse, para consolarse un poco de no sabía que pesadez interior, Xuan el músico comenzó a tocar su armónica. De día y de noche, en la casa o en la huerta, Xuan tocaba, tocaba continuamente, sin fin y sin descanso, como si con ello tratase de comunicarse con los lejanos amigos que luchaban más allá de las montañas. Esta idea nunca la concretó. Pero debía ser cierta, porque no pocas veces se oía que tocaba La Internacional, la música revolucionaria que sus amigos le pedían en las reuniones y los bailes.

- Díjome el vecino que por allá abajo luchan los nuestros como leones- informó a su mujer.

Dijo "nuestros" con naturalidad, con la propia sangre de la clase. Era poco. Quedó un momento pensativo, fijos los ojos en el más allá de las montañas, y, por primera vez, vió la verdad, vió luz y camino para su pesadumbre estancada.

-¡Debírame yo ir con ellos!

Su mujer le cortó rápida la salida, le puso el primer obstáculo:

-¿Qué harías? ¡Tú eres manco y no sirves!

Xuan calló, se puso otra vez triste. Salió a la huerta, con la armónica entre los labios, y, de espaldas al mar, de cara a las montañas y a la revolución, tocó mucho, tocó incansablemente.

-¡Debírame yo ir con ellos!- seguía pensando.

Pocos días después se oyeron tiros por el mar, tan oscuro antes, tan indiferente antes, tan metido en su música y su ritmo. Eran tiros próximos. Era que se acercaba el choque de los frentes era que llegaban, por el mar, las fuerzas que venían a luchar contra los "nuestros", contra los amigos ausentes, para

quienes su armónica había tocado muchas veces el himno proletario.

-Los tiros fueron acercándose más, como enemigos próximos que acechaban descuidados. Por la noche, aún más, golpeaban el silencio en todo el ámbito, haciendo ladrar a los perros y llorar a los niños. Algunas veces se oían como pisadas por las piedras resbaladizas de lluvia y musgo. Y voces. Y gritos y llantos ahoga dos, perdidos, hundidos en nuevos silencios pavorosos.

Con el día llegaban a la casa de Xuan, el músico, noticias terribles. Los moros y el Tercio habían saqueado casas próximas. Se daban detalles. Habían matado a este vecino, a aquel otro; habían asaltado la casa de allá o de acá. Cada noche traía el miedo de la imprevista visita de los salteadores.

La casa de Xuán era pequeña, de una sola planta. En una habitación dormían ellos, el matrimonio, con la niña pequeña. En otra, los dos chicos mayores. Por medio había una cocina amplia.

Y una noche sucedió esta simple y grave cosa. Los tiros comenzaron a dialogar pronto, apenas llegó el anochecer. Cerraron la puerta, apagaron las luces. Los niños, muy asustados, se metieron en la cama; se apretaron los oídos con las manos por no oír el ruido. Xuán y su mujer vigilaron gran parte de la noche. Después se acostaron también. Los tiros cercaban cada vez más estrechamente el círculo. Se oyeron voces y pisadas de hombres cerca de la casa.

-¡Quién vive!

Xuán y su mujer se miraron aterrorizados, vacilantes. Se repitieron los golpes, esta vez más fuertes.

-¡Abrelos, Xuán; que nos tirarán la casa! ¡Deben ser ellos!

"Ellos" eran la muerte que llegaba, los tiros hechos personas, el horror hecho fuerza gubernamental.

-¡Músico!- se oyó decir - ¡abre la puerta o te asamos vivo!

Temblando de miedo, Xuán abrió la puerta. Eran dos soldados, dos tios fuertes, toscos y mal encarados, como criminales en una encrucijada.

-¿Eres tú el músico? ¡Hemos oído chillar La Internacional! ¡Ven con nosotros ahora mismo, perro músico; que vas a tocar la flauta con el cañón de un fusil!

Xuán se quedó helado, frío de pavor. Toda su alegría de otro tiempo, todo su carácter zumbón, toda su vida en retozo, leve, musical y popular, quedaba zanjada, fuera de él, en el pasado que acababa de huir.

Su mujer se agarró a él, llorando, impidiéndole marchar. Uno de los soldados la apartó violentamente. Con la nueva seriedad de la nueva vida. Xuán decidió:

-Vamos donde ustedes quieran. ¿Puedo despedirme de los hijos? Yo nada hice, nada tengo que temer.

Entró en la habitación de los chicos, con la mujer, que lloraba. Los muchachos estaban incorporados en la cama, llenos de susto, presintiendo

Xuan, el Músico

vagamente lo que ocurría. ÉL trató de tranquilizarlos:

-No es nada, rapaces; es que, ¿sabéis? me avisan para que toque esta tarde en casa de Pachin, el guardar. Tienen fiesta por que ha parido una vaca dos terneros.

Los chicos no lo creyeron. Lloraban. Protestaban de que se fuese.

-¡Tú no te vas, padre! ¡Tú no te vas! ¡Se oyen muchos tiros!

-¿Quién ha venido a buscarte?

-preguntó uno de ellos.

-Unos amigos. Podéis creerlo: son unos amigos. Veréislo ahora. Yo marcharé con esos amigos tocando por el campo tan contento. ¡Dormios, rapaces! ¡Mañana estaré aquí sin que me pase nada!

Los besó. Luego se despidió de su mujer, y salió rápido a la cocina, donde le esperaban. Se oyó abrir y cerrar la puerta. En seguida, pasos por el camino. En ese momento como lo había anunciado, empezó a sonar la armónica. Tocaba La Internacional. Tocaba una música para que los niños creyeran la historia de la vaca de Pachin.

Fueron breves los compases, pero enérgicos y levantados. En la noche sacudida de tiros, tenebrosa como una agitación de profundas desventuras, la armónica, con zumba de mar, con bullicio de escaroleo metálico, tocaba y elevaba hasta lo sublime el himno inmortal de todas las revoluciones.

Pero el himno no llegó a terminarse. Sonaron dos tiros, secos, próximos, que hicieron temblar la casa. La mujer corrió a un ventanuco que tenía la habitación, gritando:

-¡Xuán! ¡Xuán! ¿Qué hicieronte?

-No se veía nada, sino la oscuridad húmeda de una noche sin consuelo. Nada, nada, después de aquellos dos tiros próximos que habían abierto, con su fuerza, la boca de la pequeña sima por donde una vida cae a esa noche que está más abajo de la tierra y de nuestros pies en movimiento.

LA GALLINA CLUECA

(1941)

I

En la Alcarria, tierra española donde se produce dulcísima miel, fueron derrotados los italianos invasores, no a causa de la miel, ya puede suponerse, sino porque el deber de los buenos italianos es dejarse derrotar, como el de los malos decir que son el genio de la guerra y de los imperios.

Viniendo de Sigüenza, por carretera, a Guadalajara había una pobre posada lugareña, sucia y telarañosa, que tal vez en otros tiempos de carros y trajines tuvo esplendor de mocerío, pero que ahora, tiempos veloces y motorizados, era más que posada, la decrepitud de unas ruinas.

El pueblo estaba cortado en su mitad por la carretera como una espada reluciente de sol. Al final del pueblo como una aduana o un fielato, estaba la posada que tenía el nombre tentador del "Bien dormir". "Posada del Bien dormir de la viudad de Emeterio Pérez", se leía en un letrero, a la puerta. El buen dormir, asociado a la viudad sería para que los maldicientes, que hay muchos por España, hicieran chistes picarescos. Más la viuda que se llamaba Agustina, era una buena mujer que no se dejaba derrotar tan fácilmente como los italianos de Mussolini. Era una mujer fuerte, sana, madura en años, con una voz un poco varonil. Mujer trabajadora, un tanto ávara, como campesina, el único pobre mundo que había para ella era su posada. Daba de comer a numerosa caterva de sobrinos, a otra hermana más vieja, solterona, que vivía con ella, a su padre enfermo, a dos criadas, y aunque a regañadientes, a muchos mendigos que de paso por el pueblo pedían limosna.

La posadera no tenía más política que la de su vivir, que no era holgado ni mucho menos. La guerra había trastornado los hábitos tal vez centenarios de la posada, pero nuevas luces no había abierto en Agustina. Los sobrinos y el padre enfermo los había evacuado a Levante, a las dos criadas las había despedido y solo quedaban en sus puestos las dos hermanas, suficiente ahora para todo el trajin. Los azares de la guerra habían contribuido sin duda a la mentalidad de esta mujer: El pueblo fué primero republicano, luego fascista, más tarde otra vez republicano, después otra vez fascista.

- Que pongan la bandera que les de la gana, pero que nos dejen de una vez en paz -era su lema, que repetía a todos.

Sobre el patriotismo tenía un sentimiento vano. Toda posada es, en

La Gallina Clueca

cualquier camino, un ir y venir de gente extraña, un salir y entrar, una como perpetua invasión y evacuación. Si a ella le decían, como alguna vez se lo dijeron, que los alemanes e italianos invadían a España, contestaba con no poca inconsciente frialdad:

- Bueno, ya se irán esos señores.

Siempre que con ella no se metieran, siempre que la dejaran vivir, que pagasen si dormían, bebían o comían, que fueran correctos, que fueran espléndidos en dar propinas, los invasores no tenían por que ser odiosos. Agustina la posadera pertenecía a esa clase de gente elemental y estrecha de visión que no ve del mundo sino el agujero de su casa y de sus intereses, igual que el burro sólo ve su pesebre. Cada cual ama y odia según la grandeza de su corazón. El burro, ama su pesebre, el avaro su dinero, el campesino su tierra, el pueblerino su pueblo, el regionalista su región. Y el hombre generoso y consciente, el hombre en plenas luces, ancho de horizontes, ama su patria. Por lo que se ve, la patria de cada uno termina en los límites donde su inteligencia y su amor acaban. Mas estos límites, igual que todo en el hombre, que es agitado y vivo como el viento, pueden ensancharse, agrandarse, pueden ir en un momento desde la estrechez de la pesebrera del burro, a la grandeza del sacrificio por la patria, tal sucede en esta pequeña historia, si me dejáis que os la cuente. Y digo más, aunque os extrañe: que el sentimiento patriótico comenzó a ensancharse en Agustina gracias a una gallina clueca.

Agustina la posadera, como toda mujer, viudad además, y además sin hijos, tenía caprichos baladies, especie de pequeñas vanidades domésticas. Una de ellas, por ejemplo, era orgullecerse de que nadie en los corrales del pueblo tenía gallinas mejores que las suyas, más ponedoras, más lucidas, más gordas, más bonitas, que más pollos sacaban... Era la conversación que con más frecuencia tenía con todo el mundo.

- Porque no hay nadie, nadie sépalo usted, señora Angela, que tenga en el pueblo gallinas mejores que las mías. Usted se hará cruces se le cuento que el otro día mi gallina pinta puso dos huevos: uno por la mañana y otro por la tarde. Y uno de ellos era del tamaño de un huevo de ganso y con dos yemas además.

Esta gallina pinta, gallina castellana, de buena raza, con ancha cresta colorada y caída, era la preferida de todo el gallinero. Para ella era cada mañana el primer puñado de trigo, la primera orgullosa mirada, el primer amoroso pensamiento de Agustina. Cierta que la gallina, sin llegar a poner huevos de oro, se merecía esta preferencia. Un año incubó hasta veinte huevos, y cuando los polluelos salieron, sólo dos se malograron, caso inaudito capaz de envanecer a la dueña de cualquier gallinero.

Este año, su famosa gallina pinta, sin temor a la guerra, como buena madre, estaba de nuevo clueca con otros veinte huevos bajo las alas. Agustina

la tenía echada con todo cuidado en un cuarto oscuro que se entraba a él por el portal de la posada, portal de gran amplitud, donde los arrieros y la gente trajinera comía o bebía vasos de vino fresco.

El pueblo en esta ocasión estaba en poder de los facciosos. La posada tenía muy poca vida, igual que el pueblo. Agustina y su hermana, que se llamaba Manuela, eran como dos sombras angustiadas, ocultas en la casa, ociosas gran parte del día, esperando la paz querida y el retorno del pasado. El entretenimiento de Manuela era hacer calceta. Como no tenía hilo, deshacía medias viejas para volver a hacerlas. Al contrario, la doméstica pasión de Agustina, como ya se ha dicho, era su gallina y su gallinero.

Una tarde, sin duda preparando la ofensiva que les produjo la derrota, pasaron por la carretera un grupo de italianos. Las dos mujeres que estaban detrás de las ventanas al verlos pasar y reconocerlos como extranjeros no pensaron como era su deber de españolas: "¡mal rayo os parta, extranjeros, invasores de nuestra España!", sino esto otro: "¡Si entraran esos señores militares en la posada y pagaran bien su gasto!".

Y sucedió, no se sabe por qué azar, que los italianos entraron. Eran cinco jóvenes, más uno que los acompañaba, que era español. Hablaban mucho, con buen humor y arrogancia estúpida de pavorreales conquistadores. Buscaban vino y moza guapa, que ambas cosas suele haber en tiempo normal en las posadas. Agustina salía a recibirlos mientras la hermana, curiosa, observaba de vez en cuando por el agujero de la cerradura. Después de un pequeño preámbulo y de hablar entre ellos sin que Agustina entienda más que palabras sueltas, el español fascista preguntó:

- Qué, posadera, ¿no tienes moza más joven que tú que sirva el vino a estos héroes italianos?

Agustina sonrió con una mueca forzada:

- ¡Huy, buenos están los tiempos para mozas! Dos criadas que tenía hube de despedirlas porque el negocio está muerto.

Mozas no había, pero sí vino, y los italianos se conformaron y hasta se regocijaron con él más de la cuenta, que el vino español bien vale de por sí veinte mozas de posada. La conversación de los italianos se animó con el vino. Uno de ellos, que le dió por cantar canciones de amor y de guerra, propuso comer algo. El español dió dos palmadas para que viniera la posadera.

- Vamos a ver, Maritornes -dijo con erudición cervantina, pues hay que decir que éste acompañante era un periodista que se divertía por los frentes-, ¿no tienes algo que darnos de comer?

- Si los señores lo traen yo puede hacérselo, aunque tengo muy poco aceite.

- ¡Traer, traer! -contestó el periodista con intemperancia-. ¡Nosotros traemos valor y balas para defenderos de los rojos, y ya es bastante! ¡La

La Gallina Chueca

retaguardia es la que debe honrar con su acogida a héroes como éstos - y señaló a sus compinches italianos-, que vienen a España a salvar la civilización y la cultura.

Pero el pedante perdía el tiempo si seguía haciendo frases de periodismo. La realidad era más simple, y debió darse cuenta, cuando en concreto pidió:

- ¡Ya estás buscando en seguida algo de comer! Si dentro de quince minutos no está sobre la mesa, procederemos pistola en mano a una minuciosa inspección en toda la casa!.

Esto ya era una "civilización" más concreta. Agustina y su hermana, con no poco temor y no poco dolor, sacaron una docena de huevos de la orza que tenían escondida. Aun pidieron un cuarto de cordero a unas vecinas, y con todo hizo agustina una buena y sabrosa merienda, que los extranjeros devoraron con ayuda del alegre vinillo de la Rioja, que había en abundancia.

El vino siempre da intrepidez a los cobardes y arrogancia a los invasores. A la hora de marchar y pagar, los héroes eran unos verdaderos "héroes" y los invasores unos auténticos invasores. Pagaron sí, aunque con tacañería y casi a regañadientes, con malos modales. La insolencia creció. Se consideraban dueños de la casa y entraban por todas las habitaciones a fisgar. Incluso dos de ellos, que medio borrachos se hacían el amor como si fueran mujer y hombre, se metieron con sus zapatones sucios en una cama y dieron tal rasgón a una sábana, que casi la dividieron en dos partes. El de las canciones cursis entró por casualidad en la habitación oscura donde la gallina chueca empollaba sus huevos - ¡Ah, un tesoro hay en este rincón!" - dijo. Y con destreza de aviador de escuadrilla de caza se lanzó sobre la quieta gallina. Cantó el aria más potente que pudo su gargante, y gracias a esto no se oyó el cacareo de la muerte de la pobre gallina. La retorció el cuello hasta estrangularla en un segundo; se cogió los huevos, que guardó en su mochila, y salió al portal con la gallina caliente aun, cogida del flácido cuello estrangulado.

- ¡Mirad, mirad -dijo a los otros-, ya tenemos una buena cena para esta noche!.

En esto salía Agustina, que llena de susto se había refugiado con su hermana en una habitación del primer piso. Ver la gallina en tal estado y echarse las manos a la cabeza con desolación de locura, fué todo uno.

- ¡Ay, ay, mi pobre gallina pinta! ¡Dios mío, que han hecho con mi gallina pinta, con mi tesoro!.

Agustina lloraba, gritaba, se tiraba del pelo, iba de un sitio a otro de la casa, como loca.

- ¡Mi gallina chueca! ¡Mi gallina pinta!.

Pero los héroes se reían de esta pequeña tragedia doméstica. Salieron andando por la carretera, y todavía al descubrir el corral hicieron muestras como de querer volver por las otras. Mas siguieron adelante. El italiano llevaba la

gallina agarrada del cuello, las patas casi arrastrando. Agustina salió a la puerta, como si la atrajera el muerto tesoro que se alejaba. ¡Qué espectáculo! ¡Qué horrible tragedia!.

- ¡Gallinita mía! ¡Pobre gallinita mía! -gritaba.

El héroe aun tuvo el cinismo de volverse, y riéndose mostró a la pobre mujer, pendiente del cuello, la muerta gallina que se llevaba.

- ¡Ay, la más ponedora, la mejor criadora de mi gallinero, la más guapa de mis gallinitas!.

Y luego de una pausa de abstracción dolorosa, gritó con rabia y violencia:

- ¡Ladrones! ¡La... dro... nes!.

En este momento, justamente en este momento de gritar ¡ladrones!, su horizonte de patriotismo se ensanchaba por lo menos en cincuenta grados de circunferencia.

II

El atropellado robo de su gallina predilecta, en trance materno de proliferación, fué para Agustina un brusco cambio en la pasividad de sus ideas. Ya los extranjeros no eran como antes, señores, sino ladrones. Igual que habían robado su gallina robarían cientos de ellas en otras partes, con parecido cinismo. La buena mujer pensaba que si a eso habían venido, mal rayo los paratiese a todos, que mejor estarían en sus países robando en gallineros propios y no ajenos. Empezó a sentir contra ellos odio y temor. Puede decirse que ahora era ya patriota de su casa, de su pobre propiedad, de su querido gallinero. Ya se rebelaba contra los invasores en cuanto éstos atropellaban con tal desvergüenza su gallinero y sin duda los gallineros todos que encontraban a mano.

¡Aciago día fué ésto en que los italianos invasores se llevaron la pobre gallina clueca! Mas como todas las penas tienen consolación, Agustina hubiese olvidado su desgracia si también los ladrones hubiesen olvidado el rastro sabroso de la gallina. No fué así.

Algunas semanas después, otro grupo de extranjeros con un camión lleno de jaulas, llegó hasta la puerta de la posada. Agustina, al darse cuenta de ello, corrió asustada a comunicarse lo a Manuela.

- ¡Hermana, hermana, otra vez los extranjeros ladrones!.

- ¡Ay, pobres de nosotros! ¡Cerraremos la puerta, como si no hubiera nadie!.

- Si pudiéramos guardar las gallinas sin hacer ruido...

Cerraron las puertas de las habitaciones. Los extranjeros, en el portal, llamaban a grandes voces dando palmadas:

- ¡Posadera! ¡Posadera! ¿Quién vive en esta casa?.

La Gallina Chueca

Agustina salió por detrás con ánimo de guardar sus aves, que por cierto entre gallinas, gallos y pollos no eran más de diez.

- ¡Pitas, pitas! - y las empujaba con el aire del delantal hacia el gallinero, cuidando de que no cacareasen, que las gallinas son muy alborotadoras..

Entonces asomó uno por encima de la tapia y dijo en español, riéndose con ironía:

- ¡Vamos buenas mujeres, las gallinas se van a dormir pronto, pero no a las cuatro de la tarde!

Agustina se quedó parada, sin saber qué decir. Como sucede siempre en estos momentos, se dan justificaciones tontas que salen de pronto:

- Es que va a llover, y si se mojan las patas luego no ponen -pero hacía un sol espléndido. Por ningún lado se veían indicios de lluvia.

- No se preocupe, nosotros las llevaremos a buen sotechado. ¡Abra en seguida la puerta si no quiere usted que las cosas pasen a mayores! -dijo con amenaza.

El corazón de Agustina comenzó a agitarse angustiado. Se le saltaban las lágrimas de los ojos. Mientras les abría la puerta pensaba. ¡Ladrones, ladrones, se me llevan todas las gallinas!

De esto se trataba, no había duda. Abrió la puerta y tres hombres, más el de la tapia, penetraron en el corral. Como en casa propia, como si hubieran ultimado trato de venta, comenzaron a coger las gallinas por las patas y a llevarselas al camión.

- ¡Mis gallinas! ¡Mis gallinas! ¿Con qué voy a vivir si se llevan ustedes mis gallinas?.

- ¡Vamos, vamos, menos pamemas! -dijo un español-. Los campesinos siempre os estáis quejando. ¿Con qué va a vivir el Ejército nacional si tus gallinas quedan aquí?.

Agustina, por lo bajo, maldijo mil veces al Ejército nacional. Desolada, temblorosa de pena, iba desde el corral a la puerta acompañando por última vez a sus gallinas que, con las alas y el pico, protestaban del rapto. Se figuraba la posadera que las pobres gallinas con sus redondos ojillos rojos la miraban, la interrogaban, la acusaban por dejar impasible que se las llevarsen. Ya estaban todas cargadas en el camión. Agustina se revolvió furiosa, avalanzándose sobre las jaulas:

- ¡Devolvedme mis gallinas, ladrones, ladrones! -gritaba agarrándose fuertemente al camión.

Pero su serio dolor de pobre mujer expoliada era para los invasores fascistas objeto de broma y de sarcasmo.

- ¡Ya te traeremos los huevos para que los chupes! - decía en italiano uno de ellos.

- ¡Avísanos cuando hagas otra vez gallinero! -decía otro.

La Gallina Clueca

- ¡Peor sería que te las llevarsen los rojos para hacer caldo de gallina al Presidente de la República, que está de parto! - añadía burlón el español.

La pobre mujer no se desprendía del camión.

- ¡Mis gallinas, ladrones!

Entonces, un soldado italiano dió un empujón en el pecho de Agustina, que cayó de espaldas en la carretera.

- ¡Toma tus gallinas, porca Madona!

Y el camión salió a toda velocidad, carretera adelante, con su cargamento de gallinas robadas. La hermana y unos vecinos salieron a recoger a Agustina que, casi sin conocimiento estaba tendida en la carretera y echaba un poco de sangre por la boca.

- ¡Fascistas criminales, cuándo se acabará con ellos! -decía oajo y receloso un viejo.

- ¡A esto vinieron a España los italianos y los alemanes! - hablaba otro hombre.

- ¡Debiéramos ahorcarlos a todos de las ramas de los olivos! -añadía otro más.

Y no era para menos -Cuando en el pueblo estaban los republicanos su clueca y sus gallinas permanecían indemnes.

Agustina estuvo una semana en la cama, enferma, con grandes dolores en el pecho. Pero de esta crisis, lo mismo que de una conmoción geológica, nació un furioso viento de rebeldía y patriotismo. Cuando se restableció, muchas cosas habían cambiado en ella, muchas cosas. Ya no se sentía indiferente en la lucha, ya tomaba partido, ya sus ideales y sus pasiones estaban allado de la España Republicana, ya sentía un odio vivo contra los extranjeros invasores. Ahora se sentía fuerte, enérgica, capaz de empuñar ella misma un fusil si llegaba el caso.

A veces decía:

- ¡Si otra vez vuelven los fascistas a llevarse algo, ya no lloraré, les ajustaré yo las cuentas.

La oscura paz de la casa, la espera resignada de la normalidad, ya no tenía sentido para ella. Quería comunicarse con la gente, hablar, comentar en voz baja el curso pasionado de la lucha. Sentía la necesidad de unir sus anhelos con la gente de su mismo parecer, con los antifascistas, que esperaban el momento de la liberación y la victoria.

Frecuentaba el pueblo, cosa que rara vez hacía antes. Había hecho muchas nuevas amistades. Incluso su hermana, alarmada por la pasión antifascista de Agustina, le aconsejaba moderación. Pero ella no hacía caso. Iba adelante, adelante, como quien ve horizontes anchos. En el pueblo había también otras mujeres a quienes habían robado el trigo o las gallinas o las palomas o la miel, y que sentían como es natural las mismas reacciones que ella.

Un día Agustina organizó una manifestación pacífica de mujeres, que

La Gallina Chueca

fueron al Ayuntamiento a protestar ante el alcalde de los robos que eran objeto y a exigir, que, por lo menos, si los soldados extranjeros se llevaban algo, que lo pagasen. El Alcalde, fascista, no las recibió con buenos modales y la manifestación pacífica de mujeres se convirtió en pequeño tumulto. Intervino la guardia civil, y las más alborotadoras, Agustina entre ellas, fueron a la cárcel.

En la cárcel no había delincuentes comunes. Los delincuentes vulgares estaban libres, sueltos, y de caudillos para abajo, todos tenían carta blanca para cometer los delitos que les diese la gana. En la cárcel sólo había antifascistas. Estaban mezclados en un patio inmundo hombres y mujeres. Agustina no se acobardó por este nuevo estado de su vida. Al contrario, el estrecho contacto con todos los presos fue para ella beneficioso. En la prisión había gentes que sabían mucho más que ellas, las mujeres, generalmente encarceladas por la defensa legítima, pero estrecha, de sus pequeños intereses. La cárcel era una escuela de antifascismo en una medida más ancha, en un plano superior. El centro de las conversaciones ya no era los corrales robados de gallinas, sino España, España invadida, la patria ultrajada, robada, estrangulada en sus libertades populares por la fuerza bárbara del fascismo. El patio de la cárcel, tan estrecho de medidas, alcanzaba en la imaginación de aquellos patriotas las inmensas anchuras del mundo. Como siempre, allí donde se aloja la dignidad humana, nada resulta inmundo ni estrecho.

III

Al fin los italianos, atacaron por la alcarria con el propósito de llegar a Guadalajara, puerta de Madrid, y cerrar por levante la única salida libre de la capital de España.

- ¡Adelante mis legiones victoriosas! -gritó Mussolini.

Pero el adelante de Mussolini es el atrás de los soldados, y es muy justo que suceda así, porque los soldados, después de todo, son el pueblo italiano, y Mussolini, por encima de todo, es el verdugo de su pueblo. Dulce, muy dulce es la miel de las colinas de la Alcarria, pero amarguísimo es el recuerdo que el fascismo tiene de estos lugares no conquistados. Bello, muy bello es el azul cielo de España, pero sombrío y definitivamente tormentoso fue para aquellos que dejaron su joven vida engañada en las curvas de las carreteras, ya fuesen italianos, ya alemanes, ya españoles. Dura, durísima es la suerte adversa de España, pero las victorias que obtiene la libertad nunca se pierden, y alguna vez, en las colinas de la Alcarria, entre zumbido de abejas afanosas, se levantarán unas piedras que conmemoren: "¡Por este camino, el fascismo no puede avanzar a Madrid!".

- ¡Avanti Leggionarios Lictorio!

Pero quien avanzaba delante era el patriotismo defensivo de Madrid, de los soldados republicanos, que por la vieja ruta de Alcalá marchaban a encontrarse con las tropas invasoras. Si a los dos meses de la guerra, Madrid no pudo defenderse en Talavera, a los siete meses se defendió desde más lejos: en la Alcarria. Madrid resistió sin cerco completo gracias a dos batallas victoriosas: la del Jarama contra los alemanes y la de la Alcarria contra los italianos. Debido a esto, Madrid, ciudad de la meseta castellana, respiró siempre por el pulmón vegetal y marítimo de Levante.

Se sucedían batallas duras por la posesión del terreno estratégico que daría libertad o cerco a Madrid. Los soldados republicanos luchaban con el espíritu heroico que infundía la resistencia de la capital de España. Y un día, la aviación leal, actuando en picado, decidió la batalla. Los italianos, en pánico contagioso, echaron a correr hacia atrás. Dejaban cadáveres, ambulancias, municiones, camiones, tanques. ¡Corrían, Corrían!. Eran las ciegas carreras de la derrota, de las hecatombes militares. Los soldados invasores, sin disciplina, sin unidad, se diseminaban por el campo, tiraban sus fusiles para correr mejor, trataban de poner a salvo, en sitio seguro, la vida elemental agitada por los temblores del miedo.

Y sobre cadáveres, pertrechos y trofeos, las tropas de la segunda liberación de Madrid pasaron cantando victoriosas.

La liberación de cada pueblo oprimido por el fascismo era siempre conmovedora. Para la gente, era como salir a la luz viva del sol después de estar reclusos meses y meses en sombrías cavernas.

A pesar de la incomunicación, los presos antifascistas que estaban con Agustina la posadera sabían en detalles las incidencias de la lucha y las seguían con una emoción indescriptible, porque para ellos el avance de las fuerzas republicanas era la liberación de Madrid, pero a la vez, probablemente, su propia liberación. ¡Si sus corazones hubieran podido abrirse camino por la retaguardia!... Mas como gente de cárcel y de ideales los abrían con la imaginación y con el deseo.

Servía en la prisión como criado y recadero, un viejo alguacil, jubilado que simpatizaba con los presos y era quien, no sin precauciones claro está, tenía al tanto a los antifascistas de lo que pasaba fuera. Por él conocían el desastre de los italianos y el avance de las fuerzas republicanas.

Este viejo, que se llamaba Tenolilla, abrió una mañana la puerta del patio de un modo nada corriente y sospechoso. Empezó a dar golpes en las puertas y gritos de "¡Eh! ¡eh!", acompañados de palabras que no se entendían. No acertaba a meter la llave en la cerradura. Incluso dió patadas, como queriendo derribar la puerta. Los presos en el patio, se quedaron todo extrañadísimos, fija la mirada anhelante sobre el portón. Por fin apareció el viejo, tembloroso, que casi no podía hablar de emoción. Balbuceando dijo como pudo:

La Gallina Clueca

- ¡Los Fascistas han huído del pueblo! ¡En la cárcel no ha quedado nadie, nadie! ¡Salid!

Se armó un gran revuelo alborozado.

- ¡Libres!

- ¡Libres!

- ¡Viva la República!

Y todos se precipitaron sobre la puerta. El viejo les explicó que los soldados republicanos avanzaban por la carretera. Gente que se había subido a la torre de la iglesia los veía ya venir. Tal vez estuvieran ahora a pocos kilómetros del pueblo.

Agustina con pasión de mujer patrióta, gritó al grupo de presos:

- ¡Camaradas, vamos a la carretera a recibir a nuestros hermanos!

Y todos los presos marcharon presurosos y emocionados detrás de aquella mujer decidida como un hombre, que cantaba, daba vitores, imprecaba a los fascistas, arangaba a los presos y la gente del pueblo que los seguía.

No habían andado un kilómetro, cuando en una revuelta de la carretera se encontraron con las tropas republicanas. Agustina delante del grupo, fuerte y viril, con los brazos en alto, gritó potentemente:

- ¡Soldados republicanos, hermanos nuestros, somos los presos antifascistas! ¡Viva la República!

Y unos y otros se mezclaron abrazándose, llenos de emoción y de entusiasmo.

Después, Agustina pedía exaltada por su patriotismo:

- ¡Dadnos un fusil! ¡Pronto, un fusil para cada uno de nosotros, que queremos perseguir a esos fascistas criminales!

Como los soldados no se lo daban, ella se lo quitó a uno y, apretándole fuertemente con las manos, avanzó delante de todos. Sus gritos resonaban potentes, como órdenes de mando.

- ¡Fascistas! ¡Fascistas! ¡Ahora veréis quién soy yo con este fusil en la mano! ¡Venid, venid ahora a quitarme mis gallinas...! ¡Y mi España!

Y así, imponente, enérgica, encendida de patriotismo, arrebatada como una furia de la naturaleza, entró Agustina en el pueblo, delante de los soldados, cantando canciones antifascistas y acariciando con sus manos vengativa el amoroso fusil que acababa de obtener.

IV

El caso de Agustina la posadera, con minuciosos detalles, fué pronto conocido y comentado por todos, incluso por los jefes de las brigadas

liberadoras. Pocos días después se celebró en la plaza del pueblo una fiesta, como era costumbre en estos casos, donde el pueblo liberado y los soldados liberadores estrechaban lazos de patriotismo y de amor a la causa republicana. Siempre eran conmovedoras estas fiestas, pero la que tuvo lugar entonces lo fué particularmente por la sorpresa que el jefe de la brigada, con gran talento preparó a Agustina.

En la plaza se alzó una pequeña tribuna de madera. Había colgaduras de los colores republicanos y gente apiñada en los balcones. La plaza estaba repleta de gente, pueblo y soldado. Las bandas militares tocaban himnos de guerra.

Hubo muchos oradores, comisarios, jefes, representantes del pueblo, de los partidos, de las juventudes. Todos ensalzaron el heroísmo de Madrid y la lucha por mantenerle libre de las garras enemigas. La victoria sobre los italianos y alemanes invasores llenaba a todos de júbilo y esperanza.

Al final la gente pidió que hablase Agustina, que estaba en el estrado. Pero ella en verdad, que nunca había hablado en público, estaba azorada y no sabía qué decir. No estaba segura de que su lengua resistiera la hilazón de dos palabras seguidas y bien dichas. Pero entonces vino la gran sorpresa.

El jefe de la Brigada se adelantó hacia Agustina con un envoltorio en las manos. La gente miraba con curiosidad. ¿Qué podía ser?. ¡Un regalo, sin duda!. Todos estaban pendientes de que la tela roja que cubría el objeto se alzase. El jefe ofreció con sencillez:

- Mis soldados y España entera regalan a Agustina, mujer antifascista de la Alcarria, este modesto presente, símbolo de su lucha contra los invasores -Y quitó ceremoniosamente el paño rojo hasta descubrir el regalo.

¡Era una gallina echada sobre paja, en un cesto, y atada con cintas de los colores republicanos!.

La gente inundó la plaza de aplausos frenéticos. Durante varios minutos, fué como una verdadera tempestad. Agustina lloraba de emoción. Después se hizo un profundo silencio, y ella avanzando sobre el estrado con el cesto y su gallina en las manos, dijo:

Gracias, camaradas, por la gallina que me devolvéis. Cierto que los fascistas ladrones me robaron una gallina clueca parecida a esta que me dais, pero ahora yo no tengo pena.

César M. Arconada

DOS CAPITANES PIRATAS

(1943)

Tengo que contar historias viejas, porque la vida de los hombres empieza lejos, como los nacimientos de los ríos.

Vallehermoso es en Madrid uno de esos barrios modernos que la garra de la ciudad arrebató al campo para convertir las duras breñas montaraces en calles, plazas, casas, solares, basureros. El campo cede a la ciudad la presa que ésta toma en sus garras, porque al fin, él es un mar y la ciudad una isla no más grande que un grano de girasol. Vallehermoso ya no es valle ni hermoso, pero como una nostalgia de su primitivo estado, las calles enfocan su vista hacia los horizontes de la Sierra o bajan transversales y humildes a buscar la verdura del Parque del Oeste y el río Manzanares.

Un lobo puede comerse a un tierno corderillo, pero siempre, por muy voraz que sea, quedan restos de la tragedia. Así sucede con los nuevos barrios. Casi al final de la urbanización, cerca del cementerio de Magallanes habían quedado algunos restos de campo y de suburbio: casas de latas, árboles, un pozo, gallinas, una pequeña huerta, y..., hay que decirlo todo: miseria de arrabal, que es la peor miseria porque crecida en los vertederos de las ciudades, no es purificada por el campo. En este mundo de arrabal y miseria, vivía el pequeño Rufo el salvaje, capitán pirata, jefe de todos los muchachos de aquella miserable isla aun respetada por la ciudad.

Rufo tenía trece años, el pelo crespo, la cara fea, chato de nariz, los ojos vivos y negros. No era alto ni parecía muy fuerte; sin embargo, tenía tanto nervio y coraje, que era invencible, temible. ¡Un verdadero pirata salvaje, un remolino de huracán! A tal jefe, tal banda. Vedlos ahí, a algunos de ellos: sucios, rotos, con las caras tostadas por el sol y el aire, las greñas largas para mejor refugio de los piejos, descalzos casi siempre, el pecho moreno viéndoseles a través de los girones de la camisa. Vedlos ahí: son el Pecas, el Bisojo, el Ratón, Manolín, el Zancos, el Peque... Y tantos otros que no hay por qué nombrar. Y entre ellos una niña intrépida, con cara pequeña, que llamaban la Pardela y cuya historia no acaba aquí.

Esta incontrolable banda de muchachos se dedicaba a toda clase de pillerías, pero especialmente asaltaba las tapias del cementerio y robaba hierro de las cruces y metales de las inscripciones mortuorias. Con estos despojos, y muchos más hallados en los basureros, la banda había formado su "tesoro", que tenían oculto en el campo, en una pequeña cueva secretz. A veces vendían algo de él, sobre todo desperdicios de cobre, en una tienda de la calle Bravo Murillo,

a un viejo que los engañaba dándoles unas perras: verdadero capital para los muchachos.

Pero estas actividades de la banda de Rufo eran pacíficas. Tenían otras agresivas, destructoras, rebeldes, de pura y dañina diversión. Consistía en hacer incursiones por el nuevo barrio y romper los cristales de los faroles, llamar a los timbres de las puertas, hacer burlas a los guardias urbanos, coger fruta en el mercado, armar escándalos en el portal de una escuela para interrumpir las clases, manchar de barro los vestidos de las señoritas, disparar con tiradores de goma chinas a los sombreros, y muchas hazañas más que no refieron.

Yo quiero explicar en dos palabras el movil de todo esto, porque me parece que la más antigua historia de los pueblos pasa a través de los niños. La literatura española ha llamado romances fronterizos a la narraciones poéticas donde se cuentan las luchas de los moros y cristianos en las innumerables fronteras que establecía la Reconquista. Así también, para Rufo y su banda, el nuevo barrio era una frontera y hacían a través de ella correrías de moros, incursiones de conquista y pillaje. Además existía en los muchachos la inconsciente animadversión hacia el barrio nuevo, hacia lo monstruoso de la ciudad, hacia aquel gigante de piedras, casas y cementos que se les hechaba encima de sus pobres viviendas, de su tranquilo y libre campo, de su mundo sin orden de líneas, sin cuadriculaciones de calles.

Para "moros y cristianos" toda frontera supone enemigos. Y los hubo pronto. Del lado de allá, en el barrio, aparecieron también bandas de chicos tan malos y traviosos como los otros, pero con otra naturaleza, con otro origen. Al fin y al cabo eran ya muchachos nacidos en casas altas, hijos de porteras, de obreros, de pequeños empleados, chicos que jugaban en las calles, que sorteaba el peligro de los automóviles, que se subían a la trasera de los tranvías, que se reunían en los solares que la edificación, entre casa y casa, había respetado.

La más conocida de estas bandas fué la de León, el del 107, número de la casa donde vivía. León era hijo de la portera. Hacía poco tiempo que había llegado al barrio, al habitarse una nueva casa construída, pero en seguida empezó a capitanear fuerzas. Era un muchacho larguirucho, fuerte, un poco cargado de hombros, de genio muy despierto, con una conversación animada que seducía a los demás chicos. Parecía de más edad, pero no llegaba a los catorce años. Había algunas diferencias entre esta banda y la otra, la de Rufo. Los muchachos de León iban mejor vestidos, asistían a la escuela, aunque muchos inventaban en sus casas divertidas historias para no ir, hablaban un lenguaje mejor, iban a los cines, algunas veces acompañaban a sus padres al centro de la ciudad o a los jardines. En fin, eran muchachos de otra categoría, traviosos también, pero no tan bravíos. En cuanto a las travesuras, había también un ligero matiz. Por ejemplo, la banda de León se dedicaba a poner en las aceras

Dos Capitanes Piratas

una perra gorda atada con un hilo invisible, para que cuando pasase alguna vieja se agachara a cogerla; entonces los muchachos tiraban del hilo y la vieja quedaba defraudada y ellos se refán mucho. También tiraban escupitajos desde los balcones a los transeúntes. Otras veces, por la noche, atravesaban cuerdas en los portales para que la gente se cayese. Pero romper los faroles, robar, dar bromas peligrosas, en fin, esto no hacían. Ellos se consideraban mejores, más urbanos, más civilizados que los de Rufo, y tanto es así que más tarde los pusieron a estos el apodo de "los salvajes". Mas siendo justos, aun estimando estos ligeros matices, los dos jefes de banda eran dos capitanes piratas.

Hubo un tiempo en que las dos bandas se entendieron y entablaron amistosas relaciones, pero esto duró poco. Eran de naturaleza distinta, como el perro y el gato, y sobrevino en seguida el choque, la sañuda rivalidad, la guerra fronteriza más cruel que jamás conoció barrio alguno. Y empezaron las hostilidades a causa del "tesoro".

Un día que el Bisojo había quitado un alambre de tender ropa y lo fué a esconder a la cueva, descubrió con emoción que una parte del "tesoro" había sido robado.

- ¡Rufo, Rufo, nos han cogido los clavos y las planchas de cobre! ¡Lo mejor que teníamos! - se fué el Bisojo a contárselo al jefe.

Allá fué toda la banda a comprobar el robo. Cierito era. Rufo. Saltándosele los ojos de indignación, gritó furioso:

- ¡A ver quién de vosotros es el ladrón!

Todos justificaron su inocencia, pero el Rufo, con astucia puso vigilancia en la cueva y se descubrió que los ladrones eran los de la banda de León. Un día, los pillaron en pleno robo y se armó la batalla más descomunal que conoce la historia de los barrios de Madrid. La batalla fué a pedradas, y varios muchachos salieron descalabrados. El mismo León sufrió durante algún tiempo de un golpe en la rodilla derecha que él, por jactancia, decía que se había dado al caerse, pero en realidad fué un golpe de su rival. "Los salvajes" ganaron la batalla, y los de León tuvieron que replegarse a la ciudad.

Cambiaron de sitio el "tesoro", pero un enigma quedaba en pie: saber quién había descubierto el secreto al enemigo. Esto jamás se supo. Pero una noche, el Zancos, que había ido a la farmacia del barrio a comprar una medicina para su madre, sorprendió hablando a León y a la Pardela. ¡Otro descubrimiento sensacional!. En cuanto Rufo lo supo, culpó a la muchacha de traidora y quiso pegarla. Ella lo negó, pero no pudo disculparse de sus relaciones con el enemigo. La Pardela, como mujer al fin, sentía la atracción del barrio, la seducción de lo desconocido, de lo superior, el encanto de unas relaciones más distinguidas. Durante mucho tiempo la muchacha vivió presa de esta contradicción entre sus deseos de volar, de escapar, de hacerse nuevos amigos, y la retención, la presión que sobre ella ejercía Rufo, la banda, su arraban, su origen, el ambiente donde

había nacido.

Encarnizados y memorables fueron durante mucho tiempo las luchas de las dos bandas rivales. Mas los años pasan sobre la vida no sin dejar huellas de transformación. Los chicos eran ya muchachos, jóvenes en pleno albor. La cohesión infantil se deshizo. El encanto misterioso del "tesoro" desapareció. Las bandas dejaron de ser bandas para convertirse en pandillas. Pero nunca muere del todo el pasado...

Rufo capitaneaba ahora una pandilla de jóvenes, algunos nuevos, otros antiguos, que estaban muy cerca de la delincuencia, rondando las puertas de la cárcel. Eran vagos, se pasaban las mañanas tumbados al sol o merodeando por el monte del Pardo, donde cogían conejos. Muy pocos de ellos trabajaban. Algunos se adiestraban en pequeños robos.

En cuanto a León y sus viejos componentes de la banda, se tenían muy pocas noticias. León era ya un joven, muy alto, bien vestido, pero con ropa que le venía pequeña. Rufo lo veía de vez en cuando acompañando a la Pardela, que ya era también una mujercita de diez y seis años. Los dos rivales, cuando alguna vez se encontraban, mirábanse recelosos y hostiles, enemigos siempre, pero despreciándose, como personas de clases distintas. Sin embargo, por este tiempo, Rufo que en el fondo le escocía aquella amistad amorosa de su enemigo con su vieja compañera de banda, como si fuera algo que el barrio había robado al arrabal, empezó también a interesarse por la muchacha y a enamorarse de ella. Esto complicó la situación y creó un estado violento que si no había tenido aún consecuencias desagradables, podía tenerlas. Se dijo por el barrio que Rufo pensaba matar a León. La muchacha sentía con más angustia la violencia de estar entre dos fuerzas rivales: prefería a León pero temía mucho a Rufo.

Por lo demás, se desconocía la evolución de las antiguas bandas del barrio. Era un momento en que el mundo infantil se había derrumbado y el juvenil, que llega después como el tierno fruto de los almendros al caerse las flores, no estaba aún perfilado y definido.

Un día, el Bisojo entregó a Rufo un papel que, según dijo, le había dado la Pardela. Como no sabía leer, buscaron a otro amigo que les descifrara la intrigante misiva. Rufo pensaba si sería una declaración de amor y la ruptura con su rival. Pero el papel decía simplemente: "El equipo de los leones invencibles reta a los salvajes a un partido de fútbol en el campo de las calaveras. Se ruega la contestación en el término de dos días. El capitán: León:

Rufo se quedó parado, sorprendido, confuso. Luego, con arranque de rabia, rompió el papel; y dijo:

- ¡Qué fútbol, fútbol!... ¡Si quiere ese valiente, que venga aquí el domingo y mano a mano, él y yo, a trompazo limpio, nos las entenderemos!

Estaba claro que la antigua banda de León se había transformado en un equipo de fútbol, pero el fútbol era para Rufo despreciable. Y aunque el partido

Dos Capitanes Piratas

del reto no podía jugarse, León tuvo la valentía de aceptar el contrato. El domingo se presentó en el arrabal con todo su equipo. Los enemigos llegaron en seguida. Hablaron pocas palabras.

- ¡Ven aquí, valiente, que te voy a meter un gol en la barriga! - dijo Rufo a León con chulería, aludiendo irónicamente al fútbol.

- Te advierto que no te tengo miedo -contestó León quitándose la chaqueta para luchar-. ¡Si quieres a puñetazos, a puñetazos!.

Y se liaron a golpes en medio del corro. Cada bando animaba a su jefe. ¡Qué golpes, y qué zancadillas, y qué mordiscos! Luchaban con bravura, ciegos y rabiosos. Unas veces caían otras se levantaban. Un puñetazo iba a parar en plena cara. Una fuerte patada sonaba sobre un hueso de la rodilla. Rufo echaba sangre por una oreja a causa de un mordisco de su contrario, pero León comenzaba a sangrar más abundantemente por la nariz, efecto de un puñetazo recibido. Tenían las ropas desgarradas. Jadeaban. León era más pesado. Pero Rufo más ágil y nervioso. Rufo comenzaba a dominar. Pero la lucha no acabó aquí. Enardecidos los dos bandos, se enzarzaron a golpes unos a otros y la batalla se hizo general. Tuvo que venir gente mayor para separarlos. Con todo, los salvajes ganaron. Al final llegó la novia de León, la Pardela, y se encaró con su antiguo jefe para reprocharle su carácter díscolo y decirle que era un verdadero salvaje. Le aseguró en su propia cara que nunca le querría. Y después se fué con León, que estaba bastante maltrecho, y le limpió la sangre que le corría por el rostro con su propio pañuelo.

Esta batalla fué, como todos los grandes hechos históricos, el final de una época y el comienzo de otra. ¿Se podría contar la evolución de los que vino después?. Casi no es posible, como no se puede saber por dónde entra el aire en una habitación. De todos modos, la fuerza del ambiente trajo renovadores hechos. ¡El fútbol! ¡El fútbol!... En cada calle había cientos de equipos. Cada grupo de amigos era un conjunto de jugadores. Cada solar, un campo. Cada partido de primera categoría, una conmoción pública. Cada jugador célebre, un héroe popular. Cada periódico, una tribuna de agitación deportiva. Cada domingo, miles de partidos, en todas partes. La ardiente pasión española estaba por los suelos regateando balones. Parecía que la juventud sólo tenía por cabeza un balón hinchado de aire.

Y de esta arrolladora influencia no se libró tampoco la salvaje pandilla de Rufo, en los arrabales de Vallermoso. Fué casi insensible la evolución. Primero empezaron con pelotas, a dar patadas, indisciplinadamente. Poco a poco, el deporte se fué apoderando de ellos hasta transformarlos, hasta disciplinarlos, hasta hacer de aquellos jóvenes, casi al borde de la delincuencia y de la cárcel, unos muchachotes sanos, formales, un grupo coherente y amistoso que desbordaba en el fútbol las incontenibles y fogosas pasiones de la juventud. La historia de este cambio no consta en ningún libro; sin embargo podéis creer

en mi pluma; fué una gran lección de moral.

Y un día, memorable en el barrio, el nuevo equipo de los salvajes, ya constituido y entrenado, jugó un partido con el equipo de los Invencibles leones. Cientos de jóvenes, que conocían las viejas rivalidades de los contrincantes, asistieron al partido. Incluso la Pardela, que ya era una guapa mocita de diez y ocho años, asistió con todas sus amigas, y pensaban regalar una cinta roja al vencedor. Cuando los equipos, antes de comenzar, se alinearon frente a frente, una violencia de miradas se cruzó por los rostros de largo tiempo conocidos. Los capitanes se adelantaron. Aquí estaban otra vez, frente a frente dos mundos, dos historias, dos pasados, el arrabal y el barrio, el campo libre y la ciudad disciplinada. Sin embargo, hasta llegar aquí, las diferencias se habían acertado mucho y los rivales casi igualado. Pero con todo, cuando León tendió la mano a Rufo, éste se la rechazó, faltando a las reglas del juego. Y comenzó el partido. Nunca hubo en el barrio partido más violento, más duro, jugado con más pasión. El partido le ganaron los Invencibles leones, porque al fin y al cabo jugaban mejor. Hubo varios heridos, y Rufo, con malas artes, como una reminiscencia del pasado, dió una patada a León en un tobillo, que le dejó inválido por algún tiempo.

Después de este pártido, muy poco limpio, los Salvajes jugaron otros y otros, muchos, cada vez con más disciplina, con más rigor deportivo. León, por este tiempo, desapareció del barrio; su equipo se deshizo; las rivalidades acabaron, y poco a poco el pasado iba perdiéndose en el olvido, como el relieve de unas montañas ya muy en lejanías.

En esta época un nuevo cambio se operó en la juventud deportista: el deporte se hizo también contienda social, lucha civil política; lucha contra el naciente fascismo que trataba de imponerse por el terror de sus pistolas a sueldo. El deporte como puro juego se transformó en deporte como arma de clase. Miles y millares de jóvenes antifascistas con pantalones blancos y pechos bronceados por el sol y el aire salían al Pardo, a la Casa de Campo, a la Sierra, cantaban canciones revolucionarias y antifascistas, tocaban instrumentos de música, jugaban, hacían instrucción militar, se preparaban para la batalla que se veía venir entre el fascismo ambicioso y tiránico y el antifascismo popular anheloso de libertades y de nueva vida.

Rufo y sus amigos no fueron insensibles a este nuevo cambio. Habían ingresado en las Juventudes Socialistas. Se habían dejado de llamar los Salvajes; ahora se llamaban "los hijos de Lenin", sacando la denominación de una frase de la "Joven Guardia". Hacían instrucción militar en el Pardo. Asistían a los mítines políticos. Repartían por las calles hojas antifascistas. Lucharon en diversas ocasiones a tiro limpio contra los pistoleros que los falangistas destacaban por los barrios, por los restaurantes populares, por las redacciones de los periódicos liberales. De noche asistían a unas clases nocturnas de instrucción

Dos Capitanes Piratas

general, y ya comenzaban a saber leer algunos folletos políticos.

Algunas veces, al regresar de las excursiones dominicales, se hablaba entre ellos de tiempos pasados y de amigos desaparecidos. Rufo, que era un muchachote alegre, bueno, valiente, y ya casi disciplinado, preguntaba:

- ¿Y qué será de León?.

El Bisojo, que aun continuaba en el grupo como en la infancia, decía:

- Puedo preguntárselo a la Pardela, que algunos días la veo. Trabaja en un taller de sastrería de la calle Almansa. Seguramente ella y León siguen siendo novios.

- No preguntes nada a esa tonta -decía Rufo-. Desde hace mucho tiempo no quiere nada con nosotros. Ya sé donde vive ahora. El otro día pasé por su casa. Estaba en el balcón, y cuando me vió se metió dentro.

- ¡Es que no eres su tipo!- exclamó otro en broma.

Y luego, Rufo añadió, recordando con remordimiento:

- ¡No debí pegar a León aquella patada en las espinillas!.. ¡Después de todo, era un buen muchadho!.

Y un día, en julio, ila guerra, la guerra contra el sublevado fascismo, contra la invasión, contra los traidores, los verdugos y los mercaderes de España!.

Ya lo fronterizo no estaba entre el arrabal y el barrio, entre futbolistas y pillastres, entre equipos blancos y equipos negros, entre los jóvenes de una calle y los de otra, entre los de un barrio y los de otro. Lo fronterizo estaba entre el antifascismo y el fascismo, entre los patriotas que defendían a España contra la invasión y los traidores que la vendían a Alemania y Italia; entre el pueblo que defendía las libertades de la República, y los espadones y señoritos que querían estrangularlas para vivir ellos mejor.

Rufo y los suyos fueron de los primeros en salir a defender las fronteras de la dignidad, los primeros luchadores antifascistas, de los primeros milicianos. La guerra, como un viento loco, los separó a todos, deshizo el grupo, los condujo a cada uno por distinta dirección, aquí o allí, fusil al hombro y puño en alto, por los cauces heroicos de la defensa de la patria.

Un día, al cabo de varios meses de lucha, Rufo se encontraba en un batallón de milicianos, en la Sierra. Al atardecer comenzó un fuerte tiroteo. Los milicianos se desplegaron en guerrilla, por entre las piedras, para impedir que el enemigo descendiera hasta el pueblo. Rufo avanzó a la derecha, se parapetó y disparaba contra las sombras del enemigo fascista que se divisaban borrosamente en lo alto. El tiroteo se hizo continuo y prolongado. Al cabo de un rato, Rufo notó que su provisión de balas se le acababa y volvió a la realidad.

Miró a los lados. Estaba solo. Por todas partes, piedras enormes, fantasmales. Sonaban tiros, pero no se sabía de dónde venían ni de quién eran. Pensó que sería necesario replegarse, buscar el camino, unirse a los demás. Entonces oyó un leve gemido que casi no se distinguía si era humano. Escuchó con atención. Ciertamente, algún camarada se quejaba. Se arrastró por entre las piedras, y a pocos pasos distinguió el cuerpo de un hombre tendido en el suelo. Ya era de noche y no percibió la cara del herido. Rufo no se alarmó. Era un camarada antifascista, un hermano suyo: había que auxiliarle. Primero hacía falta saber dónde tenía la herida y si era grave. Debajo de la cazadora, para amortiguar el resplandor, encendió una cerilla. Acercó la llama al rostro del herido, y se quedó helado, fijo en su semblante, tembloroso. ¡Era él! ¡Era él!.

Estuvo a punto de decirle: "Eh, eh, León, soy yo, Rufo, tu rival, pero no temas!..." Mas se contuvo por temor a agravar al herido. Silenciosamente, pero temblando de emoción, le vendó la herida que tenía en el pecho y cargó con él. El tiroteo continuaba. De piedra en piedra, resbalándose, cayéndose, fue bajando hasta encontrar una senda. Sus brazos apretaban fuertemente al herido, que de vez en cuando se quejaba. Durante el camino hasta el hospital del pueblo fué pensando en las cosas inesperadas que suceden en la vida.

En el hospital, cuando le tendió en la cama, León recuperó el conocimiento. Abrió los ojos, bastantes cargados por la fiebre, y se quedó fijo, como hipnotizado, mirando a Rufo.

- ¡Tú -dijo debilmente.

- Si, yo... ¡tu amigo! -Y le cogió lamano, la misma mano desdeñada en el partido de futbol, y se la estrechó fuerte y cariñosamente.

Aquella noche, Rufo permaneció todo el tiempo junto a la cama de León. Este, después de curado, se sintió mejor y hablaron algo, aunque no mucho, porque de todos modos su estado era grave.

Una de las veces, Rufo le dijo:

- Tengo que pedirte perdón por aquella patada que te di. He pensado muchas veces en ello. ¡Qué salvaje!.

- Aquello ya pasó, Rufo, ahora es otra lucha más terrible que la nuestra la que tenemos encima. ¡Hay que vencer al fascismo!.

- ¡Sí, vencerle, vencerle!.. Y en esta lucha contra él -le contestó vivamente Rufo-, como ves, somos amigos, somos buenos camaradas... Tengo que confesarte León, amigo mío, que gracias a ti y a tu reto para competir en el futbol, yo soy ahora un joven consciente, un buen antifascista, ¡un hombre! ¡El futbol y el deporte nos regeneró a todos!.

Después hablaron de la Pardela, que seguía siendo novia de León.

- ¿Quieres que vaya a buscarla? Sé donde vive. No nos hablamos, pero por ti hago yo todo lo que sea.

Y al día siguiente fué a Madrid y volvió en un coche con la muchacha.

Dos Capitanes Piratas

Pero la muerte no hizo caso de la felicidad de las reconciliaciones, y León no pudo con la herida. Mientras sus amigos venían de camino.

César M. Arconada

LA MUÑECA

(1952)

Podrías desollarme vivo, pero diría está oculta; no, no lo diría... aunque, al fin y al cabo, si bien se mira, todo el mundo en las montañas, valles, congostos y foces de Asturias lo sabe, todos menos los que huronean buscándola, los que rastrean como perdigue: os d. ¡uí para allá y de allá para aquí.

Todos lo saben menos los que buscan y rebuscan, los polizontes, civiles, falangistas, confidentes... Estos libres verdugos van por los pueblos, olfatean en las casas, inquietan, indagan, escuchan con los orejones estirados los paliques, y, con todo, no pueden encontrarla.

La gente, que sabe por donde va el ojeo, lo toma un poco a chuffa. No hace mucho, en Laviana, lugar de valientes, un atardecer neblinoso pasaba por una calle la pareja de civiles. Iban a caballo, sacando lumbre a los guijos: clac, clac, clac... Da miedo oír el ruido de estas herraduras por el empedrado de las calles. Y de la puerta de un chigre salió un vozarrón:

-! Qué, buscando a la pepona!

Un poco chispo, a decir verdad, estaba el que dió el grito. Le metieron dentro, cerraron la puerta, y el siniestro y temeroso clac, clac de las herraduras se fué alejando como agorero grito de corneja.

En Pola de Siero, lugar de populoso mercado, sucedió otro día, en pleno rebullicio de gente, un caso peliagudo. Dos aldeanas de Riocín iban tan campantes por el mercado, viendo qué mercaban o qué vendían. Llevaban de la mano a una niña de cortos años, no más de seis tendría la repolluela, hija de la más joven. De pronto, la niña, volviéndose, se echó a llorar como una descosida. Las mujeres, extrañadas, se volvieron también.

! Qué te pasa, angelín mío! - pregunto la madre.

Y la niña, entre suspiros y lloros, señala a dos sujetos que iban detrás.

- !La mi muñeca!... - sollozó la rapaza.

Los tales alcahuetes de la justicia, un señoritín de Falenge y un guarda jurado, habían arrebatado a la pequeñuela, de un tirón, una muñeca que llevaba en los brazos, comprada hacía unos instantes por la madre en un puesto de baratijería.

Se hizo corro de curiosos. Los hampones de la justicia sofaldeaban, impúdicos y curiosos, a la imperturbable muñequita. !Husma que te husma, cono si buscasen invisible piojera en las costuras del vestidito!.

La más vieja, tía de la niña, aldeana de cara encendida y pecho fuerte, se abalanzó hacia los sabuesos husmeadores y les arrebató la muñeca.

La Muñeca

- ¡Traed acá, lameplatos! ¿Créis que ésta es la moña de Amparín la de Sama? ¡Buscad, buscad, que así la encontraréis como aguja en un pajar! ¡Quien la sigue la mata y quien no se desbarata!

La gente se echó a reír.. Tras el aguijón de la aldeana aparecieron otros puyazos, y los perros, yendo por lana, trasquilados salieron, con las orejas gachas, el rabo entre las piernas y el morro escaldado.

En pleno mercado de la Pola, pacífico de por sí, entre aldeanos, buhoneros, mercaderes; entre el gocho y el gallo, los altramuces y las pepitas de girasol, la cuchara de palo y la cazuela de alfar, la poma verde y el tomate rojo; entre la gente, entre la multitud, a pleno , a plena voz habla resonado un grito de lucha, el nombre de una mujer traída y llevada de esta boca a la otra, de conversación en conversación y de decir en decir, y, con su nombre, una muñeca que llevaba consigo una estela luminosa de singular leyenda.

Y yo voy a contaros, tal como pueda, porque el caso no merece pluma tan torpona, la historia de esta mujer y de esta muñeca. Podrían desollarme vivo, y no diría donde están la muñeca y la mujer. Aunque, sí bien se mire, lo saben todos menos aquellos que no deben saberlo.

Sama tiene un río: entre cascadas y pedregales, negro, como de luto, baja el Langreo. Sama tiene un valle: no es verde el valle donde el pueblo se asienta. Llueve en Sama, y no es clara la lluvia, sino negra, como lágrimas de dolor. Las nieblas bajan a Sama, y son negras como celajes de invierno... Y es que el carbón que de aquí se llevan, en oro limpio pasa a las manos de los accionistas de la compañía. Y lo que aquí queda es polvillo negro, que hace más negra la miseria de los mineros.

Tenía Amparín ya ocho años, era una criaturita que comenzaba a ver, a sentir, iba ya a la escuela, fregoteaba en casa ayudando a su madre, escuchaba conversaciones de sus hermanos, los compañeros de la calle, de la escuela... Y Amparín todo lo veía tiznado de negro.

Refriega que te refriega, y siempre sucia la ropa - repetía la madre refiriéndose a las coladas.

El padre, Pachín de Langredo le llamaban todos, era un viejo minero, experto y estimado en la cuenca. El padre de Pachín había sido de aquellos que al abrirse las minas pensaron: "aquí está el oro", y dejaron los prados y pomaredas verdes de sus antepasados para meterse en la mina negra, en los pozos de donde afloraban el sucio carbón. Oro no hubo, es decir, sí hubo, pero no para los mineros que es gente de poco fuste. Para ellos, ya se dijo antes, polvillo. Claro que el polvillo de antes no era el polvillo de después. En el de antes, sobre todo durante la guerra del 14, alguna áurea mota refulgía.

Seis hijos tuvo, y los distribuyó por distintas minas. Todos, menos el cuarto, que a consecuencia de una reyerta en un cafetín alegre - había matado a un compañero y, huyendo de la justicia se fué a América gozaban fama de

mineros cabales y trabajadores.

Pachín se casó con Olvido, hija de otro minero; tres hijos tenían: Santiago, el mayor, ya minero también, Damián, que estaba de aprendiz arrastrando vagonetas, y Amparín, la menor de todos.

Llegó el 34. Asturias, proletaria y minera, saltó de la negrura de las minas a revolverse contra todo lo negro: reacción, miseria, fascismo, polvillo de carbón extranjero; salió de las minas a conquistar el sol. Y la familia de Amparín, todos mineros de cepa, se portaron como bravos mineros revolucionarios: fueron en la columna minera que todo a Oviedo. Dicen que Pachín, el padre de la muchacha, puso en la catedral la primera bandera roja que ondeó en España. Tal vez fuera cierto. ¡Era capaz de mucho el buen Pachín!

Amparín recuerda muy bien aquel atardecer de noviembre, más negro que todo lo negro del asqueado carbón. Llamaron a la puerta. Salió a abrir Olvido, la madre. Eran dos civilones grandes, negros, con ojos y charoles relucientes. Se llevaron al padre detrás de la corraleda de la casa. Obligaron a que ella y la madre fueran también. Y en su presencia le ahorcaron de un roble que allí había. Prohibieron que durante toda la noche le tocaran y madre e hija se pasaran aquella noche como ninguna, acongojadas, transidas de dolor, el pie del cadáver del padre. Un moro, algo alejado, hacía guardia, no de honor, sino de escarnio.

Y en la honda negrura de aquella noche se deshizo la familia del honrado y noble minero Pachín. El hijo mayor huyó al concejo de Aller, y de allí pasó a Castilla. El pequeño, Damián, se fué a Gijón y más tarde, con otros, se internó en Francia.

Mucha fué la desollación y la pena para Olvido y Amparín. Parecía que nunca iban a levantar cabeza, como esa hierba pisoteada por un escuadrón de caballería que pasa por el verde valle. Mas poco a poco - el beso del sol, la caricia del viento, las húmedas lágrimas del rocío - la hierba pisoteada va enderezándose. Así sucedió con el ánimo abatido de Amparín y su madre.

En este enderezamiento del ánimo, también hubo sol, y viento, y rocío... Jamás olvidarán que poco después de la tragedia llegó a su casa una mujer... ¡Qué palabras traía de entereza, de consuelo, qué humanamente hablaba, qué calor despedía su corazón encendido de odio a los verdugos!...

Y a Amparín le regaló una muñeca. Ahora la buscan los esbirros y tiemblan de espanto al recordarla. Pero en aquel tiempo, la muñeca estaba sobre la vieja cómoda, con sus ojos azules y su naricita chata, con un vestidín de rameadas y pomposas flores. Y así, tan quietecita sobre la cómoda, la muñeca ayudaba a Olvido y a Amparín a enderezar la pisoteada hierbecilla de su ánimo.

La madre tuvo que ponerse a trabajar en las minas por un jornal mísero. Unos años después comenzó a trabajar Amparín: donde contaba, y tuvo que ir a buscar el polvillo negro donde se cría en la mina. Bien es verdad que la peor

La Muñeca

negrura había llegado ya en España: el fascismo.

Un buen camino siempre lleva a buen sitio. El camino de aquella familia honrada, rebelde y luchadora condujo a Amparín, ya dieciochoañera, el trabajo clandestino en el Partido, entre los mineros. No poco había influido en esta elección la hazaña Aida Lafuente, joven comunista, casi una niña, que en el 34, en los arrabales de Oviedo, había muerto al pie de una ametralladora luchando contra las fuerzas de la reacción.

También desarrolló su conciencia la guerra contra el fascismo, del 36-39. El hermano más pequeño había muerto en los combates por la toma de Oviedo, y el mayor, Santiago, estaba en la emigración, en Francia. A veces recibían cartas de él: alentaba a Amparín a hacer honor a la tradición de la familia y de los mineros asturianos.

Cuántas veces, en la difícil lucha diaria, llena de desvelos, peligros, preocupaciones, cuántas veces, al llegar a casa, tomaba Amparín la muñeca, como en los días de su infancia, y se daba, con ella en las manos, ánimo, valor, redoble de energía para seguir la lucha.

Amparín se casó joven, con Avelino, un viejo amigo de su hermano Santiago, también minero. Amparín no era guapa moza, no: más bien menuda, fuerte, morena, de rizado pelo, un poco cejijunta y de ligero bozo; ojos negros, brillantes, y saliente y puntiaguda barbilla como su madre. Lo mejor de Amparín eran su carácter expansivo, alegre, su viva resolución, su energía. Tenía inventiva, ingenio, prontos felices, resoluciones rápidas que muchas veces le sacaban de difícil atolladero.

Se podría contar, por ejemplo, que una vez la guardia civil fué a su casa a hacer un registro. Y precisamente ese día tenían en casa octavillas comprometedoras. Amparín, rápida con súbita inspiración, mientras el marido conducía a los guardias por el pasillo cogió las hojas y las escondió debajo de la faldilla de la muñeca. Los agoreros huéspedes no las encontraron. ¡Qué celebrado fué después este primer servicio revolucionario de muñeca!

Tuvieron una niña, que pusieron de nombre Dolores. Den trode poco, la más preciada heredad de la casa, la muñeca, pasaría a manos -! por favor, que no sean manirrota! - de la pequeña.

Un día, Avelino volvió a casa muy contento, contrastando este hecho con su habitual seriedad. Por primera vez, Amparín le conoció enigmático en los mutuos asuntos del Partido.

- Te vas a quedar lela cuando lo sepas, y no digo más. Mañana a las seis tienes una entrevista en "la bolera". Que no faltes, me han dicho.
- ¿Pero qué es, qué es? - insistía anhelante de curiosidad Amparín.
- No puedo decirlo, ¿comprendes?, no puedo.
- Pero esta clase de secretos nunca han exitido entre tú y yo.
- Alguna vez tenían que empezar, y no te enfades. Me han rogado que no

te dijera nada mas ¿comprendes?.

Llamaban "La bolera", entre los camaradas, a cierta casa en las afueras del pueblo, monte arriba, entre discretas "caleyes" y "zarros", entre enebros y zarzamoras, donde solían celebrar reuniones.

Amparín acudió a la hora señalada, mas la entrevista no se iba a celebrar allí. Desde "La bolera", un camarada la llevó a otro sitio, no lejos, pero donde ella no había estado nunca.

Se celebró en un viejo hórreo, al atardecer, entre dos luces. El pueblo se extendía abajo, envuelto en niebla y polvillo negro, como una inmensa galería de mina. Arriba estaba despejado, y el crepúsculo tenía la suavidad del terciopelo. Mugía una vaca.

Al entrar en el hórreo no vio a nadie, tal era el contraste entre la mortecina luz del crepúsculo y la densa sombra del hórreo, con heno esparcido por el piso. Una voz al fondo, una voz desconocida, dijo, llamándola por su nombre, con efusión y calor, como si la conociera de siempre:

- Amparín si oyes ruido fuera no te inquietes, son los nuestros que vigilan.

Se fijó atentamente en el que hablaba, y entonces comenzó a destacarse, en la sombra, una cara enérgica, una sonrisa simpática y unos ojos negros, expresivos... ¡No, no le conocía! Pero de pronto, ante ella, como una aparición surgida de las sombras, de lo invisible, vio a otro hombre, y súbitamente dió un grito, que trató de ahogar. Se abrazaron. No podían hablar.

- ¡Santiago, Santiago, tú aquí, con nosotros! ¡Huy, cuando lo sepa la madre!

- Amparín, mejor será no decirle nada por ahora. Ya sabes lo que son las madres. Primero una alegría inmensa, que no pueden ocultar, y después una ansiedad, también inmensa, por ver al hijo, y si no pueden verle, las mortifica. Mejor que no sepa nada, ni ella ni nadie, claro.

- El "nadie" está descontado.

- Mira, ¿No conoces a este camarada?- dijo después de haber hablado unos instantes de la madre, de la familia, de la casa - y como presentándole a su hermana, añadió :- Es Rozas.

Ella había oído hablar de los hermanos Rozas, sobre todo del mayor, el manco, pero no los conocía.

- ¿Rozas?.

El hermano le dijo una palabras al oído, y entonces ella se quedó mirando al camarada con más insistencia. Rozas se adelantó, echando un brazo sobre el hombro de la muchacha.

- Amparín, vamos a sentarnos aquí un rato, a charlar de todo. Y si quieres vamos a empezar por las niñerías. Nos han dicho que tienes una rapaciña que es una monada.

- Sí, da gusto verla. Alegra la casa en estos tiempos poco alegres.

La Muñeca

- Ha tenido suerte mi hermana casándose con Avelino.

- Cuéntanos todo, sabes, todo hasta los chismes que corran por el pueblo - pidió Rozas con avidez.

Y así comenzó la charla. Amparín contó todo, lo bueno, lo malo, lo de éste y lo de aquél, lo que se decía y lo que se murmuraba, lo que pasaba en las casas y en las minas, lo que vivía en las calles y lo que moraba en el alma de las gentes. Pero no fué una charla de información de quien Amparín hablaba, sabía de los antecedentes del pueblo casi tanto como ella, y por lo mismo, fué una conversación entrecortada, larga, pero minuciosa, llena de colores distintos con que hacen en los puewblos los edredones, formarían un todo en la mente de aquel camarada, secretario del Partido Comunista en España.

Al final de la charla, Rozas preguntó, particularmente:

- Dime algo de los jóvenes. Lo que piensan los jóvenes mineros. A los jóvenes los conozco menos. Y también de las mujeres. Mira, una vez, hace tiempo, oí decir a un Guardia civil: "Miedo tengo yo al minero, pero a la mujer del minero más aún" es más minera que el minero ". Nuestras asturianinas, mineras o no mineras, no se dejarán acoquinar así como así.

- ¡Y tanto que no!- exclamó Amparín, y comenzó a contar lo que sabía sobre las mujeres, sus actos de solidaridad, sus protestas, sus pensamientos y su estado de ánimo antifranquista. También habló y no poco, de los jóvenes, sobre todo de las dificultades del trabajo con ellos, que no habían vivido las pasadas épocas heroicas de la lucha.

Era ya tade, noche cerrada. Rumoreaba ligeramente la espesura del monte. Por un ventanuco del hórreo se asomaba, como vigilante, una lejana estrella. Olía a hierba fresca recién guadanada.

Se levantaron. Rozas hablaba con calor de hacer fuerte al Partido, de contrarrestar la propaganda de la "democracia" americana e inglesa, de próximas luchas, del trabajo, de los enemigos.. Hablaba de Asturias con un entusiasmo resplandeciente. ¡Con qué respeto le escuchaba Amparín!. No sabía de los heroicos esfuerzos de aquel hombre por entrar en España y servir.

- No nos dejarán mal nuestros paisanos los asturianos, ¿verdad rapiciña?.

- ¡ Asturias siempre será Asturias! - exclamó el hermano.

Y sin saber cómo, sin ponerse de acuerdo, abrazados los tres, comenzaron a cantar bajo y con emoción:

Asturias, patria querida,
Asturias de mis amores,
quién te viera libre, Asturias,
para cubrirtte de flores.

Deprisa, ligera de vuelo como si su alma tuviese alas, bajaba Amparín por el camino, hacia el pueblo. Se sentía animosa, fuerte. Estaba su espíritu desbordante de bullentes sensaciones. Caminaba, caminaba cuesta abajo, tropezando sin sentir en la piedras o en los relejes, y no podía fijar, precisar las sensaciones y las ideas. Y de pronto, por que sí como bandadas de palomas que se alzaban súbitamente del palomar buscando la salida, comenzaron a revolotear y entrechocarse las sensaciones. Y entonces, en la noche callada, resonó su voz, un poco bronca, entre minera y campesina:

Asturias, patria querida,
Asturias de mis amores,
la, lara, la, re, la ra...
para cubrirte de flores.

Cuando llegó a casa besó fuerte, más fuerte que nunca, a la madre. Era el beso que el hermano le había encomendado al despedirse.

Pasó algún tiempo. Tenía ya cuatro años la hijita de Amparín, Dolores. Jugaba con la muñeca, siempre con ella en los brazos. La abuela ya no trabajaba. Los quehaceres de Amparín y Avelino, normales unos, secretos otros, no habían sufrido ningún contratiempo.

Pero la vida, y más en tiempos calamitosos, no siempre marcha a derecho como una flecha; a veces, las más, se tuerce y engaña. Y sucedió que un día de invierno se produjo una catástrofe en la mina donde trabajaba Avelino, y perecieron sepultados tres obreros, entre ellos el propio Avelino.

La catástrofe fué originada, como siempre, porque a la compañía sólo le interesan los millones. ¡Maldito lo que les importa en Londres - sede de la compañía carbonera - que mueran tres, treinta o trescientos mineros españoles! Pero claro, lo que no interesa a la compañía, interesa a los propios mineros: defender sus vidas.

Fuó para Amparín un golpetazo tremendo. Pero como ase sinato que era, produjo en la muchacha y en todos los obreros indignación, protesta contra la compañía extranjera, contra el gobierno, contra el régimen, contra todas las sanguijuelas del poder.

Y la propia Amparín, sobreponiéndose al dolor, o más bien aguzándole hasta hacerle arma de filo, organizó la protesta de los mineros. Las autoridades estaban interesadas en lo de muerto al hoyo y aquí no ha pasado nada, pero no se salieron con la suya. Amparín consiguió que el entierro fuera una manifestación de protesta contra el régimen, que se hiciera una huelga de veinticuatro horas en toda la cuenca. ¡Memorable fué en toda Asturias aquella jornada de protesta!

Pero después del entierro, pasada la noche, al filo del amanecer, se

La Muñeca

llevaron a Amparín a la cárcel. El momento de la detención dicen que fué emocionante. De él parte la extensa fama de Amparín y la muñeca.

Vivía Amparín a la salida del pueblo, en la carretera de Sama a Liaño. Dijérase que nadie había visto la escena, pero siempre hay unas viejas - no sé como se las arreglan las viejas para estar en todas partes- que lo ven todo y lo cuentan todo. A la mañana, el pueblo entero sabía, y del pueblo pasaba a otro pueblo, y de éste a otro... Así comenzó la no interrumpida popularidad de Amparín y su muñeca.

Dice, y las viejas sabrán si es cierto o no, que no quería separarse de su hija; se había fundido a ella en un abrazo, de tal forma, que no había modo de separarlas a tirones. Un guardia tira de ella, otro tira de la niña. La niña llora, la abuela grita, la madre muerde, rabiosa, como loba enfurecida. Los civiles, grandes como castillos, consiguieron al fin deshacer el lazo, pero entonces, arrebatada de ira y de dolor, tomó del suelo la muñeca, que en la disputa había caído de los brazos de la niña, y se la llevó consigo, como si fuera su propia hija.

Por la carretera, camino de la cárcel, iba Amparín meciendo y besando a la muñeca como si fuera una criaturita viva. Pero en ese momento, la muñeca no era más que un regalo valioso, que quería llevarse consigo, y el juguete de la hija, que luego en la cárcel serviría de filial recuerdo. En el amanecer silencioso se oía su voz:

En la frente mi niña
tiene una estrella,
es un beso que ha puesto
su madre en ella...
!Duerme, mi nena!
!Ea, ea!...

De pronto, Amparín oyó que de un grupo de mujeres salía una imprecación de los guardias:

- ¿No os da vergüenza, llevar a la cárcel a una pobre mujer que ha perdido las entendederas que Dios nos da?.

- !Claro! - dijo otra -. !Cómo no va a perder el juicio la pobre Amparín: mataron al padre, la mina le tragó al marido, ahora le arrancan de la hijita, se la llevan presa!...

- !Loca y bien loca debe estar, la pobrina!.

Si alguien hubiera visto en ellos una chispa de lucidez y de alegría. "El pueblo me cree loca. Tienes razón, podría estarlo. Entonces...!" Nuevo brillo de lucidez en los ojos, Amparín pensó que, de un modo o de otro, el pueblo le señalaba un camino.

Y bruscamente acentuó su locura, como al impulso de una revelación.

- ¡Mujeres! ¿Creéis que mi muñeca es de trapo?. Carne tiene de rosas y corazoncito de paloma. ¡Ay, cómo late! - y se llevó al oído el pecho de la muñeca. ¡Además, puede volar, tiene alas como un angelito!! Mirad, mujeres, mirad!

Lanzó al aire la muñeca y la seguía con la vista, como si volase de verdad. Pero en realidad había caído en la carretera, a dos pasos. Un guardia le dió una patada, sin duda rabioso de no poder acabar rápidamente con aquella escena tonta de muñecas y locuras. Pero una vieja tomó a la muñeca del suelo y se la devolvió a Amparín, que todavía seguía mirando a lo alto.

- ¿Cómo? ¿Ha vuelto a tierra mi tortolina? ¡Mal de ojo la han debido echar estos cuervos!

Pero uno de los cuervos dándole un empujón, dijo ya harto:

- ¡Ea, basta ya de panamas! ¡En la cárcel te quitarán tus loquerías!

Y en la cárcel - primero en Sama, luego en Oviedo - hubo sus más y sus menos sobre si la mujer aquella había perdido o no su sano juicio. Hasta médicos loqueros la miraron y remiraron. Amparín simulaba muy bien su locura. Siempre hacía alguna de las suyas. Todas las bromas, chanzas, sátiras, chistes que corrían por la cárcel se lo atribuían, con razón o sin ella, a Amparín. A veces, en el silencio de la noche, cantaba. Un día empezó a gritar: "¡Fuego, fuego!, y novilizó a todos los empleados. Otra vez, en una formación, en vez de gritar Franco, Franco, dijo a voz en grito, "¡Viva el caballero Sancho Panza y su escudero don Quijote!".

Pero muchas de las mujeres de la cárcel, y mejor aun las de su celda, sabían muy bien que la locura de Amparín era una simulación con el fin de tener más libertad. ¡Cómo podía estar loca aquella muchacha que hablaba con tanta cordura de las luchas de los mineros, de las hazañas de los milicianos durante la guerra, del trabajo de las mujeres asturianas en la clandestinidad! Muchas veces les había hablado de la muerte de su padre y del regalo de la muñeca, poco después, cuando una mujer de luto llegó a su casa.

Al principio, la muñeca no salía de la celda. Estaba en una tosca mesa en medio de la yacija. Por la alta ventana entraba al mediodía un rayo de sol que pendía en la muñeca, como con alfileres, un velo dorado de resplandores.

Cuando Amparín consiguió más libertad, la muñeca salió también de la celda. Iba siempre Amparín con ella en brazos, como si fuese una nena de verdad, arrullándola, diciéndole arrumacos, cantándole nanas. Todas las presas sabían que Amparín, al ser detenida, había dejado a un hija pequeña con Olvido, su madre, y al ver a la loca con la muñeca, el corazón se les inflamaba de maternal ternura y de odio a los verdugos. Todas llamaban a la muñeca "la hija de Amparín".

- Amparín, ¿cómo está la pequeña?. Deja que la de un besito decía una reclusa, y tomaba un instante la muñeca en los brazos.

Y según quién fuera la reclusa y la confianza que en ella tuviera, Amparín

La Muñeca

contestaba como loca o como cuerda.

- La mi niña ya se ha soltado a hablar. Pregunta por el padre. Y yo le digo que los demonios le han llevado al infierno del carbón - y luego, dirigiéndose a la muñeca - ¡Habla, habla, hijita, que te vea la Rosenda lo listilla que eres!.

O bien, si era de confianza, decía.:

- María, mañana en el patio nos vamos a reunir las comunistas:

Amparín organizó en la cárcel diversas células comunistas. El trabajo era difícil. Muchas veces la comunicación entre distintas galerías y diferentes celdas se hacía casi imposible. La vigilancia era mucha y la disciplina severa.

La necesidad de comunicación secreta hizo a Amparín pensar en la utilización de la muñeca. Los vigilantes de la cárcel, por verdugos y sabuesos que fuesen, no veían en la muñeca más que un ingenuo juguete que, en mayor o menor medida, consolaba el corazón maternal de aquellas reclusas en la cárcel. A veces eran las mismas celadoras las que la llevaban de un sitio a otro.

Y así fué como " la hija de Amparín" se convirtió en la hija de todas las presas. Iba de unas celdas a otras; de ésta a la otra galería, estaba hoy en unas curtidas manos de obrero, mañana pasaba a las sarmentosas manos de un viejecito. La hacían ropas, la arreglaban, ponían en su pelo cintas de colores, incluso la perfumaban.. Y siempre, bajo las ropas, ocultos y bien cosidos, iban y venían papelitos secretos." Leed este manifiesto de la paz", "mañana en el patio una reunión...". "En la galería primera van a hacer una huelga de hambre porque han maltratado a una compañera, organizad la solidaridad"...

Cuando ya la organización estaba en manera dentro de la cárcel, los servicios mensajeros de la muñeca se hicieron menos imprescindibles. En cambio, la comunicación con el exterior se hizo más difícil: habían encontrado hojas clandestinas y redoblaron las precauciones.

Entonces pensó Amparín en utilizar la muñeca como recadero entre la cárcel y la dirección del Partido en Asturias.

Habían tenido a Amparín mucho tiempo incomunicada, pero ahora ya dejaban que, los días de visita, fuese su madre a verla y que llevase a la pequeña Dolores. A través de las rejas del locutorio, Amparín gritaba a su pequeña:

-¡Eh, cielito mío! ¿No conoces a tu madre?. ¡Tírame un besito, mira, así!... - y a través del metro de espesor de las paredes volaban entre las dos rejas los chasquidos de los besos.

Le mostraba la muñeca, entre los barrotes, y la niña la pedía, alargando los bracitos:

- ¡Dámela, mamita, para jugar en casa! ¡Quiero la muñeca!... ¡Dámela!.

Olvído ya no vivía en Sama ni trabajaba en las minas. Cuando se llevaron a Amparín a Oviedo, la madre se fué a vivir a la capital, en casa de una hermana. Se ganaba la vida difícilmente, lavando ropa. Era una mujer buena y sugrida, zarandeada por la suerte. Sabía poco de las cosas, pero siempre era fiel a su

clase y a la tradición familiar. Cuando le dijeron han "esto", lo hizo; cuando le mandaban llevar "esto", lo llevaba; cuando cuando le pedían vete allá o acá, iba. No ignoraba el peligro, pero lo hacía de buena gana. Sabe que en todo "aquello" había estado su marido, participaban sus hijos, era la causa de los hombres mejores...

P' dieron las presas al director de la prisión que dejase entrar en la celda, durante las horas de visita, a la pequeña Dolores, pues de otro modo la locura de Amparín se recrudecería. Y accedió a ello.

Y así, en brazos de una celadora, entraba la pequeña un día a la semana en el interior de la cárcel a ver a su madre. En la primera visita se llevó la muñeca. Una condición le pusieron para regalársela: que viniese todas las semanas con ella, pues era doloroso para las muchas madres que en la cárcel estaban una separación para siempre. Olvido traía en brazos a la niña. La niña traía en brazos a la muñeca. Y debajo de los faldillines de la muñeca entraban y salían en la cárcel notas, comunicaciones y documentos.

El llamamiento de Estocolmo, con las firmas de las reclusas, la muñeca lo sacó de la cárcel. La denuncia contra un carcelero, la muñeca la hizo. De una huelga de hambre que declararon las presas como protesta por la bazofia que recibían por comida, la muñeca dió cuenta. De una carta que las reclusas de la prisión escribieron saliendo por la independencia de España contra la guerra a la Unión Soviética, la muñeca fué portadora(1)

Y un día, Amparín escapó de la cárcel. Es claro que la muñeca debió participar en esta hazaña. ¿Cómo fué? ¿Qué ayudas tuvo? ¿En qué escondrijos se ocultó? ¡Buscad y rebuscad, que para eso os paga, y no mal, el amo que os necesita!.

Desapareció Amparín, desapareció la muñeca, no se volvió a saber nada de la madre ni de la pequeña. En busca de la trama de esta fuga, maltrataron a las compañeras de celda de Amparín. Una de ellas confesó el artilugio de la muñeca recadera, y entonces los canes rabones se volvieron locos. De este tiempo data la persecución contra las pobres muñecas y, de otra parte, la popularidad de la muñeca de Amparín la de Soma. ¡La buscan por todas partes, y ella, que si quieres, no aparece!. ¿Dónde estás?. ¿Dónde?. Aunque me despellejasen vivo yo no lo diría. Bien es verdad que lo saben muchos, bajito, al oído, se lo cuentan unos a otros; pero los revolvedores policíacos de muladares no lo saben ni lo sabrán nunca.

La muñeca vive su vida clandestinamente. ¡Y qué vida la suya, madre mía! ¡En qué lugar de Asturias no habrá estado la perseguida muñeca. Entre los pescadores de lastres. Entre los pastores del Aram. Otro día entre los campesinos de Craca. Pero donde la muñeca se pasa el mayor tiempo es entre los mineros, porque minero es su origen, porque minera es toda su vida.

Una vez estuvo en la romería del Naranco, como buena asturiana, que

La Muñeca

no todo van a ser penas en la vida. Y eso que la muñeca estaba de luto. Tiempo atrás habían preso a Rozas, asesinándole después de cruento martirio. Dos verdugos creen que por haber batido un árbol abaten el bosque. ¡Sí, sí, que lo piensen!. Del árbol caído ellos hacen leña y la naturaleza, semilla y creación: donde estuvo el árbol batido por el hacha crecen en amigable república, jóvenes arbolillos.

A la muerte de Rozas, un plantel de jóvenes arbolillos habían formado una especie de guardia comunista de Rozas. Casi todos eran mineros y ninguno pasaba de los dieciocho años. Cuando la guerra eran gentecilla menuda unos y otros andaban a gatas. El fascismo les sorprendió con el babero puesto.

Algunos de estos jóvenes pensaron ir, como gente moza que era, a la romería del Naranco, a zangolotear entre las rapazas, a bailar, a cantar, a beber un culín de sidra, a gritar ¡ji, ji, ji... y que los valles profundos recogieran los ecos.

Era ya de noche cuando terminaba la merienda, en lo alto del monte, sobre la hierba un poco húmeda. Se oía lejana una gaita y las voces confusas de la romería, de tiempo en tiempo apagadas, como si la niebla las embozase, y otras veces altas y rumorosas.

Por el(2)de los montes, como rebaños grises, iban y venían girones de niebla. Entre los claros se veían en lo hondo las luces de Oviedo, somnolentes en la bruma, o, por otra parte, las candelarias opacas de los pueblecitos de los valles.

Desde lo alto, la vista quería divisar el mar, las plácidas bahías, los hoscos acantilados, los cumbreños puertos al sur, en la raya de Castilla, los picos de Europa con sus perpétuas nieves, las tajantes fauces de Sierra Espina, Covadonga con la tumba de don Pelayo, el rey patriota, el puente romano de Cangas... Se ensanchaba el pecho cuando, entre labios,, como un blabiseo, se decía: ¡Asturias!.

Y al bajar los ojos a los valles, a la tierra, cuando la vista se entraba por las casas de los pobres, por las minas, por las fábricas, cuando se iba por las prederías campesinas, por las pomaredas, por los llanos y lagares, daban ganas de maldecir a los que tan mala vida daban a tan buen pueblo.

Los jóvenes mineros habían encendido una hoguera en el centro del corro. Y de pronto, no se sabe por dónde, apareció Amparín con su muñeca, lo cual regocijó a todos. Sentáronse alrededor de la hoguera y comenzaron a hablar ñde muchas cosas. Después, con ávida súplico pidió uno:

- Cuéntanos, Amparín, lo que sólo tú sabes: cómo llegó a tus manos la muñeca.

- Si, la infancia de la muñeca -(3)el de al lado.

- La infancia de la muñeca es mi propia infancia. Veréis, veréis- comienza Amparín acomodándose mejor -. Era un anochecer. Qué triste estaba todo en

mi casa. Habían matado a mi padre, a dos tíos míos, a muchos conocidos, mis hermanos estaban escondidos, lejos. Y en casa, arrebujañadas en la pena, llorando día y noche, solas mi madre y yo... Esto de que os estoy hablando, ya sabéis, aconteció en el 34, después de la revolución de octubre en Asturias. Puede que alguno de vosotros no hubiese nacido aún.

Recuerdo que mi madre había salido, no sabía yo dónde, tal vez en casa de una vecina. Estaba yo solita, triste, triste, hipa que te hipa, con una pena, con una (4). De pronto, se abre la puerta de la calle y entran dos señoras: una de ellas parece que la estoy viendo, alta, fuerte, de luto, con la cara blanca y una sonrisa abierta, bondadosa. "¿Cómo te llaman, pequeña?", me preguntó. "Amparín, para servir a Dios y a usted, pero yo quise a Dios porque me parecía que no estábamos muy bien con él después de todo lo que nos pasaba). "Ven aquí, mira, te traigo un regalo", y de un envoltorio que llevaba la otra señora sacó una muñeca. "¿Te gusta, Amparín?". ¡Había tenido yo tan pocos juguetes!... Yaa sabéis que en las casas de los pobres los juguetes de las niñas son las escobas y los estropajos. ¡Ina muñeca! ¡Qué alegría!, "Era tal la atracción de aquella desconocida mujer, que a los pocos momentos me parecía ya que toda la vida había estado con nosotros. La otra que la acompañaba se marchó. Nos quedamos ella y yo solas, y nos pusimos a jugar las dos con la muñeca, a las casitas, tiradas en el suelo. ¿Cuánto tiempo estuvimos así?. No lo sé. Sólo recuerdo que después me entró sueño. Mi madre tardaba en volver. La desconocida me tomó en sus brazos, me cantó una canción, me besó en la frente con suavidad, y me dormí con mi muñeca apretada a las mejillas.

A la mañana siguiente, al despertarme, lo primero que hice, después de comprobar con alegría que la muñeca estaba junto a mí, fué preguntar a mi madre por la señora desconocida. Me parecía que debía estar en casa, que ya siempre viviría con nosotros, como una tía bondadosa que se agrega a la familia. "Madre, ¿dónde está la señora de anoche? - pregunté. "Marchó, hija mía, cuando yo vine te acostamos y después de charlar un rato se fué. Todavía tiene que andar mucho, porque muchas son las penas que ha de consolar. Va por las casas de los mineros ayudando a las viudas y regalando juguetes a los niños". Se me representó entonces la desconocida como una señora muy rica, que tiene un talegón sin fondo de dinero. "¿Es muy rica, la señora?" - pregunté. "¡No, hija mía, como tú y como yo, hija de mineros ella misma. Ese dinero se lo han dado a ella quitándoselo de su propia boca los obreros de toda España para que lo reparta. Es comunista. Se llama... Se llama Dolores, la "Pasionaria".

Profundo silencio. A más de uno le asomó a los ojos una lágrima de emoción. Brillaba la luna en el limpio cielo de agosto, y alrededor, Asturias, España, con el dogal del fascismo al cuello... Pero allí, con ellos, estaba el Partido Comunista, animándoles a la lucha.

Durante el día, los jóvenes mineros, entre los que figuraban varias

La Muñeca

muchachas, al pie de Oviedo, donde había muerto con una ametralladora la joven Aida Lafuente, decidieron hacer un ramo y, al bajar, ponerlo en el sitio donde cayó la heroica muchacha. Junto a las flores dejaron escrito: "Los jóvenes mineros no olvidan a Aida Lafuente".

El tiempo pasa, se suceden los acontecimientos, y Amparín y su muñeca siempre están en el fragor diario de la lucha, aquí o allí, de un modo o de otro. ¿Por qué no las atrapan?. ¿Quién las protege?. ¿Quién las oculta?.

Los gatos, antes de echar su presa runruncan golosos alrededor. Y así hacen los yanquis. Golosas son las midas "inglesas" de Asturias, y los gatazos, que quieren apoderarse de ellas, ya las rondan, barcos americanos atracan en Gijón y los marinos hacen visitas de cortesía, que son runruncos golosos del que va a apoderarse de algo.

Y sucedió hace poco, durante una de esas visitas... Las encopetadas damas de la ciudad organizaron en honor de los marinos yanquis un baile. Como es costumbre, unos de los festejos fué la tómbola benéfica, muñecas con distintos atuendos y distintas caritas ingenuas pintadas de bermellón se exponen en un pequeño quiosco. Se venden papeletas, se rifan. Al día siguiente, los periódicos de las señoras encopetadas hablan con palabras también encopetadas de los beneficios de la tómbola: el dinero recaudado es para los "pobrecitos" niños del Asilo.

Por los pueblos de Asturias cuenta la gente, llena de regocijo, lo que sucedió en el baile. Cuentan lo que sucedió, y también lo que se figuran que sucedió. Los rumores dicen que entre las muñecas de la tómbola estaba la de Amparín, y que Amparín misma, vestida de gitana asistió a la feria.

¿Es cierto? ¿Es fantasía de la gente?. ¡Quién sabe! Pero lo que sí está comprobado es que en el baile hubo una gran escandalera: cuando un marino yanqui fué a regalar a la damita que cortejaba una preciosa muñeca que le había tocado en la tómbola, del faldamento, que era ancho, cayeron unas hojas que decían, aludiendo al pacto yanqui-franquista: "Los pactos que Franco firman son papeles mojados. España es de los españoles. ¡Yanquis, fuera de España!".

El baile terminó danzando por los contornos la policía.

La gente len Asturias está orgullosa y regocijada de las hazañas de Amparín y su muñeca. No es para menos pero a veces se pregunta: ¿Cómo no atrapen a Amparín, cómo no encierren a la muñeca?.

La respuesta justa apareció una vez en los labios de una vicjecita que, al escuchar de la gente esa pregunta, dijo:

- ¡Leñe como las van a encontrar si las ampara el pueblo!.

Y en verdad, están protegidas por el corazón del pueblo, y tan ancho como el mundo que es generoso.

César M. Arconada

FOTOGRAFÍAS DE ESPAÑA

(1955)

Cuento

Son bellas las banderas encrespadas por el viento como crines de sol, de fuego, de árboles, de ríos, de cielos immaculados, de manzanas floridas en la primavera... Pero más belleza hay todavía en los hombres que las empuñan, en la fuerza que las tremola con orgullo, en los corazones que, bajo sus pliegues, van latiendo de fe, de esperanza y de valentía.

Así pensaba el viejo poeta alemán Erich Werner.

Estaba el poeta en la tribuna oficial, presentando el desfile del Festival de las Juventudes. Tenía la cabeza alta, como buscando espacio para recitar o cantar. Su rubia cabellera leonada despeja la frente, ancha y hermosa. Su mentón es firme; sus ojos, azules, soñadores, su rostro, ancho y arrebolado.

Entorna los párpados para mirar. Desfila la juventud del mundo la sangre joven de los pueblos hecha, en este momento, banderas abigarradas, canciones de lucha, latidos emocionados de corazón. Pasan los climas, las razas, los idiomas, las latitudes, los trabajos, los regímenes políticos. Pasa el alegre mocerío que ya ha conquistado la felicidad y los muchachos que luchan por ella. Se dan la mano vietnamita, el inglés y el birmano. Es como un puente de abrazos que los pueblos tienden sobre las sucias torrenteras de apetitos de oro y sangre para que la vida cruce a la ribera de la felicidad. En lo alto, impolutas de paz, vuelan las palomas.

El poeta quisiera también desfilas, cantar con la juventud sus himnos, llevar en alto banderas llameantes y versos apasionados de lucha. Pero su juventud ha pasado ya, y no es balde, no por un erial: está hoy, en esta tribuna, lleno de glorias y de fama, coronado de lauros y estimado por el pueblo... Desfilan los jóvenes alemanes. Cantan. ¿Qué cantan?. Dicen palabras entrañables, familiares, que parecen nacer espontáneamente de él mismo. ¡Cantan sus canciones!

¡Qué dicha, viejo bardo del pueblo!. Hace unos años, entre tus versos y tu pueblo había una muralla de tenebrosa vigilancia, y hoy, he aquí: los cantan a plena voz. Pero todas las murallas no han sido derribadas: por el corazón de Alemania pasa una. ¡Derruida, fuerzas de la unidad!

¡Desfila la juventud que defiende la paz y la independencia de los pueblos!. La geografía deja de ser estampas pintorescas: se transforma en geografía de lucha. ¡Desfilan!. Se evoca a la dulce Bretaña, y se piensa en los

Fotografías de España

portuarios franceses que arrojan al mar los pertrechos de guerra. ¡Grecia! . . No sólo las venerables ruinas aparecen, también surgen los valientes patriotas de las cárceles. ¡Los abrasadores trópicos!... Sí, pero no enervante laxitud: luchan los hombres contra los amos colonizadores yanquis o ingleses, de Holanda o de Francia. Desfilan los países a quienes la libertad hace sonreír de júbilo y cantar de gozo. Pasa, entre tupida fronda de aplausos, la Unión Soviética: un coro de unánimes voces surge potente, se alza del estadio, se eleva hacia el cielo como una luminosa llama que alumbra el porvenir.

El viejo poeta siente que le tocan con ansiedad en el hombro. Detrás de él exclaman:

-¡Erich, España!

Werner alza más aún la cabeza, se empina sobre las puntas de los pies, alza el brazo con el puño cerrado, y, pronunciando mal el español, grita:

¡Salud, camaradas!...

En el corazón del viejo poeta antifascista vive España como el recuerdo de una novia amada y perdida en plena juventud. El estuvo allí, en las Brigadas Internacionales, como comisario del Batallón Thaelmann. Pisó libre tierra española, vivió la lucha heroica del pueblo español, presencié bombardeos, descombró ruínas, tuvo en sus brazos a inocentes niños heridos por la barbarie fascista, compuso allí sus más encendidos versos de combate, cantó canciones a los héroes, durmió en las trincheras bajo cielos de resplandecientes estrellas, reposó en las marchas a la sombra de los olivos, bebió el vino alegre de las antiquísimas vides(1) del Mediodía-, todo esto, aunque los años pasan y lo alejan más, está siempre vivo y cercano en el poeta.

Apremiantes son sus quehaceres en la Alemania Democrática, la vida de cada día, con sus actividad constructora, atrae, llama, exigente y voraz; los recuerdos parecen ilícitos paseos por avenidas de otoño. Y sin embargo, basta la menor alusión para que el poeta recuerde sus luchadores años de España, y muchas veces, en sus versos aparece una palabra querida a todos y que a todos habla: ¡Madrid!

- ¿Sabéis cual es una de las ilusiones más grandes de mi vida? - dice a veces el poeta a sus amigos en habituales charlas- . ¡Ir otra vez a España!

- Me he encontrado a muchos viejos luchadores de las Brigadas Internacionales -añade uno de los presentes - . aquí, en Polonia la misma ilusión: ¡Ir otra vez a España!

El poeta se anima; sus ojos, entornados, parecen dar suelo a una mirada que se remonta muy alto:

Pues yo espero que esa ilusión se cumpla. Algún día, cuando el pueblo español sea libre, nos pondremos otra vez los uniformes de las Brigadas y , aunque seamos ya viejos, desfilarémos otra vez por Madrid. Lo mismo que comenzamos el 7 de Noviembre del treinta y seis.

- ¡Para eso - siempre añade alguno- tiene que ajustarle las cuentas a Franco, y abrir las fronteras para que pase la libertad!

- ¡Lo harán los españoles! - afirmaba convencido el poeta- ¡Los conozcoi ¡Lo harán!

Y he aquí, desfilando ahora ante la tribuna, a unos representantes de la joven generación, continuadora de la lucha, hijos de los antifascistas que el poeta conoció con las armas en la mano.

Resuenan calurosos aplausos al pueblo español. No sólo el poeta tiene el puño en alto: miles de puños aparecen saludando a la luchadora España de ayer y de hoy. Estos puños parecen apretar un arma invencible. Y la aprietan: es el arma de la fe en la victoria.

En medio de la delegación va un muchacho alto, moreno, con el cabello espeso y enmarañado. Lleva la bandera con la mano izquierda. El brazo derecho, inutilizado, pende de un cabestrillo. Unas anchas gafas negras le cubren los ojos, resguardándose... no del sol precisamente.

- ¡José Cítores!- exclama alguien en la tribuna.

- Es un estudiante que ha salido de la España Franquista. ¡Al escapar le han herido!- se oye explicar a otro.

Un joven que está al lado del poeta, miembro de la Comisión organizadora del Festival, explica a Werner:

- Es interesante lo que cuenta. Ha tomado parte en la huelga de Barcelona. Al salir de España le hirieron. Los pliegos que traía con adhesiones al movimiento de la paz están agujereados por las balas y manchados de sangre.

¡Sí, manchados de sangre y agujereados por las balas!

(2) el anochecer. La cala parecía una quieta laguna. Los peñascales de la costa vestían de oscuros faldellines las orillas. Bajaba Cítores por un sendero enriscado. Delante iba otro hombre, campesino, que conocía el terreno. Se oyó el leve chapoteo de unos remos y el susurro de una canción convenida: "Niña bonita si vas al mar, amores no lleves, él te los dará".

- ¡Juan! - pronunció el guía como para cercionarse de sus indicios.

- ¡Eh!,,, - insinuó alguien en el bar, con una voz bronca, agria.

Se acercan a la orilla. Un hombre saltó de la barca. El campesino se lo presentó a Cítores. Era un marinero fuerte, peludo, mal encarado. Todo él, desde los ojos hasta el ceño, desde la misteriosa mirada a los bruscos ademanes, daba una sensación de aspereza y hosquedad. (3). Se dijera que hacia de mala gana ese servicio. Cítores tuvo miedo de internarse en el mar con aquel hombre. Pareció que en lugar de llevarle a Francia, como era lo convenido, iba a entregarle, al trasponer el primer cabo, en el puente de la Guardia Civil de cualquier pueblo.

Y ya navegaban solos por el mar. El barquero hablaba poco. Movía los brazos a compás, y parecía entregado al movimiento ligero, pero contando de

Fotografías de España

meter y sacar los remos. Cítores estaba sentado frente a él. A veces se cruzaban furtivas miradas. ¿Por qué he de tener desconfianza de este hombre?. ¿Por su aspecto? ¿Por su silencio?.- Se preguntaba. De todos modos, estoy en el mar, a merced suya..."

Navegaban no lejos de la costa. La montaña parecía extender un brazo para abarcar el talle gentil del mar y remansarle en una tranquila bahía de amores. Tan grande era el silencio, que la naturaleza parecía extasiada en un momento de devoción crepuscular. Y de pronto, como si a toda la embarcación le hubiera caído una red encima y les apresara, se oyeron gritos. Unas linternas enfocaron la barca.

- ¡Los malditos carabineros nos han visto! - dijo el marine ro, no muy alarmado, lo cual inquietó más a Cítores.

- ¿Pues a la costa no volvemos aunque nos maten! - recalcó el estudiante pensando en que todo podría ser una celada del barquero.

Después de los gritos y mandando a la barquichuela el retorno a la costa, se oyeron los primeros disparos.

- Sobre usted disparan, joven! ¡ Seguramente saben que no es usted pescador, sino estudiante! ¡Un intrusos en el mar!

Cítores le miró severo, casi retador. Ese tono irónico (4) Estaba casi convencido de la celada.

- ¡Algún perro traidor hay aquí!

- ¿Aquí?

- Aquí(5) - no se atrevió a expresar claramente su pensamiento-. en este asunto.

Unos haces de luz con más potencia llegaron, como cables de amarre, hasta la barquichela. Nuevos disparos, que en la noche del mar agitaban una cola de vibraciones. De pronto, Cítores hizo un brusco movimiento, como si alguien le hubiera ampujado con la mano.

- ¡Hay! ¡Me ha alcanzado una bala! -exclamó llevándose una mano al pecho, donde tenía la cartera.

Quiso volverse, como buscando nueva postura en la barca, y cayó sin fuerzas. Perdió el sentido durante unos momentos. Poco después percibió en el rostro fresca humedad de agua, y abrió los ojos. La cara fosca del barquero estaba junto a la suya. Le tocaba el cuerpo (6) miedo y se agarró con toda su fuerza a una tabla, como para defenderse." ¡Está claro que este tío o me tira al agua o me entrega!"

El tiempo parecía haber perdido sus rumbo y su mediada, y era ahora ancho como el cielo, como el mar. Sólo una vez abrió los ojos. ¿Llovía?. No, las gotas de agua saltaban de los remos y al caer en el rostro le hacían estremecer.

Delante, vió el barquero, remando con todas sus fuerzas, jadeante. Hacía zig-zag con la barca. Tenía el rostro mojado, no se sabía si de agua o de sudor.

Seguían los disparos rasgando, intermitentes, el silencio.

(7) Se despertó como del sueño habitual de la noche. "No asistiré a la Universidad. El profesor de literatura es un jesuita: a todos los escritores los ve vestidos de frailes y predicando. Prefiero ir a una reunión con los obreros de la fábrica de lámparas.

No se oía el rumor de su calle de Barcelona. Era una paz tan profunda como la de una cumbre de montaña. Entraba el sol en luminosa oleada a través del tul de las cortinas. Las paredes tenían un blancor de nieve.

Y súbitamente, sus ojos vieron ante sí a una persona habitual y querida, asociada a muchos días, trabajos e inquietudes de su vida de Barcelona. De nuevo pensó que estaba otra vez en la ciudad, que, en efecto, no iría a la Universidad, y que Consuelo había llegado para acompañarle a aquella reunión de la fábrica.

- ¡Chelo, ahora mismo me levanto y nos vamos!

- ¡Chit, quieto! - susurró la muchacha llevándose un dedo a los labios.

- ¿La policía?

Y sintió en la frente ese roce de ternura que siempre produce una mano de mujer que acaricia. Y volvió a sumirse en vaga somnolencia, como si el calor de la mano fuese un narcótico. Sentía cantar bajito, dulcemente, una canción en catalán, como la nana a un niño que la madre quiere dormir.

Habían pasado diez días desde la noche del tiroteo en el mar. Cítores ya estaba mejor de las heridas. Se había aclarado todo el misterio. El temible barquero, Francisco, era el padre de su mejor amigo de Barcelona: Chelo Ferrer. Resultó que el barquero, a pesar de la hosca presencia, era un hombre magnífico. Aquella noche le salvó de la aprehensión por los carabineros; con inauditos esfuerzos logró burlarlos, atracar a la orilla y llevar al herido, ocultamente, a su propia casa. Muchas tardes, cuando Francisco regresa de pesca, entra en la habitación de Cítores y comentan las incidencias de aquella noche.

- ¡Y yo que le creía a usted conchabado con los carabineros, tío Francisco! ¡Si me hubiera usted dicho que con el padre de Chelo! ¡Con lo que ella me ha hablado de usted!

- Me habían dicho; Pocas palabras, y a Francia con él" y así hacía.

A veces entraban Consuelo y la madre en la habitación, y los jóvenes contaban a los viejos las incidencias comunes de la lucha antifranquista en Barcelona, sobre todo en los días de la huelga.

A la madre, viejecilla enlutada y vivaracha de ojos negros y pequeños, una cosa no le cabía en la cabeza.

- ¡Pero, hijos, no sé como podéis andar juntos: ella es una obrera y tu un estudiante!

- Abuelilla - decía Cítores riéndose -, cuando tocan a quema todos acuden

Fotografías de España

a apagar el fuego, ¿no es verdad?.

Fueron unos días dulces, apacibles, como una siesta debajo de un olivo. Pero todo acabó. De nuevo, la barca en la orilla, el mar Mediterráneo, terso y plateado al atardecer, el compás de los remos al meterse en el agua. Igual que la primera vez.

Sólo que ahora, en la orilla, entre las ramas de un avellano, el brazo de una mujer se movía levemente en despedida: unas veces decía tristemente adiós; otras quería volar a la barca que se alejaba por el mar tranquilo. ¡Quién pudiera ir con Cítores al Festival de La Juventud!.

Una casita de campo en las afueras de Berlín. En la terraza, que(8), tenaz han puesto una mesa. La tarde es calurosa. Un frescor de manga de riego llega del jardín. Lejano, como un rasguño en la seda de un cierto transparente, se oyen silbidos de locomotoras.

Erich ha reunido en su casa a unos cuantos viejos amigos y camaradas, unos alemanes, otros extranjeros, allí de paso por diversos motivos. Zosia Tizuk, hispanista, profesora de la Universidad de Varsovia. Oscar Hermann, ministro de Comunicaciones de la República Democrática alemana; Dimitri Parguelov, búlgaro, dirigente de los sindicatos; Jan Formanek, general del ejército checoslovaco; Colhar, un diplomático húngaro casado con su mujer española María Zamorano; y por último, en representación de Alemania estaba el periodista Troien Vasu. Hedda, la mujer del poeta, y Berta, su hija, atendían con extremada solicitud a los huéspedes.

En el centro estaba Cítores, al lado de Erich. Contrastaba la enjuta complexión del estudiante con la rubia redondez del poeta. A veces, Erich atrae hacia sí, en un abrazo, a Cítores, y su cabeza, rizada y negra, parece un enredado ovillo de lana entre las melenas de un león. Sólo Cítores es joven; los demás tienen, más o menos, albas huellas de otoño en sus cabellos.

Para Cítores, todos estos hombres extranjeros son legendarios seres, don Quijote de verdad y de nuestro tiempo, que en su vida azarosa han recorrido caminos y países, han estado en guerras y en prisiones, han sido héroes de innúmeras aventuras... Ahora son hombres conocidos, llenos de honores. Pero el mayor honor de ellos, el imborrable honor adquirido con sangre y valentía, es el de haber pertenecido a las Brigadas Internacionales. Por eso esta tarde están rememorando los mejores recuerdos de su vida: juventud, heroísmo, pasión política, España...

Y para ellos, este muchacho delgado y moreno, venido de la España que ellos recorrieron un día con fusil al hombro y con pasos de juventud, herido además por las mismas balas fascistas que a ellos los hirieron, es como un hijo

desconocido, como el hijo que tal vez tuvieron de unos fugaces amores, perfumados bajo naranjos, con alguna locuela española. ¡Un hijo que hace honor de los padres!

Unos hablan en español, otros lo entienden, otros balbucean frases: "¡Salud, camaradas!", "¡No pasarán!"; otros se acuerdan de palabras que son lo mismo que condecoraciones en sus pechos: Madrid, Guadalajara, Teruel... Y todos aman las canciones que entonaron en ese tiempo. A través de las canciones parecen volar al pasado y vivir de nuevo la ya tan lejana juventud. Cada canción está hecha de hilos hermosos que se entretajan en abigarrados tapices de recuerdos.

Después de comer empiezan a cantar, y desfilan, como en formación, todas las canciones del cancionero de la guerra. Erich ama las canciones, canta él mismo con fuerte voz y musicalidad, y muchas compuso en España.

En un intervalo de silencio, cuando el coro parecía cansado, Erich dijo: -Hay a quien le gusta coleccionar sellos, a otros postales, a otros pipas. Para todos los gustos. Yo, amigos míos, colecciono fotografías de España. Tengo dos albones - y dirigiéndose a Cítores le ofreció: - Voy a enseñarte el último, el de fotografías más recientes.

Y trajo de su biblioteca un abultado álbum: eran fotografías de España, recortadas de periódicos gráficos en su mayor parte, pero no fotografías de turismo, sino de lucha. El álbum hacía referencia a la época franquista: era como la historia gráfica no de las "victorias" de Franco, sino de las victorias del pueblo: cárceles, héroes, juicios y sumarias, actos de solidaridad, huelgas...

Contemplaba Cítores las últimas fotos entonces reunidas, las de la huelga de Barcelona, y dijo de pronto:

¡Qué casualidad, aquí en esta foto ha salido Chelo Ferrer poniendo una bandera en el Ayuntamiento de Barcelona!. Yo estaba junto a ella, miren ustedes, se me ve sólo parte de la cabeza - y al instante se acordó de la mano que se agitaba en despedida al salir de España en la lancha pescadora del padre.

Pasó la foto de una mano a otra. Era interesante, sí, pero todos querían que Cítores iluminase aquella foto con los hermosos colores de vida. Y tuvo que hablar. Habló, casi una hora, de su propia vida, de la lucha antifranquista, de la huelga, entonces reciente.

(9)En la Universidad de Barcelona, donde yo, indigente señorito, estudio... por "caridad", digamos de momento para no adelantar los hechos, todos creen que Consuelito Ferrer, esta muchacha que ustedes han visto en la foto, poniendo la bandera, es novia mía. No, no lo es, aunque... Bueno, al salir de España vino a despedirme a la costa.

Pero Chelo es algo más que una novia: es mi madrina, mi maestra, mi preceptora, mi madre... ¿Palabras?. No, no son vacías palabras. No, no son hipérboles de amores, aunque...

Era mi padre aragonés de origen, de un pueblo no lejos de la muy conocida ciudad de Teruel. Procedía de acomodada familia campesina. Instituyó mi abuelo, al morir, que ninguno de los hijos -y eran cuatro- debía separarse del patrimonio, arrancando o dividiendo la herencia como una ancha sábana. Mi padre, el más pequeño de los hermanos, no tenía mucho apego a los afanes del campo y, siendo muchacho, renunció a sus derechos en el patrimonio colectivo y se fué a Barcelona.

Difícil le fué abrirse camino - no pocas narraciones de su vida amenizaban en casa nuestras veladas-, pero los años eran prósperos, y mi padre, un hombre laborioso, resuelto, tenaz, ahorrador, pudo abrirse camino. Emprendió muchos pequeños negocios, casóse con la hija del dueño de una papelería y objetos de escritorio, tuvo varios hijos, de los cuales sólo una hermana y yo vivimos, y la prosperidad y la ventura reinaban en nuestro hogar.

Recuerdo mi infancia: vivíamos en una casa espléndida, en el Paseo de Gracia, teníamos automóvil, un chalet en Arenis de mar, tres criadas.. Mi padre poseía en distintos barrios varios comercios de los conocidos por "todo a 95".

Al comenzar nuestra guerra tenía yo ocho años. Como los presagios no eran buenos, nos fuimos aquel verano, para más seguridad, al pueblo de mi padre, donde también teníamos una buena casa. Allí nos sorprendió la guerra a todos, en territorio de Franco. Mi padre estaba muy preocupado por la suerte de sus negocios, pero nada podía hacer. Cuando la ofensiva de Teruel, la guerra pasó por breve tiempo por nuestro pueblo: en la contraofensiva, los aviones de Franco incendiaron nuestra casa, murió mi madre, a mí me hirieron, y estuve a punto de perecer... ¡Bueno, me estoy remontando muy atrás!

Al terminar la guerra volvimos a Barcelona. Los comercios, que habían sido incautados, pertenecieron de nuevo a mi padre. Yo comencé a estudiar el bachillerato. Debo decir que en mi casa no eran políticos, aunque mi padre más bien simpatizaba con Franco que con los rojos.

Todo marchaba normal - por lo menos así me lo parecía a mí-. Al ingresar yo en la Universidad, se casó mi hermana, a disgusto de mi padre, con un primo del pueblo, y se fué a vivir allá. Quedamos mi padre y yo solos.

Estudiaba yo el segundo año de mi carrera de Filosofía y Letras, cuando noté un cambio profundo en el carácter de mi padre. Estaba ahora taciturno, reservado; a veces, cosa rara en él, tenía un dejo amargo de desaliento. Comenzaba a hablar mal del régimen, que no fomentaba la economía nacional, que sólo se preocupaba de la vida de las grandes empresas. Yo me daba cuenta de que sus negocios no iban bien, pero tenía una fe ciega en las actitudes y la tenacidad de mi padre para vencer todas las dificultades.

Y no tardó en sobrevenir la catástrofe: un día, mi padre se suicidó. El negocio de sus comercios hizo quiebra, y mi padre no tuvo, al parecer, fuerzas para afrontar de cara la nueva realidad que ante él se abría. Era yo, estudiante,

mozo de acomodada familia, que sabía bien poco de dificultades y aprietos, quien debía bajar, por escalones amargos, desde la fácil abundancia hasta el inesperado ¿Qué hacer?, calzarme unas pobres alpargatas, despojarme de prejuicios o impedimentos, y desafiar cara a cara la vida dura. La actividad laboriosa de mi padre sólo había construido castillos en el aire. Ahora eran ruinas, y yo debía salir de ellas si no quería convertirme en un rectil entre los escombros.

Me fue muy difícil todo esto, creánme ustedes. No resbala uno escaleras abajo sin magulladuras y coscorriones. Dejé de estudiar. Busqué un trabajo de oficina: no lo encontré. Pasaba hambre. A veces iba a las estaciones a llevar maletas. Me zarandé la necesidad de un lado a otro. Por fin, como yo sabía conducir, me tomó un contratista; este contratista, a su vez, tenía los coches arrendados a una empresa.

Un día estaba yo en el punto con el coche, cerca del puerto. De pronto, veo que de los depósitos viene corriendo una muchacha con un capacho en la mano. Se mete en mi coche, después de un instante de vacilación. Respiraba anhelante, con fatiga.

- ¡Por favor, arranque a toda marcha! - me dice echándose sobre mí.

Confuso, pero al mismo tiempo decidido, sin saber por qué, atendí sus órdenes. Al arrancar oí gritos en la puerta del depósito. La muchacha miraba por el cristal de atrás. "¿Qué será esto", pensaba yo"; ¿Un robo?, ¿Un crimen?". A pesar de la tensión de la carrera, procuraba mirar a la muchacha por el retrovisor. Era más bien menuda, morena, con ojos negros y vivos. Debía ser muy joven: diez y ocho años no más. Iba bastante arreglada, pero me dí cuenta por las manos de que era una trabajadora y no una señorita empleaducha. Tal vez yo esperaba una aventura de amor con aquella muchacha joven y bastante agraciada. De otro modo no sé...

- ¡Me parecen que nos siguen! ¡Por favor, tire usted hacia cualquier callejón del Barrio Chino!

Ibamos por el Paralelo. Di un brusco viraje a la izquierda, entré en una calle estrecha y, a su mandato, paré el coche. Bajamos. Me tomó del brazo. Salimos otra vez al Paralelo. Tomamos un tranvía que pasaba. Nos fuimos a Monjuich. Habíamos burlado, por lo visto, la persecución, y ahora nos encontrábamos en el Parque, tranquilo, casi solitario por el que fluía el enervante bullicio vegetal de la primavera. Al fondo, el mar era una inmensa lámina de acero reberberante y cegadora. Parecíamos una amorosa pareja que estaba gozando de la soledad del parque.

Yo trataba de indagar, de saber en qué barrancar me había metido de pronto, sin querer, pero la muchacha era poco explícita. Hablábamos, sí, de muchas cosas, pero daba la sensación de que nos engañábamos mutuamente, de que no nos creíamos.

Me intrigaba el capacho, que no soltaba de las manos.

- Si comieramos algo.. ¿No lleva usted ahí ninguna cosa?. Yo debiera convidar, pero no tengo ni un céntimo.

- Sí, vamos a comer - y con precaución, para que yo no vier nada, sacó de la cesta unos bocadillos. Miré de reojo, y vi que debajo de los bocadillos y de unas hojas de col había algo mullido, como papeles. "¿Serán billetes robados?", pensé. "¡En buena me he metido por tonto!".

La muchacha se daba cuenta de mi inquietud y procuraba tranquilizarme. Al anoecer se planteó el problema más agudeamente. Me dijo que yo no podía volver a mi casa. Fuese lo que fuese, estaba a merced de la joven: me había enredado en su tela de araña. Me llevó a una casa. Al día siguiente debíamos vernos. Quiso darme algún dinero, pero yo no acepté. Al despedirse y tenderme la mano, me dijo:

- No se preocupe, todo lo sabra usted... sí se muestra digno de saberlo.

(Citores hizo una pausa en la narración. Se había hecho de noche y prefirieron retirarse de la terraza, entrar en la habitación, donde estarían más cómodos. Y Citores, después de pedir perdón por el dilatado relato, y viendo la compalecencia con que le escuchaban, prosiguió).

Así conocí a Consuelo Ferrer. Mejor dicho, así nos encontramos en la vida, porque el conocimiento vino después. Era una muchacha sencilla, honrada, valiente, activa, siempre dispuesta al sacrificio por los demás. Parecía que estaba continuamente acariciando algo: a sus ideas, a sus camaradas, a sus amigas, a sus familiares. Tenía su alma y tan gran caudal de bondad, que al lado suyo se respiraba frescor de dulzura, como junto a un gran estanque.

Al cabo de algún tiempo me llevó a vivir a su casa, en un barrio obrero de la ciudad. Entonces conocí mejor el ambiente de aquella familia obrera. El cabeza de familia, Ramonet, era tío de Consuelo. Tenía en casa tres hijos, dos de ellos varones. La única que no trabajaba era su mujer, un poco delicada de salud. Todos ellos eran excelentes obreros metalúrgicos, serios, responsables, estimados en la fábrica: trabajaban todos en la misma empresa, en distintos talleres.

Mucho me costó adaptarme al ambiente de aquella familia obrera. Mentiría si dijese otra cosa. Hacía poco menos de un año que yo había dejado de ser estudiante, y conservaba aún muchos vestigios y prejuicios de mi clase. Me daba cuenta de la bondad y el noble corazón de aquellas gentes con las que vivía, pero me consideraba otro, no me fundía a ellos, como metal extraño. Aspiraban aquella gente a cambiar el mundo, y así cambiar sus vidas. Por el contrario, yo aspiraba aún a cambiar mi vida, sin meterme en empresas redentoras de cambiar el mundo.

Estaba bien en aquella casa, pero tenía miedo. Esperaba que cualquier día llegase la policia y nos metiese a todos en la cárcel, y a mí sin comermelo ni

bebermelo. Perteneían todos al Partido Socialista Unificado de Cataluña. A mi me extrañaba que, por un lado, parecieran todos gente ecuánime, seria, y, por otro, estuvieran metidos de lleno en la lucha clandestina contra el régimen, jugándose el relativo acomodo y, tal vez, la vida.

-Si aquel día que nos conocimos hubiera sabido yo, Chelo, que llevabas en el capacho no coles, como parecía, sino hojas que acababas de repartir entre los obreros del puerto, no te hubiera dejado entrar en el coche- decía yo a mi amiga.

- No lo crec - me contestaba burlona-, me hubieras salvado igual: los españoles siempre sois caballeros con las damas. "¡Vaya, una aventurilla con una mujer...!" tal vez pensaste.

Me colocaron en la misma fábrica que ellos. Poco a poco fuí penetrando en el ambiente de la fábrica, adquirí nuevas amistades, nuevas preocupaciones. Lentamente, en lucha diaria, me iba ganando la nueva vida y, a la vez, me iba perdiendo el pasado. En esta transformación, Chelo tuvo gran parte. Nos hicimos entrañables camaradas: íbamos siempre juntos a las reuniones de la juventud, hacíamos juntos propaganda, juntos repartíamos octavillas y pegábamos pasquines en las paredes.

Pasado algún tiempo, un día, el tío Ramonet planteó en el seno de la familia este problema:

-Digo, hijos, que hacemos mal si entre todos no ayudamos a José para que acabe su carrera. Debemos sacrificarnos un poco, que bien podemos, y dar posibilidades al muchacho de continuar sus estudios.

A todos les pareció bien la idea, y la aceptaron, pero yo me indigné. ¿Qué privilegio era ése? ¿Qué patronato benéfico querían establecer?. ¿Caridad burguesa?. No, quería seguir en la fábrica, ser obrero, no diferenciarme. Me había costado mucho desprenderme de la antigua atmósfera burguesa que me rodeaba, y querían que ahora volviese de nuevo a ella. Era como exponer al contagio un cuerpo no sano del todo.

A tal extremo llegó mi protesta, que estuve a punto de marcharme de aquella casa. Pero Chelo me reprochó:

- ¡Ah, tú, extremista, se ve que los posos de pequeño burgués se revuelven en ti, como gusanillos en la arena! ¡Vete otra vez a la Universidad! Hazte estudiante, pero no te hagas señorito. ¡Trabaja, trabaja entre los estudiantes, que buen campo tiene! ¡Si pudiera yo meterme!...

Y Claro, me convencieron. Volví a la Universidad y organicé a los estudiantes en la lucha antifranquista. Era yo un joven completamente distinto: los hornos de la fábrica me habían purificado, y llevé allí, a las aulas, una levadura de acero que templó en la lucha a la mayoría de los estudiantes.

Se acrecentaba el descontento del pueblo contra la tiranía franquista, que después de haber ofrecido montañas de bienestar, daba muladares de

tristezaq. Se avecinaban enérgicas acciones de protesta. El P.S.U. trataba de encauzarlas, para convertir los dispersos regatos en torrentera poderosa.

De ese tiempo data una entrevista para mí memorable. Se preparaban elecciones a enlaces sindicales, y nuestra fábrica - seguía llamándola nuestra aunque no trabajaba ya en ella - presentaba, frente a la candidatura oficial de Falange, la suya propia, encabezada por un hermano de Chelo: Ventura.

Con este motivo, Ventura tenía que entrevistarse con los dirigentes del P.S.U., y me llevó con él. Fuimos al atardecer, a una barriada obrera cerca del puerto. Después de cruzar diversos patios y subir y bajar no pocas escaleras, nos llevaron a una habitación donde había varias personas. Sentado a la mesa estaba un hombre, todavía joven, fuerte, reposado, con rasgos de tenacidad y firmeza, y una sonrisa leve y bondadosa. Llevaba un jersey claro, y su cabeza, de amplia frente, se apoyaba en el brazo izquierdo, reclinada como por el cansancio o por el peso de las preocupaciones.

¡Era López Reimundo, aunque entonces a mí me lo presentaron con otro nombre! Ventura dijo:

- ¡Aquí tienes a la Universidad! José Cítores.

- ¡Ah, ya he oído hablar a Chelo de tíl.

Y López Reimundo se levantó para abrazarme, con tan franca cordialidad y llaneza, con un gesto tan humanamente sencillo, que desde aquel momento me conquistó la simpatía más irresistible: aquella que emana de la sencillez, la del hombre que sabes que está sobre ti, que debe mandarte, y en cambio no le notas sobre ti, sino cerca, a tu lado, su corazón al mismo nivel que el tuyo: a la izquierda el de uno, a la derecha el del otro.

- Espera un poco, ahora hablaremos - me dijo, y salí a una alcoba contigua donde había un comedor. Me entretuve en dibujar a unos niños que correteaban por allí animales del Jardín zoológico.

Al cabo de media hora entro López Reimundo y nos sentamos en un diván, en el mismo comedor. Y hablamos. Yo le informé de todas las cuestiones estudiantiles, y él me habló de una próxima huelga de protesta contra la insoportable vida de miseria que el régimen de Franco condenaba al pueblo.

Me parece que estuvimos hablando tres horas largas. Por primera vez, aquella noche, el movimiento obrero y el movimiento estudiantil se acercaron hacia el camino de la unidad. Cuando salí a la calle, Barcelona me pareció más bella, la vida más interesante, el mundo más ancho, y mi corazón más joven. Y mi "familia", infinitamente más numerosa. Si aquella noche no dije a Chelo que lo amaba y quería casarme con ella, fué porque no estaba en casa, y a la mañana siguiente... la detuvieron, y esto nos obligó a cambiar de casa y adoptar precauciones.

Preparáhamos las próximas jornadas de lucha. Yo me entrevistaba frecuentemente con López Reimundo y otros camaradas del P.S.U. que

trabajaban con él.

Por fin, un lunes, los estudiantes empezamos la huelga con una protesta por la subida de las tarifas de los tranvías. Parecía una escaramuza baladí, pero... era la primera manotada del huracán. Así sucede con el viento cuando sopla de veras: entreabres la puerta para asomar las narices, y ya no la puedes cerrar, te derriba, se cuele con la obstinada fuerza de un gigante.

El viento de los huracanes también tiene su cuna, como los recién nacidos. Aquel huracán que se habían formado en el pueblo. Tal fúe la fuerza de aquel viento popular, que nos sorprendió a nosotros mismos. No pocas veces somos, los que manejamos el alma de las multitudes, como el aprendiz de brujo, que los efectos rebasan los cálculos.

De súbito, aquel viento surgió del corazón de un gigante hizo tambalear el régimen de Franco con toda su aparente solidez de cañones, bayonetas, vergajos, cárceles, bancos, iglesias, jerarquías...

Salimos a la calle: eran nuestras las calles. La multitud iba por ellas como una riada incontenible, gritando, con improvisadas pancartas, arrojando piedras, arrancando o insignias franquistas. En los mercados, las mujeres, hambrientas, asaltaban los puestos. De las fábricas salían los obreros, declarados en huelga. Algunas cárceles se abrieron a los reclusos. La gente iba concentrándose en el centro de la ciudad. Se negaron a disparar los soldados... El huracán iba en aumento, agitándolo todo, como si lo sacudiera de una modorra de muchos años. Se iluminaban los rostros de la gente con una sonrisa inefable: el sol de una nueva primavera. ¿No han oído ustedes la canción?. Ahora se canta por ahí...

La primavera ha venido
sobre la tierra española.
¡Viva la huelga
de Barcelona!

Debo confesarles a ustedes que a mí me pasó aquellos días lo que al imberbo mozo que por primera vez va de jarana con sus amigos: se le sube el vino a la cabeza.

¡Yo también me emborraché!. Es un pecado, lo sé: fué una culpa grave; la reconocí luego, cuando analizamos las debilidades del movimiento. Pero qué hacer, los hechos son los hechos; me emborraché!.

Me emborrachó la multitud, el pueblo en la calle, los gritos, las palabras dichas hasta entonces en voz baja y ahora gritadas, la libertad libre de cadenas, la alegría de una victoria, aunque no fuese decisiva... Hay que decir que al terminar la guerra yo era un niño y, por lo tanto, criado en el terror. Era la primera vez que asistía a una fiesta tan solemne: el pueblo que se alza de nuevo

Fotografías de España

como un gigante, empuña su tranca justiciera y hace temblar y esconderse a nuestros enemigos...

Que me perdonen: ¡tan fuerte era el vino, y tan joven e inexperto yo, que casi, casi estaba justificada la embriaguez!

López Reimundo es de la generación de la guerra: había visto mucho, y podía dirigir el movimiento con la serenidad de un dirigente aunque también se le desbordaron las aguas. Pero yo... ¡Si para mí, como para todos los estudiantes, era nuestro bautismo, nuestra primera salida a la lucha, nuestra primera prueba!

Íbamos otros camaradas y yo al frente de una manifestación de estudiantes y obreros, cuando, de pronto, por otra calle, venía gritando ¡pan y trabajo! un grupo numeroso de mujeres. Delante, con una bandera roja en la mano, iba a Chelo Ferrer: había podido escapar de los calabozos de una Comisaría, donde estaba detenida sin haber sido juzgada aún.

- ¡Chelo, Chelo! - grité, y nos abrazamos en medio de la multitud.

Todos juntos fuimos a la Plaza del Ayuntamiento. A la puerta del edificio, unos coches oficiales fueron destrozados. La multitud gritaba, amenazaba: ¡Muera Franco! ¡Fuera los yanquis! ¡España para los españoles!

Era aquello, ante mis ojos, tan inusitado, tan nuevo, se despedía de aquella enardecida multitud tal energía, que a veces llegaba a mi cuerpo como una corriente, estremeciéndome, llenándome de lágrimas los ojos, o abriendo mi boca en gritos.

En el Ayuntamiento, yo me subí a una reja, y Chelo trepó a mis hombros, con agilidad de artista de circo. Entonces ató la bandera roja a los barrotes del balcón. Miré alrededor: gente, gente... La multitud rompió en aplausos y gritos: era como un mar encrespado en torno a una bandera que se agitaba en un mástil.

... Y en ese momento, acaso, un fotógrafo debió sacar esta fotografía, publicarla después en algún periódico.

Bebieron otra copa.

- ¡Por la liberación de España! - dijo Erich. No se ha perdido la buena semilla, muchacho.

- Y de buena semilla, buenos frutos - añadió el novelista Blank, bajo, recio, ronco, pelado al rape, rígido al hablar.

La narración del joven estudiante llenaba de calor el alma luchadora de aquellos hombres, como si el sol de España les estuviese abrasando en un mediodía de agosto. Estaban contentos de que la sangre que habían derramado en España no se hubiese secado corriese aún en regueros fecundos. A pesar de todo. A pesar de que la verdadera primavera estaba aún por venir. La voz de poeta resonó ardiente e iluminada:

Spaniens Freiheit heisit jetat unsre Ehre
Upnser Herr ist international.
Jait rum Toufel die Fremdenlegionäre,
Jagt ins Meer Banditengeneral:
Truumte schon in Madrid sith sur Purade,
dach wi'z waren schon da er Kam zu spät.
Worwärts, internationale Bryade!
Hoch dil Fahere der Solidaritat.

- Tú, Cítores se dirigió Erich al estudiante -, y los jóvenes de ahora seguramente sabéis poco de nosotros y del tiempo en que estuvimos en España.

- Sabemos poco, es cierto, pero lo amamos mucho- contestó Cítores -. Para los jóvenes de ahora, la guerra es una época romántica: se hace a los viejos hablar de ella, se buscan indicios, los niños juegan con sus combates, existen leyendas... Y ustedes, los de las Brigadas internacionales, aparecen en la imaginación de nuestros muchachos como legendarios caballeros de la cruzada antifascista.

- ¡Es una gloria para nosotros! - exclamó Molinar, el diplomático húngaro, que durante la guerra se casó con una estudiante española.

- Las madres de los antifascistas extranjeros que murieron en España deben saber que sobre las tumbas de sus hijos a veces aparecen ramos de flores. ¿Quién los pone? ¿Las antiguas novias? ¿Los jóvenes de hoy? ¿Los amigos de ayer? ¿Quién sabe!. Aparecen flores, y esto es lo que importa: no han sido olvidados.

- Voy a enseñarte, Cítores, uno de mis álbumes de aquel tiempo- ofreció el poeta, levantándose. Se dirigió de nuevo al despacho, y después de sacar de un cajón de la mesa otro álbum lleno de fotografías, se lo mostró al estudiante.

Comenzaron a hojearle. Eran fotografías de España, muchas de ellas hechas por el propio poeta. Pueblos, castillos, hileras de chopos, campos rocosos, ribereños poblados que acariciaba el mar... Y siempre, indicios militares; entrega de una bandera, formaciones, casas bombardeadas, grupos de internacionales, un hospital, escuelas al aire libre, un coro cantando canciones, y muchos niños, por todas partes, con el puño en alto...

De pronto, Cítores se detiene ante una fotografía pequeña que, casi desapercibida, está pegada en el ángulo de una página.

- ¡Cómo! - exclama lleno de asombro-. ¡Qué es esto!.

Todos se inclinan sobre el álbum. Un poco nervioso, Cítores mete la mano en el bolsillo de su chaqueta, saca la cartera y extrae de entre unos papeles una fotografía, que pone encima del álbum.

- ¡Es igual! ¡La misma!

Así, de pronto, no adivinan los reunidos el secreto de aquella extraña

Fotografías de España

coincidencia: dos fotografías iguales, que se reúnen al cabo de tanto tiempo y en condiciones tan especiales.

Pero Erich lo adivinó en seguida, aunque su asombro y su emoción no le dejaron pronunciar ni una sola palabra. Se había quedado fijo mirando a Cítores, con una mirada escrutadora y profunda. Y súbitamente, los dos, el poeta alemán y el estudiante español se abrazaron como en una escena de paternal ternura. Lloraban como niños, y, como niños, no sabían expresarse.

- ¡Este soy yo, José!

- ¡Y este niño, yo!

Como una ola envolvente, la emoción del hallazgo alcanzó a todos. Las dos fotografías fueron pasando de mano en mano. Se veía en ellos un pueblo español, arisco y pedregoso. Más cerca, un edificio envuelto en humo y llamas. En primer plano, aparecía el poeta, vestido de comisario, con un niño herido en brazos. Era una fotografía severa y trágica, que alguien había sacado en un instante terrible de la guerra.

En seguida, el poeta, ya repuesto de la primera emoción, contó a los camaradas reunidos aquella tarde en su casa el episodio que le había pasado. Erich tenía un brazo echado sobre los hombros del muchacho, como si quisiera unir el ayer y el presente, cómo si quisiera tener otra vez entre sus brazos y su corazón al niño herido, hecho ya un hombre.

Y cuando el poeta comenzó a hablar, el rostro de Cítores, abierto y alegre de ordinario, se transfiguró: parecía de piedra. Y en el pecho, se notaba que el corazón latía como si redoblase un tambor.

Aquello había sucedido en el Frente de Teruel. El pueblo se llamaba Pedregales - ¿verdad, Cítores?, se dirigió al muchacho, y éste afirmó con la cabeza-. Lo habían tomado los republicanos durante la ofensiva. Cuando se produjo la contraofensiva de los fascistas, el batallón Thaelmann era una de las fuerzas que defendían el sector.

Es de mañana. Hace frío, corta el aire impregnado de la nieve de las sierras. El cielo está despejado, azul: parece el manto real de las blancas cumbres.

En tiempo normal sería la hora de marchar al laboreo de los campos, de que los primeros humos salieran de las chimeneas y los gallos madrugadores tocasen su diana. Pero hoy todo es distinto. Se oye cercano un sordo toriteo de cañones. Se acercan los fascistas.

Hace unos días este pueblo era de ellos. Unos días solo, aun con la intranquilidad del frente, ha vivido la libertad, y la gente no quiere separarse de ella como los niños que se agarran a la falda de la madre que se ausenta. La gente del pueblo prefiere abandonarlo todo, hasta la tierra, lo más querido para ellos, antes que vivir otra vez bajo la zarpa del fascismo. Evacuan familias enteras hacia Levante. Con burros, con carros, a pie. Es como una larga caravana de

gitanos. A los rostros la guerra los hace sombríos, y a los ojos de los niños parecen enturbiados como cuando las caprinas patas de un hato cruzan sobre el cristalino manantial.

Pasan dos aviones y tiran sobre el pueblo varias bombas. Entre las montañas, las explosiones tienen un eco de cataclismo. Después de cometido el crimen, el runruno de los aviones se aleja impune, seguido de maldiciones. De algunas partes del pueblo se alzan columnas de humo y polvo. Se oyen gritos, llantos. Corre la gente.

Los internacionales comienzan a recoger heridos entre los escombros de las casas destruidas. Son instantes de intenso ajeteo. Van y vienen las camillas. A unos se los lleva a un hospitalillo militar que está instalado a la entrada del pueblo, a otros se los evacua en ambulancias a la retaguardia.

Cuando el comisario Erich Ferrer salió a la puerta del cuartel, los aviones se alejaban ya. Se precipitó hacia el pueblo. Una casa en ruinas, envuelta en polvo, ardía en alguna parte. Saltaba sobre los escombros con dificultad, metiendo en los boquetes siniestros, tras los quejidos de un niño que se percibían cerca. Era difícil andar entre aquellos laberintos de cascotes, vigas, hierros, utensilios domésticos... Muchas veces tenía que apartar obstáculos para poder seguir. Se arañaba, le producían quemaduras los maderos que ardían. Por algunos sitios tenía desgarrado el traje.

Al fin dió con el lugar de donde partían los quejidos. El polvo era menos espeso, y vió en un rincón, entre los barrotes retorcidos de una cama, dos cuerpos casi desnudos: una mujer con los brazos extendidos, y un niño que, entre aquellos brazos inertes, lloraba y se revolvía.

Tomó en seguida al niño. Estaba herido en la cabeza. Tocó a la madre, y comprendió que ya la muerte había puesto su infinita distancia entre aquella pobre mujer y el hijo, que de momento aun vivía.

El niño herido gritaba constantemente:

- ¡Madre! ¡Madre..

Con el niño en brazos, corrió hacia el hospitalillo. Tal era su aspecto, que un corresponsal de guerra de un periódico de Barcelona sacó una fotografía en ese instante.

- He aquí la historia de esta fotografía- terminó Erich su relato-. Muchas veces - miró hacia sus colegas Blank y Kraft -, la vida misma se da ya hechas las novelas.

- Todavía me acuerdo - dijo Cítores- cuando, viviendo en Barcelona, mi padre me enseñó esa fotografía recortada de algún periódico. Mucho tiempo estuvo entre los papeles de mi padre, y después, cuando yo fuí mayorcito, la tomé consigo para enseñársela a los muchachos y hablar de las aventuras de la guerra no sólo de palabra, sino con testimonios.

La historia había dejado a todos perplejos, asombrados. Era maravillosa

Fotografías de España

la facultad de la vida para tejer sus múltiples hilos, y lo mismo que se admita el calado laborioso de los siglos en una gruta de estalactitas, se asombra uno de la laboriosa riqueza de la vida, con todas sus coincidencias y particularidades.

- ¡Es verdaderamente curioso!- dijo Hedda, la mujer del poeta.
¡Encontrarse al cabo de los años el niño español y el soldado extranjero!

Zosia, la hispanista polaca añadió:

- ¡Nuestros lazos con la España de la libertad son eternos!

- ¡Nadie nos puede quitar nuestra ciudadanía de honor española- aportó el periodista polaco Vasu, que, en un bloc de notas había tomado apuntes seguramente para escribir un reportaje.

Levantaron otra vez las copas.

- Por... ¡nuestra patria antifascista! - dijo el general checo, hombre todavía aparentemente joven, de cara risueña y ojos azules, que luego contó su vida, desde las batallas de España hasta la liberación de Praga por el Ejército rojo.

Citores, en otro brindis, se dirigió a los alemanes:

- ¡Por la unificación de Alemania! ¡Por que el fascismo no surja otra vez!

Abrazó el poeta a Citores, que, a diferencia de otro tiempo, cuando niño, como el tronco de un árbol que ha crecido, casi no podía abarcarlo.

- Aquella noche - recordó el poeta-, escribí una pequeña poesía titulada "Niño español herido" - y comenzó a recitarla:

Te recogen mis brazos militares,
niño español herido,
de los brazos ya inertes de tu madre.

¿Y quién te dió esta cuna roja en sangre,
niño español herido,
regalo traicionero de los aires?

¿Cómo se llaman estos dioses sabes,
niño español herido?
¡Son alimañas, niño, no alemanes!

¿Oyes mi corazón en el combate,
niño español herido?
¡Es alemán, y por tu dicha late?

¡Es alemán, soldado del coraje,
niño español herido,
de las Brigadas internacionales!

Fotografías de España

Después de esta poesía se recitaron más poesías, se cantaron más canciones y se recordaron más recuerdos. Amanecía casi cuando acabó la velada antifascista en casa del poeta. El Festival de la Juventud proseguía en la ciudad.

Pasaron los años. Erich Werner ha puesto en su álbum nuevas fotografías de España. La historia continúa: hambre, miseria, niños abandonados, chozas, campesinos en éxodo y, con frecuencia, la Guardia Civil haciéndole tenebroso un paisaje donde se vierte el sol como un abundante mosto de oro.

Generales y militares, aviadores, comisiones de expertos, hombres de negocios, escuadras en los puertos, marinos por las calles, obras estratégicas... He aquí los nuevos testimonios del califato de Washington preparándose para la nueva guerra.

Pero también hay fotografías que, en lo posible - la mayoría son recortadas de periódicos y revistas - reflejan el aspecto optimista de esta síntesis gráfica de la historia contemporánea de España. La lucha, la resistencia a los años, el anhelo de paz del pueblo español.

Hace poco, hojeando Erich una revista italiana progresiva, se detuvo ante otra fotografía de España: era una manifestación de estudiantes contra la invasión yanqui y por la paz. Los guardias la disolvía a golpes de porra, tal vez a tiros.

En el centro se veía a dos guardias, fuertes como osos, que tenían agarrados por los brazos a un estudiante, que se revolvió airado e impotente. Erich se fijó bien

- ¡Cítores!

Le miro, le volvió a mirar, le remiró de nuevo incluso con una pequeña lupa. ¡Sí, era José Cítores! ¿Acaso estuviera Consuelo con él? No, no aparecía. Tal vez estuviera de nuevo en la cárcel.

En el ánimo del poeta se mezcla, como agua y vino en una copa, una sensación de tristeza y de alegría. Tristeza por la libertad aún no alcanzada. Y alegría por la inextinguible voluntad de lucha por ella. En esa lucha, difícil, pero heroica, Cítores era un representante de las nuevas generaciones.

Después de unos instantes de meditación, Erich recorta cuidadosamente la fotografía y la pega en el álbum. Debajo de ella escribe:

¡El corazón te envío y mi saludo,
mozo español, mi amigo,
soldado de mi causa y mis ideas,
sol de mi juventud, casi hijo mío!

César M. Arconada

UN ESCRITOR ESPAÑOL EN CHINA. XIX

(1957)

La mujer

En los viejos cuentos fantásticos y en las leyendas antiguas siempre había un arrojado joven -príncipe o modesto doncel sublimado por el amor- que, venciendo en gigantescas luchas al espíritu del mal, liberaba a la bella princesa cautiva.

Para la mujer china, cautiva del feudalismo, este joven salvador ha sido la revolución.

En esos cuentos y leyendas, como todo el mundo sabe, la bella liberada se desposa con el valiente joven liberador. La mujer china también ha dado su cariño a la fuerza poderosa que le ha liberado: la revolución.

¡Cómo sufría en China la mujer, cautiva de numerosos preceptos feudales!

Todavía hoy es una curiosidad de todo viajero por China ver andar por las calles esas mujeres con los pies de pata de cabra. Se sufre viéndolas caminar balanceándose, casi sin equilibrio sobre el inseguro apoyo de unos pies deformados por apretadas vendas que le han estado martirizando desde la infancia. Y causa indignación y asombre pensar en el origen de tal costumbre: hace trece siglos hubo un emperador de la dinastía Tan que se placía viendo a sus bailarinas danzar con pequeños pies. Y dio orden de que todas las mujeres se vendasen y deformasen esas extremidades del cuerpo.

En la sociedad feudal china, la mujer siempre fue un juguete para los hombres, una víctima. La discriminación comenzaba en el mismo instante del nacimiento. Uno de los libros preceptivos de Confucio dice: "Cuando nazca un niño ponédle en la cama, arropadle en bellos ropones y dadle para que se entretenga un trozo de jaspe. Cuando nazca una niña ponédlala en el suelo, envuélvela en simple lienzo, y para que se entretenga, dadle un trozo de teja."

El nacimiento de un hijo era recibido con alegría; el de hija con pena. Esta diferenciación, desde la cuna misma eliminaba de la vida a gran número de seres femeninos. Incluso en las últimas estadísticas de la población china aparecen las huellas de esta herencia feudal: los hombres constituyen el 51,82% de la población; las mujeres, el 48,18%.

Crecían las niñas, o mejor dicho, antes de crecer, el padre ya disponía y comerciaba con su destino: hacía trato de matrimonio con cualquier conocido

que tuviera un hijo. La literatura clásica china ha reflejado de mil formas la protesta de las mujeres contra esa monstruosidad. Pero las leyes y los principios era incommovibles a las protestas.

Los principios de la moral femenina en la sociedad feudal china se basaban en tres géneros de sumisión y en cuatro virtudes. Las sumisiones eran: antes de casarse, la joven debe estar sometida al padre; después de casarse, al marido, y si el marido muere antes que ella, al hijo. Las cuatro virtudes estaban formuladas más o menos así: la mujer no debe cultivar sus capacidades, sino conservar su modestia; para no despertar la ira del marido, la mujer debe ser comedida en el hablar y no meterse donde no sea necesaria; para hacerse amar, debe preocuparse de su belleza; la mujer debe dedicarse sólo a los quehaceres domésticos.

Adornada con estas "virtudes", la mujer llegaba al matrimonio generalmente sin amor, porque no se casaba con el ser elegido, sino con la persona impuesta, y en el cautiverio de la casa, bajo el dominio absoluto del marido empezaba la mujer su más largo y doloroso calvario de sufrimientos. "La mujer -decía un principio- debe seguir a su esposo, sin importarle la propia suerte de ella".

El marido era el dueño, el señor, muchas veces el déspota. Expresión de este imperio son algunos aforismos chinos, como "la mujer debe llevar luto por el marido muerto, morir fiel a su esposo y no volverse a casar". "Los fideos no son arroz, y la mujer no es ser humano", o este otro más bárbaro aún: "Una mujer casada es como un caballo comprado: lo monto y lo pego cuando deseo".

La lucha contra esta injusta situación de la mujer en la sociedad china viene de lejos, se inició de un modo espontáneo en el seno de la propia sociedad feudal. Las mismas mujeres no se avinieron nunca a su papel de víctimas, y en todos los movimientos revolucionarios contra el feudalismo y la intervención extranjera lucharon en primera fila, convencidas de que la lucha contra el feudalismo era la lucha por la liberación de ellas.

Las ideas de la democracia burguesa -derecho al estudio, libertad de matrimonio, y derecho a tomar parte en la vida política-, que comenzaron a extenderse después de la primera guerra del opio, 1840, fueron el primer paso en el largo camino de la liberación de la mujer.

El movimiento revolucionario de Taipin (1851), la revolución democrática de 1911 y el movimiento conocido por "4 de Mayo" defendieron la libertad de la mujer y en cierto modo contribuyeron a desarrollar el espíritu de independencia y el odio a los injustos principios feudales.

Casi desde su fundación, el Partido Comunista Chino recogió la bandera de la liberación de la mujer y organizó el movimiento femenino pro independencia. En 1931, Mao Tse-Tung firmó la ley -válida en los territorios liberados- sobre el matrimonio, en la que se establecía el principio de libertad

entre el marido y la mujer y liquidaba el sistema feudal en las relaciones matrimoniales.

Durante la época anterior a la guerra liberadora -lucha antijaponesa y dominio despótico del Kuomintang-, las mujeres tomaron una parte activa en la difícil lucha de ese tiempo. Muchas de aquellas mujeres están hoy en los puestos de dirección en las fábricas e instituciones. En Sian he hablado con la secretaria del Partido de una nueva fábrica textil y me ha contado su azarosa vida de guerrillera durante la ocupación japonesa. El pueblo conserva en la memoria el nombre heroico de Liu Ju-chen: con su hazaña se ha escrito una ópera. En las instituciones de Yenán estudiaron muchas mujeres que ahora son dirigentes con gran experiencia teórica y práctica.

Por las calles de las ciudades se ven con respeto a las muchachas vestidas de militar: son voluntarias del ejercito de liberación que sirven en hospitales y servicios auxiliares. Modestas, con aire de abnegación, con hábitos de disciplina, todavía nos recuerdan los días de la guerra liberadora cuando muchachas como estas eran una ayuda eficaz en las marchas y en las batallas del ejercito, y su heroísmo era tan grande como el de los propios combatientes de primera fila.

Pero la plena liberación de la mujer está unida, como la de todo el pueblo chino, a la fecha gloriosa del 1 de Octubre de 1949 cuando se instauro la República Popular China y los trabajadores se convirtieron en dueños del país.

Ya la Constitución, como es lógico, especifica la igualdad de derechos entre los hombres y las mujeres en todos los órdenes: en la esfera política, económica, cultural, social y familiar.

Pero antes de la Constitución, en 1950, se aprobó la "Ley del matrimonio", en la que culminó la gran victoria de las luchas por la emancipación de la mujer. Todas las trabas feudales quedaron suprimidas. La importancia de esa Ley puede compararse con la de la Reforma Agraria, que suprimió las trabas feudales en el campo.

El objeto de esta Ley era liberar a las mujeres del yugo del matrimonio feudal, proteger sus intereses y el de los hijos, y fortalecer unas relaciones conyugales justas que hagan posible el trabajo en común.

Una de las características de la nueva China - y no la menos importante- es la incorporación de la mujer al trabajo. Las jóvenes sobre todo irrumpen en la vida con alegría, con paso seguro y con la conciencia de su deber ante el pueblo que tiene ante sí tan ingentes tareas.

Produce alegría ver a las mujeres incorporadas al trabajo de la industrialización socialista del país. Siempre que vamos a alguna fábrica o, en el campo, a alguna cooperativa, preguntamos por el tanto por ciento de mujeres que toman parte en los trabajos. A veces, sobre todo en el campo, nos cuentan las propias mujeres la resistencia que antes ponían los hombres a reconocer la

capacidad de las mujeres y la igualdad de salarios. En muchos hombres perviven aún, y pervivirán durante algún tiempo, los vestigios de las costumbres feudales.

Cuando visitamos el gran combinado metalúrgico de Anshán coincidió con la salida del trabajo de un turno. Nos sorprendió el gran número de muchachas que salían del combinado en bicicleta. Antes de la revolución ninguna mujer trabajaba en las diferentes ramas de la industria pesada. Ahora trabajan dos millones de mujeres. Sólo en este combinado de Anshán trabajan siete mil. Otro tanto sucede en las empresas de construcción de máquinas. Sólo en Shanghai, el 7% de los trabajadores son mujeres.

También han ascendido muchas mujeres a los puestos de dirección. En la industria textil, por ejemplo, el 15% de las empresas están dirigidas por mujeres. En una fábrica textil de Shanghai conocimos a una obrera modelo cuyo retrato vimos después en distintos palacios de cultura en los cuadros de honor. Con ella, un grupo numeroso de mujeres nos contaron la historia revolucionaria de la fábrica.

En el campo, donde ya de antiguo, sobre todo en algunas regiones, la mujer estaba acostumbrada a trabajar, el porcentaje de mujeres organizadas en cooperativas y brigadas de ayuda mutua era, antes de los cambios iniciados este verano, del 30%.

El desarrollo de la mujer en China, su incorporación al trabajo y su actividad política y social está reflejado en número de mujeres-diputadas elegidas en las últimas elecciones a representantes populares: 981.229, el 17% de la cifra total de diputados.

En las Universidades y centros de enseñanza vemos juntos amuchachos y muchachas. La mujer, que antes raramente estudiaba, y si lo hacía, sin aplicación práctica porque rara vez conseguía colocarse, ahora tiene abierto no sólo el campo de la enseñanza, sino también el campo infinito de la nueva China en construcción. En los centros de enseñanza superior el tanto por ciento de mujeres estudiantes sobrepasa el 30%. El tanto por ciento de todos los institutos es el 27.

¿Para qué seguir aportando cifras por muy significativas que sean? En nuestros viajes por China hemos conocido a escritoras y artistas de cine y de teatro, maestras y directoras de fábrica, trabajadoras y empleadas de distintas empresas, amas de casa e, incluso una responsable de un sector de barcas en las riberas del río, en Cantón.

Contar aquí lo que ellas me han dicho, no puedo, lo haré en otra parte, pero sí puedo decir que me han hablado con orgullo de su patria, con modestia de su trabajo, con alegría de su nueva vida y con el corazón me han hablado del Partido Comunista y del Presidente Mao que les ha dado la difícil y anhelada libertad.

César. m. Arconada

UN ESCRITOR ESPAÑOL EN CHINA. XXIV

Noreste

En los itinerarios de los huéspedes de la nueva China siempre figura el Noreste. Si empezáis vuestro recorrido por el sur, hasta el lago Siju, en Janshou, de bellísimos paisajes, después os dirigen al Noreste. O al revés, si primero, desde Pekin, vais al Noreste, después os trasladan a las calurosas tierras del sur.

Entre el norte y el sur de China hay diferencias evidentes. El paisaje es más umbroso en el norte, más exuberante y duro; en el sur es más suave, más acuático. En el norte despuntan como lanzas las cañas de maizales y sojales; en el sur son los mullidos verdes de los campos de arroz; el sur, agrario y compacto de gente labradora; el norte, severo e industrial, con humo de fábricas y obreros en bicicleta. Incluso el aspecto de la gente es otro: en el norte más altos, más fuertes y más austeros de carácter; en el sur, de tallas menudas, ligeros y de carácter más expansivo y bullicioso.

Los camaradas chinos os llevan al Noreste a enseñaros la industria, la técnica y, os lo dicen también, la ayuda soviética. ¿Cómo marcharse de la nueva China sin poner los pies en sus industriales cimientos, sin hablar con la clase obrera, dirigente del país, sin ver con los propios ojos la desinteresada y multiforme ayuda que la Unión Soviética presta a China para su transformación?.

En el Noreste está el viejo centro industrial de China. Hoy se están creando otros, y mañana surgirán otros más, pero el viejo centro, el del Noreste, el de Manchuria, tiene, como más viejo, lo que podría llamarse solera industrial. El vino nuevo en las viejas odres. La nueva técnica unida a la vieja experiencia. Las viejas fábricas y minas renovadas, ampliadas como si dijéramos, puestas al día.

Y decir Noreste significa no sólo referirse a la industria en general, sino a la industria pesada, madre de toda la industria, fundamento del socialismo, fuente y origen de la futura prosperidad.

Los chinos saben muy bien lo que representa la industria pesada. Para ellos, la esclavitud precisamente, el colonialismo, el siglo y medio de explotación extranjera van unidos a la falta de industria, al atraso y a la debilidad como potencia. La voluntad de la nueva China de ser fuerte e independiente nos lleva a comprender la necesidad de levantar una poderosa industria y, en primer término, una industria pesada.

Todo el acero que China producía antes de la liberación se reducía a 40.000 toneladas anuales. Ciertamente, producía más, porque en esa cifra no estaba

incluida la producción del Noreste. Pero, como se sabe, en 1931 los japoneses invadieron Manchuria, crearon un gobierno a su medida, y se apoderaron de todas las riquezas, en primer término de las industriales. Minas, fábricas, y altos hornos trabajaban para ellos, para los japoneses, y producían para ellos, para los capitalistas japoneses, como si Manchuria fuese una provincia más del Japón.

En los años de la restauración de la economía, que acaban en 1952, la producción de acero, ya de toda China, de la nueva, de la liberada, subió a cerca de millón y medio de toneladas al año. Al final del primer plan quinquenal 1957, la cifra de producción de acero alcanzará a 6,1 millones de toneladas.

Tomemos las cifras del carbón. En 1952 se extraían sesenta y tres millones y medio de toneladas. Al final del primer plan quinquenal llegará casi a ciento trece millones. Antes de la liberación, el petróleo ni se buscaba ni se obtenía, ni, en las condiciones de China se necesitaba mucho. Después de la liberación, y ante el auge de la industria y el transporte la obtención del petróleo ha pasado a ser una de las principales tareas. Se han hecho y se están haciendo exploraciones por todo el país. El primer plan quinquenal fija los recursos de petróleo en 55.180.000 toneladas.

La electricidad es otro de los índices del grado de desarrollo de un país. En este aspecto, las huellas del viejo atraso de China se ven por todas partes. El candil, la lámpara de petróleo, la tea o la pajueta es el alumbrado de la mayoría de los campesinos. Sólo las ciudades y los pueblos grandes tienen electricidad. Por las noches, las inmensidades están sumidas en una espesa oscuridad, sin resplandores ni cabrilleos de luces. El problema de la energía eléctrica es en China, por lo tanto, fundamental. En los cinco años del primer plan se construirán 92 grandes centrales eléctricas y la cantidad de kilowatios será de 4.060.000, es decir, tres veces más de energía eléctrica que antes de la liberación. Estos son los primeros pasos nada más en el desarrollo de la energía eléctrica en China. La utilización de la potencia hidráulica de los grandes ríos, que ha empezado ya, transformará en futuro no lejano el cuadro energético del país.

El centro de este centro industrial del Noreste es la ciudad de Mukdén, que los chinos no llaman así, sino Seyán. Tan conocida nos es, de toda la vida, la capital de Manchuria, que parece como si vamos a una ciudad donde ya hemos estado muchas veces. Todavía recordamos su nombre del tiempo aquel cuando el ejército de liberación la cercaba con barreras de potentes cañones.

Voy directamente desde el Sur, con parada y fonda y cambio de tren en Tientsín, otra gran ciudad, comercial, industrial y ferroviaria, a 150 kilómetros de Pekín. Como llegamos al amanecer, y el tren que va a Mukdén sale al mediodía, aún tenemos tiempo de ver la ciudad, otro de los antiguos baluartes de los colonizadores.

Hago el viaje de día, y con esa puerilidad infantil propia de muchas personas adultas, espero anheloso el encuentro con la dama azul del mar,

porque, según los mapas, el ferrocarril sigue la línea de la costa. No sé si ya he dicho antes que la única defraudación que he tenido en China ha sido la del mar. En todos los puertos de mar por los que he pasado, el mar está lejos, y nunca hemos podido ir a saludarlo. Y marchar de aquí sin saludar al Pacífico, me parece una descortesía impropia de un fantaseador.

Y de nuevo otra refunfuña contra el mapa. El mar no está tan cerca como lo pinta, y sólo durante cinco minutos escasos, como una visión fugaz, aparece en el recodo de una bahía el mar, azul y resplandeciente como en los sueños. El tiempo justo para saludarlo, y para seguir, en el calor sofocante del verano, añorando sus caricias.

Llegamos a Mukdén tarde, y todo está envuelto en la soñolencia de la alta noche. Hasta los saludos de bienvenida y las sonrisas parecen que tienen oscuridad de bostezos y duermevelas. El hotel está cerca de la estación antiguo hotel japonés, como es de esperar, y felizmente el entreacto de andén, saludos y cumplidos, acaba otra vez en el reposo de la noche.

Por la mañana me despiertan las campanillas de los tranvías, y lo primero que uno hace, como ilustre figón, es asomarse a las ventanas a ver la ciudad. Amplitud de horizontes, casas achaparradas y, por todas partes, altas chimeneas echando humo. Si el hotel era japonés, todas esas fábricas al lado de las chimeneas, también eran japonesas o agarradas por los japoneses, y las casas altas que descuellan en el centro, japonesas. Y las tiendas, de japoneses. Y los tranvías, de compañía japonesa. Y la luz, también. Y los chinos, bajo el látigo del colonizador, esclavos de los japoneses. De nuevo aquí, como en todas partes, ¡qué felicidad la de los chinos sentirse dueños de China!

Es domingo, y por la mañana nos dedicamos a ver la ciudad. Mukdén está en el amplio valle del Liaje, y valle y río desembocan en la gran bahía que forma la pequeña península donde está Port Artur. Al este de la ciudad, las montañas que separan China de Corea; al oeste, la cordillera Gran Gigante que la separa de Mongolia.

Pero las arenas del desierto de Gobi no están lejos. Hoy, por ejemplo, sopla el viento de allá, ventarrón con ardor de desierto. Toda la ciudad está envuelta en polvo. Es un polvo que azota, que te inunda, que termina por vencerte y echarte a casa. Hasta el verdor de los parques y los paseos está terriblemente fragelado por este viento y este polvo.

En Mukdén también hay monumentos históricos, tumbas, murallas, arcos, pero la ciudad industrial ha relegado todo esto a último plano. Las murallas casi han desaparecido para dar paso a otras murallas: la de fábricas, chimeneas y humo.

No se visita aquí ningún museo histórico; en cambio, se visita el bien organizado museo de las riquezas del Noreste. Es una exposición amplia de todas las riquezas naturales e industriales; es un panorama gráfico del

crecimiento de las riquezas de la región, en todos sus aspectos. Estos museos, que también existen ahora en otras ciudades de China, son verdaderas aulas de estudio, sobre todo para las nuevas generaciones. De una manera visual y clara se estudia la marcha ascendente de la nueva China hacia la prosperidad.

En Mukdén he visitado una de las barriadas obreras, acabada de construir no hace mucho, una cooperativa agrícola en los alrededores, para conocer algo del campo en una zona industrial, y una gran fábrica de tornos.

De la barriada obrera ya he hablado de pasada en otro artículo. Y de la cooperativa agrícola se podría hablar mucho, pues es una de las cooperativas más adelantadas de todas las que he visto. El hecho de estar en una zona industrial ejerce influencia en el desarrollo del campo. El director de la cooperativa tiene, como mucha gente, una biografía interesante. Era un campesino analfabeto que trabajó toda su vida para los terratenientes. Ahora es diputado de la ciudad, dirige esta cooperativa y tiene el título de trabajador modelo.

En el cerco de fábricas que circundan la ciudad industrial y la envuelven en humo, la fábrica de tornos es una de las más importantes. La historia de esta fábrica también es interesante. Con los japoneses era una fábrica de armas, tanques, material de guerra. Antes de la liberación fué casi destruida. Después, el Gobierno popular comenzó la reconstrucción de ella como fábrica de tornos.

Pero reconstruirla no era suficiente, y en 1953 empezó la ampliación con la ayuda de la Unión Soviética. Y las obras siguen todavía. Todo, en el recinto de la fábrica, está entre andamios y materiales de construcción.

Las máquinas son las máquinas, también dicen ellas muchas cosas, claro es, pero muchas más dicen los hombres que trabajan con ellas. Hemos conocido en la fábrica a un obrero ejemplar, que trabaja en la fábrica desde los catorce años. Lleva en la cabeza una gran cicatriz: le golpearon los soldados japoneses por que un día se negó a llevarles agua. El Kuomitang cerró después la fábrica y él se fué al campo, como tantos otros obreros. Murieron de hambre el padre y un hijo. Después de la liberación volvió a la fábrica. Creció China, creció la fábrica, creció la clase obrera, creció todo el pueblo, creció él... Hoy es diputado de la nación. Cuando hablamos con él acababa de llegar de Pekin: había estafo en la sesiones del Parlamento donde se aprobó el primer plan quinquenal.

Estos hombres, millones de estos hombres, son los que están haciendo nueva la vieja China..

Cesar M. Arconada.

ANDANZAS POR LA NUEVA CHINA

(1957)

3. Una tarde de verano ante la frontera china.

Ahí al lado, en la vecindad, se extienden los límites de otro país, uno de los más grandes de la tierra.

La naturaleza aquí es descarnada y severa, de mundos altozanos por donde pacen de ver los rebaños de cuando (1) polvo de los caminos. Otra vez vienen a mi memoria las parameras castellanas, como también ellas, que son mi yo infantil, reclamasen visa de entrada para acompañarme.

No aparto la vista del horizonte fronterizo, viendo nada, porque nada se ve. Me recuerda misteriosa curiosidad de los chiquillos cuando subíamos a un (2) para empírnos a tratar de ver lo que casi no se veía: el humo del tren, otro pueblo lejano, el sueva perfil de un río, la madre fuente donde venía el agua que al caer de los caños goteaba en los cántaros vertidos de las mozas...

Nada veo, sino otros cerros, y otras gallinas, otras casas y otros hombres. Y todo me parece igual. Y sin embargo debe ser cierto: Estamos en la portalada de otro país que se llama China.

¡China! ¡China!

Repito muchas veces la palabra como si eso me ayudase a descubrir su secreto. ¡Ay, con qué alegría(3) y vienen los turistas, con qué felicidad y desembarazo entra y sale la gente por las fronteras como Pedro por su casa. Y sin en cambio a mí se me desgarrá trágicamente el corazón, me siento angustiado como si fuera (4) huesped a casa de un pariente, sino de juez a un juicio de Salomón, donde me ha de abrumar la conciencia.

Me pasa lo contrario que a don Alonso Quijano el de la Mancha: él tenía la intrepidez de lanzarse sin más a toda aventura. No analizaba, no paraba mientes. Era la tromba impetuosa. De la idea justa iba derecho a la acción, sin pasar antes por ningún locutorio de meditaciones. Le cegaba la justicia como a otros les ciega la venganza, o los celos, o la envidia o la ambición.

No puedo prescindir del sentimiento no ya trágico, a lo Unamuno, sino grave y solemne de las cosas. Sentimiento de responsabilidad, de seriedad. Me siento pequeño ante lo grande y lo desconocido. Estoy ahora a las puertas de un vasto país, de un inmenso contingente humano, de una sociedad que se está estremeciendo en nuevas formas. Tengo ante mí a todo un pueblo, ¡a todo un pueblo que (5) sus labores y afanes desde la más remota historia. Tengo ante

mis ojos un mundo, sin género, un universo. Casi todo esto si se mira a la ligera, no es nada, una curiosidad. Y si todo esto se mira hondamente, es mucho (6) un acto dramático.

¿Podré yo habérmelas con este gigante? ¿Tendré la suficiente perspicacia para desentrañar esta vida (7) que luego de un instante va a aparecer ante mí? ¿Y esta pluma mía, raspojo más que pluma, será (...) y embridado corcel que se deje llevar, o loca potrilla desbocada que no haga sino cárcavas y (8)?

¡Ay que oficio este el de la pluma! Pasan los años, se acumulan experiencias, práctica, y es lo mismo: ante el blanco papel que le infunde a uno el respeto que al general el campo de la próxima batalla, siempre se es (9) temeroso del borrrón., siempre siente uno la angustia de la esterilidad, siempre precibe la desproporción del objeto y el sujeto, entre la realidad gigante y la pequeña pluma en la mano por donde baja la tinta de las (10) que viene del cerebro, tintero en unos colmado, en otros exhausto. Y sólo cuando la obra se empieza es cuando surge la fe y el entusiasmo, como un rayo de luz que anima la creación, hasta que la criatura viene al mundo parida con alegría y (11) como todo ser.

Es deslumbradora la tarde como un espejo de fuego. Esta desparramado el sol por los augustos campos pelados. Se sienten ganas de corretear. Me gustaría hacer como cuando niño. Por miedo a la lección que no se sabe, marchar a coger nidos. Es sábado, domingo por medio, y uno piensa que el lunes no vendrá nunca y que el maestro con la palmeta en la mano dispuesto a golpearle en las yemas de los dedos, es sólo una mala pesadilla de sueño.

¡Por favor, deja de ser infantil y estúpido, que ya tus años son de canas y no de pájaros!

Y entonces, puesto de espaldas a la frontera, mirando al oeste, por donde he venido, pienso en la Plaza Roja, como don Quijote pensaba en su Dulcinea antes de cada aventura.

Por muy cerril que uno sea - soy de cerros, he vivido en cerros y mi pueblo está cerca de Becerril- las meditaciones de largos años por la Plaza Roja le han cepillado a uno si no los pelos de la dehesa, si el polvo de los cerros.

He cursado la Universidad de la Plaza Roja, y esto es mucho. No me han dado título, porque los papeles en papeles se quedan, pero recibí una brújula de oro que al lado de mi corazón puede orientarme por cualquier vericuetto o espesura donde me internen.

Esto no quiere decir que esté desechada la posibilidad de pérdida o de equivocación. No es un artefacto mecánico mi brújula. Si lo fuera se compraría o se vendería como un reloj, y yo la mencionaría aquí como valiosa propiedad. Es inmaterial, yo no puedo mostrársela, pero me entendeis: la he alcanzado al cabo de meditar muchos años por los claustros de la Plaza Roja y estudiando en la primera Universidad del Humanismo.

Un Escritor Español en China

Y esta vuelta a Moscú, a diez mil kilómetros de distancia, me da ánimos para todo y mucho más para llegarme a un país hermano.

De nuevo, ya animoso, miro hacia la invisible frontera. Maiakovski levantó, orgulloso de reto, su pasaporte rojo ante el mundo capitalista. Yo estoy en otro caso: escribo el mío con la sencillez del hermano que muestra al hermano su documento de identidad.

Y resulta que no es tan simple la cosa, que yo tengo un documento extraordinario. Resulta que soy un ser excepcional, de privilegio: soy un español que tiene aval soviético, pasaporte soviético!

Bien, todo acaba, hasta las pueriles divagaciones en una tarde de verano ante la frontera. Todo acaba . Y ahora (..).

¡China! ¡China!

¡Abreme tu libro de secretos, desconocido país; mi corazón, abierto está para leerlo!

I Pekin

1. Divagaciones sobre el alma de la ciudad.

Figuraos: Viene en lomos de este dragón de hierro que llamamos tren, con la inquietud y curiosidad del que llega al término de un largo viaje y otros caminos le esperan, a la puerta de la estación, para llevarse lo que sabe a dónde y quién sabe con qué compañías. El ferrocarril siempre tiene algo de pasillo que une dos habitaciones, de corredor de tránsito desde un lado a otro. Y resulta que el hombre es así: Incluso a este corredor ambulante le toma cariño, le hace suyo, y cuando lo abandona parece que ha abandonado su segunda casa para entrar en la tercera, completamente desconocida.

Y llegas a la ciudad de tu destino, donde vas a vivir. Se para el tren suavemente, echando la máquina los últimos resoplidos de vapor. Saludos, despedidas, nuevas gentes, trajín de equipajes, ruido de carretillas, y te olvidas de una cosa que hubieras querido hacer: despedirte de estos hierros serviciales y decirles: ¡gracias!

Como las estaciones de todo el mundo son parecidas, y se comprende, porque están hechas por esa inmensa compañía anónima e internacional que se llama capitalismo, no te das cuenta, al descender en ellas, de dónde estás. Piensas que a lo mejor el dragón ferrado, como en un cuento, te ha jugado una broma, y después de dar vueltas y revueltas por estas paralelas sin fin te devuelve al punto de partida. Hasta el reloj, en lo alto, parece ser el mismo.

Y de pronto, salgo de la estación, me topo de frente con la plaza que le hace ronda de honor como en un ceremonial, y me restringo los ojos asombrado. ¡Ah, si ya veo, no estoy en cualquier parte, estoy precisamente en Pekín!. Y me dan ganas de decir a la gente que ha venido a recibirme: olvidaros un momento de mí, por favor, y dejadme que me siente en este banco, rodeado de la multitud que espera trenes, a contemplar la plaza y saludar a esta bella amiga que también viene a verme: la ciudad. Ella tiene un alma, y quiero versela.

Las plazas de las estaciones pueden definirse como antecorredores del país. En ningún sitio mejor comenzaréis a conocer un país que en las plazas de las estaciones. En ellas se reúnen las gentes de todos los sitios, y si observáis cómo se reúnen, que llenan, que hacen, que dicen tendréis una idea bastante clara de muchas cosas. ¡Lástima que no pueda sentarme ahora en el banco de los hombres sencillos, como un sencillo hombre más!

Es fugaz esta visión de la plaza porque entre saludos y parabienes te meten con prisas en un coche y te alejan de aquí como queriendo acelerarte el fin del viaje, que acaba en el reposo del hotel. Y sin embargo... Me podéis creer: hoy, al cabo de algún tiempo, cuando Pekín me es casi familiar, vengo algunas veces a la Plaza de la estación para refrescar aquella visión primera,

desconcertante y asombrosa. ¡Algo vengo buscando! ¡Y tal vez el alma de la ciudad!

Y es que la Plaza de la estación central de Pekín está situada en un lugar especial, como para impresionar al viajero. La línea ferrea entra en la ciudad bordeando la muralla de la ciudad tártara y acaba, justamente, en una de sus puertas, en la mas importante, que comunica la ciudad tártara con la ciudad china.

De pronto se encuentra el viajero con una muralla gigantesca. ¡Cómo será este muro, que me asombra a mí, que soy de España, país de murallas y de castillos!. He contado los pasos que tiene de ancha: treinta y seis. Encima de ella crecen árboles y hasta jardines, hacen los soldados la instrucción, se alzan torresvigias inmensas y podría, si quisiera, hacer que circulasen automóviles si quisieran, hacer que circulasen automóviles.

En las ciudades amuralladas las puertas tienen todas su importancia y su carácter. Son el umbral del entra y sale de la gente, de los autos, de los carros, de las bicicletas, de las cosas, hasta incluso del viento que también circula de aquí para allá. Estas puertas que se abren en la Plaza de la estación son las mas importantes de la muralla. Forman parte del eje simétrico de esta ciudad de la simetría. Son las Puertas del sur: el sol les da de frente . . .

Todas las ciudades tienen un alma, como ya se sabe de sobra, y no puede ser de otro modo porque representan el corazón de una comarca, de una provincia, de un país. Tienen un alma, si, como todas las cosas de nuestra historia y de nuestra vida, como todo aquello que los hombres han trajinado y trabajado mucho y durante mucho tiempo.

¡Ea, buscadla, y veréis lo difícil que es dar con ella! También cada flor tiene su perfúme. Tratad de definirle, y veréis lo difícil que es. Como si quisierais aprisionar al viento, se os escapara, no podréis encerrarle en palabras, clasificarle.(1)

Y lo mismo esa alma de las ciudades, que es vagabunda y compleja, sutil y frágil, escurridiza y transparente. Uno quisiera, como el principe feliz que se encuentra el pájaro de fuego, hallar ese alma en alguna parte, hecha pájaro o flor y aprehenderla gozoso del hallazgo. Pero ¡ay!, lo mismo que la victoria a los paladines, que es fruto de gran batalla, así el secreto de las ciudades solo se obtiene - si se obtiene- después de grandes busquedas y de afanosas observaciones.

¿Dónde está ese tú secreto, Pekin, dónde está tu alma de ciudad?

Y como es lógico, no va a venir a mis manos, milagrosamente, el pájaro de fuego el primer día, a la primera mirada. ¡Busquemoslo, a través de las calles, de la historia, de los hombres! ¡Busquemoslo a través del pasado, del presente, de ayer y del hoy, de lo viejo y lo nuevo, de lo que está en las puertas de los cementerios, para morir, y de lo que está apuntando, verde, en los surcos de la

primavera, para vivir y crecer!

Pero no sé porqué, el corazón me dice que al final del recorrido tendré que venir hasta las Puertas del Sur a tratar de aprehender la alada e inaprensible alma de la ciudad. Pero entonces tal vez venga ya, como el paladín va a su última batalla: cargado de trofeos y de experiencia.

(.....)

4. Pekín, ciudad de la Harmonía

En el lenguaje hiperbólico de la vieja China, la Harmonía era la diosa suprema. Harmonía quiere decir reglas, concierto, orden, disposición, arquitectura.

Lo primero que asombra en Pekín es su Harmonía. Todo está hecho con la idea de la Harmonía, orden perfecto. Todas las ciudades del mundo están formadas por superposición de épocas. Pekín parece que fue de golpe, de una vez, en una noche y por un poderoso mago. Y gracias a eso pudo el mago-arquitecto hacer su composición, tirar sus líneas y formar un conjunto bello presidido por la diosa de la Harmonía. Si me dicen que la mano del diablo - signo de tantas leyendas- está señalando en una de las torres, lo creeré. Porque parece una ciudad hecha por un (1) arquitecto en colaboración con el diablo.

Pekín está situado en la fértil llanura del mar, esta llanura, extensa, verde, feraz de aguas y (2) es como el rostro sonriente de China. Tras ella está otra China áspera, dura, de montañas profundas que no tienen fin. Pekín está casi al lado de una de esas cordilleras, que hace amena su llanura y es barrera contra el soplo arenoso de los desiertos mongoles.

El mago arquitecto tomó esta llanura como un papel blanco y señaló un centro: ese centro, es lógico en todo orden jerárquico, fue el palacio imperial, extendido de norte a sur en una serie de distintos pabellones. A este palacio hubo que rodearle de muros, que palacios sin protección jamás se hicieron, surgió así, en un cuadrado central, lo que se llama "la ciudad prohibida".

El emperador debió de examinar los muros y las altas torres que en las esquinas muy bellas vigilaban, y no debió sentirse satisfecho del todo. Quería más seguridad. Entonces el arquitecto pensó otro muro protector: en el muro de los pozos y el agua. Y así surgieron junto al palacio fuera de su recinto tres lagos, Pei-jai, lago del norte, Nang-jai, lago del sur, Chon-jai, lago del centro conocidos hoy por (3) mares. Estos lagos era como el espejo del palacio y además fuente de los canales: barrera de agua que rodea los muros de la ciudad prohibida.

En tal estado la inmensa fábrica arquitectónica se pensó, no sin armonía,

Andanzas por la Nueva China

que no hay cortejo ni señor sin servidores. Tomó el mago la regla de las cuadraturas y trazó unas líneas abarcando los (4) y otros terrenos contiguos. Puso no ya muralla, sino una tapia roja, -el rojo y el amarillo eran los colores que correspondían al emperador- y se tomó así otro cuadro encerrando el cuadrado menor de la ciudad, la ciudad imperial, donde vivían los señores mas servidores del emperador.

Mas no acaba aqui la cadena, como esas cajas que se meten unas en otras y que los maestros chinos hacen. El arquitecto pensaría, y estaba en lo cierto, que no hay imperial dignidad sin dignidades, y entonces hizo otro cuadrado más amplio, pare que cupieran muchos, lo cercó de una gigantesca muralla y(5) formada lo que se llama la ciudad tártara, donde vivían como he dicho, las altas dignidades de (6).

Todo muro requiere sino ventanas para ver, por lo menos puertas para entrar y salir. Siguiendo el pensamiento, se abrieron en la muralla, siguiendo las reglas de la armonía, puertas al norte, al sur, al este y al oeste para que pudieran ir y venir las dignidades en dirección que les placiera o tuvieran menester.

Ahora bien, puertas sin vigilancia poca seguridad tienen, aunque los portones sean ferrados y cableteados. Y surgieron en las puertas, encima de la muralla, unas torres inmensas de (7) con cinco tejados, que daban belleza a la sequedad de la muralla y, sobre todo, eran vigias despiertos a todos los horizontes.

El emperador, curioso como todo humano, aunque hijo del cielo, quiso ver esta Harmonía. Con tierra, y al lado de su palacio, conio continuandole al norte, se hizo construir una montaña con un (8) central y dos a cada lado, en distintos niveles y encerró todo con una tapia roja. Esto se llama de diversos modos con arreglo a las diversas leyendas: Montaña pintoresca, Montaña del Carbón, o Montaña de los diez mil años. Unos dicen que está cerrada con el carbón que los emperadores mongoles tenían en reserva para caso de cerco, otros que está cerrada de tierra que se sacó al formar los lagos, otros, en fin, que era un centinela de la ciudad prohibida.

Cuanto mas emperador se es, más pompa se tiene. Y ante esa pompa figura el ruido de música, cornetas, (9) y tambores. Siguiendo la línea del norte se alzó la torre del tambor, y a continuación más abajo, la torre de la campana. Cuando el emperador salió de palacio, en alguna solemnidad, resonaba el inmenso tambor, con vozarrón de parche y la campana era golpeada con un hierro - que no tenía badajo -. Estas llamadas eran para que la gente se encerrase en sus casas, y cerrase ventanas y puertas y no asomara a mirar, ni siquiera por una rendija, al hijo del cielo.

Hecha esta ciudad de ciudades, algo faltaba todavía. De emperador para abajo, toda persona de rango necesita vivir con el rango que le pertenece. Esto se traduce en que necesita palanquines, alfombras, trajes, zapatos, comidas,

dulces, regalos, mesas, espejos, biombos, cuadros, relojes y mil necesidades del cuerpo y de los sentidos. Aparte de que, si bien se mira, ¿quiénes son los que levantan las propias ciudades y los palacios?. Los emperadores y dignatarios no son, con sus manos limpias.

Entonces se pensó: "¡Ah, pues es cierto, todo esto lo hacen los chinos!" Y despectivamente ordenaron: "construyase una ciudad para los chinos"?

Y junto a un cuadrilátero surgió otro, un poco más ancho y más corto, con idénticas murallas e idénticas puertas y en él se metió a los chinos, necesarios, pero despreciables, y el recinto sacó el nombre de ciudad china, algo así como ciudad de los pelagatos miserables.

En la ciudad china, acaso por estar al sur, se levantaron dos templos grandiosos: el templo del Cielo y el Templo de la Agricultura. Cada año, en las fiestas de primavera, iba a ellos el emperador, por una vía imperial de grandes losas, puertas y arcos triunfales que partían de Tienan hasta la ciudad china. Ese día los chinos, ni que decir tiene, no podían salir a la calle ni aparecer ante el emperador con el aspecto natural de chinos.

Si a este grandioso conjunto le agregamos, dentro y fuera de las murallas, un sin fin de templos, palacios, pagodas, tumbas, arcos y además menudos monumentos, tendremos una idea de lo que es el esquema arquitectónico de la muy famosa ciudad de Pekín.

(.....)

Otra vez al encuentro de la ciudad.

Y heme aquí, otra vez, parado en las Puertas del sur, al pie de la muralla frente a China.

El cielo es luminoso, despejado, azul como la seda del vestido de una de esas hadas de leyenda que, aburrida de vivir en el mundo celeste, bajan a la tierra. Sobre la muralla gris se levanta la torre vigía, de dos tejados, que más que torre, parece un palacio que se ha empinado en la muralla para echar a volar. Delante, otro macizo baluarte, como el alcaide de la ciudad, cancerbero de las puertas y abanderado mayor de las murallas.

¿Dónde está tu alma, Pekín?

Sí, todo esto es bello, como un crepúsculo lejano, como un sueño, pero no, aquí no está tu alma, Pekín, entre las telarañas y los murciélagos, entre los goznes de las puertas y las almenas de las murallas, entre el muérdago de los árboles centenarios y la cerámica luminosa de las tejas. Ponerse a buscar tu alma en el pasado es como pretender hallar la blancura de una paloma en la oscuridad de la noche. Los pájaros de la noche son murciélagos, lechuzas, búhos y zumayas,

Andanzas por la Nueva China

y las palomas zumban de día y vuelan al sol.

¿Dónde está tu alma, Pekin?

Después de haber deambulado por todas partes, por lo viejo y lo nuevo, por dentro y por fuera; después de haber estado en muchos sitios y hablado con mucha gente; después de acostarse y reclinar muchas noches sobre la almohada, la cabeza llena de impresiones desveladoras; después de vivir días y días en el recinto de tu antigüedad y de tu historia; después de ver, y de pensar, y de dudar, y de indagar, vengo, por último, a esta plaza de T sienmin, vuelvo donde empecé, retorno a mis pasos primeros.

¿Dónde está tu alma, Pekin?

Y encuentro su alma -perdón si es irreverencia- montada en bicicleta. Ahí está el alma de Pekin en el corazón de todos estos jóvenes, vestidos igual y todos a una, que entran y salen por las murallas en bicicleta; con una juventud, y una firmeza, y una sencillez, y una audacia, y un tesón que causa asombro.

Con ellos va el alma de la ciudad, ellos son el alma de la ciudad. Para este alma ya no hay barreras, murallas, jerarquías y apartados. Va, viene, entra, sale, es dueña de todo, y todo lo engrandece. ¿Dónde van estos jóvenes de las infatigables bicicletas, tan seguros por todas partes?. Van a sus labores gigantescas, a levantar ingentes construcciones, que al lado de ellas todos estos palacios y estas viejas murallas son hormigas. Van a edificar una vida nueva, una vida que, al lado de la pasada, será como un jardín y un abrojal, como una sonrisa y una lágrima.

Y en definitiva, el alma de la ciudad está en el pueblo victorioso.

Ahí abajo, en estas calles estrechas, vivía el pueblo, confinado en lazareto, mísero, con un solo destino: el de morir de hambre.

Y ahora ya no hay el aquí y el allá de las murallas, las puertas y los aceros; todo es uno, todo es del pueblo, que sube y baja, que entra y sale, que dispone y propone como único señor, como dueño de todo.

El alma del pueblo es el alma de la ciudad.

El alma de la ciudad es el alma del pueblo.

Jhanshou.

Noche en el lago.

En esa hora de raso y seda del atardecer, cuando sauces, pagodas, montes y pabellones se reflejan en la quieta y misteriosa superficie de las aguas color de ópalo, arriba una barca al malecón, cargan termos y tazas para tomar té, y comienza, el ritmo del varal del barquero, el embrujado rumbo por el lago.

Se pasa bajo el puente de Silen, que comunica la ribera con la punta de verdor donde está la casa del poeta Lin Se-tsin; se llega al remanso de los lotos,

que es como un jardín que han hecho fuera para su recreo cisnes y ánades y que a estas horas florecen para los luceros; nos acercamos, evocadores, a las ruinas de la pagoda donde estuvo encerrada la serpiente blanca y el puente caído donde celebraron su entrevista; llegamos al "Espolón blanco" que ha dividido las aguas del lago como para hacer que los sauces de las hileras tuvieran espejo; otro puente que se encabrita para que pasemos; la amplitud del lago, después de pasar junto al sitio llamado "Canto de los ruiseñores" para oír, si posible fuera el tono de sus plantas, que siendo, como lo son, servidores de la orquesta de la princesa del lago, debe ser tono de encantamiento.

Navega navegando, abiertos en el embeleso de la poesía, se ha venido la noche, como si las montañas del entorno hubiere arrojado sobre el lago soplos de sombras. Se han encendido las luces por todas las orillas, y cada una de esas luces habla, o canta, o se comunica con otra, o se hablan de amores, o rezan como las cejas de los eremitas que parpadean en las cumbres.

De la ciudad, cuyos resplandores se ven al fondo, vienen embarcaciones de remo con grupos de jóvenes que cantan. Los faroles de las barcas confunden su luz con el reflejo de las estrellas. Dicen que los peces, en estas noches (1) de verano, saltan del agua a gran altura y hasta se suben en las barcas, deseosos de respirar frescor, pero yo no creo: saltan sí, porque se los ve de vez en cuando abrir la ventana de las aguas y asomarse, pero no lo hacen por (2) prosaicas sino por el deseo irresistible de ver también ellos el lago y deleitarse con su poesía.

Lo mismo hacen las estrellas en el cielo, que parecen que todas se han agrupado para mirar desde arriba la belleza terrenal de estos lugares. Y nosotros, como todos los navegantes, aunque sean de barquichuelas y lago, miramos las lejanas luces de las costas del cielo, y cada cual da suelta a su alma para que también navege.

Como se divisa muy bien, como un río de espuma, la vía láctea, alguien alude a una leyenda tan popular en China que todos la conocen. Llamar a las puertas de la fantasía y no abrirlas es imperdonable. Por eso pedimos al instante que alguno de nuestros acompañantes chinos nos cuente la leyenda. Se abre en el lago laguna de silencio, y una voz de mujer comienza a referirnos la leyenda de:

El pastor y la tejedora

(.....)

Miscelanea

Los chinos son...chinos

Las perogrulladas de los niños tienen a veces perspicacias de sabios.

Andanzas por la Nueva China

Refiérome la (1) de un niño europeo al llegar a China con sus padres. El primer día después de la llegada del pequeño a(2), a su regreso a casa le preguntó el padre: "¿Qué tal, hijo, has visto muchas cosas?". El pequeño se quedó un instante parado, como reflexionando, y contestó: "¡pero,...si no se ve mas que a chinos por todas partes!..."

La ingenua observación del niño concierne, en cierta medida, a todo viajero de (3) que tiene una idea también remota de China y de los chinos. El viajero siente una extrañeza de ver a chinos de verdad, en su país de verdad, trabajando de verdad en todas las actividades humanas. Lo mismo que en el insondable firmamento, en el mundo también hay países(4), mas cercanos a la leyenda que a la realidad. Y cuando uno cae en tal o cual país - China, pongamos por caso- se asombra de que incluso tal país exista en la realidad.

China tiene miles de años de existencia y de cultura. Por cada viajero que descubre a China (5) chinos como Marcos Polos de nuestro siglo. La ópera china tiene también miles de años de (trabajo) escénico. Y sin embargo, no hace mucho, París y Occidente se quedaron aludados de admirarla y descubrirla, como un nuevo meteoro.

¡Rebelación! Esta es la palabra que (fluye) de cada viajero, conturbado por el (6), por las inquietudes y desazones del explorador que se adentra en un mundo desconocido. Y en esta actitud mística hacia la rebelación se mezcla todo: el encanto de lo (desconocido), el perfume de la leyenda, el vestigio de lo primitivo, la pátina de la longevidad y, en gran parte, el avance de lo nuevo, el hoy enarbolado por el pueblo.

Los chinos son conscientes de esa fascinación, y la fomentan de la única manera posible intensificando las visitas, las relaciones culturales, los viajes, las amistades, los intercambios, haciendo política de puerta abierta y de acogida cariñosa.

Y no tienen miedo o vergüenza o complejos de mostrar como viven o mostrase como son(7) aman la verdad, y con la verdad cautivan. Han sido pobres hasta ayer, (8), y no intentan nunca disimularlos con chafarrillanes. Cuando las cuentas salen no hay razón para hacer malabarismos con los números.

Son modestos, se presentan con modestia y no hacen una virtud de la modestia. La virtud de la modestia atrae a todo el que va a China, porque la modestia une, mientras el orgullo (separa). Incluso su atuendo modesto, de gente atrajinada y sencilla, es cautivador: no lo (9) ascético, sino como traje de faena, no como una nivelación impuesta por una (10) sería al fin y al cabo orgullo-, sino como una nivelación impuesta por un común trabajo.

Si la modestia sube un escabel, se convierte en falsa modestia; si baja un escabel (baja) la dignidad. Como todas las virtudes, sus pasos caminan a una pulgada del pecado. Efectivamente, en China, se advierte la dignidad. La dignidad de la pobreza que es ejemplar.(11)

He ido por muchas partes de China, y no siempre por los caminos reales; he conocido a mucha gente, de condición diversa; he pasado por sitios donde la miseria todavía mueve su paz descarnada; pero no he tropezado en ninguna parte con pordioseria. No he visto ni un solo mendigo, ni uno, solo para muestra. Y cada viajero puede testimoniar lo mismo. Es algo inexplicable y asombroso, que la necesidad rechace la pedigünería en términos tan absolutos. Parece como si a cada alma, incluso a la mas cerrada, hubiere llegado una partícula del polén de la dignidad que la Revolución ha expandido.

Y también existe la granjería de la modesta dádiva, que llamamos propina -ostentación a quien la da y humillación en quien la recibe-. El modesto servidor que os sirve no se considera un criado, sino un trabajador, y, por eso, no acepta el gaje, sino el salario de su empleo. Además, haréis mal en ver al servidor modesto como estática alma muerta: fuera del servicio anda con sus papeles y sus libros, tiene sus aspiraciones, estudia, se prepara, y, como todo en China y la China entera, su hoy no será su mañana; su mañana será mejor.

He hablado del polén de la revolución. Y es verdad, vuela visible o invisible, fecundo siempre, por todos los ámbitos, y es difícil que una u otra partícula no caiga a alguien. Pero la Revolución no es una varita mágica que transforma de golpe lo malo en bueno, lo feo en hermoso, lo atrasado en adelantado, lo injusto en justo, lo negro en blanco, y etc.,. No es avarita mágica, pero si varita de muchas virtudes.

Dediquemos, por ejemplo, un parrafo a la honradez. No es posible que las nuevas relaciones humanas hayan hecho honrados a los chinos, y sin embargo tampoco es posible que ellas no hayan influido para acrisolar las viejas cualidades desfiguradas por otras relaciones sociales.

Si a China váis, os asombrará la honradez de los chinos, y ocasión tendréis a cada momento de advertirla en la vida diaria. Habéis entrado en un comercio a hacer compras. Salís a la calle, os alejais, y de pronto alguien viene corriendo a buscaros: os han cobrado unos céntimos de más y vienen a devolveroslos. Recién llegado, cuando no se sabe ni lo que valen las cosas, ni lo que vale el dinero, me aleje un poco del coche a comprar unos helados. El vendedor era un crío. Le di un yuán y volví al coche sin esperar la vuelta. La traductora me preguntó que cuánto había pagado al vendedor y cuánto me había dado este de vuelta. cuando se enteró que nada, se movilizó al punto, pensando que me habían engañado. Bajó del coche, y en ese momento el vendedor llegaba jadeante a entregar la vuelta: no tenía cambio del yuán y había atravesado la calle a cambiar el billete en un puesto.

Otra vez, en un viaje, en el dormitorio de la casa donde paramos a pasar la noche se me cayeron al suelo inadvertidamente varias monedas soviéticas, que no tenían ningun valor real. Una semana después, a la vuelta, me devolvieron las monedas de níquel. Las repartí y las recibieron con verdadera alegría. Sí,

Andanzas por la Nueva China

para ellos tenían un gran valor: eran un recuerdo de la Unión Soviética.

Ejemplos de acentuada honradez puedo mostrar muchos, y no solo en relación con miserables maneras. Dí una vez a lavar el pantalón, sin fijarme que en el bolsillo tenía no se cuanto dinero, bastante, seguramente el sueldo de un mes de cualquiera de la gente por cuyas manos pasó la prenda. Y al cabo de unos días me devolvieron el dinero: lo había encontrado la lavandera. Un conocido, visitando una pagoda, perdió una estilográfica de oro. Y cuando se marchaba un "riksha" - seguramente tan pobre como (12), le trajo corriendo la pluma que había encontrado. Se la entregó sin exigir ni insinuación alguna, siguiendo el mandato del código tradicional de la honradez.

Manido atributo es el de calificarlos de amantes del trabajo y sin embargo, (esta noción) no por general deja de ser justa, sino al contrario, se hace evidente. Se ve a un pueblo que desde inmemorables tiempos ha respirado una atmósfera de trabajo, de esfuerzo, de penoso ganarse la vida. La naturaleza es pródiga, pero a la vez dura. Dominar los caudales de agua que ca(fan) y ponerlos al servicio de la fecundidad y no de la destrucción, ha sido la tela de Penélope de (13) de China, la inmensa mayoría de la población. Las tierras eran ricas, pero mal distribuidas. La (14) de los humildes, siempre vigente y cada vez mayor. La miseria, el destino de millones de familias (15) de mas prolíficas.

Los niños pasaban de andar a gatas a ayudar a sus padres a algo; los viejos iban directamente del trabajo a la sepultura. Las mujeres campesinas, con reatas de crios y quehaceres domésticos ayudaban a los hombres en el campo. El trabajo se respiraba desde el nacer, y se le (dejaba) con el morir, como todo. Quien empuñaba el arado, quien mercaba, quien con habilidosas manos (hacia) primores de artesanía, quien era titiritero ambulante, quien se dedicaba a la geomancia..., ¡siempre laboreo, siempre laboreo!

Y el trabajo, por duro que sea, no se le maldice, se le ama. Se le maldice (a quien te explo)ta, a quien te tiraniza por medio del trabajo, pero no al trabajo en sí, que es hijo de tu esfuerzo (y) creación de tu mente, que ves su fecundidad y su provecho, aunque de él se benefician otros. (Ves) lo que es tuyo, lo que has hecho, lo que de tus manos ha salido, independientemente de que roben y sirva para engordar a un amo.

Si, amaban los chinos el trabajo, antes, cuando siendo esfuerzo propio era beneficio ajeno, ¿cómo no lo han de amar ahora cuando, trocadas las relaciones sociales, el esfuerzo y el beneficio es común?.

"¡Irán muy lejos los chinos!", dice la gente, y esta confianza en el hacer, en el caminar lejos nace de verlos hoy trabajar unidos en una gran causa común, trabajar disciplinados, con esmero, con amor, casi con devoción,, armados de una bizarría y de conciencia, y de una seguridad y de un júbilo que hace posible lo imposible, lo gigantesco (conduce) a proporciones humanas y acerca el porvenir luminoso de todo un pueblo.

En China, en la memoria del pueblo, vive el legendario Lu Ban, que encarna la fuerza, la sabiduría y la destreza del pueblo. Todo lo extraordinario, lo gigantesco, sobrenatural, el puente encantado, o la alta muralla, la esbelta torre o el mayor palacio, aquello que el pueblo anónimo había hecho, y de lo cual él mismo se admira, se lo atribuían a Lu Ban. Por no de(cir pue)blo, decían, personificándole, Lu Ban. Pero la fuerza, la sabiduría y la destreza (de) Lu Ban era la fuerza, la sabiduría y la destreza del pueblo.

Y hoy, cuando los mitos quedan en mitos, ya se sabe que todo lo gigantesco (que) en China se hace -que es mucho- no se atribuye a Lu Ban. Sin rodeos, se atribuye al pueblo.

"¡Los chinos son encantadores!", oiréis decir a todo el que haya convivido con ellos, a todo el que regresa de una visita a China. Nadie acoge mal al forastero ni nadie que invita deja de desvivirse en cortesías. ¿Pero qué atractivo personal tienen los chinos, qué seductoras artes del acogimiento despliegan si tan unánime es la satisfacción de los huéspedes?

Quien más y quien menos ha oído hablar de la extremada cortesía china. Cierto, los chinos, como todos los pueblos viejos, tienen codificadas muchas costumbres, entre ellas el trato con las personas. Pero el artificio seduce solo a quien es artífice. Por el contrario, el encanto de los chinos está en la naturalidad, en la sencillez. Su viejo código del trato se queda en vacío armazón; lo que ponen en trato no es el artificio, sino los sentimientos.

Los chinos no te atraen ni con la palabra, ni con la prodigalidad, ni con la gracia, ni con el relumbrón, ni con las estudiadas apariencias. Te atraen por sus cualidades humanas, por los sentimientos, porque prodigan no lo externo, que está al alcance de todos, sino lo interno, lo individual, porque te entregan su corazón con la sencillez más humana. Por un lado son como niños: claros, puros, limpios de sentimientos; por otro, son extremadamente complejos, profundos, agudos, inteligentes, poseedores de una viva perspicacia escrutadora.

Puedes confiar en su palabra: nunca olvidan nada; puedes confiar en su honradez: la pulcritud sin mácula; puedes confiar en su amistad: nunca se agotan o limitan sus sentimientos; puedes confiar en su sensibilidad: tienen la finura de esas hojas que al más leve contacto se contraen sensibles; puedes confiar en su generosidad, en su meticulosidad, en su destreza y en su inteligencia.

Tienen un vivo corazón y un alma cálida y desbordante. Son reservados, y no se reservan. Son cayados, y hablan lo preciso. Son serios, y fluye de ellos radiante, serena e infantil alegría. Un minuto después de conocer a cualquiera, ya se ha roto el hielo de las distancias: te parece que tienes al lado un amigo de toda la vida, un familiar querido, algo tuyo y entrañable.

Gente honesta y sencilla, no discuten con destemplanza, no se ve a nadie borracho, procuran no molestarse unos a los otros. Las relaciones entre lo

Andanzas por la Nueva China

jovenes son puras, los novios van por la calle y por los parques de la mano como dos niños que tuvieran miedo de perderse. El hogar es sólido, el matrimonio firme y la familia -tradicionalmente- una institución sagrada. Se quiere a los niños y se respeta y casi se venera a la vejez. Las huellas feudales de la inferioridad de la mujer van desapareciendo. La mujer ha sufrido mucho: "Tras de unos pies mutilados, hay un puchero lleno de lágrimas", dice un proverbio chino. "El fideo no es arroz, y la mujer no es ser humano" rezaba otro. Pero hoy la mujer ha conquistado la igualdad, la dignidad, durante tanto tiempo negadas y regateadas.

¿Divagar más sobre los chinos y sus cualidades? ¡No, basta! Se los conoce un poco, y se los ama mucho. Por lo demás, los chinos son...chinos.

César M. Arconada

JOSÉ DÍAZ

(1958)

Capítulo Primero

1. Sevilla

*Sevilla, que es amparo de pobres
y refugio de desechados, que en
su grandeza no sólo cubren los
pequeños, pero no se echan de
ver los grandes.*

Cervantes.

En la ciudad de Sevilla, famosa por muchas famas, incluso la del donaire y la alegría, nació, en las postrimerías del siglo XIX, en el seno de una familia obrera, José Díaz Ramos.

Cuando de la meseta labrantía y manchega -pan y vino en mesa parda- se baja por Despeñaperros a la vertiente sur de Sierra Morena, se entra en un jardín de variados arrietes, de florestas distintas, incluso de distintos olores y colores.

Todas las riquezas de una rica tierra. Toda la diversidad de la siempre diversa naturaleza. Sierras y serrejones, valles y cañadas, dehesas y praderíos, hortas y cortijales. Desde el olivo hasta el naranjo; desde la albahaca al cantueso; desde la adelfa silvestre hasta los rosales de las albercas...

Y la capital de este reino de fertilidad y de belleza, grato de clima en el rigor de los inviernos y luminoso de cielo azul la mayor parte del año, es la muy nombrada y muy cantada ciudad de Sevilla -"Quien no vio Sevilla no vio maravilla"- en el valle del río Guadalquivir.

La grandeza y riqueza de Sevilla está formada del entorno esplendido de la Andalucía interior, y del llano camino de agua del Guadalquivir, camino de poco más de cien kilómetros que une Sevilla con la vastedad de los mares y las rutas de los lejanos países.

Es la única ciudad de España que tiene el privilegio de haber recibido, a lo largo de cien kilómetros, esta embajada azul de la corte del océano y, a la vez,

José Díaz

la de ser ella misma embajada de misiones del interior de las tierras a la anchurosidad de las aguas.

Y de no poco le valió a Sevilla, a lo largo de su historia, harto larga, estos sus privilegios que la naturaleza, dadivosa las más de las veces, le concedió.

Por eso la antigüedad de Sevilla tiene mil años, y remontarse a sus orígenes, la historia, con sus contados pasos, casi no alcanza.

Pero sí puede decirse que fue siempre confluencia de los afanes y trabajos de los hombres, lonja de trueques, convenios y contrataciones, entrada de lo de fuera y salida de lo de dentro, alhóndiga de todas las mercancías y toma y daga de todos los cambios.

Comerciaron los tartesios, arribaron sus "fenicias" naves los fenicios. Vinieron los romanos a sacar y dar -más lo primero que lo segundo- y llamaron a Sevilla la segunda Roma. Llegaron los árabes con toda su cultura, que no era poca, y también la derramaron por las tierras que consideraron suyas, y durante siglos, Sevilla fue su predilecto jardín y su pródigo huerto trajinero.

Y cuando de la fuerte Castilla roquera y austera bajó Fernando VI a conquistar la ciudad, se quedó extasiado al verla tan grande y tan hermosa, y con la galantería de un caballero que después de enfundar su espada tinta en sangre se arrodilla ante una dama, incluso princesa mora, dijo admirado. "¡Cuánto mayor y más noble es Sevilla que las otras ciudades de España!".

Pero el arco triunfal de Sevilla aún no estaba alzado; los Eldorados que derramarían sobre la ciudad el oro fabuloso, capaz de nublar la vista de los hombres y enturbiar sus conciencias, aún no habían sido descubiertos. Mucho le había dado a Sevilla el imperio comercial de océanos y mares, pero todavía no había puesto a los pies de su trono los mejores nácares y corales, las perlas más valiosas de sus amplísimos dominios.

El 12 de Octubre de 1492, un marino genovés, llamado, como se sabe, Cristóbal Colón, descubrió en los mares ignotos una parte del mundo terrenal, hasta entonces encerrada tras la temerosa muralla de los remotos horizontes de aguas procelosas.

El inquieto marino, poco antes, había zarpado con sus naos aventureras del puerto de Palos, no lejos de Sevilla, y la misma Sevilla no había estado ausente de la preparación de tan magna empresa.

¡Ese día de Octubre se decidió la suerte de Sevilla para no pocos siglos!

Los mares, imperios fabulosos, con sus mitos y sus historias, también han tenido sus vicisitudes, sus altos y bajos, sus esplendores y sus decadencias. Y la variada suerte de ellos también ha afectado a las ciudades que bañaban sus aguas, a las ciudades nacidas en el pliegue costero de su regazo maternal, a las ciudades siempre acunadas por el vaivén inquieto de las olas.

Tres caras tenía España que miraban a tres horizontes marítimos. Por

Levante, donde el sol se levanta, al soleado, antiguo, ajetreado mar Mediterráneo. Por el Norte, de bravíos acantilados, a las foscas nieblas, a las rutas de países rivales, a mares furiosos que podían vencer, dado el caso, incluso a "armadas invencibles". Y en fin, por Occidente, a las lejanías sin límite, por las cuales se habían adentrado unos marinos audaces, con fletes españoles, y habían aportado a España nada menos que un nuevo mundo.

Sin Roma ni Bizancio, con la piratería turca campando desalmada, el antiguo Mediterráneo perdió su rango de privilegio, su capitán de general en jefe de los mares. La historia tornaba sus flechas al Norte, donde Lutero y la Reforma el camino para el desarrollo del capitalismo. España, papal y católica, preparaba su frente del norte, con naves y tercios, para luchar contra las herejías, en pro de la idea ecuménica del mundo, a contrapelo de la historia, a contramarcha del naciente mundo burgués que surgía de las propias contradicciones del feudalismo.

Y poco antes, las Indias, otro frente ahora en las costas occidentales de España, el frente de la fábula y la aventura, el camino atlántico que en la imaginación medieval de los pobres españoles, resecos de miseria, de tierra y de religión, representaba la riqueza, la libertad y la aventura.

Así fue como la cara atlántica de España cobró vida al descubrirse América, nuevas rutas y nuevos periplos iniciaron su traza en la costa española.

El norte cántabro y la apartada Galicia miraban a Septentrión y ya tenían bastante con servir el frente de la moderna Europa en lucha por lo suyo. Portugal, costas plenamente encaradas a América, era reino independiente, pronto rival también en navegaciones y descubrimientos. Y en definitiva, a España sólo le quedaba, mirando a América, el litoral de la baja Andalucía, escaso y de pocos puertos.

Por su tradición, por su historia, por su mayoría de edad, por su condición geográfica fue Sevilla y su puerto interior el umbral de España para salir a América, y el umbral de América para entrar en España.

Sevilla fue monopolio especial del reino -luego muy discurrido y disputado- el almirantazgo del sur, las exclusivas puertas de las Américas, la lomja única de todas las mercancías, la casa de contratación de todas las contrataciones, el archivo de todas las leyes, precepciones, derechos y relaciones concernientes a las Indias.

Este excepcional privilegio dio a Sevilla excepcionales provechos y beneficios. Llegó su espléndida edad dorada de casi dos siglos, XVI y XVII.

Sevilla se convirtió para los españoles en el crucial camino de los mundos. Toda España parecía converger en Sevilla, la última tierra pisada antes del embarque con la ilusión bullente de los desconocido y prometedor, la primera tierra-patria que se pisaba al regresar, tal vez sin nada conquistado más que fiebre de calenturas o purulentas úlceras de picadas de moscas.

Por Sevilla pasaban el capitán y el soldado, el noble y el secundón, el clérigo y el misionero, el visón que marchaba y el veterano que volvía, los alcaballeros, los condestables, los mayordomos, los galeotes, los mercaderes de toda clase de mercaderías, y ... los pescadores de aguas revueltas: truhanes, ladrones, descuidados, rufianes. "La opulencia de la ciudad daba para todos, aun para los más ruines; su desgobierno y su desorden eran el más eficaz salvoconducto para todo linaje de traviosos y delincuentes", dice un autor español.⁽¹⁾

Casi todos los héroes de la novela picaresca pasaban por Sevilla, como por la feria más propicia para ejecutar sus tretas. Cervantes pintó el célebre patio de Monipodio. Guzmán de Alfarache, natural de Sevilla, después de mil correrías y aventuras, vuelve a su ciudad natal y exclama lleno de jubilosa esperanza: "¡A tierra voy de Jauja, donde todo abunda y las calles están cubiertas de plata!"⁽²⁾. Marcos de Obregón tampoco podía faltar a la cita picaresca y en el libro II entra en ella: "Estuve gozando de la grandeza de aquella insigne ciudad, llena de mil excelencias, tesorera y repetidora de la inmensa riqueza que envía el mar Océano"⁽³⁾.

¡Riqueza, riqueza más fabulada que contada, más cantante que sonante, riqueza que hizo más pobre a España y más pobre a los pobres!

Si el brillo y el tintineo de esa riqueza duró mucho, en cambio, su efectiva existencia fue como el rápido vuelo de un meteoro. Jamás nación alguna tuvo un crepúsculo más rápido. La misma Sevilla, que con Carlos V tenía 16.000 talleres y 130.000 obreros, al cabo de unos lustros, con Felipe II, quedaron reducidos a 400 y después bajaron a 60. Segovia, de 3000 piezas de paño de buena calidad que hacían al año sus talleres, bajaron a 300, de mala calidad. La crisis fulminante cerró las puertas de empresas, talleres y obradores de toda índole: metales, hierros, cueros, cerámica, seda, muebles, alfarería... Miles de obreros y artesanos quedaban sin trabajo. Se formaban verdaderas multitudes de mendigos, vagabundos y pícaros. Se despoblaba el campo, se depreciaban los productos agrícolas. Los campesinos buscaban su acomodo en "las milicias y las armadas"⁽⁴⁾, conformándose con la soldada de soldado, más la parte de botín correspondiente, mientras el esfuerzo de millones de brazos se perdía para la producción de riqueza.

"Quien mucho tuvo, algo retuvo", dice un refrán. Así Sevilla. En los siglos siguientes, XVIII y XIX, Sevilla ya no mantuvo el monopolio de la comunicación y el comercio con América, pero nunca perdió sus vínculos con el mar ni se cortaron sus lazos mercantiles ultramarinos, aunque otras ciudades -Cádiz, Coruña, Vigo, Bilbao, Barcelona- se repatieran ese privilegio. Sin embargo, Sevilla siguió siendo una de las más importantes ciudades de España. la tercera por población (Madrid, Barcelona, Sevilla), con 96.000 habitantes a comienzos del siglo XIX.

En Sevilla -por capital de Andalucía, por su papel en la guerras de la Reconquista, por su importancia luego en la conquista de América- fue concentrándose de un lado, una poderosa y rica nobleza terrateniente, ociosa y ostentosa del lujo, y de otro, un gran contingente de obreros agrícolas, parados gran parte del año. Sevilla se convirtió en una ciudad de contrastes: la gran riqueza - la gran pobreza; los señoritos andaluces - los braceros andaluces; las juergas y las francachelas - el hambre y la miseria; la chulería de los ricos - la rebeldía espontánea de los pobres; el despilfarro y la ostentación de ferias, romerías, procesiones - la indigencia de los niños descalzos pidiendo limosna, el éxodo de los parados a minas y fábricas...

Sevilla seguía conservando, en parte, su viejo artesanado: cerámica, tejidos, cueros, forja. El mayor contingente de obreros seguía manteniéndolo el puerto. Presidía su industria la elaboración de tabaco (4500 obreros a mediados del siglo XIX). Después se desarrolló la industria corchera-taponera, materiales de construcción, y Bancos, muchos Bancos donde vegetaban el capital ocioso que permitía las siestas de los señorones en los numerosos casinos, las juergas de los hijos de los señores, las tientas en los cortijos, las ferias, las francachelas.

En el triángulo social de España: Vizcaya-Barcelona-Sevilla (con Madrid en medio), la capital andaluza representaba el ángulo sur de las luchas sociales, la tercera hoguera revolucionaria de España. Vizcaya era en el proletariado-proletariado; Barcelona, el proletariado fabril-artesano, y Sevilla, el proletariado fabril- portuario-campesino.

Esta es, pues, la cuna donde nació José Díaz, la ciudad de su infancia, donde empezó a trabajar, a luchar, donde se formó como revolucionario y dirigente.

Esta es Sevilla.

NOTAS

- (1) Rodríguez Marín. Edición Crítica de "Rinconete y Cortadillo".
- (2) Mateo Alemán. "Guzmán de Alfarache". Parte II, libro III, Cap. VI.
- (3) Vicente Espinel. "Vida de Marcos Obregón". Libro II. Descanso II.
- (4) Rafael Altamira. "Historia de España".

QUICO EL CABRERO

(1959)

Novela corta de César M. Arconada

I

No siempre los correos, que vienen y van por las rutas del mundo con diligencia y exactitud dignos de alabanza, encuentran expédito camino. Como en toda marcha, sufren tropiezos, y como en cada ruta, existen baches. Pero estos contratiempos, origen de las desventuradas "cartas perdidas", fueron esta vez felizmente salvados. ¿Cómo? Yo lo diré: acaso porque la carta que echada en el anchuroso buzón del viento, en el picacho de una Sierra, y dentro del cerrado sobre iba algo más que palabras: el alma sencilla y pura de un ser humano.

La carta, o mejor dicho, el papel garrapateado, aquí está, entre mis manos. He de entregarlo lo más pronto posible a su destinatario, Volodia Gromov, si encuentro dónde se halla. En primavera, aromada la ciudad de lilas, en esa noche de fogariles ilusiones, pasó cantando por la plaza Roja, con los alumnos del décimo grado que festejaban el fin de los estudios escolares. ¿Y dónde está hoy el modesto jovencuelo, que aparentaba menos de lo que era, y más de lo que dijo podía haber dicho?. Con sus ojos claros tras los cristales pequeños de las gafas metálicas, con su sonrisa abierta y buena, un poco espigado y desgarbado como un arbolillo a un joven, ¿dónde está hoy?...¿Se ha ido a cualquier obra de Siberia cargado con la mochila de los sueños románticos? ¿Está en las virgenes de Kasajtan? ¿Ha ingresado en la Universidad o, simplemente, ha entrado por el portón de una fábrica a incorporarse al ejército de los habilidosos hombres que hacen con sus manos las sorprendentes cosas que existen en el mundo?. No lo sé aún, pero como las cartas tienen piernas largas para buscar por el mundo a sus destinatarios, Volodia Grómov, hablado será donde quiera que está.

Mientras tanto, ved aquí la carta, entre mis manos de dador, como si fuese un mensaje de los pedregosos campos largo tiempo no vistos y un saludo agreste de la mujer patria largos años distante.

Tiene el papel las arrugas y los pliegues de las guardadas recetas, y las alforzas y dobleces de la intimidad. Si se acerca el rostro a ella, y aún desde lejos, huele a tomillo risquero, a yerbas montaraces, a leche fresca de cabra y a fiemo

agrio de aprisco. El papel tiene huellas del sol fuerte de los tesos, de alas de mosquitos y de gotas de agua de manantial.

Por lo demás, las letras que componen las palabras, y las palabras que componen las frases, y las frases que expresan los pensamientos no son los que corrientemente conocemos. Están escritas con lapiz, de roma punta tal vez, muchas veces mojada en los labios no sólo para escribir más claro, sino paradar lugar a la bullición de las ideas. Los trazos tienen mucho de caprichosos senderos que unas veces salen rectos, otras tuercen, otras se curvan como queriendo desaparecer. Hay letras que parecen encarrujadas vedijas de lana; otras semejan insectos de caprichosas formas; otras son como curvos cayados de pastor; otras como rectos caramillos....

Aunque difíciles de descifrar, con paciencia, estos trazos indómitos, como los vientos bajo los cuales esbozados, expresan todo un mundo de bellos y aromosos sentimientos.

Pero antes de descubrirlos, allá, en las diáfanas cumbres, comencemos por el comienzo: cada nido comienza por una pajueta llevada en el pico de una avecilla.

III

En los valles, la naturaleza se viste de verdes y risueños esplendores, que van perdiéndose a jirones montaña arriba, hasta acabar en las desnudas roquedas de las cumbres. Así también las gentes. Los pastores de arriba, de ventosos collados, tienen tan escueta y monda vida como los desnudos tolmos que le rodean: una choza, una parda capa, zurrón con pan y queso, cayado, perro de presa y de carlanca y, a lo sumo, para recreo y regocijo de sus soledades, un chiflo.

En la raya montaraz de las dos Castillas -dos alas de la cordillera Central- existe un repecho de mórbido declive. Se llama Collado del Viento, acaso porque los aires, trajineros como nadie, voladores sin descanso, pasan sus hinchadas caravanas de una Castilla a otra con odres llenos, ya de dulce vahaje, ya de furiosos ventarrones.

Las cumbres melladas parecen serrar los cielos. La cordillera es otra inmóvil caravana, siempre pasando y siempre por pasar. Unas veces se oculta en nubes, como recatada doncella, otras se muestra espléndida, en idilio con el cielo azul donde parece que envía a sus águilas con mensajes de amor.

Abajo están los verdes y bullentes valles con pueblos, luces, carreteras, gente. El verdor de los pinos sube escaonado, por las fragosidades, tan campante, como si quisiera trepar hasta las cumbres y tuviera fuerza para ello. Pero no, a mitad del camino, precisamente en el Collado del Viento, le salen a su paso las mondas peñas, la desolación y la aridez conteniendo los frugales

Quico el Cabrero

verdores. Y allí mismo, en un árbol que se adelantó como un adalid, aparece seco y hendido por un rayo, hecho muñón, lleno de hoquedades donde hacen sus celdillas las abejas. Los gigantes de las cumbres, que aman los penachos grises de las nubes y no los perifollos de los árboles parecen haberle castigado.

Para el lagrimal de un arroyo, que viene, cantarín y joven, de las cumbres, y un camino zigzageante como si no tuviese mucha prisa en llegar a término. Y peñascales moderados por el viento como si eternamente paciese la yerba bravía de las alturas. Y unas majadas, casuchas y chozas de piedras amontonadas con techumbres pizarrosas. Y tres o cuatro chimeneas que despiden el oloroso humo de las retamas.

En el Collado del Viento vivían unas cuantas familias de pastores, entre ellas la de Lucas el Navillas, que así era conocido por aquellos contornos. Todos eran Navillas y todos los descendientes serían Navillas también.

El tío Lucas era ya setentón, casi podía andar, con las piernas baldadas por el reuma, casi ciego de tracoma, pero aún con todo, hasta que muriera, que no sería pronto, porque, con achaques y todo, aún estaba garifo, seguía siendo el jefe de la familia: mandaba, disponía, aconsejaba y llevaba cuenta de todo. Tenía tres hijos, dos nueras y cuatro nietos, algunos mayores. El más pequeño de todos, y el más descarriado de suerte, era Quico, que tenía, mal contados, quince años.

Quico era huérfano de padre y de madre. El padre había muerto despeñado, un invierno de abundantes nieves, buscando unas ovejas extraviadas. La madre -Navilla también, hija del tío Lucas- había muerto de pulmonía cuando el pequeño tenía siete años. De modo que, bien se ve, Quico era hijo de todos y de nadie, algo así como los perros de muchos amos o la jarrilla de mesón que todos beben en ella.

Por las noches, el viejo abuelo daba sus mandatos a los Navillas, a las nueras, a los nietos e incluso a su mujer, muy reguñona y de mal carácter.

-Tú, Aldo, -decía al mayor- vas mañana con las ovejas al prado de las Siete Hormigas y te quedas allí hasta el sábado, si antes no cae la nieve. Pedro y tú, Pascual, vais al molinillo, que por esta época el pasto es allí bueno, y tú, Quico, llevas el hato al abrigo del Fraile. ¿Os enteráis bien?- Y luego daba sus órdenes a las mujeres y a los nietos: quién al ordeña, quién la lumbré, quién a limpiar ancillas, quién a hacer la comida, quién bajar al valle a llevar cuentas al administrador.

Porque los rebaños -riqueza al fin y al cabo- de los pobres Navillas no era, claro está. Tenían amo, y administrador y hasta mayordomo.

La vida de los Navillas, como la de todos los pastores, era cruda, dura, seca y escueta. Gobernaban no pocas cabezas de ganado y por sus manos pasaban no pocas riquezas, desde los quesos y requesones hasta las pieles y las lanas, pero ellos mismos vivían en la intemperie de la miseria: sin anda suyo bajo

los pies y sobre la cabeza, sino se cuenta el áspero tabardo que el viento agujereaba a zarpazos de lobo.

Ninguno sabía leer y escribir, aunque no eran lerdos ni faltos de curiosidad por las cesas. Si alguine subía del valle les gustaba oírles contar novedades. Si algún trotacaminos se paraba con ellos a echar un pito, aunque recelosos, como buenos pastores, les gustaba oírle hablar. Incluso a Quico, sabiendo que los engañaba, le escuchaba con deleite.

De todos modos, Quico, el más pequeño de los Navillas, apuntaba más despierto, como arbolillo de otra generación de arbustos. Quería aprender. Sabía que había personas que sabían mucho, y a veces le arañaba, como un espino, el no saber nada.

-¡Léenos algo, Quico!- le decían a veces los pastores sentados en invierno alrededor de la lumbrera de tamuja o, a veces, reunidos al abrigo del viento tras un canchado.

Quico, entonces, sacaba de entre la faja, o de la montera, o de algún bolsillo roto de la zamarra, o a veces del zurrón, un papel de periódico, viejo y amarillento como una hoja de castaño, y hacía que lo leía: eran generalmente noticias sobre lobos que habían dentelleado a algún rebaño o con frecuencia horripilantes nuevas de crímenes.

Lo curioso del caso es que una vez, los pastores, queriendo descubrir las añagazas del muchacho, improvisaron una de estas "lecturas" en presencia de un pastor albarrán que sabía leer.

- ¡Anda tú, Ezequiel, tómale los papeles al crío y sigue leyendo que el sucedido es interesante y Quico lee no muy de corrido- dijo un poco socarrón el tío Pedro.

- ¿Pues vosotros que sos creéis, que soy un bocazas? ¡Toma!- y le largo el papel.

- Y resultó, para embeleco de todos y susto de la abuela y de las otras mujeres, que Quico leía, en verdad, lo que en el viejo papel estaba escrito.

¿Qué milagro era aquel, santos de la corte celestial? Todos sabían que así Quico había pisado una escuela como ellos una alfombra de palacio, y que toda su vida, corta aún la había pasado con las cabras, triscando como ellas por los pedregales, y que la compañía habitual de él eran su perro Canelo y un cayado nudoso, herencia de su padre, ya con brillo de soba.

La abuela Marciana dijo que el zagalejo tenía los demonios en el cuerpo y quería llamar a no sé que saludador amigo suyo para que se los espantase. En cambio, las tías aseguraban que estaba ungido de la gracia de Dios y proponían bajar al valle y dar cuenta del milagro al clérigo de la parroquia.

Los pastores, más incrédulos, se propusieron descubrir las tretas del muchacho. Aunque, a decir verdad, no lo consiguieron. Quico, huraño como un erizo que levanta las púas para defenderse, decía siempre a las insinuaciones de

Quico el Cabrero

los pastores:

- ¿Qué os creéis? ¡Leo, pues leo!- Y luego añadía para reforzar sus argumentos: las letras son como las tabas: se ponen así o asá, y son distintas.

Lo único que averiguaron fue que el muchacho tenía escondidos debajo de una piedra un fajo de viejos papeles -trozos de periódicos y revistas, descoloridos, arrugados, muchos de ellos ya ilegibles-, y de aquel agreste archivo los sacaba para "leérselos" a los pastores.

La afición a los papeles fue creciendo, y por eso los familiares comenzaron a llamarle "el papelerero". Reunía papeles como otros niños atesoran canicas, alambres o alfileres. Hasta en la tenada donde guardaba las cabras tenía papeles de revistas ilustradas pegados en las paredes.

El viejo Lucas, patriarca de la tribu pastora, dijo un día al muchacho, accionando con la vara de fresco en la mano:

- Quico, Quico, tú luces tienes, bien se ve, pero, hijo, pa ser cabrerizo te sobran y pa ser truhán de abajo, de los valles, te faltan. Te recuerdo lo que le paso a mi pobre hermano José, que por querer huír de los lobos -que no son tan feroces como dicen ni tantos- de la Sierra lo mataron los lobos del llano, que son mil veces más, y más sanguinarios- y aludía a un hermano suyo que no quiso seguir, como toda la familia, la tranquila vida de pastor; marchose al llano y, después de pocas peripecias y desventuras, le había matado la guardia civil por robar unos panes'

¡Qué luces, ni demonios, ni gracias divinas tenía Quico!...A primera vista parecía un muchacho hosco y arisco, pero no lo era. La aparente burañería era consecuencia de su arriscada vida de pequeño zagal solitario, de que no había tenido madre que le mimara ni padre que le condujera por senderos, de que se había criado montaraz y esquivo por serrijones, cordales, cerros, cuetos y vericuetos. Le gustaba escuchar cuando hablaban los mayores (en cada corro de pastores metía su cabeza como si se asomara a una ventana), se impregnaba, embelesado, de todo lo que oía, era sensible a los ecos, como los alambres que vibran recogiendo invisibles ondas, y después, durante la pastura con sus cabras, mientras ellas ramoneaban por los cabezos y las mambras, por los herrenales y las dulas, su fantasía hacía rumia, y después, él solo, hablaba, como si fueran personas, con las cabras y cabritillos, con Canelo, su mastín, con los árboles y hasta con los tolmos.

En él, espontáneamente, se desarrollaba la fuerza y la fantasía. La fuerza por el carabritear de cada día que demandaba la andadura y destreza en los brazos, y la fantasía, por necesidad que tenía el pequeño de poblar de rasgados soliloquios sus largas soledades en el campo.

Andaría trepando ya para los quince. Alto no era, pero sí fortachón y sano como hecno de tronco encinero. Y caminaba firme, balanceándose, cargando el peso del cuerpo ya en una pierna, ya en otra, como andan los

pastores. Derribaba al chivomás forzado y tiraba el garrote más lejos que nadie. Jugaba a las tabas, y comenzaba a tocar la dulzaina, como su abuelo, que había sido diestro en ello. Era peludo, de pelumbreira áspera como de cabra, endrinada e hirsuta. Como se la esquilaba una de las tías de tarde en tarde, la llevaba abundante y descuidada. Sus cejas eran anchas como bardales, y tenía ojillos pardos y pequeños, de pájaro. En cambio, la boca y la barbilla eran infantiles como no acabadas de formar. En medio, entre pronunciadas mejillas, curtidas por las oreas, dividía las dos mitadas de la cra una nariz roma y ancha, de ventanas abiertas, olfateadora y sensible.

Aunque muchos no eran sus años, si se engarzaran sus pasos, uno tras otro, como eslabones de cadena, habría ya andado media España. Sin embargo, de la Sierra no había salido -ia dónde ir y para qué!-, y sus entornos geográficos eran los horizontes. A veces subía a las cumbres y se entretenía largo rato avizorando a Madrid, que sólo en días de cristalina transparencia se divisaba remoto. Una vez al año, a lo suno, bajaba al valle a las fiestas del pueblo, iba a casa de un pariente, donde le atiborraban de comida y dulces caseros, correteaba por el ferial, asistía a la novillada, y después, corriendo, se subía a la sierra, aburrido y con dolores de tripas.

Pero a decir verdad, por muy de oteros que fue su vida cotidiana, los entornos y contornos de Quico no los ensanchaba la vista, por avizora que fue, sino la fantasía y los "papeles". ¡Ay, aquella "biblioteca" oculta en el socavón de unos peñascos, como tesoro de piratas, de sueltas y desperdigadas hojas, amarillas de tiempo, lluvias y sol, que se dijera traídas por el correo de los pajaros!...

XIII

Y bien, como decíamos, sin dejar emborronada la verdad, esta carta o simple papel ha pasado indemne por encima de las nefastas hoyas donde van parar las desventuradas "cartas perdidas", que en tan en vano se esperan y que tanto conturban las normales relaciones humanas.

Llegó la carta como si tal cosa fuese simple cosa: atravesó vigiladas fronteras, cruzó por países de diferentes parlas y costumbres, vió cielos azules

Quico el Cabrero

y cerrazones de nublo, albuces de cumbre y verdores de valle, voló, voló, como una tenaz cigüeña que busca la torre de su nido, y, en fin, aquí está, en mis manos...¡Gracias, dirigentes correos, veloces postas de nuestros velocísimos tiempos

Y como a los escribidores, entre los que me cuento, no nos place guardar nada con lacrados sellos secretos, como a escribanos y notarios, sino, más bien, darle aire a toque de tambor, como a los pregoneros, trascribalo aquí sin quitar ni poner punto ni puntillo, letra ni letrija:

Querido Volodia: me alegraré que al recibo de la presente te encuentres bien de salud en compañía de tus padres y hermanos a los que darás muchos recuerdos de mi parte. Yo vengo a Dios gracias sin novedad toda la familia aunque el abuelo se sequea del riuma y la Felisa mi tía fue a consulta al Escurial porque tiene pitañas en los ojos y dice que si será lo del probe abuelo que casi no ve. A la pitusa de mi prima que solo tiene cuatro años le han salido unas pupas en la cabeza que dicen que si será la tiña por lo sucia que es la cría, tiene miedo de ver el agua esta en las fuentes y ni berra quiere de guarra que se le perdone. Solo se lava las manos cuando mi perro Canelo se las lame.

Vuena, vasta de contarte calamidades yo bibe bien. Con mis cabritas y mi perro todo el santo día y toda la noche. Aire y agua me sobran, pan y queso no me faltan, por la noche tengo techo en el aprisco y de día campo pa correr. Aunque no sé si salvarás este año el parto a sido muy raquítico y las ovejas estaban escuchimirriadas por lo que los tios van a marcharse antes de la virgen de las Nieves con el ganado a la Estremadura y lo mismo van a hacer otros pastores.

Pongo en tu conocimiento que tu carta fue aquí muy bien recibida y lo mismo digo del chisme ese de la estrella que los se peleaban por tenerlo una mmiaja en la mano asta que tube que poner coto en lo mío y guardarmela entre la faja. No sabes el sofoco que dio a mí la tu carta, pues en casa naide sabe de letras un pepino y yo que soy un vurro menos que naide, aunque me llaman el papelero por la afición que les tengo a los papeles. Pues me dige si me escriben pues tengo que saber qué me escriben y cuando sepa lo que me escriben escribir yo también. Y aunque no lo creas ensi començe apacentar estos revaños de las letras que al principio cauna se me desmandara y semeiva al monte, menos mal que un señor

Anselmo mayudo a domar este ganao qua discolo gana a mis cavrillas. Oi como bes ya me las amaño yo solo aunque perdona las muchas faltas pues delectreando òto no dezo zer un zoquete. Te enbidio a tí que puedes aprender en los libros i papeles a mi tambien me gustaria pero paeso se necesita beni al mundo con suerte alla en las tierras vajas que aqui en las altas a ver a los pastores Dios no suve nunca por miedo de coger una pulmonia

Baya leñe, vas a decir que no se contar mas que tristuras Si meoyeras podria alegrarte con la chifla que se tocar algunos aires i cuando estamos solos en el campo i los toco las cavrillas y el Canelo vien que se alegran.

De lo que dices de que baya a berte mucho me gustaria 2cuando lo pienso los pies se me ban a buscar el camino mas corto que llebe alla pero as de saver que de las faldas de la sierra no e salio i dicen las gentes quel mundo es tan grande i tiene tantas tochas(...), tengo miedo de perderme Pero tu inbitacion no la echo en saco roto no, esperame que algun dia cojo el surron, doi un silvido a Canelo, me despido de las cabras i de mi jente, i ale, pa lante, a Moscu sea dicho.

Yo note digo que vengas porque como nosea una piel de obeja en un rincon pa dormir i la casuela de sopas donde toos metemos la cuchara, poco mas puedo ofrecerte que (...) que jentes onradas i buenas semos probes i bibimos probes i que lo bñnos acer. Y dale, otra bez sin querer se meten en la carta las penas y calamidades.

Aora no digo porque los dias son cortos i las niebes nos llegan asta la mesma puerta pero cuando benga el buen tiempo i los dias sean claros pienso de subir al picacho mas alto Dicen que desde el se ve el mundo ala ridonda Sube tu tambien a esas montañas de Lenin i azme señales con un pañuelo Yo tambien las are con el mio atado al cayado i a lo mejor aunque estamos mu lejos nos podemos decir algo

Aunque lo mas seguro son las cartas, vien se ve, i lo que se pone en ellas con ellas va adonde se mande, deun peaton de correos a otro. Escribeme si tienes tiempo. Yo tampoco dejaré de escribirte porque aora que por tí e aprendio si no tescibo mas pa que me vale aver aprendio.

Vueno, no te boi a dar mas murga Todos tenian re-cuerdos el avuelo, los tios, los crios, asta Canelo y las cabritas. Y tambien don Cristóval (esta frase -doy fé- está intercalada.

Quico el Cabrero

*Autor) Se despide de ti este que mucho te aprecia i no te olvida
nunca*

Quico

Esto es todo, todo. Y a mí, valijero de esta distante correspondencia, sólo me queda una misión: buscar donde sea y como sea a Volodia Grómov y entregarle este papel recibido de una Sierra de España no se cómo, quizá por el correo internacional del viento y de los pájaros.....

C.M.Arconada

CRITICA

TEATRO NUEVO

Valle-Inclán, este hombre viejo de espíritu constantemente joven, es decir, constantemente nuevo, lleva la batuta en una agrupación artística no hace mucho constituida, bajo la denominación de "Teatro de la Escuela Nueva". Claro es que no se trata, como en otros tantos intentos análogos, de una compañía de verdaderos cómicos puestos, según la prensa que los bombea, al servicio del Arte, puro y desmercantilizado. Es, simplemente, unos cuantos amigos del gran literato, que mientras pudieran dedicarse a criticar de todo el mundo, ensayan, estudian y representan obras que por su carácter o por sus méritos intrínsecos no caben en el repertorio de las compañías, cuyos empresarios atienden más la producción del negocio que el florecimiento del Teatro.

Así, en la reducida pista de un público escogido, ha dado a conocer esa agrupación unas cuantas obras. Estimulados sin duda, quisieron presentarse al público en el Español con el estreno de "La Voz de la Vida", y el señor Millán de Priego, tan buen censor literario como organizador del tráfico en las calles, suspendió la función por razones que hasta ahora no se han debido aclarar cumplidamente. Por fin ahora, esa misma obra se ha estrenado en el Ateneo, con carácter privado, obteniendo éxito y afirmando los críticos teatrales que no encuentran en ella motivo justificado para la suspensión gubernativa.

Esto es todo; más no juzgaremos aquí si el Director de seguridad ha hecho bien o mal prohibiendo la representación, o si debe o no debe establecerse la previa censura para esta y para otras cuantas cosas más con las cuales los literatos andan indignados; comentemos, únicamente, la audacia de esta empresa, hoy día que hay tan sobrados motivos para combatir la chabacanería de tantos otros.

Hasta ahora, a pesar de su denominación, no se ha hecho teatro nuevo; han hecho, eso sí, teatro de selección. Está lo popular, lo selecto y lo nuevo, se han colocado en plano medio, ni han querido rebajarse hasta llegar a la adestación(1), ni han querido subir hasta llegar a la revolución, se han conformado con escoger, con seleccionar. El intento, de por sí, es digno de la mayor suerte y del aplauso más entusiasta. Representa el primer paso contra lo vulgar, contra lo ñoño, contra esa mayor parte de teatro que ahora se nos sirve arreglado arreglado con caricaturas y con groserías. Podrá o no podrá conquistarse algún día la atención del público, pero de todos modos, los que queremos un teatro con algo más de arte que el de las operetas y de las bufonadas, debiéramos prestar todo nuestro apoyo y nuestro entusiasmo a estas empresas, robusteciéndose ellas así, agarrando poco a poco su pista de acción.

Teatro Nuevo

Esto, es de suponer que se la base para el intento de otras audacias mayores. Es preciso que la reacción rápida que se ha llevado a la prensa y al libro, entre también en el teatro aunque haya que forzar las puertas de los viejos edificios y protesten los cuatro bufones que dentro de ellos hacen comedias para recocijo de los buenos oficinistas de las ideas. No es justo que cuando hoy, felizmente, toda la literatura intenta renovarse, se escriban obras teatrales con la misma estructura, con las mismas ideas, con la misma estética que ayer, que antes y que siempre.

Esto ha de llegar; tardará más o menos, pero el molde que actualmente se emplea, ha de desaparecer. Marinetti, con sus simpáticas ideas futuristas, quiso intentarlo, aunque el intento no pasó de una broma.

Hoy, los dadaístas franceses, también hacen algún que otro escarceo por las páginas de sus revistas; pero nada más, el teatro sigue teniendo su empaque tradicional, su gesto clásico, es un diosccillo que quiere mantenerse firme y triunfador sobre el pedestal del público inofensivo.

Las dificultades no son pocas. En el libro, en el periódico, la lucha no está directa como en el teatro, aquí, el autor, según las normas tradicionales, tiene que adivinar en su obra el gusto del público; de lo contrario, éste se cree con el derecho de protestar riduosamente. Por eso al ensayarse aquel teatro futurista, el público que acudía a las representaciones, no solamente recibía con hostilidad la obra, sino que a veces salía malparado su autor.

Sin embargo, el ejemplo del "Teatro de la Escuela Nueva" que dirige Valle Inclán, puede servir de norma para intentar, no la representación de obras selectas, sino nuevas, en toda la amplitud de la palabra.

Privadamente, en el círculo reducido de un público favorable, debería intentarse esa renovación; quién sabe si poco a poco sus adeptos irían aumentando; todo debe de intentarse, menos que subsista el teatro actual cargado de siglos y, en no pocas épocas, cargado de errores.

Diano Palentino 1 de Junio de 1921

EL PAVO REAL

Este p^oetico pavo de M^{ar}quina, no ha querido ser menos que el cl^{as}ico pavo de Navidad, que humea, por estas fiestas, en las mesas familiares. Y as^í, a los espectadores del Eslava se les sirve el ave aristocr^{at}ica por estas fechas tentadoras de los festines y de las cenas tradicionales. Por lo que se ve, el autor y el director del teatro, entienden bastante de pavos y de gustos gastron^omicos del p^ublico. Quiz^ás en otra fecha, el pavo hubiera parecido ins^{íp}ido y viejo, y dudo que hubiera habido alg^un hambriento capaz de hincarle el diente.

Pero este caso nos convence, una vez m^ás, de que los ^éxitos se deben casi siempre a peque^ñas causas desconocidas y misteriosas. A la actualidad del pavo, debe el poeta se^ñor Marquina su ^éxito reciente en el Teatro Eslava. Aprenda el autor para cuando quiera estrenar alguna obra que se titule "el gallo", "el perro" o "el mico".

Ahora, en serio [¿]Estar^á convencido el se^ñor Marquina de que en el a^ño 1922 pueden tolerarse los versos de su "Pavo Real"? Por que la verdad, si el muy ilustre poeta ha abierto alguna vez las ventanas de su torre de marfil, y ha atalayado el espect^áculo po^ético de todo el mundo, habr^á notado, de fijo, que, no s^ólo no se hace ya teatro po^ético, sino que los versos, en la forma que ^él los perge^ña, solamente se encuentran en los archivos, como cosas curiosas de otros tiempos, m^ás felices, ¡ay!, en que los poetas padec^ían todos de una enfermedad, por aquellas ^épocas muy en uso, y que se llamaba "melancol^ítis".

Aqu^í mismo, en Espa^ña, hab^íamos quedado hace tiempo, en que eran absurdas las obras hist^óricas que hacia el se^ñor Marquina y el se^ñor Villaespesa. Y ese absurdo trascend^ía no s^ólo al motivo hist^órico sino que participaba tambi^én de ^él la forma po^ética. Que una reina abre la boca para obsequiarnos con un elogioso endecas^ílabo a la noche, o que una princesa nos refiera sus cuitas en floridos alejandrinos, o que un paje cuente haza^ñas y sucedidos en bello romance, quedamos en que era de una antig^üedad nebulosa y de una cursiler^ía de cuarenta y tantos grados.

As^í lo debieron comprender los se^ñores poetas, porque de alg^un tiempo a esta parte dejaron de remover la historia de las Espa^ñas y suspendieron sus divertidas obras hist^óricas, hist^óricas militares; aclaraci^on im^{po}rtante, porque ahora el se^ñor Fernandez Ardav^ín, nos ha dado a conocer dos obras suyas hist^óricas civiles, "La dama de arm^ío" y "El doncel rom^ántico", ¡ay!, que traen errores suficientes para dejar peque^ñitas a las de los se^ñores Villaespesa y Marquina. Basta saber que en ellas se pone en solfa m^étrica la vida ejemplar de el "El Greco" y de "Larra".

Nosotros est^ábamos rebosantes de alegr^ía, porque cre^íamos que esa

El Pavo Real

rectificación del señor Marquina, era absoluta y definitiva. tanto es así, que estos últimos años el poeta se dedicó a la prosa, y dió a los escenarios varias comedias con algo de sabor a ripio -que esto no puede evitarse ni en los poetas más ilustres- pero habladas, dialogadas y expresadas en prosa sencilla.

Pero con este "Pavo Real", ha caído nuestro gozo en el pozo donde van siempre caer todos los gozos. La rectificación, por lo visto, no era nada más que relativa, en lo referente al asunto, no a la forma; es decir, en lo referente a la historia, no al verso.

¡Dios se compadezca de nuestra atribulación! El señor Marquina no ha hecho más que trasladarse de país, de nación. Sin duda había agotado ya la vida de todos los reyes de España, y ahora se ha ido camino de la India y desde allí se irá al Japón y la China, y después sabe Dios a qué país del mundo dirigirá su estro.

"El Pavo Real" es, pues, una leyenda india que no tiene más importancia que la de ser india porque leyendas como esas y peores las hay a pares en todas partes del mundo y solamente se necesita el talento del señor Marquina para encontrarlas y para poetizarlas. Y aún transigimos con que el talento rebuscador no sea patrimonio exclusivo del autor del "Pavo Real" pero lo que no cabe duda es que el talento poético pertenece únicamente, solamente, exclusivamente, a don Eduardo Marquina. Los críticos, por lo menos, así lo han reconocido, y nosotros tenemos una fé ciega en los críticos, palabra.

Es verdad, por otra parte, que nadie menos indicado que nosotros para juzgar los versos del "Pavo Real" Tan lejos de ellos, tan distantes, tan en la otra ribera, nos parecen viejos, anticuados y ripiosos. Motivo de situación, nada más, porque al señor Mascarini, por ejemplo, le habrán parecido bellos, fluidos y elegantes. Está claro, el señor Mascarini pertenece, poéticamente, al siglo XVIII ó XIX y nos caminamos en aeroplano hacia el XXI.

Y por ese distanciamiento no transigimos con la belleza del señor Marquina, comparando la voz de una mujer al sonido de una campana: los dedos a los pétalos de las flores y que los ojos tengan destellos para que puedan ser rimados con "bellos". O nosotros estamos equivocados, o Adán en el paraiso ya hizo a Eva esas mismas imágenes. Si hiciéramos una estadística de los poetas que desde entonces ha habido en el mundo, sabríamos exactamente las veces que se han repetido esas imágenes.

En resumen: para unos es digerible el pavo de Marquina; en cambio para otros, ni con bicarbonato podemos pasarle.

Diario Palentino 4 de Diciembre de 1922

"LA PLUMA VERDE"

De sobra sabemos todos que Muñoz Seca tenía una pluma brillante, una pluma ilustre, una pluma prolífica y a veces una pluma graciosa: pero que tuviera una pluma verde lo ignorábamos, hasta el otro día que asistimos al estreno de su última obra en el Teatro del Centro. Algún malicioso, que nunca falta, atribuirá al color de esta pluma simbolismos algo alarmantes. Se equivocará; esa pluma que ha fabricado el señor Muñoz Seca, no es de un verde inmoral, sino muy al contrario, de un verde candoroso de campo y cortijo. Esta pluma pudo haber sido lo mismo encarnada, que amarilla que heliotropo.

El color no es aquí, como en muchas obras de nuestros novelistas, representativo e intencionado. Se trata de una pobre muchacha que llevaba un sombrero con una pluma verde, llamativa y ridícula, no sé por qué votos o por qué historias. Lo cierto es que el título de esta obra es de una colegiada moralidad y que ni remotamente tiene nada que ver este verde de la pluma con la pluma verde de muchos y muy lúcidos escritores nuestros.

Nosotros, particularmente, hemos sido desde hace unos años, grandes y decididos admiradores de Muñoz Seca. Esta admiración tan extraña en nosotros, comenzó, debemos advertirlo, cuando toda la gente desató sus iras y sus censuras y sus improperios contra Muñoz Seca. Entonces tuvimos un rato de lucidez y de reflexión y pensamos: ¿la gente combate a Muñoz Seca?, pues Muñoz Seca debe de ser un hombre que vale mucho, no hay duda.

Y desde entonces, la popularidad del popular autor, gozó para nuestro crédito de una fama y de una simpatía que no hemos experimentado acaso por nadie. Le teníamos poco menos que por genio, y desde luego por un escritor superior a todos los escritores actuales. ¡Ahí no es nada. escribir sin que los mismos críticos le entendieran! Este aspecto incomprensivo de su obra, era para nosotros de tan alta genialidad, que tentados estuvimos de proponer que al señor Muñoz Seca se le rindiera un homenaje monstruo, y que se dictara una disposición para que sus obras fueran leídas por los niños en las escuelas nacionales. Hasta llegamos a pensar, con mucha razón, que, Muñoz Seca, por ese camino, terminaría, para completar nuestra admiración, escribiendo poemas ultraístas.

Pero he aquí que de pronto, con esta maldita "Pluma Verde", nuestra admiración, nuestra simpatía, nuestro cariño, todo el genio que le atribuíamos y todo el talento que le otorgamos, ha desaparecido, ¡ay!, para no volver acaso nunca más. Nos es duro y doloroso confesar nuestro cambio de criterio; pero no hay otro camino; ahora Muñoz Seca nos vuelve a parecer un autorcillo más o menos ingenioso, que escribe obras con cuatro chistes malos y otras cuantas

"La Pluma Verde"

situaciones rebuscadas, que es autor de "la venganza de d. Mendo" "La pluma verde" y "Los frescos", que todo el mundo le comprende y le admira, y que además gana mucho dinero.

Parece mentira, pero "La pluma verde" marca la línea divisoria entre estas dos etapas de Muñoz Seca. Hoy, la gente admira a Muñoz Seca, la crítica elogia a Muñoz Seca; el público llena el teatro del Centro, aplaudiendo a Muñoz Seca y a su obra -hecha en colaboración con Pérez Fernández-. Es el caso que esta pluma de verde color, vuela ya triunfalmente por todo Madrid y que sabe Dios cuándo descenderá de su carrera, poco menos que olímpica.

Y nosotros hemos empezado a desconfiar de Muñoz Seca. Y en otro rato de lucidez y de reflexión, hemos pensado: ¿la gente aplaude a Muñoz Seca?, pues Muñoz Seca no debe valer tanto como creíamos. "La pluma verde" nos confirma nuestro nuevo criterio. Como éxito, es el mayor éxito de la temporada. Como obra, ¿por qué no decir también que de las mejores de la temporada?. Pero hay que aclarar inmediatamente que la temporada teatral ha sido hasta ahora detestable, abominable por no añadir más adjetivos.

Y es natural que entre tanta obra mala, se haya destacado un poco esta "Pluma verde", que no es buena, pero que está hecha con bastante habilidad, con alguna gracia y con mucho conocimiento del ambiente andaluz, donde se desarrolla.

A los antiguos admiradores de Muñoz Seca, nos cabe aún la esperanza de que esta obra de tanto mérito sea en mayor parte del señor Fernández, colaborador suyo. Y que Muñoz Seca siga como hasta aquí: incomprendido y combatido, dispuesto a escribir poemas ultrasistas y a abandonar el trimestre de la Sociedad de Autores.

De lo contrario, no tendremos mas remedio que hablar mal de él, de sus obras y de sus cambios de criterio, tan pronto con el público como lejos del público; a veces junto al trimestre y otras tan distante del trimestre; en unas ocasiones tan modernista y en otras tan clásico....

Personalmente, ¿por qué camino se decidirá Muñoz Seca?.

Diario Palentino 4 de Enero de 1923

.pa

EL TEATRO RUSO

Ya hace unos días que debutó en el teatro de la Comedia la compañía de teatro ruso, "Pájaro Azul". No podíamos nosotros, que tanto hablamos de nuevas modalidades y nuevas cosas, pasar de largo junto a este acontecimiento, sin detenernos ante él, por lo menos, el tiempo de un comentario; poco tiempo quizá para la importancia que el acontecimiento tiene, pero es preciso para hacer notar a los dormidos y equivocados -tan abundantes en nuestra pobre aridez intelectual- que este teatro ruso nos ha abierto, por unos días, los horizontes hacia el mundo.

De celebrar sería que esos horizontes no se volviesen a plegar, y que sirvieran de continuación, mejor aún, de unificación a ese arte universal con que soñamos los artistas puros, en contratarse con la mezquindad de anhelos que tienen otros, proponiéndose hacer un arte nacional, o regional, o simplemente pueblerino, otros.

Pero no confiamos, claro es, en la eficacia de esta revista que nos está haciendo la compañía del teatro ruso, de Berlín. Sabemos demasiado lo poco propicio que es nuestro ambiente a estas innovaciones de arte que se reciben siempre con indiferencia cuando no es con indignación. Se marchará de entre nosotros "El Pájaro Azul", y se volverán otra vez a cerrar los horizontes por donde veíamos el mundo del arte. Y volveremos a encerrarnos en la pequeñez de nuestra nacionalidad, bien en el desván de nuestras glorias pasadas o en la cocina de nuestra mediocridad de hoy. Para un león ambos recintos son pequeños, desde luego; pero para un gato, que es en lo que se ha convertido el león, las dos dependencias son muy acomodaticias.

Para nosotros que tantas veces hemos alzado la pluma en contra de todo lo viejo y de todo lo rutinario nos produce gran satisfacción poder mostrar a los retraídos no ya como hasta aquí teorías sobre teorías, sino realidad sobre sus realidades, obras sobre sus obras. En este sentido, el teatro ruso ha venido a servir de contrapeso en la balanza de las disquisiciones, inclinando a nuestro favor el platillo del acierto.

Sin embargo, no se tenga por muy audaz la innovación. Ya el año pasado, Ortega y Gasset que no es un hombre sospechoso por pertenecer a grupos, ni por seguir determinadas tendencias, dió un golpe bien intencionado al absurdo teatro que estamos soportando actualmente, y elogió a la compañía del "El Murciélagu", esencialmente parecida a esta otra del "Pájaro Azul", que está ante nosotros ahora.

Claro está que el rebaño de nuestros profesionales del teatro, no se enteraría, de seguro, de aquel admirable ensayo de Ortega y Gasset. A nuestros

El Teatro Ruso

autores les interesa únicamente el cupón que han de cobrar en la Sociedad de Autores sea elevado. Fuera de esto, les importa muy poco meterse en averiguar qué debe de ser el verdadero teatro. Ellos saben que el éxito del cupón se obtiene haciendo unas cosas que llaman comedias, dramas o sainetes, y a ello se dedican como cualquier fabricante de zapatos o de embutidos. Y tan lejos está el arte de sus obras como de los zapatos o de los embutidos.

Este rebaño de profesionales es incapaz de comprender el teatro de arte, ni aún este del "Pájaro Azul" que tiene también algunas cosas para los rebaños. No comprenden que pueda llamarse teatro a estos espectáculos que no están divididos en tres actos, sino en cuadritos cortos de cinco o diez minutos cada uno; que no haya personajes que hablen tonterías que no nos importan; que no haya un autor para salir al final a inclinar la cabeza ante los aplausos del público; que no haya ni un galán joven, ni una actriz mala, ni unas partes detestables; que para finalizar la obra no haya muertes, ni bodas, ni verbenas.

Nuestros autores no transigirán, de seguro, con que a un espectáculo que no se ajuste a esas normas tradicionales, sea llamado teatro. Para ellos no hay más forma de teatro que la empleada por Calderón, por Lope, por Zorrilla, por el Duque de Rivas, por Echegaray y por todas las demás glorias estatuable que hemos poseído. Y no puede existir otro teatro distinto al que hacen Benavente, Linares Rivas, Martínez Sierra y todas las demás futuras glorias que ahora comienzan a seguir los pasos a sus maestros.

Qué lejos está, sin embargo, de todo este rebaño, el verdadero teatro de arte; este mismo teatro que hace la compañía del "Pájaro Azul", que no llega aún a una realización plena y perfecta de lo que debe de ser, en la época actual, el espectáculo del nuevo teatro.

Y uno establece, por curiosidad, comparaciones entre estas últimas modalidades del espectáculo y esas otras viejas formas del teatro romántico, por ejemplo, y se advierte enseguida la gran diferencia, la gran distancia que hay entre ambas formas. ¡Buena lección para los espíritus clásicos que creen todavía que el arte es eterno e invariable! ¡Y que además es viejo!

Ya ven ahora cómo, cuando ellos creían que el arte del teatro chocheaba, vuelve a nacer, con una juventud distinta y con orientaciones amplias, que han de dar un fruto, todavía no sazonado, pero que ya muestra la promesa de un gusto exquisito.

Más directamente, tendremos que hablar mañana del teatro ruso de la compañía del "Pájaro Azul", ya que hoy hemos dado referencias a ciertas aclaraciones que creíamos necesarias.

Diario Palentino 3 de Marzo de 1923

TEATRO RUSO - "PAJARO AZUL"

Desde el teatro que se hace en España, hasta este teatro ruso que nos ha venido desde Berlín, hay una separación de muchas horas por llenar. Este vacío, acaso sea el impedimento más influenciante para que muchas excelentes cosas que llegan a Francia, no se decidan a tomar pasaporte para España, temerosas de que las recibamos cubiertos con el sombrero de la indiferencia, cuando no con el hongo del fracaso.

En Francia, por ejemplo, se han llenado estas horas vacías que median entre el teatro vulgar y el nuevo teatro del arte, con otro teatro intermedio que, superando aquel, no llega, en cambio, a lograr una realización plenamente moderna. Así, figuran en la actualidad en París, con un carácter fijo y nacional, cinco o seis teatros -Atelier, Viuex-Colombier, Antoine etcc,- donde junto a obras clásicas, casi desconocidas, figuran obras que, si no tienen un modernismo radical poseen en cambio bastante interés literario. Sin duda, el cacareado "Le cocu magnifique", de Crommenlynck, es la obra más representativa de ese teatro que aquí, en España, nosotros no poseemos aún.

Y estas horas vacías que nosotros tenemos entre los dos aspectos del teatro, el viejo y el nuevo, llenándolas de una materia intermedia, servirían muy bien de pasarela para el tránsito de muchas sensibilidades que suelen acobardarse ante la violencia de cambios demasiado rápidos. Estas horas quiso llenarlas, hace dos años, La Escuela Nueva; el año pasado un intento de Humberto Rivas y Rivas Cheriff; y este año, otro intento, hasta ahora tampoco afortunado como los anteriores de Jacinto Grau. Han de conseguirlo, de seguro, en la primera tentativa afortunada; pero nos tememos que, para lograr el éxito, se inclinen, como la mayoría, más hacia lo popular que hacia lo selecto, es decir, más hacia lo viejo que hacia lo nuevo.

Ya dije ayer que el teatro ruso del "Pájaro Azul", que ahora tenemos en la Comedia, se compone de cuadritos pequeños, cuya duración llega a lo sumo a diez minutos. En total, el espectáculo se compone de cuadros diversos, heterogéneos que no tienen entre sí una unidad recolectiva, ni una dependencia argumental. Hay, acaso en virtud de la misma variación propuesta, cuadros de muy poco interés y aún de escaso gusto, como ese de "Una noche entre los zingaros de Moscú", que se parece más bien a una de las muchas juergas andaluzas, que nuestros escenarios ya conocen demasiado.

Hay otro cuadro, que es el fragmento de la ópera de Eschai koswki "La Dame de Pique", que no siendo para revelación de las partes cantantes de la Compañía, a nada conduce su inclusión en el programa.

En cambio, "La Taberna Alemana" y "Una Cervecería Rusa", los dos

El Teatro Ruso - "Pájaro Azul"

cuadros más interesantes que hasta ahora han presentado, nos dan, con su humorismo pictórico, una gran sensación de modernidad, de acierto y de buen gusto. En cambio, "Burlaki" nos parece demasiado efectista y dramático. Es un cuadro doloroso de la Rusia esclavizada. Unos cuantos hombres, trabajadores del Volga, luchan por acercar a la orilla una barcaza. Y cantan su dolor, tan clamoroso y tan angustioso.

Este cuadro demuestra que la dirección de la Compañía ha hecho el programa con miras al éxito de todos los públicos, que no han de negar los aplausos más caluroso para esta visión de la esclavitud rusa que les conmueve, y les enternece, al mismo tiempo que les indigna. Estos cuadros desentonan algo del conjunto; lo dramático, así como lo vulgar, contrasta con la característica de este espectáculo, que es el humorismo.

Prueba de esta orientación es, no solamente los cuadros de las dos tabernas, la rusa y la alemana, sino otro de los mejores, titulado "La visión de un caucásico". Y además, el representante literario, que al comienzo de cada cuadro da una pequeña explicación, haciendo obsequio al público de la fina gracia que posee.

Más que un mérito intrínsecamente artístico, la Compañía del "Pájaro Azul" lo que tiene es un buen gusto para las presentaciones, no al estilo fastuoso de las operetas y revistas, sino más bien aunque en un sentido más reducido, a las normas del "ballet", de cuya procedencia se advierten algunas notas.

Lo más característico de este teatro, es la colaboración común, que es necesaria para formar los cuadros. El director, el asesor artístico, el director de escena, el inspector de escena, el director de orquesta, el concertino, el escenógrafo. Todo el trabajo de estos artistas unido, ajustado, acoplado a la idea directriz, logra ese conjunto tan armónico, tan entonado y tan medido que tienen los cuadros, aún aquellos que, como hemos dicho antes, se han hecho principalmente para alagar al público, con la nota dramática o con la nota vulgar.

Aún oscurecida la pureza del espectáculo por estas deficiencias fácilmente comprensibles, ¡que hora más llena de Arte ha venido ha dejarnos esta Compañía rusa del "Pájaro Azul"!

Diario Palentino 7 de Marzo de 1923

ARTÍCULO DE DESVALORACIÓN

Deben los viejos, los espíritus aclimatados y equilibrados ya, perdonar y disculpar esa irrespetuosidad aparente que tenemos los jóvenes para con ellos. La juventud es siempre, fué siempre, precisamente eso: rebeldía, inquietud, audacia. Lo contrario sería lo lamentable, que la juventud envejeciera prematuramente, más bien que no existiera, y flotara sobre todo una vejez espiritual permanente y parálitica.

Y no por lamentable es inexistente esa ancianidad, anquilosada y antinatural, que oprime a los espíritus jóvenes, que les recorta, que les amolda, que les apoltrona en la visión única de las cosas y les perfila sobre el contorno más fácil y más sencillo de las ideas.

En España tenemos, intelectualmente, el caso más demostrativo de lamentable ancianidad. A fines del siglo pasado, unos hombres de talento, que esto no vamos a discutirles, comenzaron a triunfar, unos en la novela, otros en el teatro, otros en la crítica, algunos en la oratoria. A este grupo de intelectuales se les ha designado después en la denominación de "generación del 98".

Trajerón entonces, cada uno a su sector, no renovación, como algunos dicen, sino simplemente progresión, actuación, que en aquellos tiempos, más limitados y más tímidos que los de ahora, ya era bastante. Es preciso reconocer además, la coincidencia de grupo, aminorando el esfuerzo individual y la existencia de un ambiente favorable y propicio a la expansión iconoclasta, por medio de la cual se dieron ellos a conocer.

Hoy la generación del 98 es, intelectualmente, desde luego, de una ancianidad desconsoladora. ¡Han pasado veinte y tantos años!. Todos ellos tienen ya por delante del nombre, el calificativo de buenos y si algunos no han ingresado todavía en la Academia, no ha sido por falta de méritos para lograrlo, sino más bien por la adversidad de sus condiciones políticas.

En estos tiempos toda la vida intelectual la ha llenado la generación del 98. Ha sido un reinado absoluto e indiscutible. Su prestigio le ha inmunizado contra toda censura, contra toda crítica. Ellos, que se llamaban todos de tú, se encargaron del incienso recíproco. Y sobre el altar, están hoy estos dioses del 98, aunque a sus ideas y a ellos les hayan salido la barba blanca de la ancianidad.

Cuando nosotros abrimos los ojos al medio artístico, en el acto bautismal, pudimos ya observar el estado beatífico de la generación, su carácter de mitos, su carácter de dioses. Pero nosotros no fuimos, no vamos contra los dioses, porque todos ellos suelen tener la cualidad de ser inofensivos: vamos directamente contra los adoradores.

Porque en el templo, los dioses no estaban solos. Tenían bajo ellos a todas

Artículo de Desvaloración

las generaciones sucesivas, adorándoles y queriendo proseguir su obra. Los pobres eran tan miopes y tan obtusos, que en todo caso no veían nada más que la barba más o menos poblada de los maestros venerados. La barba mas espesa de las ideas que crecían en sus libros, no era perceptible a sus cegueras prematuras. Ellos creían aquellas cosas nuevas, jugosas, actuales.

Y cómo les imitan, y cómo giran alrededor de esos dioses del 98 todos los acólitos del novecientos afanados en averiguar si Baroja es un solitario que viste mal y habla poco y si " Azorin " es un espíritu complejo que fué revolucionario y ahora es ciervista. Enteramente averiguaciones para escribir la historia, la epopeya de los dioses que se suele hacer siempre en la edad de las barbas y de las beatitudes.

Los jóvenes adoradores que no ven esta vejez, porque creen aún en el concepto de la eternidad del arte, están prolongando el 98, están haciéndolo de hoy, de ahora mismo, como si desde entonces no hubieran pasado veinte años y pico. ¡ Veinte años de estos años en que todo ha llegado y ha marchado cinemáticamente, con acelerador!.

Bien se ríen esos jóvenes de nuestras innovaciones ultraístas y postultraístas. Pero nosotros nos lamentamos de su vejez espiritual, de que sus ideas tengan las mismas barbas de sus maestros, y de que todo lo que sale de sus cerebros tenga la misma pelambre vejesteria y la misma plácida parálisis.

En todo caso, si nosotros no acertamos a ser artistas, acertaríamos a ser jóvenes -cierto que ellos no tienen- con la alegría de ser nuevos, de ser otros, con ideas imberbes y saltarinas, más a propósito para jugar con ellas al corro, en medio de cualquier plaza, que para reposar, como las de ellos, su vejez en la inmovilidad de un sillón fraileró.

Por todos los conceptos hay que apartarse de la generación del 98, para formar otra con hombres más actuales y más nuevos, pero sin grupos, sin uniones, con independencia y con libertades.

Francia ya tiene esto. Ciertó que entre nosotros no ha habido un Apollinaire, pero por lo mismo, debemos de poner mayor empeño individual, mayor entusiasmo innovador, para que aquí en España el arte no crezca con barbas.

Diario Palentino 2 de Diciembre de 1922

EN TORNO A DEBUSSY

(textos escogidos)

Hemos dicho al comienzo que la inquietud Debussy está próxima a nosotros, pero no en nosotros; es decir, cruza junto al límite de nuestro cercado, pero no penetra en él. Evidentemente, negando la línea divisoria del cercado. Las inquietudes-debussy y las inquietudes nuestras quedarán convertidas en predio común, en una época común en afinidades y en caracteres. Los ingenieros teorizantes -D. Eugenio D'Ors es el más obstinado- quieren tender un puente colgante para no basamentar en terrenos de pecado, desde ese novecientos suyo hasta el novecientos veinte nuestro. Debajo de él quedarán estos terrenos de pecado que a ellos le intimidaban. No son campos de espigas, ni prados, ni riberas arboladas. Si fuese naturaleza, ellos sabrían respetarla, porque en arte la naturaleza tiene una tradición, que ellos procuraban guardar con sus lanzas de centuriones. No. Bajo el puente que ellos quieren tender hay esa ciudad de tumulto, en ebullición en movimiento. Abigarrada, desordenada El carousel, el tobogán, el circo, los arlequines, el cine, los focos, los autocamiones, el teatro de Pirandello. Ruido de voces, de motores; ruido de acción. Patadas de fútbol. Patadas de teorías. Jazz-band. Es necesario -nos dicen- olvidar estas locuras; esto no es arte. Justamente, no es arte; es urbanismo, es naturaleza también; es campo temático de experimentación, donde se pueden producir grandes cosechas originales. Grandes sin comparación. La comparación está prohibida; querer que en el radio de una ciudad se produzcan espigas de trigo, como en el campo, es absurdo. Inevitablemente, un arte de aldea y un arte de ciudad han de ser distintos. Francis Jammes no admite comparación con Blaise Cendrars, por ejemplo. ¿Y por qué hacer aspavientos a los temas?. Plásticamente, ¿qué superioridad hay entre un cordero sobre un prado y un autocamión sobre una calle, o entre la naturaleza-aldea y la naturaleza-ciudad?.

Las dificultades del tendido de ese puente deben ser grandes por cuanto, a pesar de la laboriosidad de los constructores, no vemos aún por encima de nuestras cabezas la sombra del puente, como una gran losa fúnebre, queriendo inutilizarnos el avance. Al final de todo ello, nada de interrupciones; el novecientos quedará en el novecientos, a pesar de sus gritos, a pesar de sus deseos de prolongarse por el paso cómodo de un puente imaginario que no se ha construido ni se puede construir. Vamos camino de una nueva confusión histórica. Los jóvenes que, que con arreglo al trazado del proyecto, quedamos bajo el armazón del puente, tenemos el deber de combatir esas caprichosas interpretaciones, no en provecho de nuestra situación, sino en honor a la

claridad, a la exactitud de las ideas. Se quiere cegar una corriente de estética, y esto no es posible; la corriente, por encima de todos los obstáculos, seguirá su curso descendivo hacia donde deba terminar, depurándose en la marcha, estilizándose en cada jornada y aumentando su caudal de energías en cada afluencia. Al final, que nosotros no conoceremos, verterá la exuberancia de su producción en el mar común de las tradiciones, allí donde el romanticismo desembocó por el cauce final del novecientos(1).

Los novecentistas se han asustado porque creían que el espectáculo iba a absorber a la inteligencia. Creían que toda aquella fiebre de tumulto terminaría por resolver en mecánica de habilidad. En definitiva, creían que de la pantomima y del gesto no podía salir otra cosa que no fuese caricatura. Los novecentistas ya se irían convenciendo de que aquello que les alarmaba era sólo un telón de embocadura. En el fondo, detrás de las decoraciones deformadas y estridentes, el personaje de la inteligencia -condensación substancial de ese abigarramiento espectacular- ha de salir a escena y desarrollar su papel en la obra de la Historia. Los novecentistas no deben de alarmarse por estos peligros supuestos. En la categoría, todo valor es inteligencia. ¿Y por qué ha de pensarse que en esta época nueva no han de producirse valores? D'Ors mismo da muchas veces un símbolo claro de estos problemas: "En el circo -ha escrito-, después de un rato de escuchar las humoradas de los clowns nos gusta un número de atletismo, de fuerza". Pero ¿quién nos asegura que este número de fuerza no está a cargo de los mismos clowns? ¡Ah!, es lo mismo - se dirá-; nosotros lo que queremos es la fuerza. Pues esta fuerza, esta vitalidad del espíritu nuevo, ha de llegar algún día. Pero ahora estamos al comienzo del programa. realmente, los novecentistas son ambiciosos; quieren el número de fuerza antes del número de humor. Quieren alteraciones imposibles.

Es cierto; la inteligencia une a los verdaderos valores; les acerca, les aproxima, pero abstractamente, en una nivelación de categorías. Ello no puede servir para desarticular las formaciones de las épocas, las diferencias de las épocas. Debussy, músico de genio, alto valor en el alto plano de las categorías. ¿puede imponernos por todas sus cualidades su norma de estética?. No; su valor nos impone una norma de respeto. Pero nada más. Otra cosa, otra imposición, sería un encadenamiento contrario a la gravitación que cada uno tenemos en nuestra época. Ese deseo, tan vehemente en los nuevos estéticos, de rebelarse contra todo lo pasado, a mi me parece, fuera de lo que tiene de impulso, de exterminio, de grito, una actitud lógica y simpática. Es necesario desprenderse todo lo posible de la carga demasiado pesada de las tradiciones. Hoy la creación tiene sus exigencias.

Vamos caminando hacia un instante en que sólo puedan afirmarse los temperamentos verdaderamente fuertes, verdaderamente personales, que posean la gracia de la originalidad. Por el contrario, los temperamentos débiles,

enfermos de vitalidad espiritual, que para vivir su vida de arte tienen que alimentarse con las fórmulas de tradición, están llamados a no existir. El arte terminará por estar en manos de inventores. Y quien no tenga algo fuerte y original que decir sobra.

Todo temperamento lleno de fortaleza, lleno de vigorosidad creacional, sabe bien qué grado de relación debe de tener con el pasado. Se quiere el respeto en nombre de la inteligencia. Muy bien; sabremos estar en la galería de personajes con el sombrero en la mano y con el rostro urbanizado de sonrisas. La irreverencia también es una descortesía que pertenece al pasado. La irreverencia fué una actitud del primer momento, alocado y un poco inconsciente, como todo momento de irrupción. Hoy, obtenida la serenidad, no tenemos motivos para ser personas mal educadas. Pero hay que ser exigentes, pero hay que ser justos en nuestros juicios. En nombre de ninguna tolerancia al pasado debe de pedirsenos que nos descubramos ante Mayerbeer, ante Auber, Reyer, Massenet, etc., etc... Nosotros nos descubriremos, en nombre de ese respeto a la inteligencia, ante Debussy, ante Wagner, ante Chopin, por no citar sino a músicos del siglo pasado. pero hay que ser exigentes, porque la Historia es demasiado tolerante y admite en sus galerías muchos personajes de cartón, muchos figurones. La Historia no valoriza, pero admite demasiados valores superfluos. Hay que gritar a voces. A esta actitud revisionaria, de meticulosidad de juicio, de estrechas aceptaciones, se califica de estridencia o de impaciencia por figurar también en las galerías de personajes. Es lo mismo. Todos nosotros sabemos que esta actitud de rebeldía responde a un anhelo de sinceridad, de austeridad y de precisión.

Pero supongamos, insistiendo en el símbolo, que este puente hipotético que ciertos ingenieros de la estética quieren tender desde el novecientos hasta aquí está ya construido. Gracioso modo de allanar el abismo de las separaciones. No importa. Supongamos que la caravana de ideas, de inquietudes del novecientos llega, en viaje cómodo, hasta la estación de nuestros días. Unos cuantos muchachos que estamos ya en viaje por otras rutas, esperando un tren próximo a llegar, le vemos venir. ¿Qué impresión nos causa su presencia? Observando sus vestidos descuidados, nos parecen hombres exóticos, que no son ni de nuestro momento ni de nuestro país espiritual. Pero estas exterioridades pueden no justificar del todo la diferencia. La caravana se ha colocado en medio de nosotros. Abren sus maletas, abren sus baúles. Quieren mostrarnos sus ideas, sus pensamientos, sus problemas; aquello que les agita y les conmueve, aquello que les circunda y les interesa. Nos muestran las porcelanas de sus refinamientos, el carnet de un nacionalismo obstinado, estampas de Grecia, perfumes de Oriente, el tejido deshilado de su arte. Nosotros, muchachos jóvenes que estamos esperando el tren que nos lleve hacia los rascacielos de New-York. no podemos hacer otra cosa sino reirnos de

aquellos pobres hombres que nos hablan y nos muestran objetos que nosotros ya hemos abandonado hace mucho tiempo. Instintivamente notamos el vacío que nos separa, que nos diferencia, que violenta todo intento de aproximación. Es algo parecido a lo que nos sucede con ese amigo que conocimos en un tiempo lejano y que no hemos vuelto a ver. El amigo no ha cambiado nada; nosotros quizá hemos cambiado mucho. Al encontrarnos ocasionalmente, el amigo nos habla de las mismas inquietudes que hace muchos años probablemente nos preocuparon a los dos, pero que, mientras para el amigo siguen siendo todavía actuales y palpitantes, para nosotros son algo pasado y muerto. Y entonces comprendemos que la velocidad de un dinamismo interno nos ha separado para siempre del amigo; la convergencia en una época lejana fue sólo provisional; sobre ella, creyéndola definitiva, fundamos la amistad. Y hoy la sentimos rota y terminada, porque nosotros, después, saltamos de unos problemas a otros, demasiado de prisa, y el amigo quedó enredado a los primeros problemas que le salieron al paso, haciendo perdurable lo que nosotros hicimos transitorio. La caravana de novecientos sigue exhibiéndonos su bisutería vieja. Quiere subyugarnos, quiere conquistarnos, quiere que nos quedemos con ellos y perdamos el billete. Pero no es posible; no nos interesan. Es forzoso separarnos. Llega el tren. Y nosotros partimos. "Esos muchachos van hacia el caos, hacia la catástrofe," dicen los diplomáticos de las relaciones. Y nosotros, desde las ventanillas, reímos con alborozo, porque sabemos que tenemos infinitas probabilidades de llegar triunfantes al final. La caravana tiene que cerrar sus maletas, guardar su bisutería y tomar el primer tren de regreso.

Los ingenieros teorizantes de estética, acabarán convenciéndose de que ese puente inter-espiritual es imposible construir. Los puentes no se tienden sobre el espacio, ni por ellos pasan ideas y espiritualidades. Cuando nos sorprende un período de transición no valen acrobacias de equilibrio para no figurar retrasados. No caben sino dos actitudes: o incorporarse al nuevo período, o tener la valentía de conservar la posición antigua. Lo que no sea esto será preparar un artificio de razones para confundir a los espíritus desorientados. Particularmente, todos somos un poco ajenos a este centro de laboriosidad donde las épocas se forjan al golpe de infinitas complejidades. Colectivamente, quizá la responsabilidad de la forja nos alcance a todos, pero ese poder de imposición, aquello que en conjunto caracteriza y potencialmente forma la época nueva, es superior al pequeño alcance personal. Ninguna época es producto individual de un cerebro privilegiado. Al contrario, es un resultado de esfuerzo colectivo, anónimo muchas veces, para mayor obscuridad en la formación. Y cuando la nueva época esbozada coloca pasquines en las esquinas para reclutar adeptos, se rechaza o se admite el nuevo status ideológico, sin intervención directa de la voluntad, impulsado por ese irrazonable querer o no querer, gustar o no gustar, sentir o no sentir, que hay en el fondo de nuestras

predilecciones. Esto quita parte de responsabilidad a nuestra elección. Defender una época que se siente es lo mismo que defender una religión que se profesa. La época podrá ser absurda; pero sentirla ya es darla realidad, palpitación; ya puede justificarnos.

Con el novecientos termina una época, la época romántica que Debussy finaliza. Extensivamente podría decirse lo mismo de otras artes, quizá con más precisión, porque en la pintura y la literatura se notan aún más las diferencias de planos entre las formas viejas y las formas nuevas.

El arte trae en esta nueva época otros problemas que resolver, otros teoremas que desarrollar. Nadie puede exigirnos que nos preocupemos de aquello que, por naturaleza, no nos preocupa. Nada se perderá, empero. Nuestra época misma, que tanto ha inquietado de temores a los espíritus sensatos, está en el momento, ya perfiladas sus formas, de entrar en un período de afirmaciones positivas.

(1) Nosotros hablamos del novecientos más bien en un sentido retrospectivo, de terminación, no de comienzo. Para nosotros, Debussy es un verdadero novecentista. Granado en ese período del novecientos que llega hasta el comienzo de la época nueva, pertenece a un período dudoso que divide los dos siglos. La cronología no se corresponde con la estética, originando diversidad de denominaciones. Lo importante, a mi juicio, está en entendernos substancialmente.

(págs. 73-83)

La audacia es un arma moderna, de este siglo, precisamente, que utilizaron nuestros buenos amigos los precursores del dadaísmo. No quiero hacer una apología de ella. Como cualquier arma, es cruel, es dura; a veces, injusta. Pero es útil, es imprescindible. No sirve para asesinar las sombras de los enemigos que nos estorban. Esto sería ingenuo pensarlo; las sombras vivirán, a pesar de nuestras acometidas contra ellas. Decir que Beethoven es un músico para institutrices y empleados sentimentales es una audacia ingenua; pero creer que por ello, por nuestra oposición a Beethoven, éste va a ser eliminado de nuestros valores musicales, es una doble ingenuidad. Pues bien; de esta candorosa audacia estaban llenos nuestros camaradas los vanguardistas franceses. A

En Torno a Debussy

golpes de audacia quisieron eliminar de la Historia a todos los valores. pero si el arma de la audacia no sirve para eliminar valores y museos, sirvió, en cambio, para desembarazarse de ellos, para desentenderse de su cerco tutelar. La audacia fué un medio de libertarse de aquella opresión de lo estatuido, que el siglo XIX, con su desproporcionamiento, nos había legado. Gracias a esta fórmula salvadora, hoy nos sentimos, libres de todo peso y de toda influencia, pudiendo, de este modo, cultivar la individualidad sin miedo a caer en la absorción de otra órbita más o menos próxima a nosotros, convirtiéndonos en satélites de su sistema. Hoy no es posible un Wágner con la misma fuerza irradiante. Al día siguiente de aparecer tendrían audaces contradictores que le negarían y ensayarían una obra contraria a la suya. Lo mismo no es posible un nuevo Napoleón, tampoco es posible un nuevo Wagner que centralice en él toda la preocupación del mundo musical. este sistema ha sido substituido por el sistema de individualidades. Es decir, puede haber muchos artistas que representen, que signifiquen algo; pero no puede haber un artista que signifique todo. Ahora hay menos genios, pero más artistas de talento.

Si algún día se estudia detenidamente la biología de los hechos que más aportes de características han tenido en la formación del espíritu nuevo, a la audacia ha de dedicarse uno de los capítulos principales. Esta valentía, esta flexibilidad que hoy tenemos para juzgar personas y hechos que hasta aquí han estado por encima de todo juicio, bajo un escudo de respeto inquebrantable, no sería posible si unos antecesores nuestros, desafiando el miedo a lo constituido, no hubiesen enfretado el cañón de su rebeldía teorizante sobre el bloque de todo el pasado. Gracias a esta lucha que nos ha dado agilidad hoy podemos entrar en los museos sin temor a perdersnos en ellos, sabiendo que hemos de salir incólumes de su morbosidad. De igual modo podemos aventurarnos por el bazar de la música o por las naves de la literatura sin miedo a fantasmas, seguros, sobre todo, de que nuestra fuerza de evasión será siempre superior a la fuerza de retención que esos fantasmas hagan sobre nosotros. La audacia, en este sentido de valentía que la damos aquí, nos ha quitado pesadumbre, vejez. Nos ha hecho más ligeros y joviales. Desprendidos de la preceptura de tantas sombras imponentes que vigilaban nuestra moderación, hoy podemos ser espontáneos y libres con la infantilidad que aconsejan los surrealistas.

Así, Debussy murió en la aduana de la estética cubista, un poco extraño al ruido y al dinamismo de una oficina de esta índole. Y a su vez, los empleados y viajeros de ella un poco extrañados de aquellas serenidades, de aquellas espiritualidades y perfumaciones que llevaban en su equipaje. Pronto Cocteau y Satie intentaron hacer un ensayo grupal de nuevos músicos afiliados a una estética antidebussysta. Y Ravel Y Stravinsky....

El secreto disidencial que desyuntaba a Debussy de los músicos más jóvenes estaba en que , como hemos dicho, Debussy era un músico romántico,

contraformal a Wagner, pero romántico al fin, mientras que los espíritus jóvenes que llegaron después no comprendían ya el romanticismo; no estaban como Debussy, frente a una forma de él, que era una manera de estar en él, sino que tenían otro emplazamiento distinto, vivían en otra latitud, y miraban el romanticismo con una latitud histórica, con indiferencia. "Pelléas -dice André Suarès- es un clima de almas". Por extensión, la frase puede aplicarse a toda la música de Debussy. Variarán los climas según el meridiano en que se produzcan. A veces serán calurosos, apasionados como los de su música pianística. Pero siempre es un clima para las almas, un océano por donde las almas navegan con las velas hinchadas de lirismo. Y la generación de la época nueva no hacía caso ninguno de las almas. El ruido, el estrépito de la ciudad, las vibraciones mecanicistas, un culto a la precisión y a la geometría, era, ciertamente, opuesto a toda relación artística con las almas. En todo caso era el cuerpo, la forma, lo que interesaba entonces. El deporte se hizo ballet. El nuevo clima fue mortal para las almas.

(págs.84-89)

Debussy no significaba, ni mucho menos, esta simplificación de realidad que pretendía Cocteau. Falta aún mucho para llegar a ella. Pero Debussy vió ya cerca la forma sugestiva de las realidades. Pero realidades grandiosas, realidades seleccionadas, que a pesar de vivir en nuestro mundo y junto a nosotros, estaban por encima de nosotros, con una vida independiente y cósmica. Debussy descendió la música por primera vez a nuestro plano de realidades. Pero sus realidades estaban en la naturaleza: eran el árbol, el sol, la lluvia, el mar, las nubes, el viento. Las realidades de Cocteau, en cambio, estaban bajo nosotros; eran juguetes nuestros, o mejor, elementos nuestros: una máquina de escribir, una locomotora, un aeroplano.

En música, después de Debussy se plantea el mismo problema que en pintura después de los impresionistas: la construcción. En música acaso con más insistencia, con más imperiosidad. Los impresionistas no son anticonstructivos; ellos dejaron en esbozo una idea constructora.(.....) Así, frente a los cubistas, que propugnaban por una construcción condicional, más abstracta y pura, han desarrollado sus actividades un grupo de pintores que han recogido del impresionismo su despuntamiento de construcción ,desarrollando y perfeccionando aquel atisbo formal que había en los impresionistas. Es decir, que si unos pintores han saltado desde Cezanne al cubo, otros no han necesitado dar un salto tan peligroso: han saltado desde Cezanne a la robusted de la forma, que, sin ser arquitectura cúbica, era ya, indiscutiblemente, arquitectura. La

En Torno a Debussy

vaporosa expresión debussista era una intuición única para iniciar la construcción.

(págs. 92-94)

El romanticismo -época- continúa durante el siglo XIX, y aún su eco entra en el nuestro y se pierde definitivamente en las esribaciones de los primeros años. Con la misma escalonación que subió, desciende. No es posible, por lo tanto, aplicar una estética común a todo él. En poesía, por ejemplo, estas diferencias graduales tuvieron una denominación particular, parnasismo, simbolismo, confusionando la significación romántica de estas apelaciones, que eran, en definitiva, estados de subdivisión dentro del ciclo romántico. Sólo nuestra época, por contraste, es la capacitada para percibir hasta dónde llega históricamente el romanticismo. Un hombre de 1800 se sentía definitivamente distinto a otro hombre de 1850. Pero la proximidad desproporcionaba las diferencias, percibiendo únicamente aquello que les distanciaba, pero no aquello que les unía. Hoy, desde la altura de nuestro siglo, podemos destruir la equivocación por medio de una sencilla mirada de conjunto, porque percibiremos fácilmente la esencia común que, a través de distintos períodos, circularizaba a todos los hombres del romanticismo.

El cultivo de la intimidad es característica romántica. Cuando esta intimidad es profunda, aparece Beethoven. Cuando es expansiva, aparece Wagner. Y, por último, cuando la intimidad es confidencial, aparece Debussy. Son los tres períodos sustentadores del romanticismo; podríamos decir que varían únicamente en el modo de construir la intimidad. Beethoven entiende la intimidad con amor, con humildad; es el momento de rendirse ante la naturaleza. Wágner la entiende con pasión, con orgullo; es el momento de sentirse uno mismo naturaleza, de sentirse potencial. Debussy entiende la intimidad con ensueño, con lirismo; es el momento de gustar la naturaleza, de tratarla en amistosa confidencialidad. La situación frente a la naturaleza marca el grado de romanticismo de cada uno. El romanticismo dura hasta que la naturaleza deja de intervenir en el arte. La estética romántica señala, igualmente, los tres períodos. Primero, el arte debe de ser una comprensión de la naturaleza. Después, el arte debe de ser una imitación de la naturaleza. Y, al fin, el arte debe de ser una interpretación de la naturaleza. Al disociarse el arte y la naturaleza, termina el ciclo romántico.

(págs.223-231)

No ya Spengler, que ancla su cargamento de comentarios sobre arte con anterioridad a nuestro tiempo, sino este otro coro de artistas sin timenaje que se dejan llevar a la deriva de la rutina, ha dicho que uno de los signos evidenciales de la decadencia artística sobre la que pasamos es esta propensión de todos los artistas modernos a enredarse en la crítica o, más peligroso, la facilidad que se tiene para elondeo de sofismas teorizantes. Sólo a una depresión percéptica puede atribuirse esta equivocación imperdonable de justificar la decadencia de nuestra época precisamente por los mismos signos que demuestran lo contrario. Nuestra época está en la pubertad, no en la senectud. La propensión teorizante de ella es debida a un rebasamiento de potencialidad, a una abundancia poderosa de fuerzas creacionales. Es una ebullición, una dinamización de nuestro mundo mental que anticipa la creencia de un proceso lento de solidificación. Hay quien piensa que el criticismo y el teoricismo, que atenaza a nuestros artistas, es una manera evasiva de eludir la creación, por impotencia para ello o por temor de correr el riesgo temible de no acertar. Inexacto también. Es un modo demasiado estrecho de concebir la cíclica amplitud de la época. Se quiere que en nosotros, que estamos al comienzo de ella, se manifiesten ya los caracteres de todos los estados futuros. Se exige a un artista de ahora que cree, y, además, que cree con perfección. Esto equivale a desconocer que la época tiene un ritmo que es imposible acelerar. Si hoy se crease con perfección no estaríamos al comienzo de la época, sino en su centro densado o en su fin clásico. Cada estado de época tiene una misión primordial que realilzar. Podemos exigir, desde luego, que esta misión se realice perfectamente; pero no pidamos que los árboles den frutos en la primavera.

La misión del estado primitivo de una época es crearse, apuntarse, caracterizarse. A los demás estados les cumple el desarrollo. Pero el esbozo de cincelación ha de hacerse a golpes de rudeza, ha de hacerse luchando. La lucha podrá ser estéril como creación, pero no como misión. Y yo creo que nuestra misión, dentro de esta época iniciada, es la de preparar la llegada a la obra perfecta, es decir, preparar el arribo de ese otro estado de época maduro, en el cual las obras encuentren la caloración climática necesaria para su sazonomiento. Hay a quien le parece tristemente secundaria esta misión preparatoria. Yo no lo creo. Noblemente, no nos debe preocupar este sacrificio, si así fuere. Lo importante es conseguir la perfección de nuestro cometido. después, en el conjunto, cada estado de época resaltará su aportación. Pero lo que de momento nos interesa repetir es que la locuacidad esteticista de nuestro tiempo no es signo de terminación, sino de comienzo. Y es explicable, porque una época que comienza, que debe definirse y determinarse, tiene que ser locuaz. La teorización, en este sentido, es una abundancia de cosas que decir.

Contrariamente a todo esto, una época finalista no puede ser teórica. La finalización es debilidad, agotamiento. El teoricismo es pujanza, es potencia. En la decadencia, no sólo faltan las fuerzas para teorizar, sino que falta lo más importante: la materia teórica. No solamente no se tiene aliento para decir, sino que no hay nada que decir. Son estados náufragos, sin animosidades y sin esperanzamiento futuro. No es que carezca la época de intensidad interior; al contrario, tiene todas las intermitencias y azares de la vida. Un simbolista no sentía, desde luego, esa agonía, ese acabamiento artístico que con una apariencia realista aplicamos a las decadencias. Y es que las reacciones de generación no perturban el proceso inevitable de la época. Los simbolistas fueron una generación, y, como toda juventud, inquietaron, removieron un momento la vida descendente del arte. Pero no lograron por ello una nueva vida. Al contrario, después de la incidencia juvenil, los simbolistas fueron los que más agudizaron el extremo terminal de la época. A pesar de estas inquietudes limitadas y momentáneas, las decadencias se manifiestan, primeramente, por falta de jovialidad, de energías emprendedoras. Un estado decadente es sensual, es abúlico. de ningún modo puede poseer ese caudal de jovialidad de las épocas nuevas, que las hace piruetear con irreverencias sobre las cosas más trascendentales, con una infantilidad de simpatía irresistible. Esto en cuanto a un sentido vital. En relación estricta con el arte, la decadencia se manifiesta, indiscutiblemente, en la falta de teoricismo.

Al señalar la falta de estética, la falta de cerebralidad en Debussy, queremos solamente demostrar la lógica de afinidades con su época, eso que está ambientalmente en los artistas de una época sin que ellos hayan hecho nada por desecharlo, por lograrlo. Pero, particularmente, no pretendo mostrar la organización artística de Debussy como una imperfección. De muros adentro, Debussy tenía un admirable espíritu de organización. Centrado en la música, él podría no tener estratégicas atalayas a la curiosidad. Pero en su círculo musical, prescindiendo de significaciones, como ejecutor, como realizador, Debussy es un espíritu de un orden perfecto. Su inspiración ya no tenía la procedencia divina que tanto exclusivizaba a los románticos anteriores. Era menos místico que ellos. El misticismo, al evolucionar hasta Debussy por el tránsito de la metafísica de Wágner y de la religiosidad de Franck, resuelve en voluptuosidad, en sonoridad. Para un armonista tan magistral como Debussy, la inspiración, en estricto concepto romántico, no podía tener gran crédito de valor. Sabía muy bien que en su época el diablo ya no ayudaba a componer sonatas. Debussy, aún dentro de su adormecimiento romántico, era el primer músico en alcanzar el sentido de construcción, de trabajo, de procedimiento, que debe de tener la obra artística. Los inspirados, entregándose a su inspiración, y los hábiles, a su habilidad, desconocían la intervención calculadora de la reflexionalidad en la

creación. Las cualidades naturales de habilidad o inspiración eran medios, en realidad divinos, de aminorar el esfuerzo. La inspiración era una habilidad, y la habilidad otra inspiración. El inspirado transcribía el pensamiento melódico que le enviaba Dios -música seria-. El habilidoso, menos privilegiado, hacía su melodía, nota por nota, clavandola a golpe de martillo -música ligera-. Pero Debussy ya es un caso distinto en la variedad de ejecuciones. Debussy sabía que el esfuerzo es lo primordial. Que no basta la inspiración y la habilidad unidas, sino que es preciso trabajar realmente la obra, gozarla plásticamente en las manos. "Construir" es siempre la palabra exacta. Construir, que equivale no sólo a hacer, sino a hacer seleccionando y reflexionando.

"Habrá en toda conciencia estética -dice Charles Lalo(1)- una hora para la intuición y una hora también para la reflexión metódica. En un espíritu perfecto, lo uno no perjudicará lo otro, sino que, al contrario, lo prologará." En este sentido, la perfección de Debussy no es dudosa. Los teóricos ponen la estética frente al misticismo creacional, es decir, el propósito frente al abandono. Unas páginas más adelante, el mismo Charles Lalo escribe unas líneas sustanciosas: "En la prescripción "normativa" de los valores parece que la función de las leyes estéticas no puede ser atestiguar esto que es, sino de proponer esto que debe ser; de estudiar lo real, pero formular un ideal." Ahora bien; para Debussy, que carece de estética, este ideal, este propósito, está en la obra misma. Podría decirse que es un ideal material. Debussy, al realizar la obra no se propone ningún fin estético, sino un fin ético de conseguir una calidad que, en términos paradójicos, también es una estética. Así, con el ideal puesto en la obra, la finalidad de esta, sus dimensiones ideales, comienzan a agrandarse en la misma proporción que las ideas se agrandaban en el cerebro de Wágner. Este tiene una estética infinitamente superior a toda obra. Debussy tiene una obra infinitamente superior a toda estética. En este sentido, yo me atrevería a decir que, entre ambos, es más grandiosa la obra de Debussy que la de Wagner, porque la de uno es obra solamente, mientras que la del otro es una obra que tiene un caparazón de estética. Sin paradoja, sepamos ver la diferencia que hay entre la obra metida en la estética y la estética metida en la obra.

Decía Baudelaire que todos los poetas llegan materialmente, fatalmente, a críticos. En general, no sólo los poetas, sino todos los verdaderos artistas, manejan la sutilidad de la crítica, aunque no la ejerzan profesionalmente. Podrá no ser indispensable para un artista que decore estilísticamente sus juicios sobre artistas y obras, y los publique en revistas. Este profesionalismo crítico ni Baudelaire puede aconsejar. Pero todo artista sin facultad crítica retorna al misticismo de la creación, en el cual la obra se produce sin antecedentes ni precedentes, sin causa ni objeto, sin realidad ni idealidad, con abrir nuestra claraboya de ingenuidad al cielo de la abstracción. La crítica es como un rasgo social que se agudiza en nuestro tiempo, precisamente porque ahora todo artista

En Torno a Debussy

es una central por donde pasan las conmociones, las curiosidades, las inquietudes del mundo entero. En el instante de asomarnos con un poco de curiosidad a la obra próxima, ha aparecido la crítica. Crítica significa, ante todo, curiosidad, y el artista que no es curioso es muy poca cosa. Hay que saber proporcionar la avidez de curiosidad para con los otros y la avidez de serenidad para nosotros. La curiosidad solamente es estéril; la serenidad, sola, es pobre. El estado perfecto es el del artista "sereno de curiosidad".

El artista verdadero es siempre crítico, porque es depurador, y depurar es, antes, enjuiciar. El artista malo, en cambio, poco exigente consigo mismo, tampoco puede serlo con los demás. Advertirá, a lo sumo, las cualidades de cada uno; pero no sus cualidades, para lo cual se necesita un manejo más estricto de la sensibilidad. El artista malo, encerrado en el estrecho reducto de su espíritu, no tiene idea de la cardinalidad del arte. El norte será siempre lo que esté enfrente de él, y el sur aquello que esté detrás. Para él pudo haber sido el norte un Puccini, por ejemplo, y el sur un Debussy. Esta falta de sentido orientativo es debida a la escasa facultad crítica, que sirve para distinguir qué calidades musicales preferentes en Debussy comparativamente con Puccini. Claro es un artista verdadero no necesita hacer este aquilatamiento comparativo, porque ha sabido él, antes, hacer lo contrario del artista malo, esto es, orientarse él, y no como el otro, orientar las cosas a él. Después de todo, siempre la depuración. Por que el artista malo lo que hace es comenzar por advertirse a sí mismo, constituyéndose en centralidad y creando desde su situación los puntos cardinales. No acierta nunca, naturalmente; siempre el verdadero norte será para él el sur, y viceversa. El otro artista comienza trabajándose, depurándose, para conseguir orientarse. Es una previa disciplina necesaria; es el esfuerzo duro y difícil que el artista malo, como el público, no comprenderá nunca.

(págs. 233-247)

LA MÚSICA EN 1930

Quisiera haber eludido este requerimiento a hacer el balance musical de 1930, por dos razones: una de ellas personal, porque hace tiempo que me dedico a la creación literaria y he abandonado la crítica, hacia la cual tengo cada vez menos vocación. Y otra, porque estimo poco estos balances anuales que aparecen en los periódicos. El arte no es un comercio donde importa saber con la precisión de los números el alza o baja del negocio. Precisamente si la estética tiene algo de antipática, de despreciable, obedece a su precisión de ser la matemática del arte, de ser el cálculo y la medida de una explosión espiritual, libre.

A diferencia de los números, el arte se filtra por las junturas de esta supuesta contabilidad. Formaremos compuertas, y las rebasará. Intentaremos precipicios, y los eludirá. El arte es la manifestación más indómita y rebelde a una pista de cálculo. ¿Pero y los hechos? Evidentemente, los hechos constituyen materia de balance. Son precisiones y exactitudes que pesan, que cuestan, que ocupan un lugar, que forman una partida, un cálculo. Sin error de procedimiento podemos sujetarlos a la confrontación hostil de un balance, ponerlos frente a frente, en lucha de valor. Pero en la contabilidad, un hecho equivale a una partida y una partida es un dato, los datos no se valorizan. Son útiles y esto es lo bastante. El dato tiene valor en sí mismo, valor por su existencia. Gracias a esto se le puede aplicar la matemática que no es, al fin, más que una exacta ordenación de los datos. Se pueden aplicar a los números, rigores de números y el resultado es una indagación precisa. Pero no se pueden aplicar estructuras de números a valores convencionales, porque el resultado será una indagación inútil.

El arte tiene, en más o menos escala, una importancia social. Se sucede, se realiza, dentro de la corriente de actividad, como un hecho más, como una función más. Importa mucho no confundir esta realidad del hecho con la substancialidad del valor. Importa no confundir el hecho artístico con el valor artístico.

La música, precisamente, se desarrolla en pleno ambiente social. En un año, aún cuando la actividad española no sea excesiva, ya suceden hechos sobrados para llenar un balance. Durante la temporada de conciertos, ¿qué día hay en que un señor no se coloca delante de un piano y toca varias obras notables ante una concurrencia distinguida? O bien, ¿qué director no empuña su batuta y dirige su orquesta, y es aplaudido, y es llamado insigne por los periódicos? Y en un orden más cercano al arte, a la pura creación, ¿qué músico no ha compuesto alguna obra y ha sido estrenada, posiblemente con éxito satisfactorio

y con apariencias de actotrascendente?

Pues bien, al cabo de un año, en el trance molesto de hacer un balance, nada de esto asienta. Nada de esto pervive; nada de esto tiene valor. Fueron hechos fugaces, hechos sociales, sin mayor importancia que la de pervivir un día en la gacetilla informadora de los periódicos. Sería absurdo resucitarlos. Se hace a veces. Es cuestión de criterio. Hay quien cree que hacer un resumen anual de una actividad artística equivale a hacer un recuento de cada uno de los datos. Es decir, que equivale a un resumen de información.

Disiento. Precisamente, cuando no existe la exigencia informativa, cuando se ve desde lejos, en marcha hacia el olvido, el panorama fugaz, borroso de los hechos. Precisamente entonces es cuando el crítico debe cerrar sus informes y mostrar los resultados que tengan algún valor, algún peso; que signifiquen algo, que representen algo.

Aquí tengo, sobre la mesa, los informes musicales del año que acaba de morir. Paso hojas, programas, críticas. Y al cabo de un rat, después de una inspección retrospectiva, pienso que lo más exacto será poner encima de todos los acontecimientos musicales del año, un saldo negativo: cero. Y quedar tranquilamente esperando con esperanza el parto de los días que están por venir.

En vigor, y desde un punto de vista esencial, no social, artístico, no informativo, creo que durante 1930 no ha sucedido ningún hecho mundial que tenga trascendencia de dar categoría histórica a un período de tiempo. De no ser así, de no haber sucedido esto, todo lo demás no dejan de ser simples actos sin relieve alguno, olvidados, pasados que no hemos de actualizar nosotros que al fin y al cabo no perseguimos la información.

Sin embargo, como tampoco queremos cerrar este balance con un rigor negativo, consignaremos algunas partidas en el "debe" y en el "haber".

Una de ellas, la más importante, está en el lado negativo: Falla no ha dado ninguna obra nueva. Dicen que trabaja sobre el poema de Verdaguer, *La Atlántida*, con unos vastos propósitos de realizar una obra grandiosa. Esperaremos, seguros de que así será, porque nuestro gran músico puede hacerlo. Impacientemente, deseamos que la obra se manifieste al público en esta temporada.

Turina tampoco ha prodigado su talento. Durante este año pasado no ha dado a conocer ninguna obra nueva importante. Ultimamente, Pilar Cavero y Albina Medinaveitia han tocado por primera vez en la Asociación de Cultura Musical una sonata suya para violín y piano, admirablemente construida, con música sobria, donde está la huella del talento en plenitud de Turina.

Esplá también se ha reservado. Claro es que siguiendo su norma, porque Esplá no es un músico de precipitaciones, sino de reservas. Se ha mantenido sobre el éxito -tan justo- de su *Nochebuena del Diablo*, una de las obras más

bellas, más acertadas y logradas de la música española actual. Únicamente, en otro tono inferior de propósitos, nos ha dado a conocer unas Canciones playeras, hechas sobre la lírica de Rafael Alberti, orquestadas con finura y maestría.

Ernesto Halffter -y siguen las partidas del "debe"- no ha estrenado nada, a pesar de la devoción que se siente por él y del recuerdo clamoroso de su Sinfonietta, ratificado a su propio autor dirigiendola, hace unas semanas, en un concierto organizado por Unión Radio. Un concierto -digámosle accidentalmente- magnífico, a base de música española de autores jóvenes cuyo servicio de mostrarla debe de agradecersele.

Precisamente, la única partida positiva que puedo consignar en este balance es la preponderancia y la estimación cada vez más firme de los músicos jóvenes, que en este año pasado, juntos e individualmente, han conseguido victorias muy halagadoras.

Dos de ellos sobre todo, que apenas eran conocidos en grupos amistosos, han salido al público con una suerte feliz, destacando del anónimo sus cualidades afirmativas de músicos y de jóvenes que se abren su camino y que han de seguirle con éxito. me refiero a Rodolfo Halffter y Gustavo Pittaluga. Aquél con sus bellas Sonatas de El Escorial y su Suite, para orquesta, y Pittaluga con su ballet La romería de los cornudos, obra de rebrillos sociales y de potencias prometedoras.

Apunto también el suceso adverso de La tragedia de doña Ajada, de Bacarisse, estrenada con aditamentos literarios y plásticos, en el Palacio de la Música, por la orquesta Lasalle. Entonces no pude oirla. he oído una parte de ella últimamente, en el concierto dirigido por Halffter, y me pareció la obra tal vez más lograda de Bacarisse, en la cual los propósitos se realizan plenamente y bellamente. La marcha fúnebre es un trozo perfecto de música burlesca, con un fondo imitativo y popular de planideras. Una música llena de gracia, de dinamismo y de plasticidad, que recogería perfectamente un teatro de marionetas, con su figuración humana y su esencia, no disimulada, de muñecos de madera y de trapo.

Esto es todo mi balance. Acaso no haya un saldo muy favorable. No importa gran cosa. A pesar de todo, la música española sigue por buenos caminos de triunfo. Por lo demás, el saldo de un año en la eternidad de los años, es una gota de tinta negra en la claridad de un estanque.

¿El Superrealismo ha Encontrado una Salida?

¿EL SUPERREALISMO HA ENCONTRADO UNA SALIDA?

Es inútil pretender que un pozo tenga salida por el fondo. Cuánto más se ahonde en él, más oscura inundación ahogará la salida. Este ha sido el destino del arte: ha querido hacerse profundo a fuerza de ahondar misterios, y ahora se encuentra en prisión, cerrado, muerto, dándose cogotazos desesperados contra las paredes. Todo el proceso que se va desde el romanticismo al superrealismo es un intento de buscar la verdad profundizando con herramientas de análisis en el hondo pozo de la psicología individual.

Y lo último que se ha encontrado -Freud y el superrealismo- no es la clara verdad, la salida, el limpio cielo, el ancho campo inagotable de distancias, sino por el contrario, la obscuridad de cieno, la turbiedad de los pozos revueltos, la angustia y la opresión de un fondo irrompible, donde chocan en impactos breves todos los gritos y todos los actos evasivos.

El superrealismo es la locura del análisis. Es el profesor de Lógica que se vuelve loco en la vejez. Es el descendiente de Benjamín Constant, que, cargada la cabeza de vapores de Flaubert, de Balzac, de Nerval, de Baudelaire, de Proust, ha terminado por volverse loco y revolcarse en los muladares más inmundos.

Pero al fin, muladares son los de Zola, y hoy es en la literatura una figura de entronque. La patología de Zola se llama naturalismo y camino abierto. La superrealista es dislocación y pozo obscuro. Su antecedente es el marqués de Sade, erotomaniático, degenerado, desgraciado, símbolo de una aristocracia ya muerta, ya en lindes de abismo, frente al empuje de una revolución.

El superrealismo es caverna. No antigüedad, sino simulación de tosca barbarie, que no es lo mismo. Esto lo han expresado muy bien sus pintores. ¡Los pintores! Qué pena de años perdidos en cavernas sucias de ocre de estropajo, sin finalidad, sin porvenir, teniendo que regresar de nuevo a la luz por galerías cálcicas, en busca de otros caminos de más apoyo... Sin embargo, los pintores ya van abriendo el fondo revulsivo de sus cuadros y van dejando adivinar las formas, la luz, las cosas. Todo está en saber qué habrá detrás de este sucio telón de pintura superrealista. Tampoco valdría la pena de abrirlo para volver a ver, de nuevo, las mismas formas, la misma luz, las mismas cosas de antes.

El superrealismo era subconsciencia y acción revolucionaria. Si como subconsciencia no tenía salida, como acción revolucionaria puede tenerla, porque, precisamente, si hoy se exaltan potencias, estas son las revolucionarias. Ahora bien: a uno se le ocurre preguntar si para llegar a esta conclusión merecía la pena haber perdido tiempo y ruido de escándalo. Podían haber empezado

¿El Superrealismo ha Encontrado una Salida?

por ahí: por seguir el camino de lo vital, de la acción, sin necesidad de rodeos artísticos.

Si al comienzo los superrealistas hubiesen dicho: "jóvenes, este camino nos conduce a la política", no hubiese faltado quien respondiese: "hay otros más cortos y más claros". No se ve por ninguna parte la necesidad de hacer remolinos cenagosos sobre los lienzos o encadenar sobre el papel incongruencias de palabras para llegar a la conclusión de que superrealismo es política.

El hecho es este: que los superrealistas están ingresando en el comunismo o en la Acción francesa, las dos organizaciones de lucha directa que hay en Francia. (Sin embargo, las ideas destructoras, inorgánicas del superrealismo están más cerca del anarquismo desbandado que de los partidos de disciplina y doctrina ortodoxos.)

¿Será al fin, este destino político la solución y la disolución del superrealismo? El superrealismo era arte y acometividad, y, por lo visto, es en grupos de la acometividad -y no del arte- como pretenden salvarse los jóvenes que lo practicaban. De ese modo, mucho mejor, mucho más rápidamente, se salva el cargador de baúles, sin necesidad alguna de perder el tiempo haciendo arte inútil.

¡Tiempo perdido! Los superrealistas pueden hacerse comunistas o "camelots". Pueden emplear aquella su desvocada bravura en empresas más altas. Empiezan a ser lógicos. Eso estará bien. Porque era un absurdo hacer una pequeña revolución doméstica para defender un cuadro o para censurar una película. Está bien emplear la acometividad, la fogosidad y los ímpetus revolucionarios en empresas humanas y sociales.

Pero su arte no los acompañará. Era un arte muerto. Era como un feto dentro de un pozo. Ellos eran unos revolucionarios que tenían unos instrumentos sin sonido, sin vida, apagados. Si quieren ser revolucionarios simplemente, bien. Abandonen las armas antiguas, y camino adelante. Pero si quieren ser artistas revolucionarios tendrán que proveerse de nuevos instrumentos, de nuevos elementos de más vibración y de más trepidante humanidad. Lo consigan o no, ¡cuántos años perdidos en oscuridades de pozo sin salida!

L'EPICA DEL SOCIAL

Assistim, en literatura -en la poesia especialment-, a la fallida dels goigs interiors. De tots els goigs: dels sádics i pervertis goigs de la dolor, i dels jocunds goigs de l'alegria. Torna tancar-se els pou fons interior que obrí el Renaixement, i l'home altra vegada es converteix en fris i en agilitat de moviment en lluita.

El poeta d'avui ha d'enterrar les seves deus avellatudes, sinuoses, humides, d'ombres de soterrani, i llancar-se al món de la història a contar amb veu de ferror les gestes revolucionaries que viu la humanitat. Altra vegada un ample món de realitats poetiques s'obre als seus ulls, i els grans impulsos poden moure, com en millors epoques, les alenades creadores del seu cor.

La poesia burgesa mor amb udols de gos en les nitsa desolades del camp, quan no se sap siudola per la seva son de lluna oper rábia de desesperança. Fa temps que els burgesos no s'adormen amb música de poetes. Un criat més al carrer! Però els poetes, com aquests enamorats plens d'obtinació, no es donaren compte de la realitat d'aquest desdeny. DSeguiren cantant ! L'art ! i L'art ! I aquesta vegada l'ur cant ha estat més sol, amb més angoixes de buit, més pròxim als precipis de la mort.

I allí ha mort, en els confins més sols, la poesia burgesa, sense qque ningú, excepte els propis poetes, vagin al seu enterrement. Pel demés, és una mort sense lamentacions mancava de fins i el burges, de sensibilitat. Estaven divorciats.

Peró si la burgesia, en aquest moment, només pot produir podridura de mort, en canvi la musa social del proletariat està plena i apretada de porositats de vida i de generosa multiplicació de neixements. Es una musa ingent, en esquitllada de domini vers el poder. Tota ella, tots els seus coristes, tots elseus punts, tots elseus contactes, estan plens de possibilitats creadores i de virginitats fecundes.

Els nous poetes ja tenen intuició. Els nous poetes viuen i canteu la nova realitat amb les justes veus que ella requereix. I quina és la nova realitat? Aquesta: la realitat revolucionaria del món. El proletariat avança en lluita contra les forces resistens. Les capes més pobres d'essers humans es rebelen una vegada més, contra l'opressió dels forts. S'enderroquen els poders més solids, cauen les institucions més antigues. Un món nou meix. Pot existir més gran epopeia?

Vivim en uns dies grandiosos d'èpica social. Els poetes tenent que tornar altre cop a llur funció primitiva: a ésser rapsodes, a ésser cantaires fervorosos d'aquesta grans successos de la història. Ara, per fi, llurs veus tindran acollida d'ecos i llur missió assolirà fins precisos. La nova poesia revolucionària tindrà

L'Epica del Social

dues finalitats paral·leles: alenar l'esprit de lluita i embellir l'epopeia proletària dels nostres dies.

Full Roig, Mayo 1934, Cobb 1987

RECUERDO DE MACHADO

Veo cada día a don Antonio. Cada día me ve a mí. Esta íntima convivencia parece como un desquite por los años en que pudimos haber vivido más cerca de él, y no lo hicimos. Ni yo, personalmente, ni toda nuestra generación en su conjunto.

En uno de sus viajes, Albertí me hizo un valioso regalo que conservo, como algo entrañable y simbólico, en mi gabinete de trabajo. Es una fotografía de don Antonio, tal vez su mejor fotografía. Está don Antonio sentado en un viejo café de Madrid, café de espejos, divanes de terciopelo rojo, mesas de mármol y música. Sus manos se apoyan sobre la empuñadura del bastón. El sombrero parece abarquillado por los vientos de Castell. Aparenta tener unos cincuenta años. Su rostro es sereno, bondadoso, con una ligera sonrisa, diáfana como un amanecer. Sus ojos son profundos y pensativos.

La dedicatoria de Albertí, al pie del retrato, dice así: "Para Arconada, nuestro Machado". He pensado muchas veces en el sentido de esta palabra nuestro, y quiero hoy, en esta velada que dedicamos, en la fecha de su muerte, a su siempre viva memoria, hablar brevemente de lo que esta palabra significa.

Cuando nuestra generación literaria vino al mundo -si cabe decirlo así, y si admitimos, para entendernos, el término vago y discutible de generación- existían en la literatura española dos grandes poetas: Juan Ramón Jiménez y Antonio Machado.

De lo que cada uno de ellos significaba y representaba, yo no voy a hablar aquí, como ustedes comprenderán, porque no trato de dar una conferencia.

Sólo necesito decir lo siguiente: que Juan Ramón ejercía sobre los jóvenes poetas una absoluta tutela. Mala, a mi juicio, por lo que el mentor tenía de poeta esotérico, minoritario, enfermizo, introspectivo, y no malo del todo por lo que Juan Ramón también tenía de poeta andaluz, de vena popular, aunque estilizada y destilizada hasta llegar al "arte puro".

Juan Ramón cultivaba el grupo selecto de jóvenes poetas como su propio jardín, como un complicado sacerdocio. Su gabinete estaba acolchado porque el poeta era hipersensible a cualquier ruido; a Juan Ramón jamás se le veía en ninguna parte, estaba siempre en su aislada torre de mármol, pero su soledad y su aislamiento eran aparentes: la soledad y el aislamiento del enfermo, o mejor del enfermizo, que ve un estrecho mundo a través del grupito de amigos que le visita.

Y mientras tanto, Machado andaba por los campos de Castilla o de Andalucía, pero los campos siempre. También sólo, pero con otra soledad: señora, augusta y robusta. Soledad sana y creadora.

Los jóvenes no teníamos relación con Machado, ni personal, ni -lo que es peor- ,espiritual. Casi no lo veíamos. Yo recuerdo haber ido una vez a su casa, en tiempos de la "Gaceta Literaria" a hacerle un interviú y no encontrarle porque estaba en su magisterio de modesto profesor de francés en un instituto de provincias.

Unamuno también estaba en provincias, en Salamanca, pero iba a Madrid y se le veía en el Ateneo pontificando de lo divino y de lo humano con su infinita sabiduría y su ingente personalidad. De Valle-Inclán no digamos: era, como todos saben, hombre popular en Madrid, que derrochaba su zahiriente ingenio en las tertulias de los cafés. Incluso Baroja, en su casa de Martín de los Heros, era acogedor y simpático. A Azorín lo encontraba uno en sus diarios artículos....

Sólo Machado estaba ausente de la vida literaria, sin cultivar ni capillitas, ni amigos jóvenes, sin buscar halagos, sin hacer ostentación de nada, sin exhibirse ni autoaclamarse. Lejos de veleidades e intrigas, de vanidades y falsedades. Como el oro de ley, como el diamante valioso por sí mismo, como un alma pura y transparente como el cristal.

No hay caminos llanos y rectos, ni para los pueblos, ni para la historia, ni, claro está, para nuestras modestas vidas camineras. Los caminos siempre son tortuosos y difíciles. Y cuando se mira desde delante hacia atrás, a veces uno se pregunta: ¿pero dónde tendría yo los ojos que de tan cegatos no veían la verdad? ¿Por qué nuestros pasos no iban en busca de los caminos de Machado, en busca de su corazón y de su gran poesía?.

Por eso, porque los caminos son difíciles, porque, como él decía, "caminante no hay camino /se hace camino al andar", porque los ojos no siempre los tiene uno delante ni las entendederas claras. Varias veces ví y conversé con Machado, pero siempre de pasada, circunstancialmente, como en un andén, como viajeros que van, se creen ir, en distintos trenes y no tienen, o creen no tener, inquietudes comunes.

Pero llegó en España otro tiempo, de efervescencia revolucionaria, de remoción de posos y crecimientos de conciencias, La lucha por la misma causa nos unió a Alberti y a mí en más estrecha amistad alrededor de la revista Octubre. Y un día los dos coincidimos en una apreciación: ¡había que revalorar a Machado, había que seguir el camino de Machado. había que hacer nuestro a Machado.

¿Y por qué sentíamos la necesidad de este retorno a la poesía de Machado? Lo diré en dos palabras: porque ante la presencia del pueblo en acción revolucionaria sentíamos la necesidad de las palabras claras, de las rimas musicales, de la poesía concreta, de un contenido movilizador. Por el camino del acercamiento al pueblo, nos alejamos de la poesía pura y abstracta, que representaba Juan Ramón Jiménez, y nos acercamos a la poesía limpia,

Recuerdo de Machado

transparente y humana, de la cual el representante era Machado!

Y qué alegría tuvimos más tarde, en la guerra ya, cuando vimos que en alas del "viento del pueblo" -lo diremos con la expresión generalizada de otro grande de los nuestros: Miguel Hernandez- era el propio Machado quien se acercaba a nosotros. En esa época, Machado no sólo era nuestro porque nosotros nos habíamos acercado a él, sino porque él se había aproximado a nosotros. Y cuando digo nosotros no quiero decir sólo Alberti, o Garfias, o Prados, o Petere, o yo, sino también la España popular y combatiente y (.....).

La guerra, con sus azares, exigencias y apresuramientos, nos impidió que, a favor de la proximidad espiritual, cultiváramos más estrechamente la amistad personal con él. En aquel tiempo Machado estaba ya bastante enfermo; no era conveniente molestarle ni dar pábulo a que los enemigos dijeran, como decían, que era prisionero de los comunistas.

Vi a Machado por casualidad, un día, en Barcelona, en el tiempo de los bárbaros bombardeos. Entré yo, con varios amigos, en el vestíbulo de un hotel del Paseo de Gracia, donde se reunía gente de letras, y de pronto ví que al fondo, en un rincón, estaba don Antonio en tertulia, rodeado de bastante gente que yo no conocía.

No quise acercarme, y mis amigos y yo, discretamente, nos dirigimos hacia unas mesas, al lado de los ventanales de la calle, y nos sentamos a charlar. A los pocos instantes llega un emisario desconocido y me dice: "Don Antonio se ha enterado que está usted aquí y quiere saludarle". Emocionado por aquella inesperada deferencia, me acerqué al grupo, rompí el cerco de aquellas veinte personas, por lo menos, que rodeaban al poeta y tendí la mano al gran don Antonio. Él, que andaba ya con dificultades, que las piernas si apenas le sostenían, se puso de pie, dió unos pasos hacia mí, me saludó cariñoso, y durante todo el tiempo, a pesar de mis súplicas, me habló de pie.

En aquel tiempo había sido fallado el concurso literario organizado por el Ministerio de Instrucción Pública, en el que mi libro "Rio Tajo" había obtenido el primer premio de novelas. Hablamos de esto. Me felicitó, me pidió insistente (...) que cuando se publicase el libro se lo mandase sin falta, prometimos vernos, nos despedimos efusivamente, le dejé en su tertulia, y yo me volví con mis amigos.

Y muchas veces he pensado que aquella deferente efusión de Machado hacia mí se debía a que era nuestro Machado, a que veía en mí no sólo al colega, no sólo al admirador de su poesía, no sólo a uno de los que habían revalorado su importancia y su obra, sino al escritor revolucionario, al escritor que escribía en la prensa de partido, al escritor comunista....

Ya hace veinte años de la muerte de este gran poeta, de este gran hombre, de este gran señor de España. Pero la muerte ni nos separa de él, ni nos hace olvidar, ni nos amengua la admiración que por él sentimos.

Siempre vivo lo veo cada día, y cada día me ve a mí: nuestro Machado

Recuerdo de Machado

antes, nuestro Machado ahora, nuestro Machado siempre.

Moscú 1959.

D. RAMÓN MENENDEZ PIDAL

El 13 de Marzo, alcanza la alta cumbre de los noventa años uno de los personajes más relevantes de la cultura española: D. Ramón Menéndez Pidal, ilustre filólogo, investigador, historiador de la literatura, Presidente de la Academia Española de la Lengua.

Todo el ancho mundo en que la lengua española, con su riqueza y diversidad de matices, es comunicación entre los hombres y fuego de diversas culturas, se dispone a rendir tributo de veneración a este anciano patriarca de nuestra lengua y nuestra literatura; a este sabio ejemplar, a este trabajador infatigable, maestro de muchos, y, por muchos millones de gentes admirado.

Los españoles que en la Unión Soviética residimos también queremos sumarnos, en la escala de nuestra modestia, al cúmulo de homenajes que a D. Ramón Menéndez Pidal se le rinden en estos días, no sólo en España, sino en la vasta comunidad territorial del idioma, y yo, esta tarde, aunque sea de modo suscito, superficial y esquemático, voy a hablaros de este gran hombre de la cultura hispánica contemporánea.

Para sistematizar esta breve charla trataré de dividirla en tres apartados: hablará primero del hombre, luego de la obra, y, por último, en la medida de mis posibilidades y de nuestras circunstancias, de las ideas rectoras que informan su obra.

El sabio y su medio.-

El rasgo moral y físico que distingue la personalidad de Menéndez Pidal puede definirse con la palabra pulcritud. La misma minuciosidad y el mismo orden que pone en su labor, parece que el sabio pone en su figura y compostura. Enjuto, elegante, mesurado, con un rostro noble de fino perfil: arriba la anchisima frente de prematura calvice; abajo, la siempre cuidada barba, hoy nívea. Alargada nariz, ojos miópes, como quemados en las numerosas lecturas, tras los cristales de unos lentes de pinzas...

Muchas veces he oído hablar de él y alguna vez lo ví. Es de esa clase de hombres, poco frecuentes, que no suscitan mas que elogios, que emanan llaneza y simpatía, esos hombres que por muy sabios que sean no dejan de ser hombres, y por altos que estos (esten?)saben, cuando hablan con los demás, ponerse a la altura del interlocutor para no hacerle de menos.

Cuentan que hace poco, D. Ramón celebró un coloquio con jóvenes escritores, y que todos quedaron maravillados de su clarividencia, de sus

facultades físicas y espirituales, de su serenidad de pensamiento.

Es ordenado y metódico. Vive en un hotelito al pie del Guadarrama. Se levanta temprano. Trabaja, pasea, es sobrio en todo, pulcro en todo. Vive rodeado de libros, del mundo encantado y cautivador de los libros, y de él se escapa a veces para cumplir sus deberes sociales de presidente de la Academia y consejero de instituciones de cultura.

La biografía de lo sabios es la biografía de sus labores y de sus trabajos. nació D. Ramón Menéndez Pidal en La Coruña, el 13 de Marzo de 1869 y estudió en las universidades de Madrid y de Toulouse. En ese tiempo fue discípulo del gran Marcelino Menéndez Pelayo -mi maestro y maestro de todos, como le llama D. Ramón-, el asombroso polígrafo que por la fecundidad de su labor puede compararse a la fecundidad creadora de Lope de Vega.

A los treinta años, es decir en 1899, obtiene la cátedra de Filología Románica de la Universidad de Madrid. Sus estudios sobre El Cid, Los Infantes de Lara y, en general, sobre la historia y la literatura de la Edad Media comienzan a ser conocidos y la fama de investigador se acrecienta. Tanto se valoran sus trabajos que, en 1910, es decir, a los treinta y dos años, es elegido miembro de la Academia.

Menéndez Pidal infatigable y laborioso, escribe, uno tras otro, innumerables ensayos, libros, conferencias, viaja por América llevando a las universidades el fruto de sus investigaciones, prestigiando la cultura española en una época de desprestigio de España por la nefanda política de sus gobernantes.

La actividad social y cultural de Menéndez Pidal tuvo su medio, como veis, en el ámbito histórico de los últimos decenios de la monarquía, no muy propicia para empresas de alta cultura. Menéndez Pidal, como otros sabios e intelectuales sin recurrir a la estridencia y menos a la violencia, de una manera metódica, perseverante y honrada, tendían a contraponer su labor constructiva a la desacertada labor de los gobernantes; su honradez profesional, a la prevaricación y el vilipendio de los politicastos; los verdaderos valores a los falsos oropeles; lo independiente a lo oficial.

En este campo y en este terreno se desarrolló la lucha, durante bastante tiempo, la parte progresiva de la burguesía española, encabezada por la intelectualidad.

Menéndez Pidal se desarrolló, especialmente, en el campo de la enseñanza, campo de no pequeñas luchas, donde se reflejaban con gran agudeza, las contradicciones de la sociedad española de su tiempo. Menéndez Pidal, como la mayor parte de la gente de valía en las distintas esferas de la vida española, formaba parte del campo del anticonformismo, del antioficialismo, de la vasta oposición no militante.

En la vida intelectual española había instituciones de gran prestigio y que

D. Ramón Menéndez Pidal

ejercían una influencia extraordinaria en la formación de la juventud. Ejemplo de ello, el Ateneo de Madrid, que era como una libre y democrática Universidad. Pero había otra Universidad dentro de la Universidad española: la que formaban los hombres salidos de las antiguas instituciones libres creadas y laboradas por la paciencia, la constancia y el prestigio de Giner de los Ríos.

La lucha que Giner de los Ríos había llevado en su tiempo entre la enseñanza oficial y la libre, entre la enseñanza religiosa y la laica y positivista, en tiempos de Menéndez Pidal tenía ya otros caracteres y, sobre todo, se desarrollaba ya dentro de la propia fortaleza de la enseñanza oficial. El bastión había sido asaltado, y la lucha era por cátedras, por influencias, por obtener posiciones.

Prosiguiendo este simil bélico que se nos ha ocurrido, diremos que la Academia Militar de este docto ejército era el Instituto Libre de Enseñanza, institución fundada por Giner de los Ríos y que ha jugado un enorme papel en la formación de la conciencia cívica de varias generaciones de la burguesía liberal española, y, luego, el Instituto-Escuela, la Residencia de Estudiantes, el Centro de Estudios Históricos, La Junta de ampliación de estudios...

El Centro de Estudios Históricos, junto con la Revista de Filología Española, han sido dos notables fundaciones de Menéndez Pidal, que han dejado profunda huella en la enseñanza superior del idioma, de la literatura y fueron, podría decirse, viveros de pródigos planteles.

Durante muchos años, lo mejor, los hombres más capacitados, más preparados en estas disciplinas del saber salieron de la capitanía rectoral del gran investigador. Todos son discípulos suyos, todos le deben el escrupuloso método de trabajo, la seria preparación, el cultivo fervoroso de la vocación y, tal vez, lo más importante de todo, altura en las investigaciones.

No se puede decir, en este caso, de tal maestro tales discípulos, sino de tal maestro tales maestros. Menéndez Pidal ha sido forjador de nombres como los de Gili Gaya, Navarro Tomás, García de Diego, Federico de Onís, Américo Castro, Damaso Alonso, por no mencionar sino a los principales.

En las instituciones que él regenta, en las enseñanzas donde él ha participado, en la Academia Menéndez Pidal ha sido siempre un persistente defensor de convivencias. Un auténtico humanista.

Su obra y sus frutos.-

Sus ideas y sus ideales.-

No sería honrado por nuestra parte, aún tratándose de unas palabras justas y sinceras dichas en homenaje al gran don Ramón Menéndez Pidal al cumplir los noventa años, si dijéramos que nosotros, marxistas-leninistas,

compartimos todas las ideas que el sabio investigador expone en sus numerosos libros.

Es claro que no las compartimos. Como cada ideólogo burgués, Menéndez Pidal mantiene juicios y opiniones idealistas, subjetivas, sobre aspectos concretos de la historia de España o de la historia literaria, y por muy ingeniosa que sea la dialéctica de sus razonamientos -y casi siempre en los ideólogos burgueses lo es-, esas ideas pueden carecer de consistencia científica.

¿Cómo puede estar de acuerdo cualquier marxista-leninista con la interpretación que Menéndez Pidal da a esa siempre debatida clave de la causa de la decadencia de España en los siglos XVI-XVII? Según él, la grandeza de España, personificada en los reyes católicos, se debía, a la elección acertada de secretarios y funcionarios, y, al contrario, la decadencia, iniciada con Felipe II y luego con los Borbones, tuvo por causa el desacierto y el arbitrio de esa elección.

Naturalmente, la causa principal no es esa. Pero no son las inevitables diferencias las que hoy queremos señalar. Para nosotros, tanto Menéndez Pelayo en el siglo pasado, con sus ideas católicas, como Menéndez Pidal en nuestro tiempo, con sus ideas liberales, significan dos grandes lumbreras en la investigación histórico-literaria, dos grandes personalidades de la cultura. El inmenso caudal de sus aportaciones es un patrimonio común, una etapa en el sucesivo desarrollo de la ciencia. Y cualquier trabajo que en estas ramas se emprenda tendrá que remitirse a las básicas fuentes de estos dos colosos de la investigación filológica e histórico-literaria. Nosotros tenemos para ellos, aunque discrepemos en las deducciones y en las opiniones, infinito respeto y admiración.

Pasemos ahora, aunque sólo sea para enunciarlo, al ideario de Menéndez Pidal.

Menéndez Pidal está en contra de la idea de la España única, integral, indivisible, que el tradicionalismo español siempre ha defendido. Para el tradicionalismo, por ejemplo, España es católica, y, como en tiempos de la pureza de fé, lo que trata de desintegrar esta "verdad", de contraponerse a ella es herejía, es anti-España, debe de ser exterminado, descuajado.

Y así no sólo en el orden religioso, sino en el político, en el social, en el de las ideas. En esta unilateralidad basan su feroz intransigencia, su exclusivismo. Al enemigo de ellos lo identifican como enemigo de España y, de este modo, en nombre de España, reclaman la destrucción del enemigo, del contrario. Sólo conciben una España en bloque y ese bloque: ellos.

Menéndez Pidal está en desacuerdo con esta idea de la unilateralidad y, en contraposición, defiende la idea de pluralidad. Para Menéndez Pidal no existe una sola España, sino dos Españas. Esta idea de la dualidad y la integración es el eje argumental de su ideario.

Existen para él dos Españas, y ninguna de ellas debe de destruir a la otra, sino al contrario, integrarse, convivir, coexistir. "Suprimir al disidente -dice-, sofocar propósitos de vida creída mejor por otros hermanos, es un atentado contra el acierto"

Por lo tanto, para Menéndez Pidal existen dos Españas contrapuestas, distintas, y que por el hecho de existir tienen derecho a vivir las dos, a ser transigentes y tolerantes la una con la otra. Y dice así: "No es una de las semi-Españas enfrentadas la que habrá de prevalecer en partido único poniendo epítafio a la otra. No será una España de la derecha o de la izquierda; será la España total anhelada por tantos, la que no amputa uno de sus brazos, la que aprovecha íntegramente todas sus capacidades para afanarse laboriosa, para ocupar un puesto entre los pueblos impulsores de la vida moderna".

La constatación de este dualismo es para Menéndez Pidal como una ley histórica: "La verdad de este trágico dualismo -dice- es tanta, que la hemos de considerar extendida más allá de los últimos siglos, a lo largo de toda la historia".

Menéndez Pidal admite la lucha de tendencias dentro de la sociedad, pero, a la vez, la convivencia entre ellas. Lo expresa así: "Una lucha de tendencias opuestas, sobre todo entre tradición e innovación, constituye la vida normal de todos los pueblos, pero en España se da regularmente con una exacerbadísima grande que en otros pueblos no aparece o sólo lo hace en excepcionales momentos críticos. Aquí lo frecuente es que una y otra tendencia no hallen caminos de transacción, en especial, respecto a los más vitales y apasionados problemas."

Esta idea de lo dual, de lo bifronte, como él lo llama, aparece, como leit-motiv, en muchos de sus trabajos, y no sólo para explicar fenómenos sociales, sino, como hemos visto antes, para dar una característica general de la literatura española.

Así, cuando trata de determinar los rasgos específicos del español como ser social, también recurre a menudo a esta bifrontalidad. Por ejemplo, sobriedad material y sobriedad ética; apatía y energía; tradicionalidad y misonerismo; equidad y arbitrariedad; benevolencia e invidencia, etc.,

El pensamiento de Menéndez Pidal llega a la siguiente conclusión en defensa de la integridad: si en el español viven estos dos antagónicos caracteres, sin destruirse ni eliminarse, ¿por qué no han de coexistir en la sociedad tendencias antagónicas sin necesidad también de amputarse?

¡Convivencia, tolerancia! he aquí la bandera política de Menéndez Pidal.

¿Y qué podemos tener nosotros en contra de ella? Nos inscribimos voluntarios en esa bandera, es decir, estamos inscritos desde hace tiempo. Toda nuestra política de reconciliación nacional tiene por lema la convivencia y la tolerancia. Déjenos convivir, déjenos libremente exponer nuestras ideas, déjese exponer a todos las ideas de todos, y cada cuál elija para su actuación el

D. Ramón Menéndez Pidal

camino que su conciencia le dicte como justo.

Pero hay quien no quiere reconciliación, ni convivencia, ni tolerancia. El franquismo es la política del exclusivismo, la intolerancia y la violencia, es decir, todo lo contrario a los ideales humanistas, conciliadores y democráticos de Menéndez Pidal.

No es casual que la mayor parte de la intelectualidad española, con Menéndez Pidal y otras notables personalidades al frente, estén en contra del franquismo, como enemigo que es el del pensamiento libre, como remora que es del progreso en España, como obstáculo para el desarrollo y engrandecimiento de la gran cultura española.

No es extraño que el nombre de Menéndez Pidal, como el de otros honrados intelectuales, figure con frecuencia en documentos contra arbitrariedades y represiones del franquismo, o, como ahora, recientemente, en homenaje a la memoria de Antonio Machado, adalid de la poesía y de la democracia españolas.

En esta alta cumbre de muchos años y de su mucha gloria, deseamos al gran D. Ramón Menéndez Pidal, de todo corazón, con toda sinceridad, que viva muchos más, que su patriarcalidad venerable se prolongue y pueda ver la España tolerante, libre y democrática de sus caros ideales.

Moscú 1959

50 AÑOS DE LITERATURA ESPAÑOLA

Explicaciones previas

He aquí, en este libro, más o menos perfecto, mejor o peor seleccionado, una síntesis de la literatura española en los últimos cincuenta años. En la medida que esta síntesis contenga y exprese la evolución de la literatura durante ese período, el propósito de los autores estará conseguido. Como en un jardín botánico, aquí se pretende mostrar el ejemplo, la unidad, las individuales de un conjunto vasto y caudaloso. En detalle, cada autor es infinitamente más rico de contenido de como el libro le presenta, pero en total, la literatura está expresada en los distintos períodos de su evolución.

Otra circunstancia hay que tener presente. En épocas pasadas, el dominio del arte era un privilegio muy restringido. Entonces no todos los artistas tenían, es claro, el mismo valor, pero casi todos tenían un gran valor. Esta limitación facilita mucho el camino de la historia. En cambio, en nuestra época, donde la cultura es mas amplia y las facilidades de expresión infinitamente mas asequibles, las tareas históricas y críticas ofrecen multiples complicaciones. Siete siglos de literatura han podido acomodarse en el volumen primero de esta Antología. En cambio, para este medio siglo último, este segundo volumen aún es pequeño y las restricciones debidas a él, y en parte a otras circunstancias no fáciles de superar, sin duda han de percibirse, aunque a mi juicio también han de perdonarse.

Por lo que se refiere a mi tarea, debo de confesar que ofrece las mismas dificultades. Tengo ante mí casi medio siglo de producción literaria española. En cuanto a tiempo, es poco; en cuanto a contenido es mucho. Si yo fuere un historiador de la literatura, y además un historiador al uso, barajaría nombres y más nombres, fechas y títulos de obras, argumentos de ellas y palabras amables, y con todo, puede ser que saliese airoso del paso. Pero como yo no soy un profesor de nada, sino simple y llanamente un escritor, me desagrada este procedimiento que en resumen consiste en decir lo menos posible con la mayor cantidad de datos reunidos.

Además, ni por agrado ni por principio puedo considerar yo la literatura estrechamente cerrada en su marco profesional, sin relación alguna con otros factores de índole social, económica, nacional, popular etc., que, en definitiva, son los que determinan y condicionan. Así pues, los datos que yo no aporto en este trabajo, el lector interesado puede buscarlos en cualquier historia literaria. Mas estrictamente, mi tarea se reduce a hacer en pocas páginas un esquema de

la evolución de la literatura española durante este período que va desde comienzos de siglo hasta nuestros días.

Este esquema debe de tener para su comprensión la estructura de unas líneas fundamentales, cierta ordenación. Como es natural, ni el esquema, ni el contenido, ni los juicios, ni nada, pretendo que sea indiscutible. Se me pide mi opinión, y soy yo quien la da. No dudo que pueda haber otras opiniones distintas, mejores o mas completas. La mía es, simplemente, personal, sin compromisos y sin la rigidez de un profesor, de un historiador o de un crítico.

Los puntos esenciales que ordenarán la estructura de este esquema son: -Los antecedentes de la Generación del 98; La generación del 98; La primera guerra imperialista; La postguerra; La Dictadura; La revolución española y la Generación de 1930; Nuestra guerra nacional revolucionaria.

Trazada ya la estructura, comencemos a levantar el contenido.

LOS ANTECEDENTES DE LA GENERACIÓN DEL 98.

La generación del 98

La primera guerra imperialista.

Antes de la guerra imperialista, y en la guerra, unos escritores más jóvenes aparecen. Ellos, aunque físicamente en otra generación, literariamente e ideológicamente, continúan a la del 98. Estos jóvenes son Ortega y Gasset, Pérez de Ayala, Juan Ramón Jiménez, Enrique de Mesa, Gómez de la Serna, Gabriel Miró, Luis de Tapia...

Estos escritores, lo mismo que sus antecedentes del 98, son durante la guerra francófilos como lo era toda la opinión liberal de España, frente a los reaccionarios partidarios de Alemania y del Kaiser. Algunos como Valle-Inclán y Pérez de Ayala estuvieron en los frentes aliados haciendo de periodistas de ocasión. Pero la guerra no influye humanamente en ninguno de ellos, demasiado intelectualistas para situarse por encima de los bandos. Sólo puedo recordar hoy una poesía pacifista de Machado, que siempre generoso como buen poeta, canta el dolor humano por encima de las rivalidades.

Las heridas que España recibió en el 98 ya se iban cicatrizando. La guerra, vista con un privilegio de paz y con negocios fronterizos, impuso una tregua en las luchas políticas interiores, a la espera de los resultados finales. En este tiempo apareció en España un filósofo como raro cometa. En nuestros medios, donde el máximo filósofo que hemos tenido ha sido Sancho Panza, la

aparición fué un acontecimiento. Bien es verdad que este filósofo hablaba, escribía y vestía elegantemente, daba conferencias sobre política, publicaba artículos en los periódicos, promovía admiración alrededor suyo. En fin, era un filósofo poco extravagante. Este hombre se llamaba José Ortega y Gasset. Con un sólo ademán y con una sola idea reiterada hizo fortuna Ortega y Gasset. El ademán fué la elegancia. La idea fué "lo nuevo". Frente a los hombres de la generación del 98 que, como nietzcheanos, eran un poco bárbaros, Ortega y Gasset representaba el comedimiento, el decir pulido, la más airosa elegancia. Esto siempre tiene éxito, sobre todo, en una sociedad decadente. Ortega se dirigía con preferencia a las minorías selectas. He aquí ya la puerta de un callejón sin salida para nuestra literatura. Por lo que se refiere a lo nuevo, Ortega agitaba esta palabra muy grata a los españoles y que ya antes la habían utilizado con éxito los políticos. Querer algo nuevo, aunque sin saber qué, era un viejo anhelo de las tres cuartas partes de los españoles. Ortega y Gasset siempre fue el campeón de lo nuevo, en arte, en política, en filosofía, en todo. Pero como idealista que era, cuando llegaba lo nuevo le parecía viejo, feo, grosero, despreciable, y se volvía contra la realidad como si ella le hiriera, como si le cegara. Ortega y Gasset era tan intelectual idealista como Unamuno, pero sin la pasión de éste, lo cual quiere decir que era menos humano, más evasivo aún, de radio más reducido, hombres más de minorías. Debo añadir que Ortega y Gasset ha ejercido una capital influencia en todo el arte decadente de España desde la primera guerra imperialista hasta la generación de 1930, que se independiza de ella. Toda la juventud literaria estuvo dominada por su funesta influencia.

La característica de este período de la guerra fué la acentuación del intelectualismo, pero sin romper aún, en absoluto, los contactos con la realidad. El exponente más exacto de esta actitud es Ramón Pérez de Ayala. La mayoría de las novelas de Pérez de Ayala están situadas en este clima: entre el frío escepticismo intelectual y la vida en su ambiente realista. Sus novelas son ficciones intelectuales echadas a rodar por caminos realistas. Con apariencias clásicas, es un arte el suyo cínico y pervertido, que presagia ya una inevitable decadencia. Más con todo, aún hay en Pérez de Ayala buenos ejemplos acusadores como en "A.M.D.C", contra los jesuitas, o en "Luz del domingo" contra el caciquismo político, o algún vislumbre de verdades dialécticas como en "Política y toros" Pérez de Ayala no continuó por este camino positivo. Prefirió el otro: el cínico, el acomodaticio, el picaresco que le ha llevado a vender su pluma siempre al mejor postor.

Dentro de ese línea continuada del intelectualismo, Gómez de la Serna es un talento verdaderamente original y extraordinario. Yo pienso que en la decadencia del arte europeo es un artista de gran valor, como lo es Picasso en pintura. El arte de Gómez de la Serna va está alejado de las preocupaciones

nacionales, del pesimismo social de los hombres del 98. Gómez de la Serna es el comienzo del arte como simple juego, como malabarismo verbal. Igual que en Pérez de Ayala en otro sentido, ya su arte está deshumanizado, pero aún sin perder su contacto con la realidad. El contacto con la vida, en Pérez de Ayala se obtiene por medio de conceptos previos; Gómez de la Serna lo obtiene por medio de las cosas en sí, aisladas, microscópicamente vistas. Y así como Pérez de Ayala buscó su línea de enlace con la tradición en lo externo del clasicismo literario, Gómez de la Serna lo busca en el costumbrismo del siglo XIX. Esto ha dado a ambos cierta solidez a sus artes y no poco de academicismo y de seriedad. Particularmente a Gómez de la Serna esta seriedad le era indispensable como compensación al juego creacionista, infantil y desbordado que practicaba. Ortega y Gasset difundió la estética de lo nuevo, y Gómez de la Serna fué el primer alumno aventajado. Pero el camino era peligroso: lo nuevo por lo nuevo sólo conduce a la extravagancia, y cuando un escritor se convierte en prestigiatador, humanamente se pervierte y su conciencia se seca.

Gabriel Miró también es un escritor decadente. Representa la preponderancia de la forma sobre el contenido. Miró continúa la minuciosidad estilística de Azorín, pero con más énfasis y más barroquismo.

El poeta Juan Ramón Jiménez significa en esta etapa lo que significó Antonio Machado en el 98, con la diferencia ventajosa para Machado de que éste supo durante toda su vida ser fiel a las raíces populares de su arte, y Juan Ramón Jiménez no. Hasta 1917 este poeta se mantiene en equilibrio entre lo popular y lo modernista, sutizando lo popular; es decir, infundiendo de estética modernista y humanizando lo modernista; es decir, aleccionando el modernismo con la savia de lo popular. Pero Juan Ramón Jiménez, a partir de su libro "Diario de un poeta recién casado" (1917) comienza a sentir la influencia del intelectualismo, de la estética de lo nuevo de Ortega y Gasset, del arte minoritario. Desde ese momento, aunque no abandona los elementos tradicionalmente poéticos, su arte se hace abstracto y su métrica libre y desvaída. Los caminos de la decadencia están ya francos en todas las direcciones: en la estética con Ortega y Gasset; Pérez de Ayala con la novela; en Gómez de la Serna con la prosa; y en Juan Ramón Jiménez con la poesía.

Otro poeta, Enrique de Mesa, hace intento de infundir ampulosidad intelectual en la poesía popular y Luis de Tapia, en la sátira política, cultiva un género de poesía menor que tiene tradición en España aunque nunca se le ha dado mucha importancia.

Durante este tiempo la tendencia social que seguía la huella de Galdós, Blasco Ibañez, Dicenta, Ciges Aparicio, Trigo, casi se pierde. Degenera en Zamacois, se hace empalagosa en Coeha Espina, se aviva algo en López Pinillos (Parmeno). Y nada más. La descomposición del arte es el idealismo de las épocas decadentes. Y es sólo dentro de este idealismo donde la literatura

tiene algún interés.

La otra línea, la de lo popular plebeyizado, explotado sin ninguna altura artística, también se desliza en declive, hacia lo sentimental y lo cursí en los hermanos Alvarez Quintero, hacia lo sentimental y chistoso forzado en Arniches.

La post-guerra

En la post-guerra la literatura se mete en el atolladero de un pantano. La disconformidad es la guerra, la decepción de sus resultados produce pesimismo, pero no un pesimismo lírico y evasivo como en la España del 98, sino agresivo, bélico, con tendencia a las negaciones absolutas. Hay como un intento aséptico de desprenderse de las complicidades del pasado. Se quiere una nueva vida, un nuevo arte. Pero allí donde la nueva vida no se produce, el anhelo de nuevo arte fracasa. Coincidiendo con los periodos revolucionarios de la postguerra, el arte también quiere ser estéticamente revolucionario., nacer de nuevo. Mas sólo consigue ser antiburgués por las formas y las palabras, en el fondo es el arte correspondiente a un período de aguda crisis de la burguesía.

La literatura de este período, la literatura que pudiéramos llamar oficial, la literatura que alivia y distrae la crisis de la postguerra, es la novela erótica. Nosotros también pasamos por esta(...) plaga. Ya se acaba la buena literatura, ya los novelistas no tienen nada que decir, ya en ese tiempo la línea de la novela, incluso la intelectualista, se pierde. Ahora sólo se producen falsas y frívolas novelitas de boulevard parisino.

En un plano más aséptico y joven comienzan los "ismos" literarios nacidos del futurismo, que era la estética internacional. Nosotros tuvimos el ultraísmo y hasta un historiador de todos esos movimientos llamados de vanguardia, Guillermo de Torre, que aplicó su innata vocación de erudito en cosas tan pasajeras. La psicología de un joven de ese tiempo estaba informada por esas ideas: "nada de lo que se ha escrito hasta ayer, en todos los tiempos y en todas las lenguas, tiene valor. Lo que hacemos nosotros es el descubrimiento de un nuevo mundo" No se puede llegar a más negación y a más ilusión.

De todo aquel ruido, de todo aquel parto de los montes ni si quiera salió un ratón. Ni entre nosotros había ningún Maiakoski; ni en nuestra vida apuntaba ninguna gran revolución que defender. Fué un momento desoladamente estéril; literariamente infructuoso y que perjudica y retrasa la formación intelectual de los jóvenes. Haciendo desarticuladas imágenes, los poetas de ese tiempo pensaban que hacían un arte imperecedero y original. Para creer que esto fuese así se necesitaba una gran dosis de ilusión, y ésta no les faltaba. ¿Dónde nacían

las fuentes de esa ilusión? Estaban en la poca confianza que se tenía de la sociedad de la postguerra, de la defraudación, del asco por todo lo pasado, del vivo deseo impreciso algo nuevo y virginal que no fuese cómplice de aquel pasado que había producido la guerra.

Más poco después la burguesía se estableció y las inquietudes se calmaron. Gran parte de este arte furiosamente innovador se hizo mecanicista, cantor de automóviles veloces, fábricas, aeroplános, aceros. El capitalismo aplicaba las experiencias de la guerra y creaba el mito de la velocidad, de la renovación mecánica de la vida, de la modernización de las costumbres y de las ciudades. En todas partes hubo pequeños Marinettis partidarios de esta "novísima" estética. El arte que siguió rebelde creó después el surrealismo basado en las teorías de la psicoanálisis de Freud.

Y así, en medio de una gran desorientación y de una completa esterilidad artística, se nos vino a nosotros la Dictadura, es decir el fin del período contitucional de la Restauración.

La Dictadura.

La Dictadura fué un golpe del rey y de los militares para poner fin a un movimiento popular de demanda de responsabilidades por el desastre de Annual(Marruecos). Una buena mañana de Septiembre los españoles nos enteramos de que durante la noche había habido golpes de teléfonos, que no de cañones, y como consecuen cia dictadura teníamos. El dictador, Primo de Rivera, hombre de compleja y pintoresca psicología, agitó una buena bandera: la de estar en contra de la vieja política, posición en la que coincidían todos los españoles que, defraudados y asqueados, habían llegado a ese momento psicologico del extremismo: cualquier cosa mejor que la política vieja.

Esta bandera por un lado, el carácter más pintoresco que cruel del dictador y la reanimación del capitalismo sin escrúpulos, hicieron posible la prolongación de la Dictadura, que consentida, y hasta algo más, por el socialismo, la única fuerza de izquierdas organizada, pudo vivir siete años.

Con excepción de los últimos fueron años de paz, años bastantes tranquilos, sin otra agitación que las murmuraciones y las burlas de café. Gran momento para hacer de la literatura, desligada de la vida del pueblo y de los acontecimientos, una cosa familiar e íntima, como un juego de frondas. Fué la época de más esplendor de Gómez de la Serna, escritor de puro juego literario, y de Ortega y Gasset, escritor de minorías selectas.

Entonces se inició un movimiento de literatura pura, de arte por el arte. La estética de Ortega y Gasset comenzaba a cuajar en éxitos. La generación del

98 y sus seguidores se apoyaron en la pequeña burguesía culta, es decir, en algo no muy sólido en España, pero en algo al fin. Estos grupos minoritarios se apoyaban ahora en nada, en ficciones, en amistades. No se puede llegar a bases más débiles para apoyar un arte. El campo de desenvolvimiento de esta literatura era una estrecha red amistosa, casi secreta, de revistas, cartas, manuscritos, libros de corta tirada que se cruzaban de unos a otros en un ligero tejido de direcciones mutuas. Estas revistas se llamaban Alfar(Coruña) Parábola(Burgos) Litoral(Málaga) Papel de Alcluyas(Huelva) Carmen(Gijón-Santander) Verso y Prosa(Murcia) Meseta(Valladolid) Manantial(Segovia) Mediodía(Sevilla) Gallo(Granada)

¿Qué significaba este florecer de invernaderos? Significaba la desatención más absoluta hacia todo lo exterior, hacia la vida, hacia las fuentes creadoras. Significaba hacer una literatura monástica, pura, antisentimental, antianecdótica. La poesía era casi el único género que se cultivaba.

Ahora bien, cualquiera que fuese el significado, la inutilidad y la pequeñez de estos juegos, se advertía en estos grupos la presencia de buenos poetas cuya suerte posterior se desconocía, pero que indudablemente intentaban con éxito, pero con mala orientación, superar las etapas anteriores. De estos grupos han salido los poetas recogidos después en la Antología de Gerardo Diego(1915-1931) Moreno Villa, Pedro Salinas, Jorge Guillen, Dámaso Alonso, Juan Larrea, Gerardo Diego, Federico Garcia Lorca, Rafael Alberti, Fernando Villalón, Emilio Prados, Vicente Aleixandre, Luis Cernuda y Manuel Altolaguirre.

García Lorca y Alberti empezaron recogiendo la tradición poética de los dos maestros anteriores: Antonio Machado y Juan Ramón Jiménez, y este buen camino les condujo a sus primeros éxitos. Pero luego, Alberti mas que Lorca, sufriría otras influencias -de Góngora, del surrealismo más tarde- y el camino popular quedó cortado hasta tiempos posteriores. Los demás poetas, salvo Villalón, se mantuvieron en la eternidad (extremidad) de la poesía pura.

Pero en estos grupos no sólo había poetas, sino otros escritores menos acomodables que los poetas a las limitaciones de las minorías. Eran Antonio Espina, Benjamín Jarnés, José Bergamín, Guillermo de Torre, yo mismo etc., Dos revistas literarias tuvieron en ese tiempo gran significación: La Gaceta Literaria y La Revista de Occidente. La primera realizó el intento de superar las minorías y los grupos y poner a la joven literatura en contacto con la pequeña burguesía culta que seguía, ya con un poco de cansancio, a la generación del 98. La Revista de Occidente, en cambio, dirigida por Ortega y Gasset, continuó la valoración de las minorías y el restringido criterio de la selección más escrupulosa. Es claro que La Gaceta Literaria fue, con el tiempo, la agrupación de lo impuro, pero de lo vital y evolutivo, y la Revista de Occidente la capilla de lo puro, pero de lo muerto e infecundo estéticamente. La Gaceta Literaria se

deshizo en luchas posteriores, pero la Revista de Occidente se momificó en sus alturas siderales y perdió la noción de tiempo, de la realidad y de los acontecimientos.

La Dictadura fué una gran incubadora de inquietudes políticas. La expectación, la sorpresa y hasta la complacencia de los primeros tiempos se convirtió luego en sátira y murmuraciones de café, y esto, mas tarde, en tempestades que agitarón todo el ambiente nacional y precipitaron las contradicciones de la propia Dictadura. Con todo, la literatura tuvo muy poco papel en esta labor, y mucho menos la literatura jóven que estaba en plena adolescencia, formándose y por malos caminos y con malos antecedentes. Hay que destacar en esos momentos a Valle-Inclán y sobre todo a Unamuno, perseguido y desterrado, fué el héroe del movimiento antidictadura. Héroe enormemente personalista, como fué siempre este escritor, pero no por eso sin grandeza y sin ejemplaridad.

El movimiento popular crece. La descomposición de la Dictadura se acelera. La inquietud tormentosa estalla. Se produce en nuestro país una de esas reacciones políticas que van de extremo a extremo de él, como los huracanes, que lo conmueven todo, que entran en chozas y palacios, que agitan todas las capas de la sociedad, que ruedan por las calles abiertas igual que se filtran en los monasterios cerrados, que sacuden por igual la conciencia del analfabeto y la del culto, la del campesino apartado como la del estudiante de las ciudades. Estos son fenómenos característicos de la gran sensibilidad política de España.

¿Podía la literatura estar ajena a toda esta conmoción?

La revolución española y la generación de 1930

El año 1930 señala una fecha histórica. Si el 98 marca la crisis afflictiva de la Restauración, el 30 señala la crisis optimista de su final. El 98 fue un dolor, el 30 fue una esperanza. El 98 fue para la mejor parte de España un movimiento de pesimismo y evasión; el 30 fue para la inteligencia joven un momento de entusiasmo, de inspiración y de lucha. Todos nosotros, hombres de ese tiempo, recordamos ese período desde el 30 a la caída de la monarquía y el incendio de las iglesias como la ilusionada adolescencia de un mundo nuevo que se forma en la estrechez de nuestras viejas limitaciones intelectuales. Todos nosotros somos hijos de aquellas inquietudes. Pertenece a la generación de 1930. Hemos nacido a lo que somos y a lo que seremos de entre las fuerzas creadoras de un movimiento popular.

Al calor de este movimiento la vida literaria se vivifica. Como flores poco resistentes para sufrir tempestades todas las revistas minoritarias mueren. Se

crea una gran actividad editorial. Se traduce la literatura soviética. Se empieza a conocer la literatura social y antiguerrera de Europa. Los escritores antes puros, se sitúan en los bandos de lucha, se colocan al lado de la revolución o al lado de la reacción.

Cae por fin la Dictadura, después de un nuevo intento de evolución del general Berenguer. En Abril de 1931 viene la República. Después, en Mayo, la quema de los conventos y (...). Después Casas Viejas, la persecución a los comunistas, las Cortes Constituyentes, el engaño de la reforma agraria y todos los demás engaños. La reacción otra vez en el poder. Octubre del 34. Otro movimiento revolucionario...En fin, todos los múltiples azares y vicisitudes por los que pasó España en el plazo de pocos años.

¿Cuál fué la actitud de los distintos grupos de escritores ante el advenimiento de la República? La república, en su iniciación, no tuvo enemigos descubiertos. Unamuno, de vuelta del destierro, desfiló triunfalmente en la manifestación grandiosa del 1o de Mayo y luego es diputado en las Cortes Constituyentes. Azorin empezó a resucitar en los periódicos nombres y fechas liberales del pasado. Baroja, aunque sin abandonar su posición disolvente e individualista, escribía en contra del rey, de los palatinos y de los curas, y preparaba una serie de novelas sobre el movimiento de Jaca, de Galán y García Hernandez. Valle-Inclán aceptaba el cargo de director de la Residencia de pintores en Roma. Pérez de Ayala iba de embajador a Londres. A Ortega y Gasset también se le hizo diputado a las constituyentes como a otros muchos intelectuales. Azaña mismo, también escritor, gobernaba.

Más como todos estos escritores eran idealistas y pequeño-burgueses vacilan cuando la revolución popular quiere seguir adelante rompiendo el freno que le ponían socialistas y republicanos. Poco tiempo después, casi todos ellos comienzan a escribir en contra de la República y en contra del pueblo. Baroja ve nulidades entre todos los hombres que gobiernan. Azorin se retrae. Perez de Ayala, aún conservando el cargo, a cuya conveniencia se adhiere hasta que le echan, publica un informe oficial contra los mineros asturianos por su revolución del 34. A Ortega y Gasset le parece poco elegante la República. Unamuno empieza sus juegos filológicos contra el marxismo. La reacción, que cae abatida, comienza a levantar cabeza. Debió de encontrar en estos escritores estímulos muy poderosos. De los hombres de esta vieja generación hay que exceptuar a Valle Inclán que, ya enfermo, se retira a Santiago de Galicia, pero conservando hasta su muerte (1935) una posición favorable al pueblo. Hay que destacar también a Antonio Machado que, hombre sencillo, sin vanidades, no entró ni salió en el reparto de prebendas. Tampoco el poeta Juan Ramón Jiménez.

En cuanto a la generación del 1930, alejada de la contratación oficial, sus reacciones fueron más normales. Garcia Lorca, ya desprendido de las pasajeras influencias surrealistas, acentúa el carácter popular de su obra, dirige el teatro

de "La Barraca" paradar representaciones en los pueblos, estrena sus obras teatrales más conocidas, da conferencias, recitales, recoge canciones, es decir, sus grandes dotes de artista popular se recrean y agrandan bajo la propicia temperatura de la revolución española. Alejandro Casona, en otro terreno, inicia también un teatro reformador. Alberti y Maria Teresa León, de vuelta del extranjero, se incorporan al movimiento de literatura social. Alberti cierra su ciclo surrealista y produce los poemas del "poeta en la calle". En Valencia Pla y Beltrán y luego Gil Albert hacen lo mismo. Otro poeta, León Felipe vuelve de América atraído por la nueva vida española. Diaz Fernandez, Arderius, Benavides, Maximiliano Alvarez, Sender y yo reintegramos la novela al viejo camino social que ya se había perdido en nuestra literatura. Emilio Prados y Pedro Garfias, poetas antes destacados en los grupos minoritarios, se incorporan a la poesia de tendencia revolucionaria. Otro antiguo escritor, Juan Chabás, también es agitado por las inquietudes de la generación del 30. Bergamín, cuyo catolicismo no le impidió afirmar su fé en las fuerzas creadoras del pueblo, a partir de 1934 cambia su preocupación hacia lo social, y, con él, el poeta Miguel Hernandez y el critico Salas Viu. Los más jovenes, Serrano Plaja, Sanchez Barbudo y Herrera Peter, transforman rápidamente sus influencias iniciales y aceptan el nuevo rumbo de la literatura combativa.

No todos los escritores se unieron, como es lógico, a la revolución. Algunos se unieron antes y después, a la reacción y a la contrarrevolución. Pero de estos no se habla aquí ni merece la pena desde el punto de vista literario.

Algunos otros, los menos, con Jarnés, Pedro Salinas, Jorge Guillen conservaron hasta última hora su posición indiferente y continuaron con Gomez de la Serna, ya en decadencia, la línea apolitica, pura, del arte por el arte, de la literatura como juego de imaginación. Más tarde los dos primeros, al igual que Juan Ramón Jiménez, firmaron su adhesión a la República y escribieron algunas veces a favor de ella. Del último de los poetas minoritarios, Jorge Guillen, a quien la guerra le situó en terreno enemigo, desconocemos su actitud.

Esta era, poco más o menos, la posición de los escritores y la evolución de los grupos literarios hasta sobrevenir la guerra. Las variaciones posteriores no son muy sensibles.

La guerra nacional revolucionaria

El comienzo de la guerra fue un fuerte golpe dado la ascendente revolución española por la reacción, los militares y algunas potencias extranjeras aprovechadas. España quedó dividida en dos territorios. El azar y elhechode

conservarse Madrid como plaza leal, hizo que fueran pocos(.....)los eternos resentimientos que los hombres feudales españoles han tenido contra la inteligencia.

Unamuno murió en Salamanca, pocos meses más tarde de empezar la contienda, después de ser y no ser, de estar y no estar. Parece que su última actitud fue "en contra". Esto es lo mismo porque cualquiera que fueran los accidentes finales de su vida nada modificará la opinión buena y mala que la posteridad tendrá sobre él. Otro viejo escritor de la generación del 98, Ciges Aparicio, que tomaba el sol de la vejez, en un tranquilo gobierno de provincias, murió asesinado. Espina, también gobernador, e tuvo todo el tiempo en la cárcel de Palma y, al final, según informaciones murió. Otro crimen, este más sonado y si cabe más monstruoso, el de Federico Garcia Lorca. Y, en fin, algunos nombres más de escritores conocidos pueden añadirse a la lista.

¿Cuál fué la actitud de los escritores durante la guerra? En realidad no hubo ninguna incosecuencia sorprendente. De la generación del 30 todos al lado de la República y del Pueblo. De las generaciones anteriores casi puede decirse que ninguno, salvo la grande, ejemplar, e inolvidable figura de Antonio Machado cuya lección de dignidad fué conmovedora. Hablar de las incidencias pintorescas y de los matices de la posición de cada uno, no es cosa que corresponda a este lugar. Pero si debe decirse que la generación del 98 progresiva en su tiempo, cayó del lado del indiferentismo y más tarde, como es lógico, del lado de las mas negra reacción, aunque ésta no les olvida su historia. Pero si debe decirse que muchos de los profesores institucionistas, discipulos de Giner de los Ríos, con Menéndez Pidal a la cabeza, han caido también al lado del enemigo, por su debilidad muchas veces, por su idealismo siempre, porque de nada vale la erudición y el saber si las grandes ideas humanas no viven seguras, como normas, en la conciencia.

Por lo demás, la guerra reveló a muy pocos escritores. Dos poetas, ya conocidos anteriormente, Pedro Garfías y Miguel Hernández, vitalizaron su poesia con los temas de la guerra. Otros tres menos conocidos en la etapa anterior, se destacaron: Lorenzo Valera, Antonio Aparicio y Adolfo Sanchez Vazquez, Jose Herrera Petere perdió las vacilaciones que tenía en la etapa anterior. Y, por último, la aportación del periodismo literario. Esto es casi todo, aunque no toda la literatura de la guerra, a la que no aludo, pues la literatura de nuestra guerra ha de ser, dentro de la literatura española, un ancho ciclo, hoy solo iniciado, que durará mucho tiempo.

Mas esto, como tantas y tantas cosas que en estas etapas finales dejo en el aire, pertenece al futuro. A la derecha de mi punto final, que es aquí mismo, mañana me puede seguir otra pluma con nuevos elementos de juicio y mayor perspectiva de visión.

Moscú 1948?

NOTAS

NOTAS.-

GRANADA, GRANADA MIA (Pág.42)

- 1) Invierte Arconada el objeto de la poesía de Svetlov, traducida por Alberti en el 33, de ahí que Moscú aparezca como lo hacia Granada en la poesía de Svetlov.

DOLORES (Pág.43)

- 1) En el original puede interpretarse "su" o "un".
- 2) Puede leerse "overiais".
- 3) Sin interjección en el original
- 4) Sin puntuación en el original

POEMA ESPAÑA (Pág.57)

- 1) "Sin siquiera" aparece tachado con letra de la viuda en el original y sustituido por "España"
- 2) Sin puntuación en el original.

ROMANCES DE LA GUERRA (Pág.163)

- 1) En el original se señala en anotación del autor como debe de recitarse y que efectos persigue. Se especifica su directa inspiración en los romances de ciegos y en la poesía de propaganda. Citado por S. Salas en su libro de poesía sobre el romancero "La poesía de la Guerra española"
- 2) Debería de ser: un obrero , capitán,
y un capitán que es obrero.

A menudo en los manuscritos autógrafos de C.M.Arconada encontramos cierta despreocupación por la puntuación, no así en las obras editadas.

Notas

NOCHE DE NOVIEMBRE (Pág.215-219)

- 1) Se lee bombamba, que debe de ser un error por bomba
- 2) Mal puntuada. Debería de ser ¡Quién va a ser, camarada, los fascistas!
- 3) Tachado por el autor se lee "y mientras que como armas.."

LAS MADRES Y LOS HEROES(Pág.232-241)

- 1) Villarambla por Bibarrambla
- 2) Atambores por tambores.

D^a. PERFECTA.(Pág.242-249)

- 1) Arconada, en otras variantes de este manuscrito, lo nombra como Francisco Acero o, simplemente, como Acero. No existe razón aparente para este hecho. En la obra de Galdós los hermanos Acero regentaban partidas sublevadas contra la legalidad que mantienen frecuentes enfrentamientos con la Guardia Civil. Hecho este último no compatible con la versión de Arconada.
- 2) En otras variantes de este manuscrito, Arconada sustituye Santisteban por Cepeda, sin aparente razón.
- 3) En otras variantes de este manuscrito no existe separación entre las escenas 2,3 y 4.
- 4) En otras variantes de este manuscrito al que venimos refiriendo nos, aparece "las Cirujadas asustadas" en vez de "las monjas asustadas"
- 5) Se lee Troyas
- 6) Se lee " ..otra de las Treyas.."
- 7) De lectura dudosa.

MANUELA SANCHEZ(Pág.251-258)

- 1) Tachados aparecen los nombres de Dolores Ibarruri y Vicente Uribe.
- 2) Debería aparecer interrogación. "Preguntar que ¿por qué..."

- 3) En el original falta cerrar la admiración.
- 4) Tachado el original por su viuda. En letra del autor aparece escrito "no sé porqué".
- 5) Navilla aparece en singular, cuando en anteriores y posteriores páginas lo hace en plural. Por consecuencia debe de ser una errata de escritura.

LA ISLA DE LA FELICIDAD (Pág.262-286)

- 1) De lectura dudosa en el original
- 2) De lectura dudosa en el original. Podría pensarse por el sentido de la frase en "se mece en las ramas"
- 3) De lectura dudosa en el original
- 4) Puede entenderse "picacho"
- 5) De lectura dudosa en el original
- 6) Tachado por el autor se lee "pide lo que quieras".
- 7) De lectura dudosa en el original.
- 8) De lectura dudosa en el original
- 9) De lectura dudosa en el original
- 10) De lectura dudosa en el original.

LA GUITARRA Y EL ACORDEON (Pág.287-296)

- 1) De lectura dudosa en el original
- 2) De lectura dudosa en el original
- 3) De lectura dudosa en el original
- 4) De lectura dudosa en el original
- 5) De lectura dudosa en el original
- 6) Podría interpretarse enjabelgar
- 7) De lectura dudosa en el original
- 8) Podría pensarse en balbuciendo
- 9) De lectura dudosa en el original
- 10) De lectura en el original
- 11) De lectura dudosa en el original

Notas

- 12) De lectura dudosa en el original
- 13) De lectura dudosa en el original
- 14) De lectura dudosa en el original
- 15) De lecturas dudosas en el original.

APUNTES PARA UNA OBRA SOBRE LORCA (Pág.297-306)

- 1) El título aparece en letra de su viuda, a bolígrafo sobre el primer renglón de la hoja de libreta utilizada por Arconada para la redacción del prólogo de esta obra.
- 2) En nota del propio autor, a continuación de los versos, aparece una referencia que los señala como pertenecientes al 1^{er}. acto de la obra de Lorca Mariana Pineda. Debe de entenderse la Estampa 1^a. Escena 5^a.
- 3) Aparece tachado por el autor, Luego "se acerca a la mesa, apaga la lámpara, hace ruido, y la madre se despierta".
- 4) En letra de su viuda se leen sobreimpresos los versos 2º y 3º del Romance de la Guardia Civil de Federico García Lorca.
- 5) Tachada se lee "palabra"
- 6) En letra de su viuda sobreimpresa se lee "arte de"
- 7) Escrito sic en vez de Bibarrambla .
- 8) Aparece tachado por el autor "que éxito voy a tener mamá".
Los versos corresponden a la Estampa 3^a, Escena 8^a de Mariana Pineda.
Sólo se cambia corazón por corazones.
- 9) Tachado, sobre el original escrito por su viuda se lee "una".
- 10) Coma puesta por su viuda.
- 11) Añadido del propio autor no incluido en la primera redacción.
- 12) Versos pertenecientes a Mariana Pineda Estampa 2^a, Escena 2^a.
- 13) Tachado por el autor "y yo", lo mantenemos porque de eliminarlo no habría sentido.
- 14) En letra de su viuda, sobrepuesto, leemos hoja de perejil. Tachado por el autor aparece la redacción inicial que incluía "vuelta de hoja".
- 15) Tachado por el autor se lee vuelta, y sobre ella dale.
- 16) Tachado por su viuda y sobre él hoja de perejil.

- 17) Tachado se lee "Han metido preso al Gobernador"
- 18) Tachado por su viuda se lee "a los monárquicos"
- 19) Tachado por el autor se lee "las dos"
- 20) Subrayado por su viuda sobre el original se lee "no hagas casa" De todas formas es de difícil lectura el original.
- 21) Paco, voz corriente para señalar un miembro de la policía.
- 22) Tachado aparece "En el Circulo de Oficiales"
- 23) De lectura dudosa
- 24) De lectura dudosa
- 25) Tachado se lee "la defiende el pueblo.."
- 26) "Victoriosa"añadido puesto por el autor.Quedaría ".. está victoriosa en la calle con el pueblo".
- 27) De lectura dudosa
- 28) Tachado se lee:"Lorca(al público).Esta noche el cuadro artistico de La Barraca representa aquí, en honor de la República, no sólo Marina Pineda....".

LA MUÑECA(Pág.367-380)

- 1) En otras variantes de este cuento se lee "y" en "España (y) contra la guerra a la..."
- 2) Se lee "comedio".Sin sentido.Debe de entenderse "en medio"
- 3) Podría leerse "aclaró"
- 4) Puede leerse "muiría...".Sin sentido.

FOTOGRAFIAS DE ESPAÑA(Pág.381-399)

- 1) En el texto se ai tachado se lee "Y todo esto, -pasado, juventud, lucha, romanticismo, generosidad, luz de Mediodía..."-
- 2) Podría suponerse "Era.."
- 3) De lectura dudosa
- 4) Tachado en el original.
- 5) Puntos suspensivos en el texto.

Notas

- 6) Podría entenderse "tuvo" o "sintió"
- 7) Punto suspensivos en el texto.
- 8) De lee en el manuscrito "ceros la gente".Suprimido por carecer, a nuestro entender, de sentido.
- 9) De lectura dudosa.

ANDANZAS POR LA NUEVA CHINA(Pág.408-422)

Una tarde de verano ante la frontera china.

- 1) Tachado por el autor en el original "el". Sobreescrito por el propio autor "los rebaños de"
- 2) Tachado por el autor en el original "nos empinabámos.."
- 3) Ilegible en el texto.Por el sentido podría pensarse en"van"
- 4) En el texto original incompleto escrito aparece "fe..".Debe de leerse "no de feliz huésped.."
- 5) Ilegible en el texto original.
- 6) Debe de entenderse "es mucho"
- 7) Podría leerse "nueva"
- 8) Escrito de forma incompleta en el texto original "cor...tas ".Debe de leerse por el sentido,"corecovetas"
- 9) En el texto original aparece "ama (tachado) nuense", por lo que debe de entenderse amanuense
- 10) Ilegible en el texto original.
- 11) Podría leerse color.

Pekin, ciudad de la armonía.

- 1) En el texto original rojo
- 2) No aparece en el texto original el sustantivo
- 3) Ilegible en el texto original.
- 4) Debe de entenderse los lagos.
- 5) Ilegible en el original.

- 6) Debe leerse "de palacio"
- 7) Ilegible en el original.
- 8) Debe de leerse "monte".
- 9) Debería leerse "campanas".

Noche en el lago.

- 1) En el texto original, sobrepuesto por el autor, se lee "ardientes"
- 2) Ilegible en el texto original.

Los chinos son chinos.

- 1) En el texto, podría leerse por sentido, "perspicacia".
- 2) Podría leerse "pasar"
- 3) Podría leerse "de tierras remotas"
- 4) En el texto original se lee "países...losa,más"
- 5) Tachado por el autor en el original. Sobreescrito por el propio autor se lee " cree descubrir a China y a los chinos.."
- 6) Podría leerse "por el misterio y agitado por las inquietudes.."
- 7) Puede leerse "...tas" que no tiene sentido.
- 8) Tachado por el autor "...aún queda muchos todavía"
- 9) Ilegible en el texto original.
- 10) Ilegible en el texto original.
- 11) Podría leerse virtud
- 12) Podría leerse "yo", pero de dudoso sentido.
- 13) Podría leerse "trabajadores de China"
- 14) Podría leerse ,por el sentido, "misericordia"
- 15) Sin sentido en el texto original.

INDICES

INDICE DE PRIMEROS VERSOS.

| | |
|---|------|
| A la calle! ¡A la calle voy! | 82. |
| A la nana, nana | 61. |
| A tí, Bilbao, se dirigen | 181. |
| Abedules y olivos | 57. |
| Adelante, que en alba de cristales | 152. |
| Al atardecer, los autos cargados de aire | 92. |
| Al hospital que siempre es putrea zanja | 66. |
| Alegraos, y cantad! | 170. |
| Alegría de la ciudad despierta | 76. |
| Andamos inmersos | 79. |
| Aquella tarde... | 32. |
| Autocamión pintado de gris | 77. |
| Ay amor, amor! Ave de vuelo | 132. |
| Ay corazón encendido | 163. |
| Ay moza, la buena moza! | 123. |
| Ay que es triste, angustiosamente triste, ese rumor... | 139. |
| Ay, que el vencejo está herido | 60. |
| Balcón al margen de la velocidad | 85. |
| Calla, que estey velando, como la redonda luna... | 120. |
| Calles: desfiladeros de casas | 94. |
| Camaradas, alto el pecho | 165. |
| Caminando va la vida | 44. |
| Centro encarado a los cuatro horizontes de la urbe | 98. |
| Ciudad, dédalo de canales | 91. |
| Cómo puede la rama decir que son suyos los pájaros | 129. |
| Con un lápiz marrón, en papel blanco | 59. |
| Creo en tí, pueblo | 160. |
| Dentro de la canoa del auto | 69. |
| Desde el pico Almanzor | 55. |
| Desde los altos, altos Pirineos | 52. |
| Desde la columna clásica del pórtico | 93. |
| En la noche, el cielo es un jardín | 30. |
| Es Posible que esto que aquí véis, ojos míos... | 108. |
| Frasecillas punzantes y mordaces | 10. |
| Frente a los otros, leales | 167. |
| Fuí un día a Covadonga | 48. |
| Háblale con tu voz de fuente humilde entre madre selvas | 119. |

Índice de Primeros Versos

| | |
|--|------|
| Hacia donde? ¿Hacia qué camino de porvenir iran ... | 151. |
| Hasta dónde llegarán los límites oscuros... | 106. |
| Hermano, escucha | 63. |
| Hombres, mujeres y niños | 172. |
| Huir, de la soledad tranquila, de los minutos... | 130. |
| Iban por el campo, por el campo | 147. |
| Igual que dijo Becquer | 13. |
| La calle en pizzicato | 89. |
| La gente pasa las hojas de la calle | 99. |
| La guerra estalló en la calle | 58. |
| La noche está tendida en el asfalto | 96. |
| La sombra tiene cerros de altura | 68. |
| La vida va caminando | 46. |
| Las estrellas, sin cielo para sostenerse,... | 74. |
| Lo sabéis? ¿Todos vosotros lo sabéis, vecinos del sol. | 133. |
| Más allá de las agujas de sus torres | 64. |
| Me oyes? A pesar de las distancias en valle... | 138. |
| Miro tiempos y fondos, transparencias y nubes | 149. |
| Nací en Granada, la bella | 42. |
| Nada tenemos tuyo, vieja y podrida sociedad... | 115. |
| Ni un sólo día que a la pareja | 34. |
| Ninguno de vosotros, viejos amigos de hombros... | 104. |
| Niña de los rizados bucles de oro, un cuento | 24. |
| Niña pobre, ya estás muerta sobre la muerta vida... | 158. |
| No canta. No maltrata el piano | 103. |
| No hace falta decirlo con palabras frías como... | 145. |
| No nos llaméis, estrellas sin destino, altas de... | 113. |
| No subamos tan alto | 29. |
| Nos separa la vida fatalmente | 8. |
| Oliendo a cal, a cera y flor mustia | 65. |
| Para que la estrella roja | 175. |
| Pero sí en la pista de la ciudad | 95. |
| Por la noche, amor, llámame | 136. |
| Por los hilos de la luz | 101. |
| Por los picos de Urbión | 62. |
| Por qué vienes, invierno a nuestras tierras... | 118. |
| Porque la noche, sí, es oscura como el fondo negro... | 137. |
| Realmente no podía ser de otro modo, pequeña muchacha | 125. |
| Retozan las miradas | 88. |
| Reverbero de blancas paredes | 83. |
| Si en esa hora hundida como pecho de niño enfermo | 144. |

Índice de Primeros Versos

| | |
|---|------|
| Si es fuerte y es peligrosa | 177. |
| Si se vive en la vieja luna de los sueños | 142. |
| Sobre la palma de un ribazo de hierba | 72. |
| Sonríe, sonríe siempre | 20. |
| Te pedí con nobleza aquella tarde | 18. |
| Todas las tardes desancla su brío | 86. |
| Tú habías soñado Du-Fu en una casa | 64. |
| Un alarido de dolor se escapa | 15. |
| Un cielo de mañana, claro como una canción de niño... | 111. |
| Un manto de negras nubes | 61. |
| Urbe, lago de tumulto | 67. |
| Venía a la primavera | 156. |
| Ventanas limpias de pequeñez de incidentes | 71. |
| Vestida con los gallos indumentos | 4. |
| Vida sucia. Cauce seco | 80. |
| Vivimos en una noche de malos tiempos oscuros | 153. |
| Y después del prado | 43. |
| Y la tarde estaba turbia de ojos negros | 37. |
| Yo bien recuerdo, bien, de aquella moza | 5. |

INDICE DE NOMBRES, TOPONIMOS Y OBRAS CITADAS.

| | |
|-------------------------------|--------------------------|
| Adolfo Sanchez Vazquez | 488. |
| Aida Lafuente | 370. |
| Alberti | 463-468-469-470-484-487. |
| Albina Medinaveitia | 462. |
| Alcala | 349. |
| Alejandro Casona | 487. |
| Alemania | 364-381-398. |
| Alfar | 484. |
| Alfonso XIII | 190. |
| Algeciras | 331. |
| Alhambra | 234-235. |
| Almanzor | 55. |
| Alonso Quijano | 408. |
| Alvarez Quintero | 482. |
| América | 1. |
| América Larina | 2. |
| Américo Castro | 474. |
| Andalucía | 468. |
| André Suarez | 455. |
| Annual | 483. |
| Antoine | 485. |
| Antología de Gerardo Diego | 484. |
| Antonio Aparicio | 488. |
| Antonio Espina | 2-484-488. |
| Apollinaire | 448. |
| Aragón | 335. |
| Arconada | 469. |
| Arderius | 487. |
| Arenis de Mar | 384. |
| Arniches | 482. |
| Asociación de Cultura Musical | 462. |
| Astudillo | 1. |
| Asturias | 50-199-372. |
| Atelier | 445. |
| Ateneo de Madrid | 474. |
| Auber | 451. |
| Avilés | 51. |
| Azaña | 486. |

Indice de Nombres, Toponímios y Obras Citadas

| | |
|-------------------------------|------------------------|
| Azorin | 448-469-481-486. |
| Bacarisse | 463. |
| Baleares | 331-334. |
| Balzac | 464. |
| Barbero de Sevilla | 79. |
| Barcelona | 3-385-387-393-397-470. |
| Baroja | 448-469-486. |
| Baudelaire | 459-464. |
| Becquer | 13. |
| Beethoven | 453-456. |
| Benavente | 444. |
| Benavides | 487. |
| Benjamin Constant | 464. |
| Benjamin Jarnés | 484-487. |
| Berenguer | 486. |
| Berlín | 443-445. |
| Bilbao | 181-182. |
| Bizancio | 424. |
| Blaise Cendrars | 449. |
| Blas de Otero | 63. |
| Blasco Ibañez | 481. |
| Bravo Murillo | 358. |
| Brigadas Internacionales | 382-386. |
| Calderón | 444. |
| Canarias | 431. |
| Cangas | 51. |
| Cantón | 400. |
| Carabanchel | 58. |
| Carlos V | 425. |
| Carmen | 484. |
| Casa de Campo | 58. |
| Castilla | 66-165-166-427-468. |
| Cataluña | 3. |
| Centro de Estudios Históricos | 474. |
| Cervantes | 220-299-423. |
| Cezanne | 455. |
| Cid | 60. |
| Ciges Aparicio | 481-488. |
| Clarín | 49-50. |
| Cloe | 67. |
| Cocteau | 454-455. |

Indice de Nombres, Toponímios y Obras Citadas

| | |
|----------------------------|--------------------------------------|
| Colombina | 89. |
| Concha Espina | 481. |
| Corea | 406. |
| Coruña | 473. |
| Covadonga | 48. |
| Cristobal Colon | 423. |
| Crommenlynck | 445. |
| Cuba | 40. |
| Cudillero | 342. |
| China | 400-403-404-408-410-418-419-421-440. |
| Chopin | 451. |
| Dafnis | 67. |
| Dámaso Alonso | 474-484. |
| Debussy | 449-451-453-454-455-456-458-459-460. |
| Diario poeta recién casado | 481. |
| Díaz Fernandez | 487. |
| Dicenta | 481. |
| Dolores | 43-45-46-51-52. |
| Duero | 62-63. |
| Duque de Rivas | 444. |
| D. Julian | 60. |
| D. Pelayo | 48-50. |
| Ebro | 58. |
| Echegaray | 444. |
| El Cid | 473. |
| El Duque de Rivas | 444. |
| El Escorial | 464. |
| El Greco | 438. |
| El Kaiser | 480. |
| El Murciélago | 443. |
| El Naranco | 47-373. |
| El doncel romántico | 438. |
| El río Langreo | 363. |
| El teatro de la Comedia | 443. |
| El tiempo presente | 3. |
| Emilio Prados | 485-488. |
| Enrich Werner | 381-382. |
| Enrique de Mesa | 479. |
| Ernesto Halffter | 464. |
| Eschaikoswki | 445. |
| España | 43-48-52-53-54-55-58-59-61-62-347- |

Indice de Nombres, Toponimios y Obras Citadas

| | |
|----------------------|------------------------------------|
| España(cont) | 348-349-353-354-355-369-383-398. |
| Esplá | 462. |
| Eugenio D'Ors | 449-450. |
| Europa | 487. |
| Falla | 462. |
| Fdo. Villalón | 484. |
| Federico de Onis | 474. |
| Felipe II | 425-476. |
| Fernandez de Ardivin | 436. |
| Flaubert | 464. |
| Francia | 3-369-465. |
| Francis Jammes | 449. |
| Franck | 458. |
| Franco | 380-383-388-393. |
| Frente Popular | 191. |
| Freud | 464-483. |
| Gabriel Miró | 479-481. |
| Galan | 487. |
| Galdós | 49-242-481. |
| Galicia | 424. |
| Gallarta | 46. |
| Gallo | 484. |
| Gandía | 66. |
| García Hernandez | 487. |
| García de Diego | 474. |
| Garfias | 470. |
| Generación del 98 | 447-448-479. |
| Gerardo Diego | 484. |
| Gijón | 48-49-369. |
| Gil Albert | 489. |
| Gili Gaya | 474. |
| Gimenez Caballero | 2. |
| Giner de los Rios | 474-488. |
| Gobi, desierto de | 404. |
| Gómez de la Serna | 479-480-481-483-487. |
| Góngora | 484. |
| Grado | 51. |
| Granada | 42-43-232-233-297-298-300-301-303. |
| Grecia | 308-458. |
| Guadalajara | 347-354. |
| Guadarrama | 61. |

Índice de Nombres, Toponimios y Obras Citadas

| | |
|------------------------------|----------------------------------|
| Guardia Civil | 168-372-383. |
| Guillermo de Torre | 482-484. |
| Guisando | 55. |
| Gustavo Pittaluga | 463. |
| Guzman de Alfarache | 425-426. |
| Hamburgo | 326. |
| Heine | 334. |
| Herrera Petere | 487-488. |
| Historia de España | 426. |
| Hitler | 330-331-333. |
| Holanda | 378. |
| Hollywood | 89. |
| Humberto Rivas | 445. |
| Irún | 2. |
| Italia | 364. |
| Jaca | 298. |
| Jacinto Grau | 445. |
| Jhanshov | 416. |
| Jan Formanek | 382. |
| Japón | 440. |
| Jarama | 355. |
| Jazz | 74. |
| Jim-Se-tsin | 416. |
| Jorge Guillen | 484-487. |
| José Bergamín | 485. |
| José Díaz | 422-426. |
| José Díaz Ramos | 422. |
| Jovellanos | 49-50. |
| Joven Guardia | 363. |
| Juan Chabas | 487. |
| Juan Larrea | 484. |
| Juan Ramón Jimenez | 468-469-470-479-481-484-486-487. |
| Junta Ampliación de Estudios | 474. |
| Kasajtan | 428. |
| Konsomol | 172-173. |
| La Alcarria | 347-354-355. |
| La Atlantida | 463. |
| La Barceloneta | 335. |
| La Barraca | 298-299-301. |
| La Comedia | 445. |
| La Escuela Nueva | 445. |

Indice de Nombres, Toponimios y Obras Citadas

| | |
|-----------------------------|--|
| La Falange | 178. |
| La Mancha | 407. |
| La Pluma Verde | 441-442. |
| La Regenta | 46. |
| La Revista del Occidente | 484-485. |
| La Turbina | 3. |
| La dama de armiño | 438. |
| La dame de Pique | 445. |
| La romería de los cornudos | 464. |
| La taberna alemana | 445. |
| La tragedia de Doña Ajada | 463. |
| La venganza de D. Mendo | 442. |
| La visión de un caucásico | 446. |
| La voz de la vida | 437. |
| Langreo | 368. |
| Larra | 438. |
| Las Indias | 424. |
| Laviana | 367. |
| La coca magnifique | 445. |
| Lenin | 363. |
| León Felipe | 487. |
| Letra | 2. |
| Levante | 2-66. |
| Liaje, Valle de | 404. |
| Linares Rivas | 444. |
| Linea | 2. |
| Litoral | 484. |
| Lohengrin | 308. |
| Londres | 369-487. |
| Lope de Vega | 259-299-444. |
| Lopez Pinillos | 481. |
| Lopez Raimundo | 392. |
| Lorca | 297-298-301-306-484-486-488. |
| Lorenzo Valera | 488. |
| Los Borbones | 476. |
| Los Pobres contra los ricos | 3. |
| Luis Cernuda | 484. |
| Luis Corona | 163. |
| Luis de Tapia | 479-481. |
| Machado | 62-66-468-469-481-484-486-488. |
| Madrid | 8-163-164-181-182-215-217-218-219-221-308-354-365. |

Índice de Nombres, Toponimios y Obras Citadas

| | |
|-----------------------------|------------------------------|
| Maiakoski | 410-482. |
| Málaga | 334-485. |
| Manantial | 484. |
| Manchuria | 405. |
| Manifiesto de Estolmo, el | 372. |
| Manuel Altolaguirre | 484. |
| Manzanares | 358. |
| Mao-Tse-tung | 401. |
| Mar Mediterráneo | 424. |
| Maria Teresa Leon | 487. |
| Maria Zamorano | 386. |
| Maria Pineda | 298-299-301-304-305. |
| Marinetti | 438-483. |
| Marquina | 439-440. |
| Marruecos | 331-484. |
| Martinelli | 307-308. |
| Martinez Sierra | 444. |
| Mascarini | 439. |
| Massenet | 451. |
| Mateo Aleman | 426. |
| Maximiliano Alvarez | 487. |
| Mayerbeer | 451. |
| Mediodia | 484. |
| Menéndez Pelayo | 476. |
| Menéndez Pidal | 472-473-474-475-476 477-488. |
| Meseta | 484. |
| Miguel Hernandez | 487-488. |
| Millán de Pricgo | 437. |
| Ministerio de Inst. Pública | 471. |
| Mongol | 406. |
| Morcuende | 312. |
| Moreno Villa | 484. |
| Moscú | 64-65-291-410. |
| Mukdem | 403-404-405. |
| Mundo Obrero | 2. |
| Muñoz Seca | 441-442. |
| Murcia | 485. |
| Mussolini | 347-354. |
| Nalón | 50-342. |
| Nang-jai | 412. |
| Napoleón | 454. |

Índice de Nombres, Toponimios y Obras Citadas

| | |
|------------------------|------------------------------|
| Navarro Tomás | 474. |
| Nerval | 464. |
| New-York | 451. |
| Noche buena del diablo | 463. |
| Novelas Ejemplares | 220. |
| Océano Pacífico | 404. |
| Octubre | 2. |
| Orfeo | 35. |
| Oriente | 452. |
| Orquesta Lasalle | 64. |
| Ortega y Gasset | 443-479-480-481-483-484-486. |
| Oscar Hermman | 382. |
| Oviedo | 49-343-369-370. |
| Pájaro Azul, el | 443-444-445-446. |
| Palacio de la Música | 464. |
| Palencia | 2. |
| Papel de Aleiuyas | 484. |
| Parábola | 484. |
| Paris | 445. |
| Partido Comunista | 2. |
| Pasionaria | 43-379. |
| Pavo real | 438-439. |
| Plaza Roja, la | 408. |
| Pedregales | 392. |
| Pedro Garfias | 487-488. |
| Pedro Salinas | 484-487. |
| Pei-jai | 412. |
| Pekin | 407-411-413. |
| Pelleas | 455. |
| Pérez Fernandez | 442. |
| Pérez de Ayala | 479-480-481-486. |
| Perpignan | 3. |
| Petere | 470. |
| Picos de Europa | 374. |
| Picos de Urbión | 62-63. |
| Pierrot | 89-190. |
| Pilar Cavero | 462. |
| Pirandello | 449. |
| Pi...cos | 52-53-54-59. |
| Pla y Beltran | 487. |
| Plaza de Bibarrambla | 304. |

Índice de Nombres, Toponímios y Obras Citadas

| | |
|-------------------------------|---------------------|
| Pola | 368. |
| Ponte | 237. |
| Port Artur | 404. |
| Prados | 470-484-487. |
| Primo de Rivera | 484. |
| Puccini | 460. |
| Puente de Toledo | 217. |
| P.C.E. | 372-379. |
| P.S.U. | 392. |
| Rafael Alberti | 464-469. |
| Rafael Altamira | 426. |
| Ravel | 454. |
| Regenta | 49. |
| Reparto de tierras | 3. |
| República de Weimar | 330. |
| Rep. Democrática Alemana | 382. |
| Rep. Popular China | 399. |
| Revista de Filología española | 474. |
| Residencia de Estudiantes | 474. |
| Peyer | 451. |
| Reyes Católicos | 190. |
| Rhin | 308. |
| Riego | 305. |
| Rinconete y Cortadillo | 426. |
| Río Guadalquivir | 422. |
| Río Manzanares | 353. |
| Río Tajo | 2-471. |
| Río Zin | 367. |
| Rivas Cheriff | 445. |
| Rock and roll | 275. |
| Rodolfo Halffter | 463. |
| Rodríguez Marín | 426. |
| Roke-role | 275. |
| Roma | 423 424-487. |
| Rot | 50. |
| Rusia | 48-287-288-290-308. |
| R. Academia de la Lengua | 473. |
| Salamanca | 229-469. |
| Salas Viu | 487. |
| Sama | 51-343-367. |
| Sanchez Barbudo | 487. |

Indice de Nombres, Toponimios y Obras Citadas

| | |
|----------------------------|--------------|
| Sancho Panza | 481. |
| Santacreu | 66. |
| Santander | 334-485. |
| Santiago de Galicia | 488. |
| Satie | 454. |
| Segovia | 485. |
| Sena, el | 288. |
| Sender | 487. |
| Sarrano Plaja | 487. |
| Sevilla | 423. |
| Shangai | 400. |
| Sían | 399. |
| Siberia | 428. |
| Sierra Espina | 374. |
| Sierra Morena | 422. |
| Sigüenza | 342. |
| Sinfoniette | 464. |
| Sociedad de Autores | 442-444. |
| Spengler | 457. |
| Stravinsky | 454. |
| St. Ciprien | 3. |
| Suite para Orquesta | 464. |
| Tablada | 334. |
| Thaclman | 382-396. |
| Taipin | 401. |
| Tajo | 53. |
| Talavera | 355. |
| Tarragona | 55. |
| Teatro de la Escuela Nueva | 437. |
| Teatro del Centro | 441-442. |
| Teruel | 383-384-392. |
| Tiantsin | 403. |
| Toulouse | 474. |
| Tres farsas para titeres | 2. |
| Trigo | 481. |
| Troien Vasu | 382. |
| Turina | 462. |
| Ucrania | 291. |
| U.H.P. | 189. |
| Una cervecería rusa | 445. |
| Una noche entre zingaros | 445. |

Índice de Nombres, Toponimios y Obras Citadas

| | |
|-----------------------------|----------------------------|
| Unamuno | 485-488. |
| Unión Soviética | 3-290-291-382-404-407-472. |
| Universidad de Barcelona | 383. |
| Universidad de Varsovia | 382. |
| Urss | 2. |
| Valencia | 2-334-488. |
| Valladolid | 1-485. |
| Vallehermoso | 358-362. |
| Valle-Inclán | 437-438-469-479-485-486. |
| Varsovia | 386. |
| Vasconia | 182. |
| Verdaguer | 463. |
| Verso y Prosa | 484. |
| Vicente Alcixandre | 484. |
| Vicente Espinel | 426. |
| Vida de Marcos de Obregón | 426. |
| Vieux-Colombier | 445. |
| Vigo | 426. |
| Villaespesa | 439. |
| Vivimos en una noche oscura | 2. |
| Vizcaya | 44-426. |
| Volga | 446. |
| Volodia Gromov | 428-436. |
| Wagner | 451-454-455-456-458-459. |
| Whashington | 395. |
| Wateau | 34. |
| Zamacois | 481. |
| Zola | 464. |
| Zorrilla | 444. |
| Zosia Tizuk | 382. |